



D. FRANCISCO MASIRE DE YELO



# HISTORIA

DE LOS MOVIMIENTOS,

SEPARACION Y GUERRA

# DE CATALUÑA

EN TIEMPO DE FELIPE IV,

(Quince años hasta la batalla de Montjuich)

ESCRITA

por D. Francisco Manuel de Melo,

y terminada por D. Jaime Cío.

*Conturbatae sunt Gentes, et in-*  
*clinatae sunt Regna.*  
*Dedit vocem suam, mota est*  
*terra.*

PSAL. 45.



Barcelona.

IMPRESA DE JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 43.

1842.

PASCUAL de GAY

25



## El Editor.

---

PUBLICAMOS un libro tan razonado como bien escrito, y de todos tan apreciado como es en verdad digno de serlo. Dotado de todas las cualidades que un historiador necesita. Melo tuvo á mas la suerte de presenciar los hechos de que fue cronista y aun de tener en ellos parte, sin que por esto le cegara el favor que con los grandes pudo alcanzar, ni le hiciera parcial el afecto con ninguno. Sagaz en sus observaciones, buscó el origen de aquella disension en odios y resentimientos particulares, en la ojeriza de los potentados de España y Francia, validos de los reyes, en las sugerencias de los favoritos de unos y otros, en el interés de algunos y el descontento de todos. Hallada la causa, quiso saber y decir de que lado estaba la razon, y lo alcanzó y lo dijo: por esto es severo en sus juicios, claro en su opinion, prudente en sus observaciones y justo sobremanera. Al que dió margen á la guerra con amañes siniestros le increpa; al que la fomentó sin razon le arguye; al que se defendió por su independenciam á ese le aplaude; y cuando se cumplieron malas fechorias por uno y otro bando; pone la razon en su lugar, zahiriendo al que tal vez no buscó enmienda ó al que no quiso recibirla.

No cabe duda de que es mas fácil trazar un cuadro histórico particular cuyos detalles se abarcan de golpe y en que no entran razones de universal interés, que no formar una historia completa de un pueblo, caos de confusion y de desórden, cuando al remontarse á lejanos tiempos no se en-

cuentra mas guia que la tradicion y que rancios pergaminos, verdaderos ó apócrifos, cuando mas. El historiador cumple la mas ardua tarea que puede emprender el espíritu humano, cuando reuniendo anales, descifrando leyendas, deletreando lápidas, requiriendo tradiciones é interpretando consejas, se constituye juez de los que fueron para adocrinar á los que son y dar consejo á los que deben ser.

Asi pues, salta á la vista la utilidad de esas historias particulares si las escriben hombres como Melo, porque se encaminan al fin que un grande historiador se propone, si bien por menor y no con tan grande empeño. Salustio nos ha dejado la guerra de Jugurta y la Catilinaria, y damos mas fe á lo que él nos cuenta porque lo vió, que á lo que nos dicen los demás historiadores latinos porque otros se lo contaron. Salustio conocia á los jefes de aquellas rebeliones, Melo trataba á los corifeos de los bandos que describe: y aun debemos darle mas fe que al caballero romano, no solo porque está mas próximo á nosotros, si que tambien porque no hay documento que le desmienta, habiendo mas medios para hacerlo en nuestra civilizacion que en la romana. La imprenta ha dado vuelo al pensamiento, y para emitir nuestras ideas no necesitamos *tabelarios* que reproduzcan nuestros escritos.

Examínense uno por uno los capítulos del libro que anunciamos, léanse detenidamente sus párrafos, estúdiense los caracteres que pinta, y si luego el lector registra archivos y conoce á los hombres cuyos son aquellos caracteres, verá que Melo hubiera sido tan buen consejero como fue exacto escritor. Conocia la naturaleza de nuestro país, nuestro carácter hidalgo y dadivoso cuando conviene, nuestro amor á la libertad, la firmeza de nuestros propósitos y el incontrastable teson en sostenerlos: por esto se plañia de que la malevolencia socavase en el ánimo de Felipe el afecto que como rey debia á nuestros padres, y que el engaño desvirtuase la constancia de los mismos en sostener sus derechos. Político á la par que discreto, condicion inseparable de un

hombre de estado, pasma nuestro autor con sus máximas acertadas y á sazón, cuando casi era imposible que no le contagiase uno ú otro partido con la fiebre de sus iras y la tenacidad de su bien ó mal fundado convencimiento.

Guerra fue aquella en que anduvieron revueltos todos los españoles, en que se desquiciaron las bases del estado, y en lucha dos naciones siempre rivales, tronó su rencor en todas sus tierras. Por esto conviene esta historia á todo género de lectores, porque en ella se descubre ya á do tenia la política de los Borbones de Francia, y se vislumbra también por una concatenacion de sucesos, la causa y razon principal porque medio siglo despues pugnaron los Catalanes con mas brioso esfuerzo en la guerra de sucesion, en favor del archiduque y contra el nieto de Luis XIV, ó por mejor decir, contra Luis XIV mismo.

Por lo que toca al estilo y lenguaje de Melo baste decir que el primero conviene á un historiador; y es el segundo tan correcto y puro, que pone este libro en el número de aquellos que pueden servir mas para el estudio de nuestra lengua.

Con deseo de terminar esta historia que su autor dejó incompleta, y para que los lectores supiesen al fin en que pararon las disensiones de Cataluña y como la España volvió á recobrarla, encargamos su conclusion al director del *Tesoro de Autores Ilustres*, de que hace parte D. Francisco Manuel de Melo, y así podemos dar nuestra edicion con ventaja á todas las hechas hasta el dia.

---



# NOTICIAS

DE LA VIDA

## DE D. FRANCISCO MANUEL DE MELO.

---

En el día 23 de noviembre del año 1611 nació en la ciudad de Lisboa D. Francisco Manuel de Melo, caballero de la orden militar de Cristo y comendador de Santa María de la Asunción del lugar de Espichel y Oyam, y de Santa María del Hospital y San Simón de Viana. Tuvo por padres á D. Luis de Melo y á Doña María de Toledo de Mazonellos, uno y otro descendientes de ilustres familias, que además de varios empleos que obtuvieron en los ejércitos portugueses, apenas hubo uno de los de la casa de Braganza, desde que se erigió su estado hasta el príncipe D. Teodosio, que dejase de criarse entre los brazos de los tíos y parientes de nuestro autor.

Habiendo manifestado Melo muy desde niño una alta comprensión y afición suma por las ciencias, le dedicaron sus padres bien pronto á la carrera literaria, en la que á la edad de diez años se aventajaba á sus condiscípulos en el colegio de San Antonio de Coimbra, cuando estudiaba retórica y letras humanas con el P. Baltasar Téllez, provincial que fue de la extinguida compañía de Jesus. Á la edad de catorce años escribió un canto en octavas portuguesas para celebrar la restauracion de Bahía en el año de 1625, imitando el estilo del célebre Luis de Camoens: á los diez y siete concluyó una obra, que despues ha sido impresa con el título de *Concordancias matemáticas*, y á los diez y ocho compuso á una dama llamada Margarita Lucinda una novela intitulada *Las finezas mal logradas*.

Como sucediese en la edad que contaba de diez y siete años, la intempestiva muerte de su padre, la libertad mas bien que otro respeto, junto con no tener ya, como él decia en una carta á nuestro poeta Quevedo, quien le dispusiese á los empleos dignos de los hombres de bien, le hizo preferir la belicosa carrera de Marte á la plácida de Minerva, sentando plaza de soldado, en cuyo noble ejercicio fueron el mar y la tierra los teatros en que dió claros indicios de un valor heroico, y de una inteligencia nada inferior á la de los primeros capitanes de aquel tiempo. Cuando apenas llegaba á la edad juvenil, fue colocado en uno de los dos tercios fijos que se acababan de levantar

para Flandes en Portugal, á instancia años ántes del archiduque Alberto, virey que habia sido cinco años en aquel reino, y al presente señor de los Países Bajos por cesion de su tío Felipe II. Por este motivo se embarcó en 24 de setiembre de 1626 en la capitana San Antonio, San Diego y San Vicente al mando de D. Manuel de Meneses, general de aquella armada destinada á salir en demanda de las flotas portuguesas de oriente y occidente, y conducir en seguida dichos tercios á aquellos estados. Mas como no llegase ninguna de las flotas para el tiempo señalado, resolvió el general Meneses tomarse tierra; pero cuando apenas lo habia verificado, recibió una orden real para que inmediatamente se encaminase á la Coruña, en donde se hallaba ya surta la flota tan descada. En efecto, comunicadas todas las órdenes necesarias á la escuadra despues de mucha tardanza por haberse perdido las embarcaciones ligeras, y dispersado todos los navios de resultas de un fuerte temporal, se volvió á hacer á la vela. Vuelto á enfurecerse el mar, y soplando el viento por la popa, se dirigió la escuadra á la Coruña, en la que, aunque dispersa, entró toda menos la capitana, que tuvo que tomar puerto en el Ferrol en la terrible y tenebrosa noche del día 2 de noviembre por la grande tempestad que se habia levantado. Noticioso el general de hallarse la escuadra junta en aquel puerto, convocó un consejo de guerra, en el que se resolvió que saliese aquella para Lisboa al primer viento favorable en conserva de la flota; pero como los navios se largaron poco despues contra todo lo acordado, tuvo tambien la capitana que levar anclas el 25 de diciembre, á pesar de indicar todas las señales un tiempo vario con muestras de tempestuoso. Esto peligro que prosigió desde luego el corazon del general, empezó bien pronto á realizarse, porque apenas se habia separado de la costa, cuando á los 40 de enero empezó á arreciar de tal manera la tempestad, que segun los prácticos, jamás se habia visto semejante lucha de vientos y mares; y así todo anunciaba á los afligidos y separados navegantes un próximo é inevitable naufragio, como se verificó por ultimo á los diez y nueve días de horasca en las aguas de San Juan de Luz. En una pequeña abra de este puerto de Francia dió fondo la capitana, teniendo que cortar los mástiles y obras muertas no sin algunas muertes y gran trabajo de todos. En este conflicto cerró la noche, la que se pasó en confusion, votos y testamentos; mas sin embargo de no ignorar el general el sumo peligro en que se hallaba, tomó la extraña resolucion de ponerse los mejores vestidos que tenia, como á su imitacion lo ejecutaron todos, para que muriendo como esperaba, fuese la vistosa mortaja recomendacion para una honrada sepultura. En medio de esta obra sacó el general unos papeles que trafa consigo, y abriendo uno se dirigió á D. Francisco Manuel, que le habia acompañado casi toda la noche, y sosegadamente le dijo: este es un soneto de Lope de Vega, que él mismo me dió cuando vine ahora de la corte: alaba

en el al cardenal Barbarino, legado á latere del sumo pontífice Urbano VIII. Le leyó, y empezó á decir su juicio acerca de él, como si le estuviera examinando en una serena academia; pero al llegar á un verso que le pareció ocioso, discutió enseñando á nuestro autor los defectos que en él advertía; sin duda con el objeto de distraerle del gran peligro en que le veía.

Librada ya por varias falúas la mayor parte de la tripulación, que era lo único que con el galeon Santiago se había salvado de toda la escuadra portuguesa, fue comisionado Melo por el general para que se diese sepultura á cerca de dos mil doscientos cadáveres que nadaban sobre las ondas, juntos en algunas partes unos sin cabezas y las cabezas sin cuerpos, y en otras brazos reunidos de diferentes tamaños y piernas de composición diversa.

De regreso á España nuestro autor de resultas de este naufragio, permaneció algunas temporadas en la corte en clase de pretendiente, y otras en Portugal, hasta que en 1637 con motivo de las alteraciones de Ébora y otros pueblos por la nueva contribucion de quinientos mil cruzados que debía pagar en cada año á mas de las antiguas imposiciones, fue comisionado Melo por el duque de Braganza, para que informase al rey Felipo y á su valido el Conde-duque de Olivares de los movimientos de Villaviciosa, pueblo de su residencia y señorío. Tranquilizado en parte el ánimo de Olivares con la relacion que le hizo Melo de la conducta del de Braganza, que era quien causaba mas cuidados al gabinete español, fue á poco tiempo nombrado para que acompañase á Ébora á D. Miguel de Noroña, conde de Liñares, en la comision de sossegar los pueblos sublevados, y para que interviniere y comunicase á la casa de Braganza los acuerdos de la junta de San Anton formada en Ébora: mostrando en esto que el rey había elegido el mismo instrumento, que ella escogió para el medio de sus negociaciones. Pero siendo inútiles cuantos medios de reconciliacion fueron propuestos á los revoltosos por el Liñares, segun se le había prevenido, determinó retirarse este á Lisboa, y mandar á D. Francisco á que informase al rey y á su ministro de la inutilidad de todo lo practicado, de las fuerzas de los pueblos, del aparejo de las armas y de la observacion de los ánimos. Con este objeto se puso en camino Melo para Villaviciosa, á fin de informar al duque de todo lo que habia ocurrido en Ébora, y sin tardanza recibiendo de él nuevas órdenes y cartas llegó en pocos dias á Madrid á presencia del valido, el quo despues de hacerlo útiles ó intrincadas preguntas, examinadas á la observacion de los grandes de aquel reino, le escuchó el suceso, desnudo del todo el discurso, por no hacer ofensa con su ignorancia ó malicia á alguna verdad. Entonces recibió el ministro las cartas que para él traía Melo del de Braganza, y prometiéndole los intereses de su aumento, le despidió de su presencia y de la intervencion que tuvo en este negocio, no volviéndole á ocupar mas.

en él hasta su fin; bien que ni por este desvío se excusó de perderlo de vista, tanto por juzgarlo importantísimo á la nación portuguesa, cuanto porque tenia en él á más de la parte comun, los pasos, peligros y dispendios que ya le habia costado.

Pensando castigar el Conde-duque á los amotinados, hizo entrar en Portugal dos ejércitos que de antemano habia mandado á las fronteras, y despues de varios ajusticiados, destierros, multas y prisiones que se ejecutaron por su órden, dispuso entre otras cosas, que se hiciesen levas para formar cuatro regimientos de gente escogida y pagada por cuenta de los portugueses, y que además se levantasen dos tercios de infantería voluntaria. El tercio primero de estos fue encargado á nuestro D. Francisco, que habia permanecido en Madrid sin destino alguno; y para su recluta, no sin gran dificultad y no menos dispendio, le fueron señaladas las comarcas de Elvas, Piñel, Oporto, Viana, Miranda y Moneorvo; pero como no habia podido completar los quinientos hombres de que debia constar este tercio, tuvo que pasar á Castilla como á la mitad del año de 1638, para acabar de reclutar en ella la gente que le faltaba. Á poco tiempo de acabarse de formar este solo tercio, porque el segundo nunca llegó á realizarse, solicitó vivamente un poderoso socorro para Flandes el cardenal infante D. Fernando, gobernador de allí entonces: con cuyo motivo el consejo de estado de España resolvió juntar toda la gente, dinero y embarcaciones que fuese posible, para que se apresurasen á marchar á las plazas de armas señaladas de Cartagena y la Coruña. Á pesar de estas vivas providencias, no fue posible congregar con la presteza que se exigia las levas de los señores y las reales; por lo que al paso que iban llegando lentamente, eran luego repartidas y agregadas á los tercios que se formaban en la Coruña, segun la autoridad y valia de los cabos de ellos. Á nuestro Melo cupo uno de estos tercios, el cual constaba de mil ciento setenta plazas con quinientos setenta portugueses y seiscientos castellanos, los primeros con cinco y los segundos con seis capitanes, cada cual de la nación de sus soldados.

En este estado se hallaba la guarnicion y apresto de la Coruña, cuando le llegaban ya al rey por Inglaterra varios avisos del cardenal infante de las inteligencias de Francia, Holanda é Inglaterra; por lo que escribió al marqués de Valparaiso, gobernador de aquellas armas, para que estuviese sobre aviso, á fin de repelear las de los franceses que brevemente se entendia, podrian demandar aquellas costas de España. Inmediatamente reunió el marqués todas las tropas que pudo que segun se entendió, llegarían á diez y ocho mil hombres y por acuerdo de los cabos mandó fabricar una cadena de ciento sesenta mástiles gruesos, bien trincados con fuertes gimenas y argollas de hierro; pero con cierto juego, para ceñir y dificultar el puerto desde el castillo de San Anton hasta el de Santa Lucia. Todo el re-

cinto de esta fábrica se afirmaba en cincuenta áncoras contenidas de gruesas amarras, y para su custodia habia diez chalupas bien armadas, que andaban en continua guardia de noche, rondando cinco por fuera y cinco por dentro de la cadena, la que dejaba libre un estrecho paso por donde podian entrar los socorros de los puertos vecinos, y salir los cuarenta navios de la armada á combatir los enemigos, como casi todos los dias lo ejecutaron. Se guardaron todos los puntos por donde podia desembarcar el enemigo, convenientemente se repartieron algunas tropas por las estancias que rodeaban la plaza, y las trincheras de toda la costa fueron encargadas al tercio de D. Francisco Manuel, y del mismo modo la guarnicion del principal fuerte del mar, que es el de San Anton, donde consiste la mayor defensa de aquel puerto.

Ya se hallaba todo casi prevenido, cuando en 16 de junio de 1639 se le mostraron formidables desenrollados los estandartes de Francia en mas de setenta velas al mando de su general el arzobispo de Burdeos, Enrique de Sordis. Á poco de su llegada procuraron reconocer los franceses la fuerza de la cadena, que era mas valiente en la apariencia que en la fuerza, y que los contrarios la temieron tanto, como de ella se desconfiaban los propios naturales, y despues empezaron á combatir la ciudad á muy larga distancia con mayor espanto que ruina. Pasáron tres dias de continuo tiroteo por una y otra parte, aunque siempre con mayor daño del partido francés, sin que el enemigo hubiese intentado accion alguna que mostrase desigño de sitio, se vieron al cuarto levar anclas los menores navios para dar fondo mas arrimados á tierra del Ferrol, en donde desembarcaron á otro dia alguna gente, que despues de cuatro horas de cruel pelea se retiraron con algunos muertos de ambas partes, y por manifestarse ya señales de temerosa tempestad los volvieron á reembarcar el 23 de junio, víspera de san Juan y séptimo dia de su llegada. En fin, despues de peligros y faenas infinitas por haberse desazonado ya la tormenta, largó el paño la almiranta el dia 8 con toda la escuadra, para entrar inciertamente en varios puertos de Francia con pérdida y con manifesto riesgo despues de tanto costo y aparato.

Estimulados el rey D. Felipe y sus ministros de los progresos de los franceses, apretabanlas órdenes para que en aquel verano se juntase en la Coruña un gran poder naval, con que obrar su desagravio; no solo contra la Francia, sino contra los holandeses, que ya tenian cuarenta y cuatro navios bien armados al mando del teniente general Martin Herps Tromp. Fueron tales las providencias que se llegaron á tomar, que en breve tiempo se pudo juntar en la Coruña una escuadra de sesenta navios, y de nueve á diez mil hombres, para cuyo embarque, ejecutado en dos dias, fue comisionado Melo por orden del gobernador, habiéndosele originado de este trabajo largas dolencias, que padeció por mas de tres años sucesivos. Estando ya pronto:

todo, se dió parte al rey para que declarase el destino de la escuadra, que para salir no esperaba otra cosa mas que su real resolucíon. Á pocos días de este aviso volvió de la corte un correo con la órden de que la jornada se hiciese en derechura á Flandes, mas que en tal modo se navegase por aquella derrota, que si en el pasaje se presenciasse alguna armada, se aventurase el caudal é intentos, á trueque de conseguir su ruina.

Inmediatamente que se dieron las órdenes necesarias, largó la vela la capitana real de España con su almirante general D. Antonio de Oquendo el día 27 de agosto, y sucesivamente fue saliendo por su órden toda esta numerosa armada, compuesta de varios trozos de navíos españoles y portugueses, con nueve de ingleses por asiento, y con la de Dunquerque al mando del almirante Salvador Rodríguez, portugués, que montaba el galeon San Francisco, en el que por el nombre y por el capitán hizo su viaje Melo. En el mismo día de la salida de la escuadra perdió la tierra de vista, y hasta las siete de la mañana del 46 de setiembre no se descubrió de todo la armada holandesa, que se hallaba en el canal de la Mancha repartida en varios bordos. Á pocas horas de avistarse, se trabó un fuerte combate que duró como unas seis horas; al cabo de las cuales se retiraron los holandeses con alguna pérdida por temor de ser cortados y de estrellarse en los placeres de Boloña, que se hallaban de allí muy inmediatos; gastando todo lo mas de aquella tarde y noche en apañarse para una segunda batalla. Pero pasando Tromp á mayores intentos, luego que se le juntaron otras quince naves, empezó de nuevo á pelear á las once de la noche del 48, hasta que pasadas catorce horas de un cruelísimo combate tuvo al fin que abandonar aquellas aguas con bastante daño, y dirigirse al puerto de Calès en Francia. temeroso de la embestida que denodadamente iba á darle la escuadra española. En este caso se encaminaron los españoles antes que llegase la noche á las dunas para componer sus averías, curar sus heridos y proveerse de pólvora y otros efectos que necesitaban. Pero á pesar de todos los pasos dados por el general y embajador de España no fue posible hacer que le suministrasen los ingleses la menor cosa, sino alguna porción de pólvora, que sin embargo de haber comprado por dos veces á precio muy excesivo, no se les quiso entregar de la calidad y cantidad contratada, sino hasta el punto crítico en que estaban bien prevenidos los holandeses.

Como luego que entraron estos en Calès fueron provistos por el gobernador de aquel puerto de cuatrocientos quintales de pólvora con balas, cuerdas y demás pertrechos, pudieron arribar á las dunas con veinte y cuatro naves escogidas de su flota al segundo día de hallarse allí los españoles, habiendo despachado antes á Holanda á su almirante Viten con todas las maltratadas para que se trocasen por otras de fuerzas mas enteras, y para que se fletasen muchas merc-

cantes con mantenimientos y gentes de refresco. En breves dias fue todo así ejecutado, por lo que se juntaron en las dunas el número de ciento diez naves holandesas con diez y ocho brulotes, y mas de sesenta que de continuo andaban atravesando los mares para oponerse á cualquier socorro que de España ó Flandes viniese á los españoles.

Sabedor el infante cardenal del apuro en que se hallaba la escuadra de Oquendo, dispuso concuenta y seis embarcaciones de Flandes para que transportasen de las dunas el socorro de gente y dinero que esperaba. En la mañana del 27 de setiembre se descubrieron surtos en el puerto todos estos barcos, sin ser hasta entonces vistos por los holandeses; los que no hicieron el mayor alto, persuadidos de que habrían traído refrescos, y de que á su vuelta se llevarian los heridos. En esta fe, hubo jugar para que dispuesta la tripulación con disimulo, pudiese salir el socorro á las nueve de la noche á favor de una espesa niebla, y llegar á igual hora del otro dia por la mañana al puerto de Dunquerque, cuyo tránsito es solo de quince leguas; pero sin embargo de tal precaucion, no dejaron de ser sentidos los barcos por aquellas fragatas holandesas que estaban mas junto á tierra, por cuya causa tomaron estas algunas balandras cargadas de infantería, en las que quiso la fortuna que no fuese ni uno solo de los soldados del tercio de D. Francisco Manuel, con los que iba él tambien embarcado.

En medio de los designios que advertia el general Oquendo en los holandeses, resolvió despedir buena parte de los navios que traia á sueldo, y aprovechándose de las municiones, armas, soldados y mantenimientos de ellos, recogió un considerable é insensible socorro para salir del puerto, por no poder sufrir ya á mas la insolencia de su enemigo. Con esta mira pidió á Londres la remision de la pólvora, que no llegó á la real de España sino hasta el anochecer, que era la hora dispuesta á voluntad de Tromp. Excusándose el general Oquendo de recogerla en aquella hora, fue obligado á recibirla bajo mil pretextos y amenazas por Pininton, general de la escuadra inglesa, que habia entrado en aquel puerto con treinta y un navios á los diez dias de la arribada de las dos armadas; pero en el instante que se habia empezado su embarque, se vió venir ya á la capitana holandesa con su escuadra haciéndose á la vela sobre la de España para embestirla, so color de estar recibiendo su enemigo pólvora para quemarlos en el puerto. Á vista de tan gran maldad, empezó el general Oquendo á marcar su paño para largarse en el momento, y sin haberse casi verificado, principiaron los holandeses, alegres de esta provocada salida, á dar, parte en el puerto y parte fuera de él, inmensas cargas de artillería sobre los descuidados y mal prevenidos españoles: de cuyas rosulias perecieron muchos navios de estos, abrasados unos por los brulotes y otros echados á pique;

pero no sin lágrimas, sangre y vidas de los pérfidos holandeses.

En el tiempo en que militaba Melo en Flandes de maestro de campo (\*), como fuese de un genio sumamente pundonoroso, no pudo disimular una acción que le hizo una persona de grande autoridad, de lo que hubieran resultado perniciosas consecuencias, á no atajarlas prudentemente el infante cardenal, mandándole ir á Alemania para disuadir la disposición del ejército de Alsacia á cargo de D. Francisco Melo, con la ocasión de la pérdida de Brisac ocupada por Bavier; pero habiendo caído enfermo, no pudo desempeñar una comisión tan grave como honrosa. Estando destinado despues de volver á España para gobernador de Bayona de Galicia, se encendió con tal furor la guerra de Cataluña, que tuvo que dejar la asistencia á la junta de Cantabria, establecida en Vitoria con el objeto de gobernar y regir la guerra de Francia, por pasar á Zaragoza á asistir al marqués de los Velez, que mandaba el ejército castellano, en el que continuó Melo sirviendo con tanta mano y autoridad, que igualaba á la de los mayores caños; pues sin su parecer no daba un solo paso el general: y como los aciertos correspondiesen á sus consejos, luego que se le hubo retirado, le escribieron algunos de los mayores oficiales: que desde que habia faltado de allí, todo era desconcierto y perdición.

Era tan alta la idea que justamente se habia granjeado, que habiendo Felipe IV mandado al general de la guerra en Cataluña, que la hiciese escribir por la persona mas hábil que hubiese en el ejército, fué elegido para ello nuestro autor con general aplauso de todos, para cuyo efecto fue recogiendo con la mayor pureza las relaciones de todo lo que se obraba por las manos ó por los ojos. Mas como luego que sucedió el sábado 1.º de diciembre de 1640 la separacion de Portugal, á causa de haberse mandado, que para sujetar á los catalanes se armase toda la nobleza portuguesa, so pena de perder sus feudos, fuese avisado el marqués de los Velez por el Conde-duque, para que procurase ocultárselo á los catalanes y al ejército, por hallarse sirviendo en él mas de seis mil infantes portugueses y no pocos de caballería, empezó á notar Melo en el semblante del general algun disgusto y recelo, así de él como de otros oficiales de su nacion. La pública confianza que siempre habia merecido D. Francisco á la casa de Braganza, hizo que Diego Suarez, enemigo declarado de ella, procurase introducir en el ánimo del Conde-duque la mayor sospecha de él, alegando que desde el ejército de Cataluña, donde sorvia con tanta intervencion, podria por mano de los castellanos hacer á Castilla muchos deservicios en provecho de Portugal. Y como ya de antemano se hallaba el duque algo desconfiado de Melo, no fue necesario mas para cebarse á la manera de un toro bravo en la capa del:

(\*) Es como ahora coronel.

que procuró cegarle con ella para poder escaparse, mandando su prision para vengarse del artífice y consejero de su descuido. El mismo correo que llevó esta noticia al ejército, llevó la orden también, para que cuanto antes se prendiese entre otras personas portuguesas á nuestro autor, y fuese conducido en hierros á Madrid, en donde mientras que se le tuvo encarcelado por espacio de cuatro meses, expuesta su vida y honra á la furia de un príncipe quejoso y á su parecer engañado, escribió en aquel año de 1641 las memorias de su vida, que nunca fueron impresas, siendo de esta manera el primer portugués que padeció en Castilla por la fe de un reino tan suspirado por Melo. Pero queriendo Dios por su providencia, que no se le pudiese justificar ninguna de las sospechas que habian recaído sobre su conducta, se le mandó poner en libertad, como inocente, y para reparar los perjuicios que se le habian ocasionado, se le dió una renta mayor que la hacienda que posaba en Portugal, con un puesto todavía mas aventajado que lo que podía esperar de todos sus merecimientos. En seguida fue llevado á la presencia del Conde-duque, el que al verte, se anticipó á hablarle estas propias palabras: Ea, caballero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dijo en el Prado: pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tanto acciones contingentes? No se ve cuales se nos volvieron su N. y su N. y su N. (\*)

Resuelto ya Melo á dejar por la décima y última vez á Madrid para solo servir á su patria, rompió por todo, y pasando de Lisboa á Londres, enseñó el camino que siguieron muchos gloriosamente después. Se halló en el congreso de la paz celebrada entre Portugal y la corte de Inglaterra, asistiendo á los embajadores portugueses con alguna utilidad para la reputación de su reino. Á poco tiempo se fue á los estados de Holanda, solicitada por cartas del embajador Tristan de Mendoza, para asistirle y ayudarle en el último apresto de la armada prevenida para el socorro de su patria; pero como los asuntos de aquella embajada no permitiesen á Mendoza dejarlos por ocuparse en el apresto y gobierno de los navíos, se substituyó D. Francisco por orden de su príncipe. De tal modo desempeñó esta comisión, que en breve tiempo llegó después de inmenso trabajo á su patria, llevando consigo el socorro de mas importancia que hasta aquel tiempo se habia recibido en Portugal: porque llevó un buen número de navíos, un regimiento montado de caballería, otro armado de dragones, que después quedaron de á pie, y una gran cantidad de armas y vituallas sobre muchas personas de cuenta, que ocupaban grandes puestos en los ejércitos donde servian, y doscientos soldados portugueses retirados en Holanda de Flandes, India, Brasil y

(\*) El duque de Braganza, el marqués de Ferrera y el conde de Vimioso.

Cataluña. Por encargo del rey D. Juan acomodó y repartió los soldados mas antiguos que se hallaban en Portugal de Flandes y Cataluña, para que se aprovechasen en sus ejércitos, librando así á la corte y á los ministros de quejosos, y poblando las fronteras de oficiales. Sin empleo alguno pasó al Alentejo, en donde sirvió un año entero sin que pasase en esta provincia cosa importante, en que no se hallase en persona ó consejo, teniendo tanta parte en la formación de su primer ejército, como tuvieron todos los cabos y ministros portugueses. Despues condujo por el reino de Portugal todos los prisioneros españoles, desbaratando mas parte de ellos por la industria que lo que veían por la fuerza de las armas, porque de mil setecientos rendidos que le entregaron, no entraron en Castilla quinientos sin violentar en manera alguna la palabra real. Restituido á Lisboa, le fue mandado por el rey, que asistiese á varias juntas de los mayores ministros sobre la fortificación de las plazas de Alentejo y designios de aquellas armas; cuyo voto no fue de los menos provechosos. Asistió por mas de seis meses continuos á justificar el procedimiento de Portugal entre los partidos ingleses de realistas y parlamentarios. Por orden del consejo de la guerra formó el regimiento de las Torres, y se construyeron por direccion suya las fortalezas de la Barra de Lisboa, y en la ocasion en que podia aquella plaza recelarse de las armadas inglesas, escribió la defensa de dicha ciudad. De manera sirvió á su patria, que pocos fueron los negocios grandes de la guerra y paz, embajadas, jurisdicciones, capitulaciones, regimientos, competencias y otras cosas semejantes de las que pasaron en aquel reino: en sus tribunales; consejos, fronteras y conquistas en que dejase de tener parte, ya con su parecer, ó ya por conferencia con los que los dirigian.

Pero cuando parece que era ya tiempo de recoger el premio que merecian unos servicios tan distinguidos y tan reiterados; la vil y abominable envidia, que siempre ha tenido en las cortes su principal residencia, lo hizo experimentar fatales calamidades maquinadas por la malevolencia de sus émulos. Fue acusado falsamente del asesinato de Francisco Cardoso, y en su consecuencia preso en la Torre Vieja de Lisboa el martes 49 de noviembre de 1644 por orden de la Mesa de Conciencia. Á pesar de haber presentado cuarenta testigos en su defensa, que cada uno valia mas en cualidad y justificación que todos los documentos que hubo contra él, no pudo lograr despues de doce años de prision, ya en la Torre Vieja ó de San Sebastian, ya en la torre de Belem, y ya en el castillo de San Jorge ó de Lisboa, que se le absolviese de una acusacion tan falsa y tan manifiesta. Despues de haberle despojado de su hacienda por gruesas condenaciones, fue al cabo de dicho tiempo sentenciado á salir para siempre de su patria y desterrado al Brasil, en donde permaneció seis años, cuya conmutacion por la de Bahía, donde estaba antes destinado, no pudo lo-

grar sino por empeño que hizo en 6 de noviembre de 1648 Luis XIII rey de Francia y el cardenal Mazarini con D. Juan el IV de Portugal. Por la propia causa fueron ajusticiados hasta el último rigor de las leyes tres hombres, lanzado otro á galeras para siempre, y algunos desgraciados.

Estando preso en Lisboa acabó la presente historia de Cataluña, y por no parecer sospechoso que un portugués en su traje y por eso castigado y vejado habiase en sus obras de hombres enemigos de su nacion, mudó su nombre en ella por el de Clemente, por ser el del santo titular de su nacimiento, y su apellido en el de Libertino, porque hallándose hijo de madre (Portugal) que fue esclava y ya libre, le convenia aquel significado, con alusion á que entre los romanos era este el nombre de los hijos de los esclavos libertos. Esta historia, como se ve, fue dedicada por él al papa Inocencio X, como á quien debia ser juez en una causa pública que seria tratada muchas veces ante su presencia; y habiendo sido aceptada se la mandó colocar en la biblioteca vaticana. Tal fue el ruido que hizo esta obra en Europa, que á pocos años de publicarse fue reimpressa por tres veces en Portugal, y no se pasó mucho tiempo sin ser traducida en francés. Fue tan excelente historiador que en la imitacion que siguió de los Curcios, de los Livios y de los Tucídides, consiguió exceder muchas veces á tan respetables originales, así en la elegancia de la frase y profundidad del concepto, como en la agudeza y discrecion; pero sin embargo fue tanta su moderacion, que hablando de esta historia solo dice: que lo que la falta, se la agregó de entereza, porque á lo mas no tiene otra cosa, que cuatro palabras que el uso le enseñó á dejar á veces en su lugar, y otras cerca de él. Semejante idea de si mismo manifestó, cuando al quejarse de él cierto amigo por haber ocultado su nombre en esta historia, le respondió: No ha perdido nada el libro faltándole mi nombre, ni mi nombre faltándole el libro.

Restituido á su patria desde el Brasil, ya mas benigna su mala estrella, se ocupó con mayor desvelo solo en continuar é imprimir sus obras místicas y profanas de historia, poesia, milicia, politica, moral y otras ciencias que en el espacio de treinta y seis años habia compuesto, tan diversas en los asuntos, como admiradas por su mérito y por su número, pues ascendian á cien volúmenes las impresas, y á muy pocas menos las manuscritas. Desde el año 1628 hasta el de 1644 gimieron á un tiempo mismo las prensas de Vorezi, Falco y Mancini en Roma; las de Boessat y Remaus en Leon de Francia, las de Juan Stenop en Londres, y las de Craesbeeck y Oliveira en Lisboa. Fue tan inimitable en el estilo joco serio que usaba sin degenerar en pueril ni ridículo, que supo criticar sin pasion y reprender sin ofensa las costumbres de su tiempo, templando el rigor de la invectiva, y haciendo apetecida y deleitosa su ceasura. En las mayores

cortes del mundo concilió con su discreta conversacion el afecto de las principales personas, así en calidad como en las ciencias que en ellas florecian. Fue muy estimado en Roma, entre otros sabios, del P. Atanasio Kirker, y del cardenal Brancati de Laurcia, y en Madrid de todos los literatos, y con especialidad de nuestro célebre poeta Quevedo de Villegas. Habló con igual pureza que expedición las lenguas mas cultas de Europa, llegando á explicar sus conceptos dedicados en cualquier de ellas con tal propiedad, como si hubiese nacido en Madrid, Paris ó en Roma. Tuvo conocimientos tan vastos de la oratoria y de la poesia, que competian como á porfia las mas célebres academias por tenerle de colega, siendo en la famosa de los generosos de Lisboa por varias veces presidente, y alcanzando en los mayores certámenes literarios los primeros premios. Falleció en Lisboa á 13 de octubre de 1667, siendo de edad de cincuenta y cuatro años, diez meses y veinte y un dias. Yace sepultado en el convento de San José de la ribera del mar de religiosos descalzos de San Pedro de Alcántara. Nunca fue casado, aunque tuvo un hijo natural llamado D. Jorge Manuel de Melo, fiel imitador de las proezas militares de su padre, dando heróicos ejemplos en la batalla de Senef en el año de 1674, donde murió valerosamente, siendo ya capitán de caballos.

## DEDICATORIA.

PADRE SANTO.

*Vertiendo sangre el pueblo cristiano puso Dios á vuestra Santidad en su silla para que la detenga y restañe; todos así lo creemos y esperamos. Obedece la sangre á la virtud de una piedra beneficiada del sol, para y se reprime: lo mismo ha de ser ahora por el valor de la piedra angular de la iglesia, depósito de las influencias del sol mas poderoso. ¿Quién lo duda, cuando en medio del diluvio de los intereses humanos sale la paloma de vuestra Santidad, asegurando al universo, que no puede faltar quien tiene por blason la paz, y por oficio dar la vida por ella? Contémples vuestra Santidad; y se hallará cercado de obligaciones, no sé cuales mayores, ¿su dignidad ó su nombre? Ella de amor de Padre, el de justicia de Inocente: ¿pues de las del tiempo qué diremos? Nació Cristo en edad pacífica, vuestra Santidad en siglo turbulento: misteriosa confianza hace Dios de su gran espíritu de vuestra Santidad; pues ahora le envía y le entrega su poder; esto es decir á vuestra Santidad que el que se desviare de las llaves de Pedro, tema el montante de Pablo. De un mismo metal son fabricadas las dos celestiales insignias, y entrambas propias á la poderosa mano de vuestra Santidad. Al que no acude á la voz, reduzca el cayado; así lo usa el pastor, y el pastor bueno no desampara por la asistencia de otras la oveja mas apartada, cuyos religiosos balidos le llaman fielmente. Y porque naciendo vuestra Santidad, como ha nacido, á la quietud de los fieles, necesita de muchas verdades, que han de ser el material, con que debe obrarse este cándido templo de la paz pública, informándose de las razones ó sinrazones de las gentes. Yo pequeño entre los mas ofrezco á los benditos pies de vuestra Santidad esta humilde historia de Cataluña, y su primer rompimiento en guerra con el rey D. Felipe el IV; como origen de los grandes acontecimientos de España: de la cual separacion y guerra tomaron tambien motivo los mayores negocios de Europa, que de importantes ó mortales solamente aspiran á los remedios de la Iglesia. Á Dios llamo por juez de mi intencion, y espero conocer ha oido mi ruego segun el acogimiento que vuestra Santidad fuere servido mandar hacer á mis escritos, que por destinados desde su principio á vuestra Santidad, se excusaron á principes y reyes, á quienes podía ofrecerlos el*

*amor ó el respeto. Empero pues yo llegué á coronar mi edificio del gran nombre de vuestra Santidad ¿qué otra cosa me queda que pedir, Beatísimo Padre, despues de la apostólica bendición, sino que Dios prospere y santifique la vida y persona de vuestra Santidad, para consuelo y quietud de los fieles? Escrita en San Vicente de Hastello á 10 de octubre, año segundo de vuestro pontificado y del Señor 1645.*

PADRE SANTO.

*Desa humildemente los sagrados pies de Vuestra Santidad.*

CLEMENTE LIBERTINO.

## HABLO Á QUIEN LEE.

---

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas, sino mas del deleite y policia, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte, ni la lisonja han sido parciales á mi escritura: aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos, todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurre por la naturaleza de estos sucesos: entonces será tuyo el útil, como el trabajo mio, sacando de mis letras doctrina por ti mismo; y ambos así nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tu con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonia de las razones, certifique que en nada entró el artificio, sino que la materia entonces mas deleitable la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado: lo primero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes,

es con suma reverencia á la púrpura ; pero esa es condicion de las llagas , no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos , no lo han sido á mi inteligencia , ninguno juzga temerariamente , sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está entre pocos , de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey D. Felipe algunas veces católicos como á su rey : no se quejen los mas de esta separacion , sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro españoles , castellanos ó reales ; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos cuando hablo por ellos , ni á la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos pocos han sido mas cuidadosos ; si lo he conseguido , dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos , no los vestidos de seda , lana ó pieles , sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años , estimado en el mundo.

Si en algo te he servido , pídotse que no te entrometas á saber de mi mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio , como le he recibido en suerte : no te ofrezco mi persona , que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado , no vuelvas á leerme ; y si te obligo , perdónote el agradecimiento : no es temor , como no es vanidad. Largo es el teatro , dilatada la tragedia , otra vez nos toparemos , ya me conocerás por la voz , yo á ti por la censura.

---

# LIBRO I.

---

## SUMARIO.

Intereses y discordias entre España y Francia. — Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flandes, Francia é Italia. — Ocupación de Tierra de Labor. — Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuenterabía, Coruña y Salses. — Guerra y ejércitos en España, origen de escándalos y alborotos en Cataluña. — Descripción de aquella provincia. — Violencias en su gobierno. — Descontento común. — Prisión de sus Ministros. — Entrada de los segadores. — Movimientos de Barcelona. — Muerto del Santa Coloma, virey del principado.

1. Yo pretendo escribir los casos memorables que en nuestros días han sucedido en España, en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el orden de la república, á vista de los cuales estuvo pendiente la atención política de todos los principes y gentes de Europa.

2. Grandísima es la materia, y aunque la pluma, inferior notablemente á las cosas que ofrece escribir, podía en alguna manera hacerlas menores, ellas son de tal calidad, que por ningún accidente dejarán de servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos.

3. Desobligado y libre de toda afición ó violencia, pongo los hombres al peso de tan grande historia. Hablo (dichosamente) de principes, á quienes no debo lisonjear ó aborrecer, y de naciones que no conozco por buenas ó malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, porque en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis observaciones, no solo como inclinación, mas como precepto.

4. Primero este motivo, despues el temor de que estas cosas lleven y hayan de correr la misma infelicidad que las pasadas entre la conversacion y memoria de los hombres, me obligó á escribirlas.

5. Castellanos, franceses, catalanes, naciones, ministros, repúblicas, principes y reyes de quienes he de tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me deban los otros: la verdad es la que dicta, yo quien escribe; suyas son las razones, mias las letras; por esto no soy digno de acusacion ni de alabanza: sirva esta religiosa igualdad (jamás alterada en mis escritos) al desagravio ó desobligacion, de los que llegaren á leerme quejosos ó agradecidos; bien que, la variedad de los sucesos y de los juicios á que ellos sirven de ocasion, facilmente dará á entender como no callo el error ó alabanza de ninguno.

6. Quien retrata, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfeccion: tampoco el severo espíritu de la historia puede guardar decoro á la iniquidad; empero si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, mas les dejáramos á los venideros envidia que advertimiento. No solo sirven á la república las obras heróicas: el pregon que acompaña al delincuente, tambien es documento saludable, porque el vulgo entendiendo rudamente de las cosas, mas se persuade del temor del castigo que se eleva á la esperanza del premio.

7. Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria, mas pues que la fortuna, dejándole á otro para escribir los gratisimos triunfos de los Césares, me ha traído á referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavia yo procuraré contar á la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con tanta claridad, cuidado y observacion, que aunque la materia sea triste pueda igualar su ejemplo con las mas agradables y provechosas.

8. Tuvo la guerra presente de España y Francia no pequeños ni ocultos motivos; públicos ya en los papeles,

y mas en las acciones de entrambas coronas ; pero sin duda yo habré de contar por el mas urgente el gran valor de una y otra nacion , que no cabiendo en los términos de la templanza desde los siglos de sus pasados reyes hasta nuestros días , resultó algunas veces en soberbias y escándalos. Ayudáronse del interés , émulos de la gloria ó del dominio , que es el espíritu viviente en las venas del estado , y ministrando la vecindad en que la naturaleza puso estas dos famosas provincias , muchas ocasiones de discordia , eso mismo que debia servir á la amistad y alianza , era sobre lo que se fundaba la queja ó injuria ; de tal suerte , que ni la conformidad de religion ni los vínculos de la sangre , ni la bondad y virtud de los principes , fué bastante para conformar sus ánimos ni los de sus ministros , aun contra el clamor universal de los vasallos , que ó menos informados de los resentimientos , ó menos sensibles en ellos , publicamente pedian y deseaban la paz.

9. Propusieron conseguirla por medio de la guerra , persuadidos de otros ejemplos , y despues de varios casos con que cada uno ofendia la misma justificacion que mostraba querer defender , comenzó á temblar Europa de los estruendos y aparatos de armas que hacian españoles y franceses.

10. Mostráronse el año de 635 las banderas de Francia formidables á todo el Pais Bajo : fué roto el principe Tomas de Saboya : entraron en Tirlemon , sitiaron á Lovaina , amenazaron á Bruselas y á Italia , embestida Valencia del Pó , y la Valteína ocupada con otros algunos sucesos favorables á franceses ; pero no sin desagrado de los españoles , que no con menos dicha penetraron la Francia , ganaron la Capella , Chatelet , Landreci y Corbia en la Picardía , descarraron Paris , defendieron la misma Valencia sitiada , y poco despues (desesperando de mayor empresa) se hicieron dueños de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

11. Era ya voracisimo el fuego de la guerra , mas encuen-

dido en los ánimos acomodados á toda ruina : así creciendo el enojo en la contradicción de los sucesos , hubo entonces el odio de arrebatara para sí las acciones , que antes solo ejecutaba la ira.

42. Continuóse (como externa) aquella inquietud por casi dos años , sin que los pueblos vecinos de España y Francia llegasen á experimentar sus costosos movimientos , porque aunque se guardaban con el cuidado conveniente (segun lo deben hacer los que no quieren hallarse en el súbito peligro) todavía de una ni de otra parte se habia dado hasta aquel punto ocasion al escándalo. Alteróse en fin el temperamento de todo el cuerpo de las dos coronas y comenzaron á padecer los efectos de su dolor sus miembros mas apartados.

43. Era aquel año virey de Navarra D. Francisco de Andia é Irazaval , marques de Valparaiso (hombre que jamas escusó de hacerse agradable á aquellos de quienes dependia) : habia descubierto en pláticas y escritos en el ánimo de D. Gaspar de Guzman , conde-duque de Santucar (portentoso favorecido del rey Católico) cierto género de contrariedad á la corona francesa y acciones del cardenal Armando Juan de Plessis , (dicho comunmente Richelieu) primer ministro tambien de aquel reino , y sobre todos valido de la magestad cristianísima : juzgó que el mejor camino de introducirse en la voluntad del conde era facilitarle los medios de la venganza. Negoció secretamente los empleos de las armas españolas , y de improviso bajó los Pirineos , seguido de algunos trozos de gente mal armada , á que dudamos llamar ejército. Entendieronlo los franceses , cuando se hallaba ya destruyendo y ocupando á Siburo , San Juan de Luz , Socoa y la Tapida , lugares de la Gascuña en la tierra que llaman de Labor , que es aquella que yace de esotra parte de los Pirineos , y se termina á poniente con el mar Cantábrico. Era el poder del Valparaiso mas proporcionado al descuido de aquella provincia , que no á sus fuerzas : recogieronse los que se retiraban de la campaña á Bayona.

(primera ciudad de la Gascuña puesta al principio de las Landas): intentó ganarla por sorpresa, desvaneciéndose su designio, porque habiéndose detenido antes en lo que no tenia dificultad, faltó primero la ocasion, que el marqués se valiese de ella. Volvióse en fin forzado de las prevenciones que ya hacian los franceses. Ejecutólo pocos dias despues de su entrada, sin que de su empresa se luciese otro efecto, que haber llamado la guerra hácia aquella parte donde no convenia. Presidió los puestos, obligando las armas de su rey á mayores empeños. Esta diversion impracticable (segun despues la acusó la experiencia) podremos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomaron motivo todos los sucesos y accidentes, que poco tiempo despues turbaron la serenidad del estado.

44. Crecia la oposicion de parte de los franceses por cobrar sus lugares, y cada dia se reconocia mas en España el yerro de habérselos retenido. Intentaron enmendar el desórden pasado, y trazaron otro mayor para remediar el primero. Pareció se debian dejar los puestos ocupados en Francia, y se obró la retirada con tan poca atencion como la empresa. No hay caso monstruoso á los principios, á que no sigan fines desordenados. Retiráronse los españoles á tiempo que solo su eleccion podia obligarlos, dejando de la misma suerte que estaban las fortificaciones, que habian fabricado con gran peligro y dispendio: dejaron las provisiones y viveres prevenidos para su misma defensa, y lo que es mas, mucha parte de la artillería; cosa que por increíble á los franceses, con temor gozaban de su utilidad.

45. Pasó adelante la atencion y deseo de venganza, con que el Conde-duque disponia inquietar y divertir á el Riche-lieu en la paz interior de su provincia, y de los intereses que mostraba en la guerra del Artois y Lombardía.

46. Juzgóse que la Leucata, postrer lugar del Langüedoc, ó por mas vecino á España, ó tambien por mas descuidado de las armas, podia ser á propósito para la embes-

tida : encargóse la empresa á D. Henrique de Aragon , duque de Cardona y de Segorbe , entonces virey de Cataluña , para que asistido del conde Juan Cerbellon , ilustre soldado milanés , con buena parte de infantería y caballería obrasen la interpresa ó sitio (si fuese necesario) casi infaliblemente.

17. Fué sitiada Leucata , porque la ocasion no dió lugar á que se apretase por términos mas breves , y despues quo (á juicio de los españoles) no podia resistirse , fué socorrida por los de Narbona y Tolosa tan osadamente , que siendo los Católicos acometidos en sus mismos cuarteles , fueron rotos con gran pérdida de gente y no pequeña nota en la opinion.

18. No tardó mucho el ejército cristianísimo en dar vista á la provincia de Guipúzcoa , gobernado por Henrique de Borbon , principe de Condé ( hombre en todos tiempos mas esclarecido que afortunado ) : pasó los linderos de la Francia con poderosa mano , á la que obedecian hasta veinte mil combatientes. Viendo España entonces las lises de sangre , que ya la antigua paz y deudo habían vuolto de oro , sitió á Fuenterrabia , plaza de opinion en la Cantabria , y despues de un riguroso asedio , perdió la empresa , el poder y los intentos , habiéndola socorrido ( contra toda esperanza ) los ejércitos de D. Juan Alonso Henriquez de Cabrera , Almirante de Castilla , y de D. Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens , marqués de los Velez , por la industria de Carlos Caraciolo , marqués de Torrecusa , su maestre de campo general.

19. En este estado se hallaban los negocios de la guerra interior de España al fin del año de seiscientos treinta y ocho ( el que entre todos pudo llamar dichoso aquella monarquía ) ; pero aunque sus armas triunfasen victoriosas , érales imposible poder cubrir y asegurar las provincias distantes. Con esta ocasion la tuvieron los franceses el año siguiente de ocupar á viva fuerza el castillo de Salses ( dicho de los geógrafos Salsulæ ) y última plaza del rey Católico en

el condado de Rosellon : no pudo resistirse á la furia del contrario , que añadiendo al valor natural la injuria del suceso de Fuenterrabía , obraba en Sálces como desconfiado y como valeroso. Ganóse en pocos días , mostrando la fortuna mas aquella vez , como no vinculó las victorias á ninguna nacion.

20. La bizarria española , contra el comun sentimiento de los prácticos que no aconsejaban la guerra aquel año por ser ya los últimos meses de 639 , no se acomodó á sufrir un corto espacio ese lunar en el rostro de su república , feísimo á los ojos de los atrevidos , mucho mas que á la consideracion de los cuerdos.

21. Armó grueso ejército el rey Católico , cuyo mando entregó á Felipe Espinola , marqués de los Balbases , Comendador mayor de Castilla , que poco antes habia dejado el reposo de su república , Génova , en que tambien se habia empleado poco despues de grandes ocupaciones de la guerra. Siendo Felipe hijo de Ambrosio , discípulo de aquel gran maestro , ¿ como se puede creer habrá faltado á la hierencia de la sangre y de la doctrina ? con esto juzgo llamarle dignísimo capitán del príncipe que quisiere servir.

22. La plaza fortificada nuevamente , gobernada por hombre experto cual era Mr. Espernan , á quien fué encomendada su defensa , la sazón del año extrañísima al manejo de las armas , el grueso del ejército español formado de gente mas lustrosa que robusta , todo junto fué causa de que se dilatase el sitio , y de que las tropas católicas fuesen heridas de terribles enfermedades. Hubo en fin de rendirse la plaza , capitulando los franceses briosamente : obtuvieron con todo , el castillo de Ópol , fuerza poco considerable , y que por cosa sin nombre olvidaron , ó disimularon los españoles. Ahora lo podremos advertir no sin misterio , porque parece que en haberle dejado obediente á Francia , se denotó la posesion que su rey conservaba de toda aquella tierra , que poco despues la habia de llamar Señor.

23. Casi en estos días la armada naval del Cristianísimo, á cargo de Henrique de Sordis, arzobispo de Burdeos, dió fondo en la Coruña, que pudiendo destruir, se contentó con amenazar. Detúvose algunos, embarazada quizá en las muchas ocasiones que se le ofrecían, ó de abrasar la armada católica que se hallaba en el puerto, inferior á su número y fortuna (mandada de D. Lope de Hoces, que el año antes había recibido incendio por el mismo contrario), ó de escalar la plaza, que aunque bien guardada de soldados, no pudiera resistirse á un daño grande por falta de municiones. En medio de esta duda se levantó un gran temporal contra el uso de naturaleza, cuyo brazo peleó por España, gobernado de la Divina Providencia: obligóla el viento furioso á que se recogiese en sus puertos con mayor espanto que peligro. Reparóse, y salió á navegar segunda vez la vuelta de España: asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando en las Cuatro Villas, arruinó á Laredo, lo intentó en Santander, abrasó sus astilleros, y amenazada nuevamente del tiempo aun mas que del enemigo que ya salía á buscarla con la infelicitísima flota de D. Antonio de Oquendo, se volvió á Francia poco rica de triunfos.

24. La variedad de esta guerra, diferente todos los años, fue causa de que las tropas y ejércitos del rey Católico hubiesen de revolverse muchas veces de unas provincias en otras, conforme el enemigo mostraba querer acometerlas, y que á estos sus tránsitos y pasajes se siguiesen los robos, escándalos é insultos, que trae consigo la multitud y libertad de los ejércitos. En otras partes llegaban á ser con mas exceso insufribles por la larga existencia en ellas; de tal suerte, que unos y otros pueblos no cesaban de gemir con el peso de la molestia en que los ponían sus armas propias. Era de todas Cataluña, como la mas ocasionada, la mas afligida provincia.

25. Habíanse mostrado los catalanes á los principios de la guerra con demasiada templanza: primero tuvieron in-

tentos de que se les fiase la defensa de sus plazas: fundaban en su práctica y valor, atentos á aquella máxima de la naturaleza, de que cada uno sabe lo que basta para su conservacion: ofrecian no perdonar á gastos ó contribuciones en beneficio de su república, aseguraban al rey qualquiera invasion por aquella parte, esquivábanse de que entre ellos se introdujesen armas extrañas, juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismos; en fin pensaban, que en ofrecerlo así, servian al príncipe y á la patria.

26. Hizose esta proposicion impracticable á los Consejos por algunos respetos, todos encaminados á la poca satisfaccion que se tenia de los catalanes, de quienes el rey conservaba alguna memoria cerca de la entereza con que habia sido tratado el año de 632, cuando fué á celebrar sus córtes. Ayudaban esta poca digna recordacion las diligencias del Conde-Duque, humanamente ofendido de que la nobleza catalana y buena parte de la plebe se declarasen en favor del Almirante de Castilla, cuando en Barcelona sucedieron las contiendas entre el mismo Almirante y el Conde-duque. De otra parte, Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, favorecido del conde, tampoco daba calor á los negocios públicos del principado, ó fuese lisonja á su dueño que reconocia desaficionado, ó venganza particular, á que le llevaba su propio afecto.

27. Juzgándose el zelo sospechoso, siguióse naturalmente á la duda el desagradocimiento; de modo que á un mismo tiempo aquella atencion que no se tuvo á su servicio, desobligó á los catalanes de proseguirle, y puso á los ministros reales en cierto género de desconfianza. Y si por entonces aquellos no justificaron su intencion afectuosa y sencilla, estos no dejaron por lo menos de medir y observar sus fuerzas para lo venidero.

28. En esta opinion estaban las cosas públicas del principado, cuando llegó la nueva de que los franceses habian ocupado á Salses: pedia la necesidad prontísimo remedio.

y no se hallaban en Castilla todos los medios proporcionados á la guerra. Pareció que esta ocasion habria de ser la piedra de toque, donde se daría á conocer la fineza de Cataluña, porque de su pérdida ó de su ganancia siempre sacaban conveniencia, y ayudándose de ellos como de buenos vasallos, y dándoles por otra parte causa á que templasen su orgullo, abatiendo sus fuerzas, si acaso fuesen ellos los que pretendian averiguar alguna sospecha. Con esta ocasion concedieron una como igualdad con el Espinola en el mando de la empresa al virey de Cataluña: era en este tiempo D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, que algunos años antes fué reputado por atentísimo repúblico, y como tal querido de su pueblo.

29. Con esta eleccion se consiguieron asaz particulares servicios, porque los catalanes, ó ya olvidados del primer desprecio, ó solicitados por la industria del conde, ó tambien, porque las quejas de los principes en los hombres no duran mas de lo que ellos mismos se lo permiten, acudieron vivamente á la ocasion con grueso número de vasallos y copiosísima provision de víveres; cuéntase este por el mas abundante ejército que España formó dentro de sí, cuya prosperidad se fundó sobre la industria de los catalanes.

30. Concurrieron al servicio de Sálses grande parte de la nobleza y mucha de la plebe: los mismos castellanos, sin atencion á los extremos del principado, estiman en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio, haciendo repetidas levadas de infanteria, y continuas conducciones de gastadores para manejo y fortificacion del ejército.

31. Tanto fué el caudal con que entró en la empresa; y con la misma proporcion que ayudó al número, sirvió tambien al peligro. Hallábanse en el fin de la guerra por todas sus provincias muchos húérfanos y viudas, cuyos padres y esposos habian servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustentaba en la sangre de los humanos: sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república;

que lastimada de ellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo que indivisiblemente gozaba Castilla, como si solo ella hubiese merecido el aplauso.

32. Los catalanes poco acostumbrados (en la edad presente) al servicio militar de sus principes, juzgaban por de singular fineza sus empleos; que sin duda parecieran grandes aun en las naciones mas belicosas y opulentas. Con este aprecio esperaban atentísimamente los premios y gratificaciones; por ser cosa natural que el mérito engendre la esperanza. Y si cuantos despues llegaron á publicar los servicios de aquella nacion, los acordaron antes de la queja, no les faltara el consuelo á tiempo que se excusara la desconfianza; empero, ó fuese que los ministros á cuyo cargo estaban estas informaciones, tardasen en hacerlas al rey, ó que juzgando diferentemente de la accion, contasen la deuda por de menor calidad, ó que tambien (como sucede en las cortes) aquel expediente no hallase en los ánimos la sazón y fuerza que las mas veces falta en los negocios ajenos (como si el pagar servicios y obligaciones no fuese el mas propio negocio de los reyes) y se determinase para otro tiempo el premio de aquella gente. Dicen ellos (y la verdad lo confirma) que no solamente tardaron las mercedes y gracias; pero que ni un lijero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y sin duda, sino se les negó con artificio, la suerte que ya lo iba encaminando á otros fines, ordenó que el desprecio de los mayores, disimulase aquella grande obligacion: esta experiencia volvió á despertar en ellos, sino un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos segunda vez la fortuna; así fué comun el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los principes que baratamente compran la aficion de los vasallos, y lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, ninguno llegara á ser remiso, quanto mas á parecer ingrato.

33. No se juzgaban todavia por acabadas las cosas de

Francia con la recuperacion de Salses, porque aun despues de su cobro, quedaba la guerra en el mismo estado que antes de perdida: su victoria tambien habia dado ocasion á mayores pensamientos en el Conde-duque; que ya entonces juzgaba por corta felicidad solo la conservacion de su imperio: el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vivamente pedia lugar de cura y descanso: las conveniencias no permitian se apartasen tanto las armas, que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo, para que se pudiese pensar el modo de acomodarlas.

34. En esta consideracion ordenaron el Espinola y Santa Coloma, que, guarnecidas las plazas de la frontera conforme pedian las ocasiones presentes, lo restante del ejército se repartiese por el pais en varios cuarteles segun la capacidad de los pueblos. Salió esta resolucion molestísima á los catalanes, que habian sufrido el pasado hospedaje con gran paciencia, esperando, que con la mejora de las armas católicas saldrian de gran opresion, aliviándose de las milicias que tantos años habian agasajado contra su natural y perturbacion de sus fueros. Empero viendo que nuevamente se comenzaban á acomodar para proseguir la guerra, no se hallaba entre ellos hombre alguno, que con templanza supiese llevar aquel accidente, á que tan poco ninguno podria resistir.

35. Cumplióse en fin la disposicion de los cabos, y los catalanes que ya obedecian antes rabiosos que atentos, asentaron mas este peso por nueva partida en el gran memorial de sus agravios.

36. Pasó adelante el daño, porque hallándose las rentas reales en sumo aprieto, procedido del continuado dispendio de la guerra, siguióse que los socorros ordinarios de los soldados no corriesen entonces con aquella igualdad y concierto, que pide la infalible necesidad de los ejércitos. Era fuerza que á la falta comun en que se hallaban todos, se siguiese nueva inquietud y discordia, que habiendo toma-

do tantas veces motivo en la ambición y demasia, no era mucho que entonces se ocasionase en la miseria y hambre de la gente. Llegaban estas noticias á Barcelona y á los cabos, y al principio no parecieron otra cosa que alguna de aquellas ordinarias contiendas entre soldados y paisanos; achaque para que ninguna prudencia halló remedio.

37. Crecian cada instante las cartas y las quejas, ya de los ministros de la provincia, ya de los soldados del ejército. Quejábase estos oprimidos de su continua miseria, juzgando por excesivo trabajo el que padecian, cuando los enviaban al descanso: acusaban la dureza de sus patrones y aun su soberbia, que los trataban como esclavos, no como compañeros: justificaban su causa con que no pedian mas de lo lícito (su gran aprieto podrá ser les hiciese parecer corta cualquiera demostracion oficiosa). Aquellos se quejaban de la insolencia militar, representaban su codicia y trato violentísimo, hacian muerfura del sufrimiento pasado, decian que su pobreza y no su impaciencia lo rehusaba, que ellos acudian aun con mas de lo posible; pero que la ingratitud y libertad de los huéspedes ahogaba todos los medios de su industria.

38. Oíanse los clamores de unos y otros, que esto parecia entonces lo mas que se podia hacer por ellos, y en medio de las dudas y quejas, ninguna cosa se advertia competente á la templanza, sino era el mostrarles lástima á cada uno, que este es el mas fácil medio para aplicar á aquellas cosas que no tienen remedio.

39. El de Santa Coloma combatido á un mismo tiempo de zelo del servicio de su rey y de compasion de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo, segun lo llevaba la fuerza de la razon: algunas veces reprehendia los excesos y libertad de la soldadesca, y otras se convertia contra los mismos moradores; pero los catalanes zelosos de entender, que en su corazon tuviesen lugar otros respetos que los que debia á la conservacion de su patria, y creyendo tambien, que su fortuna crecia con las ruinas de la ro-

pública, por instantes mudaban en aborrecimiento la primera afición que le tenían.

40. El Espinola procuraba la conservación de su ejército, juzgando que á su oficio no tocaba arbitrar los medios del descanso y sosiego del principado (propia fatiga al espíritu del Santa Coloma), y persuadido de algunos hombres mas prácticos que amantes de la nación catalana (y entre ellos de D. Juan de Benavides y de la Cerda, Vecdor general de la provincia) disponia á este tiempo en gracia de la hacienda real un gran negocio, á que mejor pudiéramos llamar mina secreta, que despues arruinó la paz común de Cataluña.

41. Tratóse por algunos dias aquella negociacion en consultas y papeles secretisimos; era de hermosa apariencia en orden á la utilidad del príncipe, y comprendia interiormente riesgos á la república (como despues lo dieron á conocer sus efectos): las conveniencias agradables no hicieron lugar á que se penetrase con la consideracion hasta el peligro; así en corto espacio de tiempo se pensó, se consultó, se aprobó y caminó á su ejecucion.

42. Había el Espinola manejado los ejércitos de Milan, tenía mas conocimiento de la gran sustancia y fertilidad de aquella tierra, de lo que alcanzaba de la cortedad ú opulencia de los catalanes; y de tal suerte se llevó y dejó llevar, lisonjeado de aquel pensamiento, que asentó consigo y los otros, podría conseguir, que la provincia acudiese á mantener el ejército católico, como lo hacen los gruesisimos pueblos de la Lombardia. Así habiendo alcanzado la permission y aun el agradecimiento del rey, sin otra prevencion ó diligencia, facilitando la ley en el ejemplo, y fortificándola (á su parecer insuperablemente) en las mismas armas que le obedecian, despachó con prontitud órdenes á los pueblos y cuarteles, para que sirviesen con el socorro ordinario á las tropas de su alojamiento: señaló bocas á los oficiales y soldados, cantidades de forrajes á la caballería, separó los cuarteles al tren y hagajes; en fin distribuyendo

los despachos conforme la ciencia militar, si él no faltara á la templanza, como no faltó á la disciplina, no pudiéramos negar que habia hecho un gran servicio á su señor.

43. Acudieron á embarazar este primer efecto las universidades, donde primero llegó el aviso; empero el Espínola por moderar su queja, las dió á entender, que ni su intencion, ni la del rey era obligarles á que diesen mas á los soldados de lo que daban de antes: que era solo arbitrarles un medio que sirviese como de tasa á su codicia de ellos, y de moderacion á la liberalidad de los pueblos: que no se hacia mas de mudar el nombre, llamando contribucion á lo que primero se pudo llamar cortesía: que la estrechez de los tiempos presentes no daba lugar á que el rey dejase de valerse de tan buenos vasallos: que el beneficio de aquellas armas era mas propio de Cataluña que de Castilla, pues se oponian á la invasion de sus enemigos: que el soldado hace al labrador arar y recoger seguro; no menos el labrador debe hacer que el soldado pelee satisfecho: que el tiempo del servicio seria cortísimo; que apenas conocerian el peso, cuando ya se le quitarian del hombro: que la necesidad era tan grande, que por fuerza les habria de tocar alguna parte: que cuando es inmensa la carga, muchos brazos la facilitan y hacen lijera; finalmente, que la voluntad de los reyes (y con la razon á las espaldas) siempre es digna de obediencia.

44. Así pensó persuadirlos el marqués; pero ningun advertimiento ó dulzura fué capaz de templar el enojo y rabia de aquella gente en la proposicion señalada, y muchas cuando ultimamente lo escuchaban como precepto.

45. Rompieron con furia y desorden en desconcertadas palabras y algunos hechos de mayor desconcierto: entonces hacian larguísima lista de sus progresos y servicios, celebraban sus obras, exageraban su paciencia: luego cotejaban los méritos con las mercedes, y toda esta cuenta venia á parar en endurecerse mas en su propósito: los mas atentos clamaban la libertad de sus privilegios, revolvián todas

las historias antiguas, mostraban claramente la gloria con que sus pasados habian alcanzado cuanta honra hoy perdian con vituperio sus descendientes. Algunos con mas artificio que zelo, daban con un cierto género de queja contra la liberalidad de los reyes antiguos, que tan ricos los habian dejado de fueros, cuya religiosa defensa les costaba tanta injuria y peligro.

46. Los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, fortalecidos en la permission, no habia insulto que no hallasen lícito: discurrían libremente por la campaña (sin diferenciarla del pais contrario) desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares: otros dentro de su propio hospedaje, violentando las leyes del agasajo, osaban á desmentir la misma cortesía de la naturaleza. Unos se atrevian á la hacienda, disipándola; otros á la vida, haciendo contra ella; y muchos fulminaban atrocemente contra la honra del que los sustentaba y servia. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan execrables á la consideracion de los cristianos, como á la de los políticos.

47. Disculpábase cada cual con la afliccion de la hambre que el ejército padecia comunmente, como si los delitos y desórdenes fuesen medios proporcionados para alcanzar la prosperidad. El natural aprieto á que nos reduce la miseria humana, casi no hay accion que nos evite; empero de tal suerte nos debemos valer de esta infelicísima libertad, que no nos hagan parecer brutos esas mismas pasiones que nos hacen parecer hombres.

48. Los que mandaban las tropas reales, fatigados de la misma falta ó de la misma ambicion, ni enmendaban los soldados, ni daban satisfaccion á los paisanos (gran culpa de los que tienen ejércitos á su cargo, permitir toda la libertad de que pretende valerse la juventud y descuello de los que siguen la guerra); bien es verdad, que la milicia alligida está incapaz de ninguna disciplina: el descuido de estos, ó su artificioso silencio despertaba mas las quejas de

todo el principado, y en pocos dias (aunque asentado sobre muchos casos) ocupó la discordia de tal suerte los ánimos de los naturales, que ya ninguno buscaba el remedio, sino la venganza.

49. Á este tiempo el Espinola, llamado de mayores ocupaciones (ó de su mayor dicha), habia dejado el régimen de las armas; suerte es, y no injuria de poner la espada enflaquecida, para que se rompa en manos del segundo diestro que la coge ambicioso: uníase todo el mando en el Santa Coloma, que apropiándose mas en el patrocinio de los soldados, al mismo tiempo que se afirmaba en el baston de general, resbalaba en la silla de virrey; tan contrario concepto habian formado de su zelo ya los naturales.

50. Entendiase exteriormente (y no sin buenos fundamentos) que este modo de gobierno podria ser el mas suave á la provincia, porque llevando el ejército á las manos de su natural, no podria haber la ocasion de queja que pudiera, trayendo el principado al gobierno del extranjero. Pero esto mismo era en el Santa Coloma un nuevo estudio, que le desvelaba en hacerse mas agradable á los soldados que á los paisanos, temiendo podrian decir ellos, que su corazón era solo de sus patricios. Los catalanes con el mismo temor observaban diferente atencion en el Santa Coloma para las materias del ejército, que para la conservacion de la provincia; y á la verdad él deseaba satisfacer los ferasteros, llevado de la razon que enseña, cuan importante es á los hombres grandes el aplauso y gracia de las armas, que tantas veces en el mundo, no solo han hecho famosos algunos en su misma esfera, sino que los han subido hasta la magestad del imperio.

51. Esta consideracion por ventura, le incitó á granjear la gracia y voluntad de los soldados, ó porque juzgando la razon mas de su parte, pretendia emplearse en su desagravio. Eran continuas las lástimas que cada dia parecian por los tribunales y audiencias, repetidas por las voces y plumas de abogados en Barcelona, y confirmadas con llantos y clamores de los pobres.

52. Publicábanse cada vez mas y mayores delitos de la soldadesca, escribíanse procesos, sacábanse manifiestos, ofrecíanse memoriales, hablábanse en las plazas, motejábanse en las conversaciones y acusábanse desde los púlpitos. Todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenía por objeto la opresion de su patria: otras veces las exequias y luto tristísimo daban testimonio de muertes y desastres continuos. Fué entre todas, profundamente sentida la de D. Antonio Fluvia, á quien habian abrasado en un castillo suyo algunas tropas de caballeria napolitana á cargo de los espatafóras; bien que entre los españoles y catalanes hubo gran diferencia en contar los principios del caso, refiriéndole cada cual como mas se acomodaba á su razon. Mas no era este solo el delito escandaloso, muchos y varios se referian, donde podemos pensar, que ni en todo los unos fueron culpados, ó inocentes los otros; mas antes que, como entre ellos sembró el odio el fertilísimo grano de su discordia, tales se podian esperar las cosechas de turbacion y desconsuelo universal.

53. Mirábalo ya con recelo de mayor daño el Santa Coloma, y pensando evitar muchas ocasiones al desabrimiento de los naturales, tuvo por cosa conveniente, que las quejas comunes de los soldados no corriésen con el estilo de la curia punitiva, juzgando segun la experiencia, que muchas de las acusaciones eran falsas, y que de las verdaderas no seria conveniente vivir escrita la memoria de tan torpes acontecimientos: persuadido de este discurso mandó por el doctor Miguel Juan Magarola, que ninguno de los abogados de Barcelona pudiese asistir á las causas ordinarias de paisanos contra soldados. Fué esta la cosa mas sensible para los afligidos, pues es verdad, que el último desconsuelo del miserable es quitarle hasta la voz para pedir el remedio. Al rigor de este mandamiento comenzaron á esforzar las voces los quejosos, como sucede al agua, que detenida por algun espacio, revienta por otra parte ó sale por aquella con mayor ímpetu.

54. Vanas salian y contrarias las diligencias encaminadas á la salud pública: vivian todos los pueblos en temor y aborrecimiento de los soldados, estremecidos con el incendio del Fluvia. Corria fama en Santa Coloma de Farnés (lugar del vizconde de Joch) que el tercio de D. Leonardo Mólés caminaba á destruirle, porque entonces entre el hospedaje y la ruina no habia ninguna diferencia; si bien ellos propiamente temian, que los napolitanos pretendiesen vengarse (como amenazaban) de los agravios recibidos en otro pueblo vecino. Procuró el vizconde en Barcelona desviar el peligro de los suyos; pero no pudo alcanzar otro medio, que haberse enviado contra el mismo lugar un aguacil real dicho Monredon (es en Cataluña este oficio de mayor estimacion y dignidad que en Castilla): era él hombre de naturaleza asaz acomodada á su intonto, soberbio y áspero. Llegó publicando amenazas, pretendió culpar y castigar sin reservar ninguno, siendo la primera parte de su prevenido castigo alojar en la villa todo el tercio del Mólés: advertidos pues de su enojo los moradores por la experiencia de otras demasias, comenzaron á dejar el lugar retirándose á la iglesia. Desesperóse el Monredon, reconociendo como los vecinos iban escapándose de sus manos, y mandó públicamente fuesen quemadas las casas que sus moradores desamparasen. Á este terrible mandamiento se opuso alguno, que los catalanes afirman ser forastero, y aunque natural, ni por eso olvidado como indigno; pero él arrehatado de su furor, le disparó una pistola á los pechos. Sus criados y otros que le seguian, imitando la barbaridad de su dueño, como á la señal militar, oyéndola, se arrojaron á embestir la plebe desconfiada y tomerosa: trabóse la pendencia entre estos y aquellos con muerte y sangre de algunos naturales. Engrosóse su número (ya con mayores intentos que la defensa): retiróse el Monredon á una casa donde pensó escaparse: cercáronsele los ofendidos; y pegándola fuego, ni el partido de la confesion que pedia, quisieron concederle.

55. La nueva de este suceso prosiguió en irritar y revol-

ver el ánimo de los Reales, dándole al Santa Coloma desde aquel punto mas cuidado las cosas, como aquel que ya tocaba con las manos, lo que hasta entonces miraba como desde lejos el discurso. Envió contra el pueblo uno de sus oidores, á cuyas lentísimas diligencias se consiguió la entrada en la villa por los soldados de Móles, y despues su ruina: fueron quemadas y derribadas poco menos de doscientas casas. No perdonó su furia á la iglesia consagrada á Dios, como ya dicen, se habia atrevido en el incendio lamentable de Riu de Arénas, ó fuese sacrílega malicia de algun hereje disimulado en el ejército católico, ó inevitable peligro de los que se trae consigo la guerra, digno siempre de lágrimas, y que yo llego á escribir con moderacion, segun lo que he visto y oido, por no escandalizar la memoria del que leyere con la recordacion de este abominable suceso: tampoco es mi propósito ofender el nombre ó justificacion de los que en ello, se dice, han tenido parte; queda la verdad sin injuria y sin mancha la inocencia, y desengañe el tiempo á la posteridad, ya que nosotros padecemos la duda.

56. Contenia el campo católico, de mas de los tercios españoles, algunos regimientos de naciones extranjeras, venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, los cuales no solo cumplidamente constan de hombres naturales, mas antes entre ellos se introducen siempre muchos de provincias y religiones diversas: los trajes, lengua y costumbres diferentes de los españoles, no tanto (para con la gente comun) los hacia reputar por extraños en la patria, sino tambien en la ley: este error platicado en el vulgo (que de su parte de ellos alguna vez se ayudaba con demostraciones escandalosas) vino á extenderse de tal suerte, que casi todos eran tenidos por herejes y contrarios de la Iglesia. Miraban con estos ojos los catalanes sus demasias, contando como delitos muchas lijerezas y apariencias dignas de desprecio, en que no hubieran reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de los ejércitos.

57. Habia el Santa Coloma dado cuenta por muchas veces al rey de la turbacion de aquella provincia: habia significado sus quejas, ofreciendo uno de dos medios para moderarla: eran, ó aliviar los moradores de los alojamientos y contribuciones á que no se acomodaban y no podian llevar, ó tambien que las tropas se engrosasen á tal número, que los soldados fuesen superiores á los naturales, porque su temor los tuviese obedientes.

58. No dejó de causar novedad en los ministros del rey católico el estilo del Santa Coloma: algunos llegaron á presumir que representaba el segundo remedio, porque considerándole extraño é imposible, su dificultad los obligase á usar del primero, que era sin falta el mas conforme á su descao.

59. El Espinola tambien, al lado del Conde-duque, le hacia entender que su industria habia ya facilitado todas las dudas del país, y que el Santa Coloma las volvia á platicar, porque se conociese que en todas las acciones y finezas del principado tenia parte. Llevados de este discurso, y siempre con incredulidad de su mayor daño, le respondian sin determinar el fin de las cosas; antes con modos y palabras generales, llenas de duda ó artificio, llegaban (cuando mucho) á decirle castigase los culpados sin excepcion de dignidad ó fuero: que averiguase los delitos por jueces desapasionados; dejábanle en mayor confusion las respuestas que su misma duda.

60. Entonces los diputados de la provincia, persuadidos de su zelo y obligaciones, con acuerdo de los mas prácticos en la república, entendieron que por razon de su oficio les tocaba acudir por la generalidad oprimida de diferentes excesos. Ofrecióse por parte del principado delante el virey el diputado militar Francisco de Tamarit, voz de la nobleza catalana: representó las ofensas y opresiones recibidas, pidió el remedio, protestó por los daños comunes, y con brio no desigual al comedimiento, enseñó (como desde lejos) algunas misteriosas razones, que todas se aplicaban á mostrar la gran autoridad de la union y poder público.

61. Recibióle el Santa Coloma con severidad, respondió gravemente, y poco despues aumentó su turbacion la segunda embajada de Barcelona; una y otra encaminada á un mismo fin, fundadas ambas en unas mismas quejas, adornadas con las propias razones y ministradas de un semejante espíritu.

62. Creció con la ocasion su desplacer, y juzgando que si desde los principios no cortaba las raíces á aquella planta de la libertad que ya temia nacida, podria ser despues durísima de arrancar, y cuya sombra causaria abrigo á una miserable sedicion en la patria: resolvió mandar á la prision (ejecutándolo luego) al diputado Tamarit, como persona principal en el magistrado, y por la ciudad á Francisco de Vergos y Leonardo Serra, entrambos votos del Consejo de Ciento; y que contra el diputado eclesiástico procediesen los jueces del breve apostólico, impetrado á este fin, porque la riguridad usada con los mayares, excusase el castigo de los pequeños.

63. Sintiólo interiormente la ciudad, aunque sin voces, que las mas veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor. Cualquiera guardaba en su ánimo la afrenta de su república, como si él solo fuese el ofendido, proponiendo consigo mismo el desagravio comun, que porque le deseaban igual á la injuria, ninguno se determinaba á vengarse por si solo.

64. Dió el Santa Coloma aviso al rey de la demostracion hecha en Barcelona, y no sin vanidad de lo obrado decia del silencio en que la ciudad se hallaba á vista de su resolucion, y como ya ninguno osaria declararse en favor de la república: que procedia en formar el proceso y averiguar la culpa; que el castigo podria quedarse al arbitrio real. Llegó á entender, que en esta accion cobraba todo el crédito dudoso al juicio de los otros ministros, que no le podrian argüir flojedad alguna, que no satisfaciese la deliberacion de haber castigado los mas poderosos; en fin, esta diligencia en su ánimo fué mas sacrificada á la lisonja que

á la equidad. No dejó de agradecersele el rey , ordenándole, que unos y otros reos fuesen reducidos á prision áspera ; mientras se pensaba el castigo conveniente , ó se pasaban al castillo del Perpiñan. Satisfizose su mandamiento , volviendo á renovar entonces la provincia las antiguas llagas de su afrenta , y como desde el corazon se comunica la vida ó la muerte á las mas partes del cuerpo , así desde Barcelona , como corazon del principado , se derivaba el veneno de la injuria por todas sus regiones en cartas y avisos con tanta prontitud , que en breves dias el ánimo de todos parecia gobernado de una sola pasion.

65. Estimán los catalanes notablemente sus magistrados , y sobre todos , aquellos que representan la autoridad suprema de la república ( como los romanos á sus dictadores ) : no podian mirar sin lágrimas sus mayores arrastrando los hierros , en que los oprimia la violencia de su señor : lloraban su libertad como perdida , y todos tomian el castigo á proporcion de su fortuna : encendiase con cada accion el mortal odio contra la persona del virey : entendian que la gracia comun lo habia subido á la dignidad : quanto mas lo juzgaban obligado , tanto mas ingrato les parecia : mirábanle con ceño de parricida , y todo su pensamiento se empleaba en como les seria posible arrojar de su gobierno aquel hombre , que tan mal habia usado de sus aplausos.

66. De este vivisimo deseo de venganza resultaron miserables efectos en toda Cataluña , porque siendo ya comun el odio entre naturales y soldados , ninguno buscaba otra razon para dañar al contrario , que el ser de estos ó aquellos. Llegabase el tiempo de disponer las cosas de la guerra aquel año , y las tropas se comenzaban á revolver en sus cuarteles , para marchar donde les era señalado ; pero los catalanes , que ya pensaban eran públicos sus propósitos , mostraban temerlas como enemigas. De la misma suerte los soldados , sin aguardar otra averiguacion mas del temor de los naturales , los ofendian y robaban sin piedad alguna.

67. Marchaban las compañías de unos lugares á otros , y

salian á recibirlas armados los paisanos como á genfe contraria : en otras partes los agasajaban feamente contra las leyes naturales , y (como en la casa de Thiestes) desde la mesa pasaban á la sepultura : unos pueblos pagaban tal vez la insolencia de otros con incendios , muertes y vituperios : corrian por todo el país ríos de sangre , cuyo movimiento no obedecía á ningun poder ó industria. Bien procuraba el Santa Coloma impedir los excesos , aunque no sabia de todos (esta es la primera calamidad que padecen los males de la república) ; empero no se hallaba medicina de tan fuerte virtud , que templase el poder de la malicia comun , y los accidentes llevados de la violencia de otros , venian hacer una sucesion de desastres , como cosa natural é infalible.

68. Hállome ahora obligado á dar alguna noticia de Cataluña (para que mejor se entienda lo que habré de decir despues , tocando en sus antigüedades) , del natural y costumbres de sus moradores , y otras cosas que pertenecen á mi historia ; todo procuraré hacer en cortísima digresion. No ofenda mi brevedad la grandeza de esta provincia , ni mi juicio embarace la noticia de los mas bien informados ; bien que yo en procurarlas certísimas (de lo que no vi) he cumplido con mi obligacion , y quizá con mi deseo.

69. Es Cataluña la provincia mas oriental de España , puesta por los romanos en la citerior , despues en la tarraconense , nombre derivado á su tercera parte de la antigua ciudad de Tarragona , famosa en aquellas edades , y en esta célebre por sus militares acontecimientos. De los pueblos Celtas ó Celtiberos fue llamada Celtiberia ; pero en siglos mas próximos entre godos y alanos que la ocuparon , mudó el primer nombre , llamándose de las naciones dominantes Gotia Alania ó Gocia Alonia , y ahora Catalonia ó Cataluña , obedeciendo á los tiempos en la variedad de los nombres , como en la del imperio.

70. Tiene á levante la Galia dicha narbonense , de quien la dividen los Pirineos , famosos montes de Europa que unos denominan de Pyr , voz griega que significa fuego , y

le fué aplicada por su memorable incendio, otros de un antiguo rey en España llamado Pyrrus. Á poniente confina con Aragon y parte de Valencia: apártalos en ciertos lugares el rio Ebro; pero en otros pasan allende sus aguas algunos pueblos de Cataluña: por el septentrion la toca Navarra y el Bearne, y se acaba en el mar Mediterráneo por el lado que mira á mediodia. Divídese toda la tierra en cinco provincias diferentes, que algunas de ellas tuvieron diferente señorío: las mas célebres son Cataluña, de quien habemos dicho, Rosellon: llamado Rhusino, Cerdaña que es la antigua Sardonum, despues Conflent y Ampurdan. Ahora se comprenden todas en el condado de Barcelona, cuyo estado, segun las historias, tuvo principio en Luduvico Pio, hijo de Carlo Magno, año del Señor 814; si bien aquella ciudad con algunas otras de su dominio se cuentan entre las dudosas fundaciones de Hércules (ó Amilcar Barcino, como otros dicen): juntas sus provincias hacen un principado, siéndoles comun á sus naturales una lengua, un hábito y unas costumbres, en que se diferencian poco de los barboneses ó lenguadoques, de quienes se han derivado.

74. Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural, sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevisimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exencion, por lo que entre las mas naciones de España, son amantes de su libertad. La tierra abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion: el quejoso ó agraviado deja los pueblos, y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos: otros sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros: estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Laman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto.

no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre si los dos famosos bandos de Narros, y Cadells, no menos celebrados y dañosos á su patria que los Güelfos y Gibelinos de Milan, los Pafos y Médicis de Florencia, los Beaumonteses y Agramonteses de Navarra, y los Gamboynos y Oñasinos de la antigua Vizcaya.

72. Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa; cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimiento, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasion de dividirse; buen ejemplo para enseñar ó confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras, cuyo acierto pende de la union de los ánimos.

73. Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, á quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza, y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente Don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nacion mallorquin, hombre cuya vida hicieron notable en Europa la muerte de trescientas y veinte y cinco personas, que por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando vejuto y cinco años tras la venganza de una injusta muerte de un hermano. Ocupase estos tiempos D. Pedro sirviendo al rey católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfaccion del escándalo pasado.

74. Es el hábito comun acomodado á su ejercicio: acompañanse siempre de arcabuces cortos, llamados podreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa. atravesada desde el hombro al lado opuesto: los mas

desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos : tampoco se acomodan á sombreros , mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores ; cosa que algunas veces traen como para señal , diferenciándose unos de otros por las listas : visten larguísimas capas de jerga blanca , resistiendo gallardamente al trabajo con que se reparan y disimulan : sus calzados son de cáñamo tejido , á que llaman sandalias : usan poco el vino , y con agua sola de que se acompañan guardada en vasos rústicos y algunos panes ásperos que se llevan , siempre pasados del cordel con que se ciñen , caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos.

75. Los labradores y gente del campo , á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos , tambien son oprimidos de esta costumbre ; de tal suerte que unos y otros , todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural , por su habitacion y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun , que templando el rigor de la justicia , ó por menos atenta , ó por menos poderosa , tácitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos , donde ya los reciben como vecinos.

76. No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres , sueltos y sin policia ; antes por el contrario , es la tierra (principalmente en las llanuras) abundantísima de toda suerte de frutos , en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía , y vence qualquiera otra de las provincias de España : ennobleceña muchas ciudades , algunas famosas en antigüedad y lustre : tiene gran número de villas y lugares , algunos buenos puertos y plazas fuertes : su cabeza y corte Barcelona está llena de nobleza , letras , ingenios y hermosura ; y esto mismo se reparte con mas que medianta á los otros lugares del principado. Fabricó la piedad de sus príncipes ( señalados en la religion ) famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce como el sol entre las estrellas el santuario de Monserr-

rate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa: ¿Africa tambien no se lo confiesa? Es en fin Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reinos, de que se formó la monarquia española.

77. Andaba en este tiempo mas viva que nunca en el principado, la plática de las cosas públicas que cada uno eucaminaba, segun su intencion ó noticia; aunque generalmente la cólera de los naturales, persuadidos de su efecto, daba poco lugar á distinguir la razon del antojo. Habian los casos presentes sacado muchos hombres de sus casas, algunos ofendidos y otros temerosos: vivian estos retirados, segun su costumbre y continuo deseo de inquietud y venganza: engrosábase cada dia con esta gente el número de los que infestaban la campaña, de suerte que su fuerza y atrevimiento era bastante á poner en cuidado cualquiera de los pueblos pacíficos; empero ellos esperando la ocasion favorable, que ya les traia el tiempo, se disimulaban mas de lo que se comedían.

78. Crecia con las ocasiones la furia del pueblo, hasta que en doce de mayo rompió tumultuosamente las cárceles, sacando al diputado militar y otros oficiales del comun de la prision pública, de que avisados los otros acudieron al remedio de mayor daño sin artificiosa diligencia: los inquietos, como triunfantes, amenazaban las casas del Santa Coloma y marqués de Villafranca; fué como proemio aquel dia á la obra que ya determinaban: habianse retirado los dos á la tarazona, donde asistidos de los consellers y algunos caballeros salieron libres, excusando aquella vez el peligro á la injuria.

79. Habia entrado el mes de junio, en el cual por uso antiguo de la provincia acostumbra bajar de toda la montaña hácia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos, que lo mas del año viven

desordenadamente sin casa, oficio ó habitacion cierta: causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba: temen las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrian dar ocasion á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

80. Entraban continuamente los segadores en vísperas de Corpus, y se habian anticipado aquel año algunos, tambien su multitud superior á los pasados daba mas que pensar á los dueños, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacian de sus ruines pensamientos.

81. El de Santa Coloma avisado de esta novedad, procuró (previniéndola) estorbar el daño que ya antevia: comunicó á la ciudad diciendo, le parecia conveniente á su devocion y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algun mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto: pero los consellers de Barcelona (asi llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas) que casi se lisonjaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habria de ser la voz que mas constante volase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas: que el cerrar las puertas de la ciudad causaria mayor turbacion y tristeza; que quizá su multitud no se acomodaria á obedecer la simple orden de un pregon; intentaban con esto poner espanto al virey, para que se templase en la dureza con que procedia; por otra parte deseaban justificar su intencion para cualquier suceso.

82. Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusion, que los aguardaba en recibir tales hombres; empero volvió el magistrado por segunda respuesta, que ellos no se atrevian á mostrar á sus naturales tal desconfianza, que reconocian parte de los efectos de aquel recelo, que mandaban armar algunas comi-

pañías de la ciudad para tenerla sosegada: que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues á su poder tocaba hacer ejecutar los remedios, que ellos solo podian pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podia hacerles obedecer, ó tambien porque ellos no entendiesen, eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podia estar en sus manos.

83. Amaneció el dia en que la iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del Altar: fué aquel año el siete de junio. continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores; afirman que hasta dos mil, que con los anticipados hacian mas de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dicese que muchos á la prevencion y armas ordinarias añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algun hecho grande.

84. Entraban y discurrían por la ciudad: no habia por todas sus calles y plazas, sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores: en todos se discurría sobre los negocios entre el rey y la provincia, sobre la violencia del vi-rey, sobre la prision del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y ultimamente sobre la libertad de los soldados: despues ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido de la duda forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocian rabiosos ó impacientes: si topaban algun castellano, sin respetar su hábito ó puesto lo miraban con ofensa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no habia demostracion que no prometiese un miserable suceso.

85. Asistian á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del ejército y otros ministros del rey católico, que la guerra de Francia habia llamado á Cataluña; era como el desplacer con que los naturales los trataban. Los que eran niños y servidores del rey, atentos á los sucesos antecedentes, medían sus pa-

sos y divertimientos, y entre todos se hallaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habian sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor habia cubierto. Eran en fin frequentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patronos hubo, que compadecidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de antes se retirasen á Castilla; tal hubo tambien que rabioso, con pequeña ocasion amenazaba á otro con el esperado dia del desagravio público.

86. Este conocimiento incitó á muchos (bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del conde) á que se fingiesen enfermos é imposibilitados de seguirle: algunos despreciando ó ignorando el riesgo, le buscaron.

87. Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrian desordenadamente: los castellanos amedrentados del furor público, se escendian en lugares olvidados y torpes, otros se confiaban á la fidelidad (pocas veces incorrupta) de algunos moradores, tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto: esta diligencia (á pocos agradable) irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende mas la llama en la hornaza.

88. Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender por haberle conocido un ministro inferior de la justicia, hechura y oficial del Monredon (de quien hemos dicho), resultó de esta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzábase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos de los soldados de milicia que guardaban el palacio del virey, tiraron hácia el tumulto, dando á todos mas ocasion que remedio. Á este tiempo rompian furiosamente en gritos:

unos pedían venganzas, otros mas ambiciosos apellidaban la libertad de la patria: aquí se oía viva Cataluña y los catalanes: allí otros clamaban: muera el mal gobierno de Felipe. Formidables resonaron la primera vez estas eláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban, las oían con temor, y los mas no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno: para todo habia su acción, y en cada una cabían tan diferentes efectos; solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban iguales en el zelo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre), muchos sin contener su cojo servían de pregon al furor de otros: este gritaba cuando aquel hería, y este con las voces de aquel se enfurecía de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres, buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

89. Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese orden del conde, ó solo de la ciudad siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debían servir á la paz, ministraban el tumulto.

90. Porfiaban otras bandas de segadores (esforzadas ya de muchos naturales) en ceñir la casa del Santa Coloma: entonces los diputados de la general con los consellers de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que mas ayudó la confusión del conde, de lo que pudo socorrérsela: allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte, que accidentalmente pudiesen remediarse: facilitábanle con el ejemplo de D. Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad la dejó pasándose á Mecina. Dos galeras genovesas en el muelle daban todavía esperanza de salvacion: escuchábalo el Santa Coloma; pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra

suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecucion de su retirada. En fin se exen- só á los que le aconsejaban su remedio con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia: juzgaba la partida indecente á su dignidad: ofrecia en su corazon la vida por el real decoro: de esta suerte firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su for- tuna.

91. Del ánimo del magistrado no harémos discurso en es- ta accion, porque ahora el temor, ahora el artificio, le ha- cian que ya obrase conforme á la razon, ya que disimulase segun la convenienciá. Afirmase por sin dudá que ellos ja- más llegaron á pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

92. No cesaba el miserable virey en su oficio (como el que con el remo en la mano piensa, que por su trabajo ha de llegar al puerto): miraba, y revolvia en su imaginacion los daños, y procuraba su remedio: aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

93. Recogido á su aposento, escribia y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese ol- vidado de todos; no podian servir en nada: los provinciales ni querian mandar, menos obedecer.

94. Intentó por última diligenciá satisfacer su queja al pueblo, dejándlo en su mano el remedio de las cosas públi- cas, que ellos ya no agradecian, porque ninguno se obliga; ni quiere deber á otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer no- toria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores (á imitacion del cuerpo humano) habian de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningun miembro de ella acudia á su movimiento y oficio.

95. Á vista de este desengaño se dejó vencer de la consi- deracion y desco de salvar la vida, reconociendo última- mente lo poco que podia servir á la ciudad su asistencia.

pues antes el dejarla se encaminaba á la lisonja , ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo , pero ya no le fué posible , porque los que ocupaban la tarazona y baluarte del mar , á cañonazos habian hecho apartar la una galera ; y no menos porque para salir á buscarla á la marina , era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse seguido ya de pocos , á tiempo que los sediciosos á fuerza de armas atropellaban las puertas : los que las defendian entendiendo la causa del tumulto , unos les seguian , otros no lo estorbaban.

96. Á este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces ; cada casa representaba un espectáculo , muchas se ardian , muchas se arruinaban , á todas se perdía el respeto , y se atrevía la furia : olvidábase el sagrado de los templos , la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas : hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion , aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores ; así infamaban aquel día á la piedad , si alguno abrió sus puertas al afligido , ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles , cobrando no solo libertad , mas autoridad los delinquentes.

97. Habia el conde ya reconocido su postrer riesgo , oyendo las voces de los que le buscaban , pidiendo su vida ; y depuestas entonces las obligaciones de grande , se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre : procuró todos los modos de salvacion , y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse : salió segunda vez á la lengua del agua ; pero como el aprieto fuese grande , y mayor el peso de las aflicciones , mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian , porque llegando al esquife de la galera ( que no sin gran peligro los aguardaba ) hiciese como lo esperase tambien : no quiso aventurar la vida del hijo , porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo , y alcanzando la embarcacion , no le fué posible detenerla ( tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su

ruina): navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el conde mirándola con lágrimas disculpables en un hombre, que se veía desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Monjuich.

98. Á esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes como si su muerte fuese la corona de aquella victoria: todos sus pasos reconocian los de la tarazona: los muchos ojos que le miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguian: era grande la calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta: estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible, cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerta de cinco heridas en el pecho.

99. Asi acabó su vida D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dándole famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes!, que os parece nacisteis naturales al imperio, ¡qué importa, sino dura mas de la vida, y siempre la violencia del marido os arrastra tempranamente al precipicio!

100. No paró aquí la revolucida, porque como no tenia fin determinado, no sabian hasta donde era menester que llegase la fiereza. Las casas de todos los ministros y jueces reales fueron dadas á saco, como si en porfiadísimo asalto fuesen ganadas á enemigos. Empleóse mas el furor en el aposento de D. Garcia de Toledo, marqués de Villafranca, general de las galeras de España, que algunos dias antes habia dejado aquel puerto: tenian largas noticias del marqués por la asistencia que hacia en la ciudad: aborrecian entrañablemente su despejo y esquisito natural: pagaron

su confusión y temor : finalmente persuadido de su propio natural , se dejó entregar antes á la perdición que á la templanza.

46. Con este propósito se le ordenó al Cardona , no procediese contra los presos (extrañándose la resolución de cosa tan grande) que no diese por sí solo paso alguno en su castigo ; antes que de lo que obrase , diese cuenta á la junta que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragón. No hallaron otro modo de reprenderle mas decente á sus años y autoridad ; pero el duque saliendo á recibir lo que se le recataba , entendió que el rey se desplacía de su gobierno : vióse ceñido de obligaciones , unas que como sujeto le forzaban á consultar con otros , y otras , que como libre pedían su ejecución . en estas contradicciones comenzó á alligirse con tantas congojas , que no hallando el espíritu desahogo alguno , comunicó sus pasiones á la salud , hasta que esforzándose el mal por medio de una calentura (concitada de la viva imaginación de su afrenta) en pocos dias dejó la vida y el cuidado de la república , que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio. Aman los hombres el mando como cosa divina , sin advertir el riesgo que se trae consigo el gobernar á los otros hombres : no hay ninguno que por justificado deje de ser sospechoso al príncipe ó al pueblo , que lo uno basta para perder la grande fortuna , y lo otro la buena fama : en menos de la tercera parte de un año nos lo enseña el ejemplar de estos dos virreyes , el primero por muy obediente á su señor , muerto á las manos de la plebe ; el segundo por muy amante de su república , muerto tambien al enojo de su rey.

47. Fue su muerte del Cardona la última diligencia de la turbación , porque como su autoridad servia de freno á las demasías de unos , y de columna al temor de otros , viéndose aquellos sin que temer y estos sin que esperar , los primeros reiteraron su soberbia , y los segundos estragaron su templanza ; de tal manera que brevemente fueron en el

manidad casi todos los que se habian retirado, y entre ellos algunos hombres de gran calidad y puesto; estos son los que podríamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios y á los pies de sus ministros. Tal hubo, que pidiendo entrañablemente confesion, se la concedieron; pero luego impaciente el contrario salpicó de inocente y miserable sangre los oídos del que en lugar de Dios la escuchaba: otros medio muertos por las calles acababan sin el refugio de los sacramentos: alguno pudo contar infinitos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era despues lastimoso despojo al furor de los que pasaban: á otro embestian en un instante innumerables riesgos, llegando juntas muchas espadas no se podría determinar á que mano debía la muerte; ella tampoco (como á los demás hombres) los aseguraba de otras desdichas. Muchos despues de muertos fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror, que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasias: la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento: á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver), le sacaban los ojos, cortaban la lengua y narices, luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre y en ninguna lástima, les servia como de fácil pelota: tal hubo, que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hia que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.

103. Todo aquel dia poseyó el delito repartido en enormes accidentes, de que cansados ya los mismos instrumentos del desórden, pararon en él, ó tambien, porque con la noche temieron de los mismos que ofendian, y aun de si propios.

104. Estos son aquellos hombres (caso digno de gran ponderacion) que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron leyes á la mayor parte de Europa, los que reconoció por seño-

res todo el Nuevo Mundo. Estos son los mismos castellanos, hijos, herederos y descendientes de estolros, y estos son aquellos que por oculta providencia de Dios, son ahora tratados de tal suerte dentro de su misma patria por manos de hombres viles, en cuya memoria puede tomar ejemplo la nacion mas soberbia y triunfante. Y nosotros viéndoles en tal estado, podremos advertir, que el cielo ofendido de sus excesos, ordenó que ellos mismos diesen ocasion á su castigo, convirtiéndose con facilidad el escándalo en escarmiento.

105. Al otro día atemorizada la ciudad del rumor pasado, y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. Hizo celebrar sus funerales por el conde muerto, llena de tristísimos lutos en demostracion de su viudez, y en pregones y edictos públicos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida.

106. Dió luego la diputacion cuenta al rey católico de lo sucedido el día de Córpus, disculpaba los ministros provinciales, dejaba toda la ocasion á la parte del virey, cuya inconsiderada entereza á los principios habia revuelto los ánimos de los atrevidos: hablaban templadamente del alboroto, y con gran exageracion de su sentimiento negaban la violencia en la muerte del conde; antes acomodándolo á accidente natural, se quejaban del temor que le trajo aquellos términos: en fin, llenos de lágrimas mas pedian el consuelo que el remedio; y entre tanto proseguian en sus averiguaciones, por excusarse (si les fuese posible) del escándalo que un tal suceso podia haber dado en el mundo.

## LIBRO II.

### SUMARIO.

Tortosa sigue la inquietud de la provincia. — Gobierno del Cardona. — Sus acciones y muerte. — Junta el Arce las armas reales. — Su camino. — Asalto de Perpiñan. — Obispo de Barcelona, nuevo virey. — La diputacion envia embajada al rey católico. — Efectos de ella. — Previene el Conde-duque gran junta cerca de los negocios del principado. — Sus proposiciones y pareceres. — Resuélvese la guerra.

4. Pública la revolucion de Barcelona por todo el principado, estimuló terriblemente los ánimos de sus moradores á imitarle, juzgándose por mejor natural aquel, que con mas libertad perturbase su república: esta pasion, aunque apoderada de todos, como sucesiva á la queja, tuvo particularmente su fuerza en aquellos pueblos, donde se hallaba alojado parte del ejército católico, que como mas ocasionados, eran los mas expuestos á la contienda y sinrazon de los huéspedes. Lérida, Balaguer y Gorona, todas ciudades principales, y otras villas continuaron duramente el tumulto comenzado antes de la muerte del conde; aunque tambien en algunas con poca mas causa que el despecho é interior contrariedad entre las dos naciones, eran los miserables castellanos asaltados, arrojados y perseguidos de todas partes, de todas personas y á todos tiempos: ni la campaña, ni la soledad los aseguraba, antes allí parecia mayor el riesgo.

2. Ocupaban entonces el castillo de la ciudad de Tortosa, última poblacion de Cataluña, puesta sobre el Ebro, fron-

teriza al reino de Valencia, tres mil soldados bisoños y desarmados á cargo de D. Luis de Monsuar, baile general del principado (es allá baile como recibidor y administrador de todo lo locante al rey); y era D. Luis uno de los hombres que verdaderamente amaban el servicio de su príncipe. Fue avisado prontamente de los movimientos que la ciudad prevenia: trató de recoger consigo al castillo algunas municiones y bastimentos, que hasta entonces confiadamente se estaban esparcidos por todo el lugar: intentólo con artificio, pretendiendo manejarlos aquella noche, por lo que le ayudaba mucho un caballero natural de la misma ciudad, de apellido Oliveros, en extremo aficionado al partido del rey; empero siendo descubierta su intención, acudió el pueblo á pedirle se detuviese en aquella diligencia.

3. Deseaba el Monsuar apoderarse de las municiones y pertrechos de guerra, porque hallándose con tres mil infantes que con ellos podría armar, no dudaba hacerse dueño de la ciudad y mantenerla á devoción del rey católico contra todo el principado, esperando ser por instantes socorridos de Aragon y Valencia. Excusóse con buenas razones á la demanda del vulgo, que ya impaciente de la duda, con súbito motivo habia revuelto los ciudadanos: fueron de improviso asaltados los soldados inocentes sin armas, ni intentos (hasta entonces ignoraban la determinacion del Monsuar): salvólos su inocencia, y recibiendo la vida y la libertad de mano de los sediciosos, fueron enviados á diferentes partes, habiendo jurado primero no volver á Cataluña con pena de la vida. Empleóse toda la furia contra el baile y veedor general que allí asistia, por nombre D. Pedro de Velasco, que topando una grande cuadrilla de los inquietos, fue muerto y despedazado.

4. Al tumulto de la ciudad acudieron piadosamente los párrocos y cabildo, sacando de cada iglesia en procesion el Santísimo Sacramento, cuya sacrosanta presencia templó milagrosamente el furor, que amenazaba grandes daños en

vidas, honras y haciendas. Muchos hombres perseguidos de la plebe, corrían y se escapaban asidos de las varas del palio, otros cubiertos de las mismas ropas de los sacerdotes; entre todos fue señaladamente dichoso el Monsuar, de quien mas que de ninguno deseaban venganza: escapóse siendo embestido de muchos, y topando al Señor, se echó á los pies del aridistro; hasta aquel lugar violaron las espadas, y fue defendido con la propia custodia: reconoció la muerte al autor de la vida, y detúvose, abriendo los ojos la misma ceguedad: en esta forma, siempre cubierto de la casulla sacerdotal, bien que siempre perseguido é infamado del pueblo, llegó á la iglesia, y escapó la vida, prosiguiéndose el tumulto hasta otros excesos.

5. No se oía á este tiempo por toda Cataluña y sus pueblos mas que los temerosos. *vias foras* (usan de este modo de decir los catalanes en sus furiosos concursos, que suena en romance: sal de aquí). Á la señal de esta voz eran los soldados católicos embestidos terriblemente en sus cuarteles de todo el villanaje comarcano, que el ejemplo de Barcelona concitaba contra los reales: su descuido aumentó en gran parte la fuerza de los contrarios: alguno podía temer, pero los mas confiaban: el primer aviso fue el daño (hable de los lugares antes pacíficos), muchos hombres murieron lastimosamente, suelta ya é incorregible la crueldad de los rústicos.

6. Alojaban los tercios del marqués de Mortara, Juan de Arce, D. Diego Caballero, D. Leonardo Móles y el de Modena en los lugares del Ampurdan y la Selva antes de la muerte del conde de Santa Coloma, y ausente el de Mortara, era el mas antiguo el Arce, gobernador del regimiento de la guardia del rey, por cuya prerogativa superentendia á los otros: su tercio, como el mas favorecido el mas soberbio, y de eso el mas insolente, ejecutaba los mayores escándalos. Era el Arce hombre industrioso y severo, hermano de ministro acreditado, corto de razones, estimado por virtuoso y entero, obraba como quien no temia, disimulando la li-

bertad de los soldados para con los paisanos , en descuento de que le fuesen obedientes al manejo militar.

7. Siendo el mas aborrecido , fue el que primero experimentó el furor de los contrarios; así anticipándose al peligro , se retiró á un convento , dos leguas de la villa de Olot , alojamiento del Mortara , con quien pretendió juntarse : fortificóse como le fue posible , acudió á su socorro parte del otro regimiento , y pudo defenderse : llegaban los paisanos á número de tres mil , con cuyas bandas , llenas mas de osadía que orden , fue escaramuzando hácia las puertas de Gerona , ciudad famosa , dicha de los antiguos Geranda , donde se le juntaron los otros tercios , con los cuales se hizo grueso de cuatro mil infantes.

8. Eran las doce de la noche , cuando las primeras compañías de los católicos se descubrieron junto á las puertas de la ciudad , que estremecida con el suceso y aun mas temerosa quizá de sus pensamientos , tocó al arma , acudió todo el pueblo , fue fácil la resistencia despues de grande confusion. El Arce en medio de estas demostraciones no se afirmaba en el modo de haberse con los naturales (esta duda oprimia á cuantos gobernaban las armas del rey) , de todo y en todo consideraba el daño; peligroso estado para el que es fuerza resolverse , cuando ni la ira , ni la paciencia , ni la moderacion aseguran el fin de las acciones.

9. Dejaron á Gerona no sin desórden y muerto de dos capitanes , y siendo avisados por un castellano de que en el pan se trataba de administrarles veneno , tomaron el camino de San Feliu por el lugar de Cálidas , donde recibiendo mas infantería , crecia con su número su miseria de San Feliu á Blánes; pero los villanos (así suelen llamar la gente de guerra á la del campo) por no perder diligencia encaminada á la ruina , se emboscaron entre San Feliu y Blánes poco mas de doscientos tiradores , que á su tiempo asaltaron las tropas católicas : duró la escaramuza algun espacio , y fueron rotos los naturales , pero sin daño considerable.

10. Mientras los tercios se movian , como habemos di-

cho, parte de la caballería acuartelada mas á los confines de Aragón á cargo de Felipe Filangieri, caballero napolitano, pudo salvarse con facilidad, dejando de noche improvisamente sus cuarteles, y entrándose en aquel reino, donde sus tropas fueron bien acogidas, juzgándolas ya iguales en la pérdida á las otras.

11. Gobernaba D. Fernando Chérinos de la Cueva con título de comisario general, mas de otros cuatrocientos caballos andaluces y extremeños que habia conducido á Cataluña; era su alojamiento en Blánes: llegó primero á experimentar parte de los movimientos del principado: trató de recogerse luego, y caminando á la ciudad, aquella misma diligencia que pudiera salvarle, vino á servir de su mayor daño: reconocían los lugares su poder y orden, y juzgando diferentemente de sus designios, entendieron pretendia vengar los rumores de Barcelona: juntáronse por toda la campaña algunas bandas copiosas de gente suelta, tomaron los montes por donde habia de hacer sus marchas, y en las angosturas de los valles bajaban ó ofenderle. El Chérinos, hombre naturalmente inexperto, no supo acomodarse á la defensa, recibía al daño como de enemigos, y no acababa de ofenderlos como contrarios: entretúvose algunos dias, no se atrevió á romper, ó no pudo cuando se determinó, porque los catalanes mas resueltos, aprovechándose de la duda, cargaron impensadamente sobre sus tropas, y degollando la mayor parte de ellas, se hicieron dueños de sus caballos y armas, escapándose pocos de la prision ó de la muerte. Fue esta pérdida de grande consideracion á las armas católicas, y la primera suerte del principado.

12. El Arco y Móles, á quienes cada dia llegaban nuevas de las ruinas de sus compañeros, no les pareció conveniente ni segura la asistencia de Blánes; descaban acercarse á Rosellon, pusieronlo en efecto; pero los soldados que se olvidaban ya del agasajo de la villa, acordándose solo de lo que oían de los otros, dieron saco al arrabal, y talaren la campaña: no los siguieron los catalanes, aunque pudie-

ron , con lo cual ellos cobrando nuevo orgullo en su detencion , abrasaron á Montiró y Palafurgell , lugares de su camino : los mismos daños recibió Rosas en su término , Aro , Calonge y Castelló de Ampurias en casas , árboles y frutos.

13. Cogian los soldados algunos paisanos , y los presentaban al Arce , que mostrando compadecerse de verlos , lo decia con tales razones , que ellos interpretando su indignacion primero que su piedad , cuando despues topaban otros , lós ahorcaban ó mataban á puñaladas , dando por excusa de su inhumanidad , que aquello queria decirles su gobernador , mandándoles que no se los trajesen delante ; tal era el furor de unos y otros : tan pequeña causa bastaba para la mayor desdicha.

14. De esta suerte en brevísimos dias se fue enflaqueciendo el poder y reputacion de las armas del rey en toda la provincia : aquellos sucesos apacibles á su libertad , consecutivamente iban aficionando los ánimos de algunos que no rehusaban la sedicion , mas de por el daño que temian : al mismo paso se aumentaba el descuello de los inquietos. Tanto poder tienen los buenos ó malos acontecimientos en las acciones humanas , que de ordinario parece que mudan el valor ó la naturaleza , mudando el fin.

15. Llegó la nueva de la muerte del conde de Santa Coloma y otros movimientos á la corte en doce de junio : fueron oidos todos con lástima y confusion ; amenazaba el negocio todo el sosiego público ; incluia terribles consecuencias : juzgábanse los catalanes por hombres dispuestos á su precipicio : la guerra dentro en España se reputaba por el mas siniestro accidente de la monarquía , decian , que con esto no se comparaba nada de lo pasado : que no podría suceder caso alguno digno , de que por él se perturbase la paz natural que España gozaba consigo , envidiada de otras naciones : que los catalanes habiendo roto la piedra de su escándalo , ya no les faltaba que hacer mas que negociar el perdon , y que este no se les debía dificultar mucho por no llevarles á mayores desesperaciones. Otros decian ; que la

magestad ofendida pedia vivamente un castigo ejemplar : que si los principes no volviesen por las injurias hechas á sus ministros , no podrian vestir su misma púrpura sin zozobra : que aquel que disimula un gran maleficio en la república , parece que da consentimiento para otros mayores : que si los reyes hubiesen de contemporizar con los malos , ¿ de qué suerte habian de coronarse de justicia ? ó que si sola ella era para los pequeños errores , entonces ¿ cómo podrian ser buenos los poderosos ?

46. Todavía los ministros superiores , donde la consideracion se debe hallar mas atenta , no desdeñaban el sufrimiento , dando lugar á que los malcontentos volviesen en si : mostraban ignorar lo mas sensible de los sucesos , porque la piedad no pareciese indigna aun á los mismos perdonados : sentian cuanto la industria suele ser mas oficiosa que la fuerza , que esta no se contradice en esotra. Hércules venció á Anteo mas con alzarle de la tierra , que con apretarle en sus brazos : allí obedeció al arte el poder.

47. Habian los catalanes , ya desde los principios de sus movimientos , enviado á la corte á fray Bernardino de Malleu , religioso descalzo , persona entre ellos de señalada virtud y reverencia : presentaron por sus manos un memorial é informacion de sus cosas al rey y al valido , donde con razones (escritas de alguna pluma menos cuerda de lo que el caso pedia) representaban sus quejas de tal suerte , que mas ofendian la claridad de su justicia , que la explicaban : informaban por la relacion de varios casos , de algunos escandalosos delitos : casi todos en comprobacion de la insolencia de los soldados ; cosa que en la corte no podía ignorarse. La otra parte contenia el remedio ; tambien en esta no representaban con felicidad su intencion , porque la descubrian á las primeras razones : paraban todos sus arbitrios en que el principado se aliviase de las armas que le oprimian ; y esto parece que no estaba entonces en manos del rey católico , pues no era ya el autor de la guerra : volvian á prometer su defensa , y aquí debia ser toda la fuerza de

sus negociaciones, porque los castellanos, cansados de la campaña de Sáses, en aquel tiempo vendrían á acomodarse, con que cada cual defendiese sus provincias. Nada tuvo efecto, ó fuese por flojedad de los que manejaban el negocio, ó por desconfianza de los que en él tenían parte; pero en medio de estas dudas (que en fin prevalecieron sin ajustamiento) cuantos las consideraban desde afuera, juzgaban que los catalanes se darían por satisfechos, con que se les aliviase parte del peso de los alojamientos: que se les quitasen de la provincia algunas personas de oficio militar, de quienes decían haber recibido malas obras. En esta forma escribían desde Barcelona á los confidentes, y aun afirman que fray Bernardino, desesperando ya de otros fines, lo propuso y suplicó así al rey católico.

48. El Conde-duque y los suyos sentían con gran diferencia el acomodamiento de las cosas: no pareciéndole decente convenir en la voluntad de hombres inquietos, y cuyo natural estaba inficionado de la desobediencia, entendía que ellos aborrecían el servicio del príncipe, y que por eso deseaban apartar de sí los sujetos, donde el zelo real se hallaba mas seguro: canonizaba en su mente cuantos ellos acusaban en sus demostraciones, y así era lo mismo (como sucede al viento con el árbol de Séneca) rempujarles con uno y otro vaiven de la calumnia, que fortificarlos en la gracia y en la valía del conde.

49. Lo primero á que debía mirarse despues de la muerte del Santa Coloma, era á poner en aquel lugar una persona tal, que con su autoridad é industria pudiese reparar y tener las ruinas de la república: tívose entonces por conveniente volver el gobierno á la casa de los Cardonas, que poco antes ocupara el duque de Cardona D. Henrique de Aragon. Era el duque reverenciado en su nacion, no solo por la grandeza de su casa (mayor sin competencia en toda la provincia) mas tambien por las muchas virtudes que se hallaban en su persona: su gobierno pasado, zeloso para el rey y apacible para sus naturales, lo habia de nuevo hecho

amar entre todos ; injustamente espera la confianza de aquel , que sin obras pretende el aplauso , ni es accion de ministro ó príncipe prudente dejarlo todo al amor de los súbditos ó vasallos.

20. Algunos motivos de fácil desconfianza lo habian apartado del régimen de la república , cultivando entouces por manos de su desengaño sus cosas particulares : en este estado lo halló la órden real , por la que se le mandaba volviere á encargarse del gobierno de la provincia , y que tanto debia esforzarse á aquel peso , quanto era cierto que solo sus hombros lo podian llevar : que el rey fiaba de su prudencia la salud universal de aquella gente : que en las grandes borrascas se prueba el arte del famoso piloto : que escogiese los medios suficientes á que ni el rey perdiese ninguna parte del decoro debido á S. M. , ni los quejosos la esperanza de alcanzar perdon y sosiego.

21. Hubó de aceptar el duque su peligroso oficio , apartando de sí las dificultades que la consideracion le ofrecia , y *procurando generosamente acudir con todas sus fuerzas á la ruina de su patria* , que ya sentia temblar á la violencia de sus afectos , ( los gentiles llamaban dulce el morir por ella ) ; miserable estado el de la república , cuyas riendas arrebatan los malos y los ignorantos , esa camina al precipicio , y si alguna vez se escapa , ¿ qué mas despeño se le puede esperar , que aquel mismo gobierno ?

22. Tambien á los catalanes no les fue desagradable aquel expediente , porque viéndose en manos de su natural ( ó que les ministrase el azote , ó quizá el escudo , como algunos esperaban ) para cualquier suceso , amaban su compañía.

23. Halló el Cardona las cosas públicas en sumo desórden , porque muchos , juzgándose ya perdidos , no rehusaban añadir nuevos delitos á las primeras culpas : otros casi desesperados de la satisfaccion de sus quejas , se disponian á seguir los sediciosos en la venganza comun . A toda atencion el duque , y despues de bien informado de sus observa-

ciones, entendió propiamente que los fundamentos de la quietud consistían en la templanza del pueblo de Barcelona, que, ó ensoberbecido ó indignado, todavía instaba por continuar su desconcierto. Con esto comenzó á prevenir castigos á los acusados por ellos sin dar lugar á largas averiguaciones, porque como los quejosos habían antes gastado toda la paciencia inútilmente, ahora lo pedían todo con inconsiderada ejecución.

24. Mientras las cosas en Barcelona parece se iban encaminando al reposo, continuaba el principado en los primeros movimientos: los párrocos y predicadores desde los púlpitos tal vez persuadían al pueblo su libertad y predicaban venganza; verdaderamente ellos juzgaban la causa por tal, que les convenía hablar de aquella suerte, encendidos del zelo de la honra de Dios; las ciencias se estudian, la cordura no se lee en las cátedras: muchos hombres doctos caen fácilmente en este error, sin considerar que la enmienda de los vicios, como obra en fin de suma caridad, pide orden y concierto: el púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia, de ordinario aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren los labradores del señor que semillas escogen. De esta misma suerte, según se lee en las historias, comenzaron las alteraciones pasadas de Cataluña en tiempo de D. Juan el II, rey de Aragón, persuadidos ellos por las voces de fray Juan Galvez, hombre insignientemente libre de aquellos tiempos.

25. Casi en estos días prouunció el obispo de Gerona una notable sentencia de excomunion y anatema sobre los regimientos de Arce y Móles, declarandoles por herejes sacramentarios, y refiriendo en ella dos estupendos sacrilegios, uno en Riu de Arenas y otro en Santa Colomá de Farnés; cosa ciertamente, ó dudosa, ó creída digna siempre de lágrimas. Á vista de esta demostracion no hubo pueblo que no se incitase como religiosamente al castigo de aquellas escandalosas y aborrecibles gentes. Este fue el mas ir-

remediable accidente que padecieron los negocios del rey , porque muchos , en cuyos ánimos prevaecía aun entonces el temor de la magestad , no se excusaban de juntarse con los inquietos , despues que vieron una (ó por lo menos mezclada) la causa de Dios con sus propias pasiones , satisfacian su enojo y prohibaban su indignacion al zelo santo , ordenaban la venganza de sus agravios , y lo ofrecian todo al desagravio de la fe. No se entienda que todos obraban con este mismo espíritu , porque ciertamente resplandecia en muchos la devocion y piedad cristiana. Alzaron banderas negras por testimonio de su tristeza : en otras pintaban en sus estandartes á Cristo crucificado con letras y geroglíficos acomodados á su intento , y de esta vista los catalanes cobraban aliento y disculpa , los castellanos temor y confusion.

26. Arce , con la infanteria que llevaba junta y alguna otra que no pudo incorporarse con sus tropas , caminaba á Rosellon con gran trabajo y peligro : procuraron introducirse en diferentes pueblos : los mayores los arrojaban , los pequeños se resistian , ni les valia la industria ni la corte-sia , y menos la fuerza. Marchaban los reales dentro de España con la misma miseria y riesgo que si atravesasen los desiertos de la Arabia ó Libia.

27. En fin , rompiendo hácia Perpiñan por entre Cadaqués y el Portús , dejaron con temor á Palamós , y por la via de Argelés y Elna llegó la infanteria y algunos caballos á aquella gran villa , donde se encaminaban como á centro de sus armas. Allí fue mayor la dificultad , cuando esperaban mas cierto el amparo. Mandaba en Rosellon (ausentes los primeros cabos del ejército) el marqués Xeli de la Reina , general de la artilleria en la campaña pasada : gobernaba el castillo de Perpiñan Martin de los Arcos , aquel florentin y este navarro , entrambos soldados de larga experiencia.

28. Habian recibido aviso de las tropas , y pareciendo inexcusable el recibirlas no menos para su reposo que para

sostego de la plaza, se comenzó á disponer aquel manejo por los medios que se juzgaron mas á propósito.

29. Es Perpiñán lugar de menos que mediana grandeza entre los de España, fabricado de las ruinas de la antigua ciudad Rhuscino, que dió nombre á todo Rosellon. Perpetuanum la llaman historiadores modernos por la vecindad con los Pirineos, segun se cree, de cuyas asperezas se aparta por distancia de tres leguas; pero yace en llanura regado del rio Tech, llamado de los geógrafos Thelis, que junto á Canet entra en el Mediterráneo. Es la villa cabeza de su condado, y de las mas fuertes de España por beneficio de la guerra, principalmente el año de 1543. Fué empeñado por Juan el II de Aragon á Luis XI de Francia, y restituido por Carlos VIII á Fernando el Católico, atento á los designios de la guerra de Nápoles.

30. Pedían los cabos cuarteles en la villa capaces á su alojamiento: determinaban secretamente asegurarse de los paisanos por este medio; pero el magistrado entendiendo (y no sin causa) que de todo lo obrado en Cataluña, ellos habian de pagar la pena, procuró excusarse de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada: defendiase con sus fueros y con órden particular del conde de Santa Coloma, para que ninguno se alojase de otra mano que la suya.

31. Volviéronse á apretar las pláticas, sin que el Xeli quisiese admitir excusa alguna; pero los naturales, ya con razones, ya con rumores de armas que prevenian, instaban en defenderse: no se puede dudar, que ellos lo pensaron con mucho brio ó con mucha ceguedad, viendo en lo eminente de su pueblo el mejor castillo de España, lleno de cabos, soldados y municiones, y junto á sus muros mas infantería que ellos podian juntar. Pocas veces discurre la ira, y raras acierta la desesperacion. No obstante, ellos cerraron las puertas, guarnecieron los puestos por donde podian ser acometidos, y armados oían las demandas y amenazas de los reales, y respondian á ellas.

32. De este suerte, cada qual movido de sus intereses, y

todos del enojo , perseveraban en la discordia sin topar otro medio de ajustamiento que la violencia ; no hay caso mas difícil de acomodar , que aquel donde todos los contendientes tienen razon , porque como cada uno ama su sentimiento , ninguno quiere obligarse del ajeno. Es la razon hija del entendimiento , ó antes es el mismo entender , y aunque en los hombres se halla tan poderoso el interés , mas veces suelen dejarse de lo que desean , que de lo que entienden ; como si el juicio y la ambicion no estuvieran sujetos á unos mismos descaminos.

33. Los reales , que ya estaban desesperados de conseguir amigablemente el hospedaje , asaltaron de improviso una de las puertas de la villa dicha la del Campo , con la infanteria que se hallaba mas cercana á ella : acudió á su defensa buena parte de los moradores , esforzándose el alboroto de tal suerte , que mas parecia escalada de plaza enemiga , que no porfia ó inquietud entre españoles : hacia la noche mayor el espanto y aun el peligro , porque valiéndose de sus sombras algunos de los naturales , ministraban con mas seguridad su defensa y daño de sus contrarios.

34. Xeli , que desde el castillo estaba mirando la furiosa resolucion de unos y otros , lleno de escándalo y despecho , trató de favorecer á los suyos : mandó se disparase contra el lugar toda la artilleria , juzgando cuerdamente , que una vez puestas las cosas en manos de la fuerza , no podria convenirles dejarla sin salir vencedores. Detúvole el gobernador Arcos , teniendo por cosa de gran riesgo romper tan severamente contra hombres que todavía eran vasallos de su rey , y le reconocian por señor ; pero el Xeli tomando sobre si todo el enojo de aquella magestad , hizo como se comenzasen las baterias de cañones y morteros : era en el primer cuarto de la noche , cuando el castillo dió principio á su furor , y se continuó con tanta fuerza , que en poco tiempo arrojó sobre la miserable villa mas de seiscientos cañonazos con gran cantidad de bombas : fue terrible el estrago , arruinóse la tercera parte del lugar , pere-

cieron muchos inocentes; tales son de ordinario las sentencias de la indignacion, pagan los no culpados, y los delinquentes quedan sin castigo. Esta tan extraña severidad despertó igualmente la ira de los soldados y el temor de los moradores, con lo cual facilmente aquellos se hicieron dueños de la mayor parte del pueblo, sin mas pretexto que el de su soberbia y codicia: fueron entradas á saco mil y quinientas casas, dando la noche no solo ocasion, mas licencia á los insolentes, para que cada uno obrase conforme su ambicion ó su apetito.

35. Los moradores ya desesperados de su remedio en la resistencia, acudieron á buscarle por via del perdon, valiéndose de la piedad cristiana, que como tan natural en los católicos; nunca la consideraban dificultosa: vestido el obispo en sus vestiduras pontificales, llevando en las manos la custodia del Señor y acompañado de todo el clero y religiones, subió al castillo: salió á recibirle Xeli y los mas oficiales españoles, y despues de algunas razones, en que todos mostraron mas indignacion que reverencia al divino medianero de la concordia, el Xeli prometió templarse, usando con aquel pueblo de la real clemencia de su dueño.

36. Detúvose por entonces el daño; mas porque la causa estaba impresa en el corazon, cada instante volvia á brotar mil desórdenes: era grandísima la opresion de la gente y mucho mayor despues, cuando tratándolos como vencidos, no los diferenciaban de esclavos: desarmaron á los naturales, apoderándose de su dominio militar y civil, alzaron horcas, formaron cuerpos de guardia por toda la villa: obraban mas de lo necesario á la seguridad: atropellaban afectadamente sus costumbres: quebrantaban sus fueros, solo á fin de poner espanto en los ánimos de aquellos que así se mostraban amantes de su república.

37. Cada día reconocian mas los perpiñaneses su esclavitud, y daban voces, acusando aquellos que habian escogido tan miserable remedio; quisieran antes haber acabado en su desesperacion: ni quejarse, ni sentirse les era lícito,

ni comunicar por letras sus dolores, porque los reales informados de los otros sucesos contrarios, procuraban es-  
torhar las correspondencias, donde se les podia seguir  
aliento y esperanza.

38. Muchos de los moradores dejaron la patria, y con  
mujeres é hijos se huían á la montaña, esperando mejor co-  
yuntura para vengar sus agravios: llevados de esta pasion,  
salia á todas horas mucha cantidad de hombres y mujeres;  
y á la verdad los castellanos al principio no se desagradaban  
de verlos dejar la villa en sus propias manos, juzgando que  
para cualquier suceso les convenia el ser superiores en nú-  
mero á la gente natural: á este fin primero disimulaban su  
fuga; pero despues se vino á conocer el daño á tiempo, que  
ya no podia evitarse, porque faltando la mayor parte de la  
gente popular, que sirve al manejo de la república, faltaban  
juntamente con ella los útiles, en que la suele emplear la  
necesidad comun: impensadamente vinieron á caer en con-  
tínuas miserias: no habia quien cortase leña, quien molie-  
se trigo: el agua estaba quieta sin quien la trajinase: el ga-  
nado discurría suelto como sin dueño: las tiendas se veian  
cerradas: los obradores de los oficiales vacios: crecia la fal-  
ta de todo lo que se come y se viste.

39. Con esta ocasion comenzó el Xeli á sacar sus tropas  
á la campaña, que discurrían mas como hombres llevados  
de la ambicion que de la miseria: no habia pueblo, casar ó  
granja por todo el país, á que no visitase el robo ó el incen-  
dio: todo estaba cubierto de ruinas: los paisanos se veian  
escondidos por los bosques, las mujeres y niños perdidos  
por las sendas: ninguno alinaba con el descanso; porque  
no habia entonces ningun camino á la piedad ó á la justicia.

40. Llegó la informacion de estas miserias al Cardona,  
que infatigablemente se empleaba en el sosiego de Barcelo-  
na: entendió que las cosas de Rosellon pedian su presen-  
cia, y las buenas señales de aquella ciudad le daban alguna  
confianza para poder dejarla. Los políticos disputan, si con-  
viene al príncipe apartarse de la cabeza de su dominio para

acudir al remedio de otro miembro: son diversos los pareceres, como lo han sido las causas: yo pienso que el negocio consiste en entenderse bien el estado del príncipe, juzgando que el pacífico puede sin daño acudir á cualquier parte donde lo pida la ocasion: mas que no lo debe hacer asi el que gobernase un imperio turbulento, porque entonces el grande riesgo (aun contingente) descuenta la conveniencia. Los presentes trabajos de Carlos rey de Inglaterra, no hubieran sucedido si se conservara en Londres.

41. En fin, asentando el duque su partida, propuso luego (no sin industria) pedir á la diputacion y ciudad un diputado y un conseller por acompañados; previno con destreza que con ministros de la provincia llevaba mas segura su obediencia, y que ellos tambien viendo convidarse con la autoridad que miraba al castigo, no podrian dudar de que se descaba satisfacer al principado; y aun para los mismos era asaz conveniente mostrar, como pretendia unir sus acciones á un espíritu acomodado á la justificacion. Fuele concedida la compañía de los dos magistrados como lo pidió, y partiéndose á Perpiñan ya con poca salud (ó fuese fruto de los años, ó del gobierno), llegando allí en pocos dias, se introdujo en los negocios de aquel estado, tomando justificadas las noticias de todos sus acontecimientos.

42. Sabia el duque como natural, el ánimo de sus patricios, y que por gente tenaz en las pasiones guardaban vivo el odio concebido entre los cabos: entendia que el primer paso de la templanza era comenzar castigando aquellos, que el clamor público acusaba: no creia hallarlos inocentes, ni tampoco juzgaba su culpa igual al escándalo; pero tambien no tenia en tanto su agravio, quanto la furia de una nacion entera. De esta suerte dispuso sus acciones, oncinando todo á la quietud pública.

43. Lo primero fue mandar prender al Arce y Móles, porque deseaba que la satisfaccion se mostrase pronta y notoria: mandó que fuesen llevados á la cárcel comun de los malhechores: hizo de la misma suerte, se prendiesen algu-

nos otros oficiales y soldados, y volvió á hacer platicables las querellas, que el Santa Coloma habia prohibido entre catalanes y castellanos, porque cada uno entendiese podia temer y podia esperar.

44. Dió cuenta al rey católico de su deliberacion, halagando su enojo con la esperanza de recobrar su autoridad por medio de una cortísima violencia. Decia que en apartar de los ojos de aquella gente la ocasion de sus escándalos, consistía el modo de hacerlos olvidar todos: que á los dos cabos se les seguia poca injuria, porque remitiéndolos á la corte, allá podria S. M. disponer su desagravio, ocupándolos en otras provincias: tras esto, no olvidaba sus excesos, refiriendo los casos así como los habia entendido.

45. No se habia hasta este tiempo hecho entre los ministros el verdadero juicio de estos movimientos, porque la condicion del rey católico por oculta en sus operaciones, no daba alguna señal de su aprecio. El Conde-duque aconsejado de aquella altivez que siempre le habló al oído, si bien no dejaba de temer en su corazón, todavía no desmayaba en el semblante y palabras; antes como si aun entonces dependiesen de su arbitrio los intereses de los catalanes, mostraba despreciar igualmente su arrepentimiento que su obstinacion: creció con esto el error en los superiores, porque como los mas vivian observando su apetito engañados de la confianza exterior, no llegaban á penetrar las dudas del ánimo, mal persuadidos de la apariencia. Mucho servia tambien á la soberbia del conde el notar algunas señales de humildad en los catalanes, porque aquellas demostraciones que suelen mover á clemencia los grandes espíritus, suelen tambien incitar los terribles á mayor venganza; consideraba las diligencias de fray Bernardino con los reyes por alcanzar misericordia á su república: el cuidado con que la diputacion y ciudad despedian misionarios ó embajadores por dar satisfaccion á su príncipe: su protonotario (hombre fatal en la monarquía) tambien con intervencion de algunos confidentes, le aseguraba no menos

su confusion y temor : finalmente persuadido de su propio natural , se dejó entregar antes á la perdicion que á la templanza.

46. Con este propósito se le ordenó al Cardona , no procediese contra los presos (extrañándose la resolucion de cosa tan grande) que no diese por si solo paso alguno en su castigo ; antes que de lo que obrase , diese cuenta á la junta que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragón. No hallaron otro modo de reprenderle mas decente á sus años y autoridad ; pero el duque saliendo á recibir lo que se le recataba , entendió que el rey se desplacia de su gobierno : vióse ceñido de obligaciones , unas que como sujeto le forzaban á consultar con otros , y otras , que como libre pedían su ejecucion : en estas contrariedades comenzó á afligirse con tantas congojas , que no hallando el espíritu desahogo alguno , comunicó sus pasiones á la salud , hasta que esforzándose el mal por medio de una calentura (concitada de la viva imaginacion de su afrenta) en pocos dias dejó la vida y el cuidado de la república , que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio. Aman los hombres el mando como cosa divina , sin advertir el riesgo que se trae consigo el gobernar á los otros hombres : no hay ninguno que por justificado deje de ser sospechoso al principe ó al pueblo , que lo uno basta para perder la grande fortuna , y lo otro la buena fama : en menos de la tercera parte de un año nos lo enseña el ejemplar de estos dos vireyes , el primero por muy obediente á su señor , muerto á las manos de la plebe ; el segundo por muy amante de su república , muerto tambien al enojo de su rey.

47. Fue su muerte del Cardona la última diligencia de la turbacion , porque como su autoridad servia de freno á las demasias de unos , y de columna al temor de otros , viéndose aquellos sin que temer y estos sin que esperar , los primeros reiteraron su soberbia , y los segundos estragaron su templanza ; de tal manera que brevemente fueron en el

principado de una misma calidad casi todos los ánimos: con que las cosas tomaban cada día peor camino, y la inquietud cobraba mayores fuerzas; tal suele ser de mayor peligro la segunda enfermedad que la primera.

48. Había el principado algunos días antes expedido sus embajadores al rey católico en representación de sus tres estamentos, iglesia, nobleza y pueblo, y por ellos nueve personas de sus órdenes, y una en nombre de Barcelona; mas como siempre suceda que la indignación se irrite con los clamores del que pide clemencia, los ministros reales abusando de aquel arrepentimiento, dieron señales de despreciarles: mandaron que los embajadores fuesen detenidos en Alcalá de Henares, lugar puesto á seis leguas de la corte. Lo primero que descaban, era saber su ánimo de los enviados, porque el conde y los suyos procuraban apartar de las noticias del rey toda la justificación de los catalanes: quisieron amedrentarlos con aquellas apariencias de enojo, porque cansados con la detención y molestia mudasen ú olvidasen las razones, que habían estudiado entre sus fieles patricios. Era el estilo común de sus papeles públicos y secretos unas vivísimas quejas del conde y protonotario: al principio dispusieron sin industria sus querellas, hablando siempre con desahogada libertad en las personas de los dos ministros, y no obstante que el mayor estaba segurísimo en la gracia del rey, y el segundo no menos firme en la del primero, todavía aquellos zelos naturales en el valimiento les hacia temer mas de lo justo la eficacia, con que los catalanes les adjudicaban sus males: procuraban desacreditar sus clamores y apartarlos cuanto les fuese posible, y lo conseguían con facilidad por el gran poder de los dos, y porque como ellos eran los instrumentos (ó sentidos) de las acciones del rey, jamás podían obrar cosa en su descrédito, ni en conocimiento de aquella verdad que les fuese contraria.

49. Famosa lección pueden aquí tomar los principes para no dejarse poseer de ninguno: el que entrega su volun-

lad y su albedrio á otro , este mas se puede llamar esclavo que señor : hace contra sí lo que no ha hecho su desventura : la suerte le hizo libre , y él se ofrece al cautiverio : la mayor miseria de un príncipe es aquella que le pone vencido á los pies de otro : ; cuánto mayor debe ser esotra que le trae avasallado y preso al arbitrio de su propia hechura !

50. Pensaban los catalanes que escribian al rey sus lástimas , y hablaban en aquel modo que la miseria halló para rogar á la grandeza : el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros ; á cualquier hora y por cualquier término se queja el dolorido. Decian con sencillez sus trabajos , y como cosa natural en los hombres , acudian con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y la causa de la ofensa : escribieron á la reina , al príncipe y á los ministros superiores : escribieron al mundo todo un papel impreso , á que llamaron Proclamacion católica : manifestaron á todas las gentes su razon y su justicia , llamando por cómplices en la ruina al conde y su protonotario , que indignados entonces con la publicidad de sus injurias , se esforzaban en desmentirlas . haciendo como ellas se disimulasen , y abultasen en su lugar las acciones del principado en deservicio de su rey ; de tal suerte que podemos decir , que aquel propio camino que los catalanes habian buscado para alcanzar su remedio , los llevaba al precipicio.

54. Á este tiempo andaban mas vivas que nunca las negociaciones é inteligencias , estudio particular de aquel ministro. Pretendíase de parte del rey que la provincia con grandes muestras de humildad y reverencia suplicase el perdon públicamente : que con demostraciones de su error y como gente engañada entrase á pedir misericordia sobre su república : que se valiesen de la intercesion del pontífice y de los príncipes amigos. Esto no era remitirles el castigo , sino asegurar su obediencia , porque lo pudiesen llevar en tiempos mas acomodados. Con esta satisfaccion y algun servicio particular en materia de intereses , mostraba el conde , se inclinaria el rey al acomodamiento de las co-

sas: y lo primero que prometia en orden á la seguridad de la provincia, era poner la justicia catalana en su primera autoridad y fuerza. Usaban los ministros católicos de esta cláusula en todas sus pláticas y papeles, porque previniendo el espanto que causaria en el principado ver entrar por sus puertas un poder grande, juzgando que se encaminaba á constituir la nueva reputacion de la justicia, no triviesen lugar de temerlo.

52. Variaban los catalanes, porque aun sobre el caso del perdon, decian que pedirle, confirmaba la culpa que ellos negaban: que el error particular de algunos no habia de servir de mancha á la fidelidad de una nacion; no obstante se negociaba por diferentes caminos con los embajadores, de que zeloso el principado, les escribió de secreto, reprendiéndoles el haber admitido nuevas pláticas: volvía á instar, pidiesen el alivio de aquellas armas y el castigo de los caños: no les era ya tan molesto el peso, como la consideracion de que por medio de ellas se habian de obrar todas las venganzas: deseaban verlas apartar de sí para cualquier acontecimiento: mirábanlas con agüero, ó no podian verlas: así acontece al condenado, desviar los ojos del acero que sabe le ha de administrar el suplicio.

53. Á todas las sospechas del rey para con la provincia, y á todos los temores de esta para con el rey, ayudaban mucho las cartas y negociaciones de algunas personas que residian en Madrid y Barcelona, que por sus intereses (ó por ventura por su buen zelo, deseosos de la concordia) daban unas veces señales de serenidad, y otras de horrasca, segun lo prometian los accidentes exteriores de uno y otro pueblo.

54. Entre los que tuvieron mayor parte en éstos manejos; fue el nuaestre de campo D. José Sorribas, caballero catalan hombre práctico y de industria: llegó de Barcelona (aquellos dias) como retirado y temeroso del furor de los suyos: hizose buen lugar en el aplauso del conde y proto-nario, juzgándole por sugeto asaz á propósito para sus

designios, porque despues de ser noticioso de las cosas, tenia parientes y amigos de autoridad en Barcelona: con este pensamiento le fiaban los secretos de mas importancia en aquel negocio, en los cuales el Sorribas se acomodó de tal suerte, que recibiendo en sí la substancia de las cosas, parece las aplicaba despues segun la parte á que convenian. Este fue el juicio que se hacia sobre su persona. No ofenda mi testimonio la integridad de aquel hombre: hablo como historiador, segun las noticias de lo que he visto y oido. Á todo dió ocasion verle al principio de estos movimientos en gran confianza con los ministros reales, y verle despues por ellos mismos preso en la cárcel pública. No le acusa mi sentimiento, ni á otro ninguno, porque in misteriosamente refiero los casos como han sido, apunto lo que despues, ó entonces se discurrió sobre ellos, valiéndome algunas veces del juicio competente á mi instituto, y á que me dan motivo los mismos sucesos que voy escribiendo.

55. Eran los principios de agosto, y corrian entonces los negocios públicos de Cataluña en sumo silencio: aquellos que no miraban mas que á la apariencia y serenidad del semblante, entendian que ellos estaban interiormente compuestos á satisfaccion del rey: otros que con mas atencion examinaban las señales, temian que de aquel sosiego resultase alguna mayor turbacion, como acontece en el otoño, que de las grandes calmas se arman horribles truenos; asi determinaba la variedad de los juicios de los hombres, segun el ánimo ó noticia de cada uno.

56. Fue casi en estos dias nombrado por virey de Cataluña, y sucesor del Cardona el obispo de Barcelona D. Garcia Gil Manrique, varon docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio y menos al daño: pensóse profundamente esta eleccion del nuevo virey, porque los ministros reales, ya mas temerosos de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los catalanes, por esto no se atrevian á aventurar á su furia un tal sugeto, cual deseaban para su enmienda.

57. Ellos tambien seguian este mismo discurso , no dejando de desvanecerse y gloriarse , habiendo reconocido en esta accion el recelo de los ministros reales , y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad : esta fue entre todas la causa mas eficaz que los llevó á recibirlo alegres , y tambien porque como no le temian , no habia para que aborrecerle.

58. Juró en Barcelona el obispo con las acostumbradas ceremonias , y recibiendo la contingente dignidad , comenzó á asistir á su gobierno ; pero , ó fuese que con cordura alcanzase la cordedad de su poder , ó que los mismos súbditos , porque no se apropiase en el imperio , con algunas demostraciones de libertad le acordasen los fines de sus antecesores , determinó reducirse á solo su primer oficio de pastor , haciendo poco mas en el de virey que desear la templanza de su república.

59. Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia , mas que en los alborotos pasados : todos los movimientos de la política estaban torpes : muchos pedian justicia , algunos la desechaban ; pero no era posible hallarse forma de ejecutarla , habiendose perdido entre la sinrazon y la violencia. Los jueces reales , escondálos unos y otros ausentes , aborrecibles todos : los ministros de guerra y hacienda amedrentados y huidos , el virey temeroso , vivas las memorias de las otras tragedias , los inquietos pujantes y soberbios á la detencion , paciencia ó estado del rey , todo junto formaba una trislísima confusion tan espontosa á los hombres cuerdos , que ninguno pensaba en mas que obrar de la suerte , que su nombre no fuese acordado ó público , porque el silencio y olvido , mudando de naturaleza , entonces era la mas apotecada felicidad de los prudentes.

60. Corria en la corte del rey católico voz comun , que los catalanes habian recibido al obispo por gobernador solo para excusarse de otro , que bien lo habian dado á entender , teniéndole aprisionado : quejábanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal , que sucesivamente osase

á poner las manos ó las ofensas en tres hombres , que cada cual representaba la persona de su señor : juzgaban al obispo como preso , y no era sino que su prudencia era el mayor estorbo de su propio mando.

64. Tales quejas daban los católicos de parte del rey , y los catalanes de la suya no disimulaban tampoco en proseguirlas : decían que en tiempo en que las cosas habían menester amor , poder é ingenio , les enviaban para gobernarlos un hombre , que para quererlos era un extranjero , para castigarlos incapaz y para regirlos falto de experiencia : que su condicion como su estado le impedía cualquier venganza conveniente , pues hasta aquella facultad acostumbrada , que los reyes suelen alcanzar del pontífice para que los eclesiásticos puedan administrar la justicia punitiva , también esta le faltaba , porque los ministros artificiosamente se lo habían disimulado ; solo á fin de no poder dar satisfaccion y castigo á los delitos de los soldados , como ya lo habían hecho en tiempo del Cardona. Cada día de una y de otra parte añadían nuevas quejas con tal arte ó con tanta razon , que apenas podremos dar licencia al juicio , para que se entrometa á apurar la verdad de unas y otras.

62. En medio de estas negociaciones pareció conveniente admitir la embajada de la provincia , porque no estaban ya las materias en aquel primer estado , en que las informaciones suelen mudar la naturaleza de los negocios. Húbose en fin de cumplir con aquella ceremonia , y quitarles á los catalanes una razon de mas á su queja ; pero habiéndose entendido por la boca de sus embajadores lo mismo que hasta entonces por señales y observaciones se conocía , se hizo público que el ánimo de la diputacion no era otro que conseguir su quietud , por los propios medios que la había perdido : que lo que pedían y ofrecían , era lo mismo que tanto antes habían propuesto en descrédito de los cabos del ejército , y para satisfaccion de la corona ofendida obligaban con esto á que se tuviese por cierto , que en aquella mudanza de los ánimos catalanes , ó en aquel fingido

arrepentimiento del principado no habia otra razon mas de la conveniencia temporal. Probábanlo con que siendo despues tantos los excesos con que de su parecer habia obrado, pretendian hacer practicables todavía aquellas mismas cosas que antes no les fue posible conseguir: decian que aquel no quiere concordia y paz, que propone partidos desiguales.

63. El Conde-duque, si bien en su ánimo, ó con mayor enojo ó con mejor discurso habia determinado la guerra, para justificarse con su rey y con España y el mundo en un negocio tan grande, hizo llamar y prevenirse en su aposento una gran junta, que constó de los mayores ministros de España, de varios magistrados, dignidades y oficios: compúsose de algunos del consejo de estado y guerra, y de otros de la llamada junta de ejecucion, de consejeros del real de Castilla, y de Aragon algunos.

64. Presentes ya todos, entonces el Conde-duque introdujo su razonamiento, suficiente á influir su propósito en otros ánimos mas libres: habló poco y grave, recatando ingeniosamente su sentimiento; gran artificio de los políticos (ya doctrina de Tiberio) disponer las resoluciones de tal suerte, que ellos vengan á ser rogados con lo mismo que desean: hizo luego que su protonotario leyese un papel formado por entrambos, llamóle justificacion real y descargo de la conciencia del rey. « Decia de la poca ocasion » que de parte de la magestad católica se habia dado á los « perturbadores del bien y quietud del principado: justificaba la causa de los alojamientos y cuarteles en Cataluña: » negaba que fuesen en forma de encontrar sus fueros; excusaba mucho á los soldados: confundía sus sentencias ó « informaciones con otros documentos de los catalanes: disculpaba los excesos de la milicia, como naturaleza de los « ejércitos: satisfacía con nulidad comprobada á los sacrilegios impuestos por los catalanes, á los de Arce y Móles: » apercibía y convidaba al castigo de lo averiguado: del caso de Perpiñan hablaba con ambigüedad: exageraba con

57. Ellos tambien seguian este mismo discurso, no dejando de desvanecerse y gloriarse, habiendo reconocido en esta accion el recelo de los ministros reales, y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad: esta fue entre todas la causa mas eficaz que los llevó á recibirlo alegres, y tambien porque como no le temian, no habia para que aborrecerle.

58. Juró en Barcelona el obispo con las acostumbradas ceremonias, y recibiendo la contingente dignidad, comenzó á asistir á su gobierno; pero, ó fuese que con cordura alcanzase la cortedad de su poder, ó que los mismos súbditos, porque no se apropiase en el imperio, con algunas demostraciones de libertad le acordasen los fines de sus antecesores, determinó reducirse á solo su primer oficio de pastor, haciendo poco mas en el de virey que desear la templanza de su república.

59. Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia, mas que en los alborotos pasados: todos los movimientos de la política estaban torpes: muchos pedian justicia, algunos la deseaban; pero no era posible hallarse forma de ejecutarla, habiéndose perdido entre la sinrazon y la violencia. Los jueces reales, escondidos unos y otros ausentes, aborrecibles todos: los ministros de guerra y hacienda amedrentados y huidos, el virey temeroso, vivas las memorias de las otras tragedias, los inquietos pujantes y soberbios á la detencion, paciencia ó estado del rey, todo junto formaba una trislisima confusion tan espantosa á los hombres cuerdos, que ninguno pensaba en mas que obrar de tal suerte, que su nombre no fuese acordado ó público, porque el silencio y olvido, mudando de naturaleza, entonces era la mas apetecida felicidad de los prudentes.

60. Corria en la corte del rey católico voz comun, que los catalanes habian recibido al obispo por gobernador solo para excusarse de otro, que bien lo habian dado á entender, teniéndole aprisionado: quejábanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal, que sucesivamente osase

« el de que tratamos. Largos dias ha que reposa en España  
« la rebelion de vasallos: ya vine á creer en los aprictos  
« presentes, que algunos han vivido templados, mas por  
« ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser  
« nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no  
« pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso  
« no me engaña, nacion es esta de quien estamos quejosos,  
« ocasionada al precipicio: conozco su natural airado y ven-  
« galivo, y por eso dispuesto á todos los efectos de la ira:  
« veo los vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos,  
« y sin perturbarme del temor ó el odio, voy á temer un  
« gran suceso, harfo mas lamentable á la experiencia que  
« al discurso: ¡oh! no hagamos de suerte que nuestro eno-  
« jo les descubra algun camino, que su osadia no ha pen-  
« sado. Costumbre es de los afligidos abrazar cualquier me-  
« dio que los excusa la calamidad presente, aunque los lle-  
« ve á otros nuevos daños: el esclavo oprimido del látigo se  
« despeña por la ventana, no mira que es mayor riesgo el  
« precipicio que el azote, solo atiende á escaparse de las co-  
« léricas manos del señor. ¿Qué seguridad tenemos, pre-  
« gunto, de que estos hombres amenazados de su rey, no  
« se arrojen por la rebeldia hasta caerse á los pies de su  
« mayor émulo? Mas pienso yo ha hecho Cataluña en sa-  
« lir del estado pacifico para el sedicioso, que hará en pa-  
« sarse ahora de sediciosa á rebelde. No es la espuela aguda  
« la que doma al caballo deshocado, la dócil mano del jine-  
« te lo templa y acomoda. Si de otros tiempos advertimos  
« en los progresos de esta gente, todos nos informan de su  
« valor y dureza; calidades que piden las armas. En los  
« tiempos modernos amaron la paz, como la deben amar  
« todos los hombres á quien gobierna la razon: saboreárou-  
« se de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias  
« empleaban todo su orgullo en las pendencias civiles, divi-  
« didos en bandos y facciones. No habian perdido el valor,  
« aunque lo habian estragado en efectos inútiles Herido el  
« pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero

« en las mismas entrañas lo deposita: la ocasión suele ser  
« siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, se-  
« ñores, si conviene volver á despertar esta dura nación, y  
« amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en  
« que fue excelente. Carlos, nuestro invicto señor, juz-  
« gándolo así con los holandeses, puso tan grande estudio  
« en hacerles olvidar de las armas, como en inclinar los  
« españoles á su ejercicio; dándoles gran enseñanza á los  
« príncipes, de que hay gentes, que sirven mas á su seño-  
« r con lo que ignoran, que con lo que ejercitan. Siento que  
« es grande la causa con que provocan la indignación de  
« nuestro monarca, y que si hallásemos un castigo igual al  
« crimen de los delinquentes, yo me dispusiera á seguirle;  
« empero si cualquiera pena cotejada con el delito parece  
« inferior, entonces solo la podrá igualar aquella clemencia  
« que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud  
« mas propia en los buenos reyes; pero hay casos en que al  
« príncipe le conviene perdonar sin razon, violentado de  
« la contingencia del castigo. En la dignidad de rey y en el  
« amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comu-  
« nes, que llevan los hombres á venganza; de tal suerte,  
« que si la culpa del vasallo ó del hijo puede permitir al-  
« gun olvido y perdon, no se considera dificultad ninguna  
« de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos  
« de la mano del odio ó del amor: aquel siempre pide san-  
« gre, este no mas de enmienda. Procedió Cataluña ciega-  
« mente, yo lo confieso: muestra ahora señales de su do-  
« lor, justifícase con voces y papeles, con informaciones y  
« embajadas: llama á la piedad del pontífice por interce-  
« sion, las repúblicas por medianeras, escribe á sus reyes,  
« llora á todo el mundo, pide justicia contra los que han  
« perturbado sus cosas, nómbralos, y limitase á este ó  
« aquel medio: publicase por fiel y humilde postrada á los  
« pies de su señor, ¿qué le falta, sino la dicha de que la  
« creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de  
« desprecio: dícese que son vanas y simulado su arrepen-

« timiento : y ¿ que sacamos nosotros de esa incredulidad ?  
« ¿ De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra  
« desconfianza á su malicia ? No hay soplo que así encien-  
« da la llama , como la desesperacion del perdón da fuerzas á  
« la culpa , ¿ qué es en lo que reparais ? Piden á S. M. , les  
« aparte tres ó cuatro sugetos ocupados en la gobernacion  
« de las armas ; poco es esto. Aquí no pretendo discurrir  
« por sus deméritos , ni por la justificacion de los quejo-  
« sos ; digo empero , que es mas fácil cosa pensar que pue-  
« dan errar cuatro hombres , que una provincia entera. Po-  
« deis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con  
« buena opinion ; no es grande el mal que tiene remedio ;  
« no hay ninguno de los acusados ( si son como yo creo que  
« son ) que no ofrezca su reputacion particular por el sosie-  
« go público : si ellos son buenos , así lo deben hacer , si lo  
« dificultan ó impiden , no teneis para que estimarlos. Sa-  
« bad , señores , que no hay miseria que se iguale á una  
« guerra civil. Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hu-  
« biese de humillar al primer crujido del azote , no dudo  
« que tambien fuera conveniente dárselo á temer ; mas si  
« por ventura , su ceguedad les hiciese proseguir su obsti-  
« nacion y tomasen las armas en la propia defensa , ¿ seria  
« cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro monar-  
« ca á la suerte de una ó de otra batalla con sus vasallos ?  
« ¿ Seria buen ejemplar para los otros reinos , cualquier  
« dicha de estos rebeldes ? Y con mas peligro en esta coro-  
« na que se compone de tantas naciones diversas y distan-  
« tes , las mas de ellas desaficionadas á la fortuna castella-  
« na : apartemos el temor de la suerte : no pienso sino que  
« entramos victoriosos , que abrasamos , talamos y destrui-  
« mos , ¿ qué es lo que ganamos , sino montes desiertos ,  
« pueblos abrasados y plazas echadas por tierra ? ¿ Esto  
« se puede llamar ganar Cataluña ? ¿ Qué es esto sino cor-  
« tarnos una mano con otra , y quedar España con una pro-  
« vincia menos ? Y entre tanto que gastamos el tiempo en  
« victorias ( así quiero yo llamar todos nuestros aconteci-



« mientos) ¿ cómo nos será posible acudir á Flandes con di-  
 « neros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas,  
 « y á todo el océano con armadas? Pues si esto faltase,  
 « ¿ qué tal podría quedar nuestro partido expuesto á la fu-  
 « ria, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios?  
 « Forzosa ( ó por lo menos natural) cosa habria de ser el  
 « perder en las provincias externas, cuanto en las nuestras  
 « ganásemos: y entonces ¿ cómo lo podríamos llamar triun-  
 « fo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles?  
 « Miserable por cierto sería aquella guerra, en que noso-  
 « tros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No  
 « hay fatiga en el campo, de que el labrador en su casa pa-  
 « cífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que  
 « la monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra Es-  
 « paña con quietud. Los Países Bajos y Alemania ( que tam-  
 « bien podemos llamar propia ) oprimidos están de armas,  
 « Lombardia afligida con su peso, Nápoles y Sicilia amena-  
 « zados, la Borgoña ni por desierta segura, Alsacia mas  
 « que nunca fatigada, unas y otras Indias en continua in-  
 « festacion de enemigos, el Brasil en manos de una guerra  
 « desesperada, las costas de España visitadas de corsarios.  
 « ¿ Qué otro lugar nos quedaba de descanso, sino la Espa-  
 « ña? Pues si ni este pequeño abrigo os quereis reservar  
 « entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿ dónde ha-  
 « bremos de hallar reposo y consuelo? ¿ Dónde habrán  
 « nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo  
 « que ahora trabajamos nosotros? ¡ Á gran cosa, á peligro-  
 « sa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu, que se en-  
 « cargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que  
 « pretendéis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá se-  
 « pultar nuestra república. No quisiera ahora que mi pon-  
 « deracion os llevara el pensamiento á otros casos mise-  
 « rables; empero si la prudencia es lince, dadme licen-  
 « cia siquiera para pensarlo: no se cuente (norabuena, co-  
 « mo referido) que habria de ser de nosotros, si al ejem-  
 « plar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras nacio-

« mes, dándoles esta guerra que apetecéis no solo ocasiona ,  
 « sino conveniencia. ¡ Ah señores ! Lleno está el mundo de  
 « historias , y las historias llenas de sucesos que nos enca-  
 « minan á la templanza : advertid que aquel que excesiva-  
 « mente sigue un afecto , necesita despues de un exceso ma-  
 « yor para deshacer el primero. ¡ Oh ! no sea así que vuestra  
 « impaciencia os traiga á tal desdicha , que vengais á sufrir  
 « en algun tiempo mucho mas , de lo que no quereis tolerar  
 « ahora. Benigno rey tenemos , y tan piadoso , que solo ex-  
 « trañará los consejos de la ira , no los de la clemencia ( so-  
 « lo porque casi no los conoce ). Ninguno subió tan presto  
 « á la inmortalidad por la venganza como por el perdon ,  
 « porque siendo en los hombres lo mas dificultoso , así de-  
 « be ser lo mas estimable. ¿ Lloro Cataluña ? No la desespe-  
 « remos. ¿ Gimen los catalanes ? Oigámosles. Este es el ma-  
 « yor artificio de los fisicos , ayudar á la naturaleza con be-  
 « neficios por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga  
 « el rey de su corte : acada á los que le llaman y le han me-  
 « nester : ponga su autoridad y su persona en medio de los  
 « que le aman y le temen , y luego le amarán todos , sin de-  
 « jar de temerle ninguno. Infórmese y castigue , consuete y  
 « reprenda. Buen ejemplar hallará en su augusto bisabue-  
 « lo , cuando por moderar la inquietud de Flandes , con  
 « pompa indigna de César ( mas con corazon de César ) pu-  
 « só á los Países , y acompañado de su solo valor entró en  
 « Gante amotinado y furioso , y lo redujo á obediencia sin  
 « otra fuerza que su vista. Salga S. M. , vuelvo á decir , lle-  
 « gue á Aragon , piso Cataluña , muéstrese á sus vasallos ,  
 « satisfágalos , mirelos y consuéelos , que mas acaban , y  
 « mas felizmente triunfan los ojos del principe ; que los  
 « mas poderosos ejércitos. »

67. Era tan grande la autoridad del Oñate , que ayu-  
 da entonces de la suavidad de sus razones y eficacia de los  
 afectos con que las propuso , casi tuvo vueltos los ánimos  
 de aquellos mismos que interiormente sentian ó determi-  
 naban lo contrario. El Conde-duque mostró algun despla-

cer de su razonamiento, y pudo moderarle; confiando en el otro voto que esperaba, habria de desvanecer todo lo dicho. Siguióse al de Oñate el cardenal D. Gaspar de Borja y Velasco, presidente de Aragon, hombre de grande dignidad y fortuna, que pudiera hacer mayor, si gozara su felicidad independiente: habló, dicen que de esta manera.

68. « Si otro fuera el estado de nuestras cosas, yo, señores, seria el primero que os pidiera clemencia; empero llegando los sucesos al extremo en que los vemos, parece ajeno de nuestro poder discurrir ó variar sobre la naturaleza del remedio: sino entendiendo debe ser solo este, aplicarnos todos á disponerle con ejecucion igual al peligro. Ya no es posible usar de mas templanza, ni siempre el perdon se cuenta por virtud. ¿Quién duda que la real benignidad de nuestro monarca mal recibida del atrevimiento de los sediciosos, en vez de reducir á la enmienda, haya esforzado á la osadia? No tengo que satisfaceros de que no me obliga á tanta severidad alguna pasion humana; antes si fuera lícito dar entrada en mi ánimo á los afectos particulares, no hay en mí cosa que no obligue á moderacion; mas ó sea que no hay respeto comparado con la fidelidad, ó que verdaderamente nuestra justicia pese mucho mas que su queja, puedo decir sin temor, que despues de conocer unos y otros motivos y ambas justificaciones, nunca tuve por dudosa la culpa, ó excusable el castigo. Terrible es en todas leyes la inobediencia, y de la misma suerte que el contagio no tiene otra cura sino el fuego, no se halla á la infidelidad otro acomodamiento que la muerte. Todas las dignidades del mundo asientan sobre obediencia: no tiene otros cimientos el trono de los monarcas, sino la misma permission y conformidad de los súbditos. Pues ¿de qué suerte, decidme, se podia hacer permanente el imperio, afirmándose en hombres fáciles é inquietos? ¿Cómo podria administrar justicia y premio aquel rey, que estuviese depen-

«diente del enojo de sus vasallos? Miserable llamáramos  
«al príncipe, cuyos aciertos necesitasen de la aprobación  
«del vulgo, que por naturaleza aborrece el profundo en-  
«tender de los mayores. Reloj es la república, cuyas rue-  
«das y volantes son los ministros de ella: el peso es quien  
«la rige ó manda: de esta oficiosa concordia procede la me-  
«dida de los dias y cuenta de los tiempos: así del mando  
«de los reyes y obediencia de los vasallos sale hermosa-  
«mente medido y gobernado el mundo, y en habiéndose  
«parado este ó aquel movimiento, ese es el desconcierto  
«de la república. No tienen los reyes otro superior que la  
«razon, y esta no es menester que sea de todos, basta que  
«sea saya. Aquel ignora el ser de las cosas que no com-  
«prende todas sus partes, y comunmente en las mate-  
«rias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos  
«aspectos, unas veces parecen justas y otras injustas. No  
«es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas, con-  
«téntese con mirarlas, ni á la magestad es decente satis-  
«facer á la ignorancia del pueblo: importantísima cosa fue  
«siempre á los monarcas castigar los agravios de la coro-  
«na. Aquel vasallo se puede llamar idólatra, que despre-  
«ciando la magestad de su rey, adora en el poder de la  
«union: aquel le usurpa tanta parte de imperio, quanto ó  
«le niega, ó le duda de vasallaje. Vuelvo á decir, que no  
«solo entiendo, merecen estos hombres el castigo por los  
«excesos que han hecho, sino que bastaba la misma ra-  
«zon de su disculpa, para que los contásemos como de-  
«lincuentes. Verdaderamente, señores, ese no es vasallo,  
«criado ó amigo, que os pretende obedecer, servir ó amar  
«en oficio determinado, porque así como no hay caso en  
«qué el príncipe pueda faltar á sus vasallos por verles mi-  
«serables, no lo hay tambien en que el súbdito deba excu-  
«sarse de servir al señor por verle afligido; entonces el im-  
«perio fuera mayorazgo de la fortuna, no de la naturale-  
«za: sirviéramos los mas dichosos, no los mas dignos. Si  
«preguntásemos al príncipe su ánimo cerca del privilegio,

« responderá que pensó pagar el servicio hecho y asegurar  
« el agradecimiento para otros mayores. ¿Cuál podrá ser  
« ahora el señor liberal con un vasallo, si llegare á entender  
« lo desobliga con el beneficio? Terrible y lamentable co-  
« sa sea, que en medio de las fatigas comunes, y cuando  
« ninguno recata la misma sangre en obsequio de la salud  
« pública, estos hombres quieran atar sus acciones á la  
« dudosa interpretacion de sus pergaminos: y que la gran-  
« deza de sus reyes haya de ser fundamento de su terque-  
« dad. Aman sobre todo sus intereses, tienen por ajena la  
« causa de la monarquía, aborrecen la gallardía española,  
« no penetran hasta donde está la necesidad ó conveniencia  
« de nuestras guerras, y apropiándose en juzgar del ánimo  
« de nuestro monarca, ellos consigo mismo quieren apro-  
« bar y reprobar sus mayores acuerdos; esto bastaba para  
« ser grande culpa. Tras de esto, fortalecidos en la piedad  
« de nuestro dueño piensan máquinas asaz peligrosas á la  
« conservacion de S. M., introducen tratos y partidos con  
« su rey, y pretendiendo capitular como con iguales á un  
« mismo tiempo y en una misma accion, hacen deuda  
« de la clemencia y justicia del atrevimiento, dándole á  
« entender al mundo, que se les debe de derecho la ma-  
« yor abundancia á que llega la gracia del príncipe: y por-  
« que la violencia de los casos no da lugar estos tiempos,  
« para que sean tratados como en aquellos, sin que dejen  
« espacio alguno al agradecimiento, (porque es costumbre  
« de los hombres no acordarse sino de lo postrero) todos  
« sus ánimos ahora son ocupados de la queja, siendo cierto  
« que la misma naturaleza nos previene con ejemplos, pues  
« el mismo sol una vez nos calienta, y otra nos abrasa; el  
« mismo aire ahora nos regala, ahora nos castiga. Preten-  
« dió el principado que se le guardase la inmunidad de sus  
« fueros, y se cumplió mientras lo quiso nuestro estado:  
« hubo en fin de turbarse, habiendo mojado aquellas olas  
« las mas soberbias y remotas naciones. ¿ Cuando el mundo  
« se estremece, solo los catalanes pretenden gozar de repo-

« so? Ciertamente yo me persuado que este su crimen toca  
 « antes en inhumanidad, que en desobediencia; no es me-  
 « nester valernos aquí de la razon de vasallos, bastando la  
 « de hombres. Con esto conoceréis ahora que su culpa ha-  
 « ce pequeña cualquier venganza; y pues la guerra es re-  
 « medio de las cosas sin remedio, ¿ qué nos falta por hacer  
 « después que la clemencia, ni la amenaza, ni la industria  
 « han sido bastantes? Atento podemos considerar el mun-  
 « do todo á nuestras acciones. ¿ Seria buena satisfaccion pa-  
 « ra los extraños ver que los españoles, que así han sabido  
 « superar á los otros, no tengan brio para moderarse á sí  
 « mismos? Decis que os temois del ruin ejemplar en la fu-  
 « tura desdicha, ¿ y no quereis temeros de ese mismo en la  
 « libertad presente? Si esta gente, roto tantas veces el freno  
 « de la obediencia, discurriese libre y sin castigo, esto fue-  
 « ra mostrarles á los otros qual era el camino de la rebel-  
 « lion, por el qual no hubiera nacion tan cobarde que no  
 « probase á repetir las venturosas huellas. Si el error no  
 « tuviera otra pena que haber obrado mal, solo los jus-  
 « tos llegarían á temer las obras ruines; empero para que  
 « del derecho, que la pena siga á la culpa como infalible  
 « consecuencia; por eso el suplicio se ejecuta en lugar pú-  
 « blico, porque llegue el escarmiento donde llegó el escán-  
 « dalo. ¿ Qué tales quedaram los ánimos de nuestros enemi-  
 « gos, habiendo visto Cataluña como plaza de nuestras in-  
 « jurias, robos, muertes é incendios, sin que de otra par-  
 « te miren tambien los azotes y los castigos? De gran con-  
 « suelo (sin duda) les habria de ser, si los consideran  
 « como flojedad; de gran ánimo (por cierto) si lo juzgan  
 « como cobardía. Yo lo entiendo así de estos mismos cata-  
 « lanes, que ellos jamás habrán esperado tanto de su furia,  
 « como nuestra detencion les ha ofrecido. Aprendamos sí-  
 « quiera de ellos, que para acomodar sus cosas injustas, es  
 « fama que se previnieron primero de la potencia; tal debe  
 « ser nuestra resolucion. Empuñe S. M. la espada ó por ella

« su ejército. Así les oiga, si aun se sirve de oírles: así les  
 « responda, si aun se sirve de responderles. Vana es sin  
 « duda la magestad sin el poder: el que quiere ser estima-  
 « do, muéstrase poderoso: saiga nuestro rey, si conviene;  
 « empero saiga acompañado de famosos escuadrones de anti-  
 « guos capitanes. No ha de salir el César sino para triunfar,  
 « ni ha de llevar la victoria dependiente del arrepentimien-  
 « to ajeno: en sí mismo, en su justicia, en su poder ha de  
 « fundar la esperanza del vencimiento, no en la cortesía de  
 « sus enemigos: mande tocar sus cajas, enarbole sus bande-  
 « ras, y los que oyeron los clamores de los miserables, es-  
 « cuchen ahora los ecos de los clarines vengativos. Vean los  
 « españoles que tienen príncipe que así sabe volver por los  
 « alligidos, y las provincias de Europa, que tenemos rey  
 « que no tarda mas en abrazar las ocasiones de valor, que  
 « lo que tardan ellas en ofrecérsele delante. »

69. Al silencio del cardenal sucedió un lento y misterio-  
 so ruido entre los circunstantes, porque si bien los mas,  
 advertidos del semblante del valido, estaban dispuestos á  
 convenir con su sentimiento, todavía no acababan algunos  
 de entregarse á sus razones, detenidos de su propio dictá-  
 men y acordados de la eficacia del Oñate. Parecióle al con-  
 de interponer su autoridad antes que se esforzase la duda,  
 y en pocas razones dijo.

70. « Que á él no le quedaba que decir en aquella ma-  
 « teria, que sentir sí, mucho; porque aunque su vida fue-  
 « se larguísima (que no podría ser atropellada de tantos  
 « sentimientos), no acabaría de horror ver en sus días una  
 « desdicha tan grande, de la cual no se hallaría en las his-  
 « torias ejemplar antiguo ni moderno, que se ajustase con  
 « aquel caso tan desmerecido de parte del rey y de sus mi-  
 « nistros: que podría contarse (mas que mejor era no con-  
 « tarse) como rarísimo á todo el mundo, que pocos hom-  
 « bres viles y desarmados perturbasen su república llena de  
 « varones y de nobleza, hacer cuerpo y amotinarse; po-  
 « niendo las manos en lo mas soberano de su gobierno na-

« tural, y obligasen despues la gente escogida y atenta á  
« imitar y favorecer sus desaciertos: que en los negocios de  
« aquella calidad en otras partes suelen muchos nobles, ó  
« á veces pocos, llevar tras sí la plobe; pero que aquí la  
« nobleza habia servido á la villanía: y que en fin se resol-  
« viesen á pretender capitular con su rey, que tantas veces  
« le despreciasen el perdon, forzándole á derramar sangre  
« de vasallos, y poner nota en la antigua fidelidad de los  
« suyos. Que una hora mas de disimulacion no era posible  
« ni conveniente: que los cuidados de afuera obligaban á  
« no dejar aquella obra imperfecta; antes ponerla en toda  
« quietud y olvido, porque los intentos mayores del monar-  
« ca pudiesen lograrse el año siguiente, pues con la altera-  
« cion de aquella provincia se habian tambien alterado tan-  
« tas diversiones provechosas, que á Flandes é Italia esta-  
« ban apercebidas: que ya era tiempo de mostrarles á los  
« catalanes el camino de su perdicion: que el rey no debia  
« castigar tanto aquella nacion por remediar su culpa,  
« quanto por excusar con aquel espanto la ruína de otras:  
« que á Dios llamaba por testigo, de que á costa de su san-  
« gre propia tomara excusar el menor derramamiento ó  
« venganza, que ya parecia inexcusable: que interiormen-  
« te lloraba de que en su tiempo hubiese podido tanto la  
« malicia, que osase á obscurecer las luces de la verdad y  
« justificacion del rey, suya y de sus ministros. Que él es-  
« peraba en el suceso, mostrase á los venideros de que par-  
« te estaba la razon. Que esto así venia á tocar en desdicha  
« mas que en demérito; que mas solo lo que podia darle  
« consuelo en aquella afliccion: que le parecia que el casti-  
« go se ordenase luego, y que sobre todo seguia el parecer  
« de los mas.»

74. No aguardaban los presentes otra diligencia ó dis-  
curso, que el breve razonamiento del conde para ajustarse  
todos en un solo pensamiento, y de la misma suerte que  
sucede bajo la equinoccial levantarse poderosos nublados en  
partes ópuestas, hasta que de otro lugar comienza á soplar

y prevalecer el viento que los humilla á todos, así la voz del conde abatió las diferencias de estos y aquellos, recogiendo sus opiniones á su parecer solo, con indubitable aplauso de los circunstantes.

72. Resolvieron que el rey debía salir de Madrid, con pretexto de hacer cortes á la corona aragonesa: que se publicase queria dar consuelo y satisfaccion á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitution de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña: que como al rey era indecente pedir lo que podia mandar, llevase delante su ejército, el mas copioso que pudiese juntarse: que ajustadas las cosas del principado por manos del temor (como esperaban), se podia despues emplear en las fronteras de Francia, cogiendo la ocasion que en la primavera se habia perdido: que si los catalanes se pusiesen en defensa, no faltaria que hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nacion: que estando formado el ejército, se le ordenase al gobernador de las armas de Rosellon tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos: que para que el rey pudiese salir la primera vez, como convenia á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de ejército que se hallaban en las provincias de Guipúzcoa, Alava y tierra de Campos; reliquias de los soldados vencedores de Fuenterrabia: que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragon con todos los oficiales entretenidos y personas de puesto: que se publicasen bandos, para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real, acudiesen á servir: que se despachasen decretos á los consejos y tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado: que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y fuesen echados vioientamente por las justicias, en caso que ellos dudasen obedecer los bandos: que los seis mil hombres que se habian repartido á los señores de Portugal, fuesen pedidos fuego, y los trajesen indispensablemente: que de las mili-

cias de Castilla , Leon , Andalucía , Extremadura , Granada y Murcia se entresacasen las dos de cinco partes : que se llamasen de Navarra dos de los cuatro tercios en que se divide : que se pidiese gente voluntaria á Aragon y Valencia : que pasasen á España el tercio de Mallorca con su virey y nobleza : que á las levas de asientos hechas por todos los distritos , tratasen de acabarlas con suma brevedad : que toda la caballería derrotada de Cataluña , y la que se hallaba en las provincias , se juntasen luego : que los jinetes de la costa fuesen tambien á incorporarse con ella : que las guardias viejas de Castillo se remontasen , y marchasen las que se habian excusado los años antes : que se avisase al capitán de los Continuos estuviese pronto , y los suyos para campar : que la caballería de las órdenes militares , pedida para la guerra de Francia , se obligase á salir , usando para ello de cualquier medio : que la otra repartida á los tribunales , se les pidiese con vivísima instancia : que marchase alguna parte de la artillería , que se hallaba en el castillo de Pamplona : que la que estaba en Segovia saliese tambien : que el marqués de las Navas diese las piezas que tenia en aquella villa , para juntarse con las de Segovia : que toda la gente de guerra , así infantes como caballos , entrase en Aragon y parte de Valencia , haciendo frente á Cataluña , acuartelada por las riberas del Ebro hácia la mar : que se nombrase por plaza de armas general á Zaragoza : que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor al ejército , y los bergantines de Mallorca para servir al manejo de los viveres : que el tren y los oficiales de sueldo acudiesen á Aragon á esperar la formación del ejército : que allí podría ir á tomar su gobierno la persona á quien el rey lo encargase.

73. Esta fué la resolución de aquella gran junta y de aquella gran cosa , medida casi por las mismas pasiones y respetos , con que se trataban los negocios humildes. Por infalible se puede contar la perdición del reino , donde los negocios se han de acomodar al ánimo del que manda , ha-

biendo siempre el ánimo de acomodarse á ellos. Llamam traicion á aquel delito que se encamina al daño particular del príncipe ó del estado , y no llaman traidor á aquel hombre que por sus respetos descamina el príncipe , y pone el estado á peligro.

## LIBRO III.

---

### SUMARIO.

Eleccion de general del ejército del rey católico. — Exámen de los sujetos suficientes. — Junta de la generalidad en Barcelona. — Ventilate de la paz ó defensa. — Llámense los títulos catalanes. — Embajada y rehenes á Francia. — Juicios de aquel reino. — Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo. — Rompe el Garay con hostilidad en Rosellon. — Sucesos de sus armas. — Redúcese Tortosa. — Ocupanla los reáles. — Entra en ella el marqués de los Velez. — Jura de virey del principado.

4. Resuelta la guerra, lo que daba mayor cuidado á los ministros reales, era la eleccion de persona que debia gobernar las armas, porque siendo la ocasion tan grande (ó mayor) que las antiguas de España, no alcanzó aquella suerte que las pasadas, en haber de concurrir con ella los famosos hombres, de que su nacion fue tan abundante: todavia se nombraban algunos sujetos dignos de gran confianza, particularmente quatro, que entre todos, según el discurso comun, merecian sobre los mas el cuidado de aquel gran negocio. Era el primero el marqués Espínola; en quien se hallaban muchas calidades de capitán; pero como aun entonces no se habia perdido la esperanza de algun ajustamiento, pareció que por sus manos se dificultaba toda concordia, por ser el marqués á los catalanes (desde la guerra de Salses) en todo extremo aborrecible. Créese que el mismo Espínola temeroso de que la empresa parase en su poder; acordaba diestramente sus inhabilidades: otros da-

ban en que no parecia conveniente que españoles fuesen castigados por el arbitrio de un extranjero, que el padre encomienda y disciplina sin injuria al hijo inquieto, no le manda corregir por el esclavo ó criado. Muchos salían á contradecir la eleccion del Espinola, y ninguno la deseaba menos que el Espinola.

2. El almirante de Castilla era despues de este aquel donde luego se encaminaban los ojos, y muchos le anteponian al primero. Era el almirante hombre con principios de grande, y en sangre y ánimo asaz ilustre, amado sobre los demás de su órden: habia vencido tantas veces como peleado: fueron pocas sus victorias, porque lo fueron sus ocasiones; mas como la grandeza de los validos se desplace naturalmente de aquellos que por algun otro medio suben á la eminencia de la autoridad, no le pareció al conde conveniente darle nueva materia para añadir á su buena fama otros aplausos. Así con algun honesto desvío no fue dificultoso apartarle de la consideracion de los que lo deseaban; y á la verdad, medida su suficiencia con el valor de la empresa, no eran iguales.

3. Creyeran algunos que le lisonjeaban en proponerle á D. Francisco de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterrey, que poco antes habia gobernado á Nápoles con mas dicha que providencia. Servia entonces el cargo de presidente de Italia, sobre consejero de estado de España, en mediano aplauso de los políticos: era su primo y su cuñado dos veces del conde; pero como no es cierto que la naturaleza ate siempre los ánimos de los hombres con los vinculos de la sangre, trayéndoles á unas mismas inclinaciones, hacian en los dos (el uno muy severo, el otro muy festivo) antes disonancia que armonia. Era este (segun fama) el que menos adoraba la magestad de aquel: subido ya á gran estado; y sin hijos á quienes desease buenas correspondencias, así como no miraba á la esperanza, solo atendia á gozar lo que habia alcanzado de su fortuna. Tampoco el Conde-duque quiso fiar al descuello y capricho del cuña-

do cosas tan grandes, porque quanto era mas suyo, temia mas que en los otros el yerro contingente: pretendia poner en aquel lugar un tal sujeto, que siendo la eleccion solo suya, fuesen los peligros ajenos. Con esto fue forzoso pasar con el discurso á buscar otro.

4. Hallábase á esta sazón en la corte el marqués de los Velez, adelantado mayor del reino de Murcia, hijo y nieto de ministros, bianieto de grandes capitanes, hombre en quien la naturaleza anticipó la cordura á las experiencias: ornó la juventud con el consulado, siendo virey tres veces y tres general en Valencia, Aragon y Navarra, de cuyo gobierno militar y civil, aún no despedido, asistia en la corte reputado por digno de mayores empleos: No desayudaba al marqués su fortuna (aunque naturalmente modesto), porque tambien idolatraba aquella admirable estatua de la soberanía; pero con tales modos y afectos, que en los ojos del mundo pareciese su devoción mas atenta al conservar que al crecer: Habiale alabado el conde públicamente en otras ocasiones, y acordados de aquella alabanza mas que de sus méritos, acudieron todos con la memoria á su persona; este fue el primer motivo para nombrarle: despues viéndole bien recibido y fueron con ingenio arrimándole otras consideraciones de gran peso, que todas le hacian asaz á propósito para el mando: como era ser descendiente y heredero de la casa del comendador mayor D. Luis de Requesens; estimado por hijo en Cataluña: conservar en aquella provincia deudo, amistad y alianza con muchas casas ilustres, por el estado de Martorell que poseía: haber gobernado reinos muy parecidos en leyes y costumbres á los catalanes; y principalmente la buena fama con que lo trataban las tres naciones vecinas.

5. Ejecutóse lo propuesto; habiéndosela encargado el manejo de aquellos negocios con segundo título de virey de Aragon; y general del ejército que en él se formase, y por acomodarle en sus conveniencias, le fue hecha merced de la plaza de mayordomo mayor del infante D. Fernando con

el puesto de capitán general del mar de Flandes, y una de las mas gruesas encomiendas de Castilla, sin el sueldo de mil y quinientos escudos cada mes.

6. Aceptólo con satisfaccion el Velez, porque se hallaba igualmente engañado que los otros ministros en aquel negocio: no llegó jamás á creer que los catalanes se sustentasen en su entereza, y como juzgaba contingente la necesidad de las armas, no se excusó la alegría de habérselas confiado su señor: considerábase igual con la dicha de algunos, que sin lidiar triunfan. Esta imaginacion le hizo ligero aquel peso, que poco despues le cargó tanto, que le puso en aprieto de dejar la reputacion ó el mando.

7. Buena ocasion nos daría este suceso para avisar á las ambiciones de algunos, que procuran los puestos y lugares que no merecen, si el oficio de historiador fuese tanto moralizar, como decir: La historia aconseja y reprende sin mas razones que los mismos casos: aquí entra la enseñanza por el entendimiento, no por los oidos: note cada cual en las acciones ajenas su aprovechamiento. Es la experiencia estudio de brutos: para el hombre cuerdo debe bastar el aviso de lo que sucedió á otro; no es menester que le busque por el mismo daño. El Velez engañado de sí propio, pagó despues (no sin injuria) la facilidad con que discurría al principio. Ningun sabio debe asentir sus discursos sobre materias inciertas, pues por firmes que las considere, si profiriendo la esperanza de mas dichosos fines, camina á la felicidad, temblando ó mudándose despues los ejemplamientos de las cosas á la violencia de accidentes imperceptibles, viene á hallarse sepultado él y sus pensamientos entre las ruinas de su edificio.

8. Mientras en Castilla se procedia en consejos, tratados y expedientes, no descansaban tambien los catalanes de disponer lo necesario. Luego que faltó el de Cardona á su gobierno, quisieron juntarse para dar forma á su república, porque si bien los imperios se conservan por aquellos mismos mediós que se han adquirido, no es así todavía en

aquellos, donde el movimiento comun de las gentes se aparta de un centro por seguir á otro; porque el furor y union de los muchos (raras veces constante) siendo acomodado á la naturaleza del emprender, no alcanza la virtud del conservar: lo uno se puede conseguir con la fuerza, y lo otro no se halla sino en la templanza.

9. Esta máxima de estado, siendo bien entendida por los catalanes, los obligó á poner luego las manos y entendimiento en buscar los modos de su conservacion. Pareció lo primero, debian convocar generalmente sus estamentos, y los llamarón por aquella autoridad que les daba la ocasion, y alguna que ellos creian, se les derivaba de sus propios officios en defecto de los lugartenientes de su príncipe. Llamaron por su antigua forma todos aquellos que tenían voto en la congregacion, no olvidando (artificiosamente) los mismos de quienes esperaban, no obedecerian por los intereses del rey. Escribieron cartas al nuevo duque de Cardona, á los rapanqueses de Aytóna y de los Velcz, al Conde de Santa Coloma (hijo del difunto) y á todos cuantos señores castellanos y extranjeros tenían en el principado estados ó baronías: llamaron á los obispos y prelados: á todos los ministros y tribunales, sin reservar al Santo Oficio: declaraban á todos el aprieto de su patria, la comun miseria de su república, su justificacion, el enojo de su rey y la indignacion de sus ministros: decian de las prevenciones de Castilla, encaminadas á su destruccion: pedianles que oyesen á aconsejar, ayudar y advertir.

10. Algunos de los llamados ofrecian sus excusas, y temerosos de hallarse en obra de tanto peligro; porque como en las monarquías es cierto, que el bien y conservacion de cada cual se incluye naturalmente en el cuidado del príncipe, aquel ofende su providencia; que por sí solo, ó con sus iguales, ó por sus medios pretende juntarse para tratar de su remedio.

11. Este mismo recelo de algunos particulares obligó á la diputacion á reescribirlos, usándo todo el poder de madre

y señora del estado político: quitóles la duda, satisfizo á su temor, dióles término y día señalado, y envolviendo amenazas entre lástimas, así como les aseguraba del peligro cuanto al enojo del rey, prometia severos castigos á los desobedientes á su autoridad. Pudo esta diligencia vencer la cautela y temor en los mas prudentes y respetosos; así faltando pocos, formaron la congregación en su antigua forma.

142. Cierta podemos afirmar que su intencion de los catalanes no fue otra; que juntarse para discurrir sobre los medios acomodados á su estado, porque verdaderamente ellos amaban la persona del rey católico; empero aborrecidos y temerosos de sus dos ministros conde y protonotario, de tal suerte deseaban el servicio del rey, que si el principado pudiese hallar venganza contra los dos, ró por lo menos quietud sin ellos; fácilmente se dispondria á vivir obediente; mas no con tal obligación y apremio que se redujesen al gobierno pasado; habiendo de quedar sus cosas en poder de los dos acusados. Hacian estas consideraciones, porque pesado el odio que tenían al conde y su protonotario; con la afición que no negaban al rey, aquel era sin comparación superior á esotra y de fundamentos mas fuertes, siendo constante entre todos que por manos y consejo de aquellos ministros habían recibido muchos agravios; mas por las del príncipe ningún beneficio. Y como lo uno se fundaba en sus intereses, y lo otro no era mas de una obediencia á la virtuosa costumbre que nos obliga á amar á los mayores, ninguna vez se oponían entre sí las dos cosas, que no quedase victoriosa la segunda, y esta no llevase consigo las acciones que estaban dedicadas á la primera. Juntáronse en fin sus cortes en Barcelona, precediendo á todo el consistorio de la diputación:

143. Escogieron los catalanes diputación general el supremo magistrado, que representa la union y libertad pública; como ya entre los romanos sus consules antes del imperio; y después del imperio sus senadores ó conscriptos. En esta

rias provincias de España se gobiernan á este modo: en algunas se llama cabildo, en otras cámara y en otros ayuntamiento: esto mismo vienen á ser los esclavinos en Flandes, en Holanda los burgomestres y en Milán los senadores: lo mas en Italia algo se desvia de esta forma (no hablo de las repúblicas). Asiste la diputacion general en Barcelona; metrópoli del principado: consta de tres diputados (como hemos dicho) que nombran cada año por eleccion comun el dia de San Andres: es cada qual voz de su estado, y ellos tres sagrado, militar y real; y en cada uno concurren los votos de la genm de su orden, que escogiendo por suerte aquellos que deben ser nombrados, van apurando sus nóminas de los números mayores á los menores, hasta que aquellos pocos electos por la comunidad, eligen aquel uno que les significa todos: sagrado es la iglesia; militar la nobleza; real la plebe.

44. Á estos tres se juntan otros tantos jueces, hombres de profesion jurisprudentes, cuya dignidad no como los diputados es anual, antes dura hasta otra promocion: asiste cada qual al diputado de su estamento, habiendo en los jueces tambien la misma diferencia de ordenes sino en la calidad, en el oficio y negocios, porque aunque juntos en la diputacion mandan en todo, todavia ellos por si solos no se entremeten en mas de las cosas de su estado.

45. Esta diputacion (llamada general) no solo gobierna en la ciudad superiormente; empero se extiende quanto se dilatan sus provincias: todas las villas y ciudades tienen de esta suerte gobierno natural, que representa el cuerpo de solo su pueblo; como la diputacion representa el de toda la provincia: en unas los llaman cónsules, y en otras procuradores, en otras jurados; mas en todas viene á ser igual su autoridad y casi conforme su hábito, que se mejora ó humilla segun el caudal de cada pueblo. Vistense ropas largas, dichas *gramallas*, coloradas, de paño ó seda, de extrañísima hechura: de ordinario son de damasco, sus orlas de torciopelo y sobre ellas una faja de lo mismo; esta viene á

ser el propio hábito, porque sin él no pueden entrar en su magistrado, y con él se suplen la falta de la ropa. Usan la gorra y cuello español, y en sus acompañamientos públicos se sirven de mulas mas que de caballos, llevándolas pomposamente aderezadas: traen delante sus porteros y maceteros, como los ediles ó tribunos de los romanos, significando la gran autoridad de su oficio.

16. Todos los pueblos y su gobierno guardan entre sí la propia correspondencia con el magistrado de su provincia (superior á toda ella), que este tiene y guarda con la diputación general, donde todos se unen conformemente por sus procuradores. Este es el modo por que se gobiernan en sus cosas públicas, y por el mismo se distribuyen los servicios y contribuciones de todo el principado: se administran todas las rentas comunes, aquellas cuyos efectos se disponen en propio beneficio de la provincia sin intervencion alguna del príncipe.

17. Era á este tiempo diputado eclesiástico Pau Claris, canónigo de la iglesia de Urgel; militar Francisco de Tamarit, caballero de Barcelona; real José Miguel Quintana, ciudadano; Jueces Jaime Ferran, Rafael Antic y Rafael Cerdá; los consellers de Barcelona Luis de Caldés doncel, Antic Salela y Morgades, José Massana; ciudadanos; Pedro Juan Gyrafi y Antonio Carreras; oficiales; y porque en muchas partes habremos de nombrarlos, entonces daremos razpu de sus inclinaciones segun nuestra costumbre, cuando los acontecimientos nos den ocasion de hacer juicio de sus estímulos.

18. En los casos de suma importancia forman otro consejo que llaman Sabio: consta de cien personas diferentes, incluyendo en ellas todos los ministros, todos los estados y calidades de la república. Este es por mayor su gobierno natural, de que me pareció, debía dar esta breve noticia por satisfacer la curiosidad ó duda del que llegare á leer.

19. Juntos los catalanes en sus cortes, entonces se comenzó á tratar generalmente del miserable estado de su pa-

tría, diciendo que sobre verse ofendida de un mal interior; que como veneno implacable abrasaba sus entrañas, la volvian á ver amenazada de otro mayor accidente, á cuyas manos sin falta acabaria la salud pública: que tanto era mayor el trabajo, cuantas mas fuerzas añadia al primero. Escogian otra vez las memorias de obligaciones y de lástimas pasadas; volvian á contar los robos, los incendios, los estupros y los adulterios: aquel parecia mas zeloso del bien público, que los afligia con la recordacion de mas horrendos sacrilegios y alevosias: hablaron de su gran justificacion; de la piedad de su causa, del socorro que podian esperar de Dios, siendo su desagravio su mayor motivo: no olvidaron la industria con que los ministros contrarios de su inquietud desviaban los remedios que en la clemencia de su rey podian prometerse, y aun sobre la persona del mismo príncipe hacian juicio, diciendo: ¿qué les importa fuese su corazón lleno de piedad, si no vivia con su propio espíritu, sino con aquel de los que amaba? Que la bondad en los príncipes sino se ejercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno: que las virtudes que están ahogadas de la omision ó pereza, son como prisioneras del vicio y antes son dignas de lástima que de loa: que el príncipe no cumple con poseer las buenas costumbres de hombre, si no las acompaña con el valor de príncipe: que á quel rey, sin duda, reprueba la eleccion que Dios hizo en su persona á la dignidad real, cuando pone su mismo oficio en manos de otro, pues al sumo poder tan fácil fuere hacer rey á un vilido como al señor, y él deshace en sí propio la obra de la sabiduría: en fin que del natural de su monarca no habia que esperar accion alguna, cuando su bien estaba opuesto á la voluntad de sus favorecidos.

20. Por aquí caminaban á la mayor desesperacion: aléntábanse con lo que se prometian seguro en Francia y aun en otras naciones: en esto que creían, ó mostraban creer, fundaban vanamente todas las esperanzas de su remedio.

Lleva el apetito de ordinario, los hombres á grandes peligros, y aun no contento de llevarlos hácia el trance, tambien allí acostumbra deslumbrarlos, haciéndolos creer fácilmente, y obligándolos á usar de medios incapaces ó ilícitos: donde viene que yerran lo que podian enmendar (quizá con el sufrimiento), porque el vivísimo deseo de salir del aprieto no da lugar á que examinen, si son ó no son justos, ó posibles los remedios y las esperanzas que se les ofrecen delante.

21. De otra parte, les parecía la guerra inexcusable, segun juzgaban por las deliberaciones del rey, de que recibian continuados avisos: cada día llegaban nuevas de las grandes prevenciones que se hacian contra su provincia.

22. No se olvidaban tambien en la propuesta á los estados de pedir se les buscasen algunos medios suficientes, para poder alcanzar la paz que habian perdido, la restauracion de la justicia que se habia estragado, el desenojo del rey que los amenazaba, la satisfaccion de los pueblos quejosos, la seguridad de la mayor parte de los hombres, á quienes habia tocado la inquietud.

23. En estas y semejantes razones se incluía toda la propuesta de los catalanes en su congregacion: duraron las juntas muchos dias, recusando algunos pareceres y escogiendo otros, y despues dejando éstos escogidos, y volviendo á platicar los mismos que poco antes habian reprobado, ú otros introducidos nuevamente, porque todos los caminos por donde se salía el discurso, paraban en confusion y desconsuelo.

24. Despues, volviendo á juntarse á la última accion (cuando parece que ya los ánimos estaban firmes y resueltos en un pensamiento), comenzaron su nueva plática volando mas regularmente que hasta entonces, desengañados de que por el modo de conferencia no podrian conseguir la resolucion. Este es vicio comun en los grandes concursos, donde siempre se hallan hombres que ambicionan del aplauso, y aun mas que del acierto, ó con exquisitas

palabras ( misteriosas á los ignorantes ), ó con demostraciones de afecto persuaden ó turban la gente fácil, hasta traer algunos á la idolatria de sus vanidades.

25. Habiase discurrido indiferentemente en todos los circunstancias sobre la proposicion de los diputados: la mayor parte de los votos, con poca variedad de razones, se inclinaba á la defensa de las armas. Si alguno añadía, no era sino circunstancias de dolor á la causa pública, si otro moderaba en algo el sentimiento anterior, en vano persuadía.

26. Llegó entonces la ocasion de hablar á monseñor Juan, obispo de Urgel, hombre que nació mas felizmente de la virtud que de la naturaleza, letrado de opinion entre los suyos, práctico en los negocios de la corte romana, donde ocupó la plaza de auditor de Rota, y de presente la de canceller de Cataluña: interrumpió el silencio, y ( segun de su boca le escuchamos despues ) habló en este sentido.

27. « Por cierto, señores compañeros y hermanos míos, « yo no puedo negar que empiezo á hablaros lleno de es-  
« panto y desconsuelo, considerando que siendo ya de los  
« últimos votos en esta junta, habeis pasado por la razon,  
« sin que ninguno de vosotros la haya conocido. Violenta-  
« mente me sacásteis de mi iglesia, para que os acompaña-  
« se en esta congregacion, yo me llamara mil veces mal afor-  
« tunado, si mi resistencia me hubiese valido; tanto estimo  
« ahora el servicio que puedo haceros, hablándoos como  
« se debe. Casi os estoy viendo todos cubiertos de la som-  
« bra de vuestra pasion: esto me pone en temor de vuestro  
« descamino, y esto mismo me obliga á que os dé voces,  
« que os avisen del precipicio. Véome igual á vosotros en  
« la naturaleza, superior á algunos en la fortuna, y á mis  
« méritos primero, á aquellas obligaciones antiguas de la  
« sangre y de la patria se añaden estas del premio que entre  
« vosotros he hallado contra el uso de los tiempos: no sa-  
« bré determinarme en cuáles son mayores; sé por lo me-  
« nos que todas son amables. Ya digo, señores, mi patria  
« afligida, mi estado exento de ficcion, mi experiencia pro-

« vecta de algunas observaciones, mi edad incapaz de toda  
 « esperanza, y por eso mas acomodada al desengaño, todo  
 « junto me hace cargo para que yo os sea constante compa-  
 « ñero y consejero fiel. Veo que constantemente entendeis  
 « todos, que para reparar las miserias é infortunios que  
 « hoy padecemos, originadas de la insolencia de los solda-  
 « dos forasteros, conviene tomar las armas en defensa de  
 « los naturales y de los famosos privilegios que nos han de-  
 « jado nuestros antecesores. Primeramente yo no puedo ne-  
 « gar que vuestra causa es justísima: confieso el peso que  
 « ha cabido sobre nuestra república: tambien yo he oido  
 « muchas veces las lástimas y quejas de nuestros patricios:  
 « tambien conozco la libertad de las legiones; pero, ¿por  
 « qué razon no probaremos primero otros remedios más  
 « suaves y proporcionados, que ese que determinais tan  
 « violento, y de que podeis usar á cualquier hora? No es el  
 « cauterio ó la lanceta la primer cura de la apostema, antes  
 « que esta instituyó la medicina los que llama madurati-  
 « vos, y muchos males rebelde á la dureza del acero, obe-  
 « decieron á la facilidad de los polvos. Pretendeis vengar  
 « vuestra patria de la insolencia de los soldados, y ¿quereis  
 « poblarla de nuevo de otros tantos? ¿Quién os ha de ven-  
 « gar á vosotros de estos segundos? La soberbia de estas gen-  
 « tas no consiste en su nacion, sino en su oficio: no son es-  
 « tos insolentes, porque son castellanos (tales han sido ya  
 « romanos y griegos), muchos hay de varias naciones, y  
 « todos se conforman en las costumbres licenciosas; luego  
 « no es mal fundado el recelo, de que los mismos catalanes  
 « que habeis de ocupar en este ejercicio, os salgan tan mo-  
 « lestos á la república, como los castellanos, que no podeis  
 « sufrir. Ya vereis ahora en vuestra necesidad vuestro per-  
 « ligro, pues no es tan suave el natural de los nuestros,  
 « que no os dé mucho que temer de su orgullo. Vamos á  
 « los extranjeros: ¿cuáles han de ser estos? No hay en Es-  
 « paña nacion que no sea parcial, y apenas hay provincia  
 « en Europa, donde no llegue, ó el imperio ó el respeto

« del que tenemos por señor. Francia entre todas animará  
 « vuestra flaqueza ; muchos días ha que triunfa : eso que á  
 « vosotros os puede alentar , á mi me desanima ; si la for-  
 « tuna no ha mudado sus antiguas costumbres , ya la pode-  
 « mos contar en las horas de su declinacion ; pero yo no  
 « quiero valerme de este incidente : decidme ¿ qué certeza  
 « tendreis que aquellos contra quien ayer os armásteis , se  
 « querrán armar hoy por vuestra defensa ? y cuando sea  
 « cierto que os ayuden , ¿ con qué gravámenes os enviarán  
 « ese socorro ? ¿ Cuándo llegará ? ¿ Y cuál será ? ¿ Y qué po-  
 « dreis vosotros obrar sin él ? La nacion francesa , así como  
 « ninguno le ha negado el valor , deja de confesar su in-  
 « constancia : ¿ seria por ventura conveniente que una vez  
 « empeñados en la guerra y declarados contra vuestro rey ,  
 « os fallasen sus asistencias ? Mirad bien á que cosa os ofre-  
 « ceis , y como por cuenta de vuestro juicio corre el peligro  
 « común : en vuestras voluntades están las de todo el pue-  
 « blo : ¡ oh ! no se corrompa su inocencia en vuestra pasión .  
 « Mas cuando todo suceña prósperamente , ¿ qué es lo que  
 « determinais ? Si pretendéis quedar libre república , claro  
 « está , es imposible en medio de dos monarcas tan grandes .  
 « como se dice de aquel miserable pez , que deseando volar ,  
 « ó le traga una ballena ó le despedaza una águila . Si pre-  
 « tendéis nuevo príncipe , ¿ cuál hay entre vosotros mas dig-  
 « no de imperio ? Si le quereis extraño ¿ porqué le esperais  
 « propicio ? Decis que la libertad de vuestros fueros os per-  
 « mite tomar las armas por defensa de ella ; todávía á vista  
 « de una demostracion tan contraria al uso de las gentes ,  
 « ¿ cómo os podreis excusar de ingratisimós ; viendo que os  
 « quereis vengar de la misma magnificencia ? Yo no me  
 « atrevo á afirmar que os sea ilícito ; empero pregunto , si  
 « os es conveniente ; Lícito es al ciudadano el pasearse en  
 « la dorada carroza ; pero si esa excusada pompa le trajese á  
 « un costoso empeño , no le excusaria la justificacion de la  
 « imprudencia . Dos cosas son precisamente necesarias al  
 « que emprende la guerra : la primera es conocerse , la se-

« gunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente  
 « esta diferencia: quien somos señores, y contra quien nos  
 « armamos. ¿Quién como cada cual de los presentes conoce  
 « el asiento de nuestra region ocasionada por mar y tierra á  
 « invasiones, que quizá para templarnos nos puso así na-  
 « turaleza? ¿Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue  
 « de vuestros caudales? La moderacion, no la prosperidad  
 « nos hace ricos: vuestra prudencia son vuestras minas:  
 « ¿no veis hasta donde se extienden los términos de nuestra  
 « república? ¿Dónde están los comercios? ¿Dónde los tra-  
 « tos y navegaciones? (Estos son los nervios que manejan  
 « la potencia del imperio) ¿hacia que parte son vuestras  
 « conquistas? (ahora digo, lo pasado no nos hace mas que  
 « envidia, ó por ventura cargo de que lo olvidemos) ¿Cuá-  
 « les son los famosos capitanes que han de gobernar vues-  
 « tras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que  
 « nos acompañan, rehusará cualquier peligro en obsequio  
 « de la patria; empero es menester que sepais, que entre  
 « el valor y la ciencia hay grand<sup>e</sup> desproporcion. ¿Cómo se  
 « llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guar-  
 « dar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los  
 « briosos jinetes de que habeis de formar vuestros batallo-  
 « nes? ¿Cuáles son entre vosotros los industriosos ingenie-  
 « ros, que han de delinear vuestros fuertes? Pues, si yo que  
 « soy un humilde é ignorante hombre, á solo la luz de la  
 « razon hallo tan fallidos vuestros designios, ¿cuántas mas  
 « faltas podrá descubrirles la consideracion de los varones  
 « prácticos en la guerra, cuales debian ser aquellos que os  
 « aconsejasen? Mirad, señores, atentamente donde os lleva  
 « nuestro enojo; y pues os habeis visto, volved ahora los  
 « ojos al que quereis tener por enemigo. Felipe IV se llama  
 « rey de las Españas, y le podremos llamar mayorazgo de  
 « riquezas del mundo: pocos son aquellos que le ignoran el  
 « nombre y la grandeza: ¿Qué gentes se moverán contra  
 « vosotros á la muda voz de un despacho suyo? ¿Qué estu-  
 « dio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevi-

« miento? ¿ Porfía se le ofrecerán los vasallos fieles para  
« servir de instrumento á vuestro castigo : ¿ qué descom-  
« didad se les seguirá á sus ejércitos , en que saque de Flan-  
« des , Lombardia , Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios  
« de soldados veteranos? ¿ Con qué voluntad vendrán estos  
« á libertar y vengar sus hermanos oprimidos de nuestra  
« furia? ¿ Qué de capitanes pasearán hoy en su corte , en  
« pretension de que les fic alguna parte de vuestra ruina?  
« Vosotros habeis de rogar á quien os defienda , él ha de ser  
« rogado por los que quieren vengarle : las armadas de uno  
« y otro mar poco trabajo les costará infestar vuestras cos-  
« tas (suyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellon ).  
« Cuando otros tiempos tuvisteis famosas contiendas con  
« D. Juan el II de Aragon , estaba entonces España repar-  
« tida en muchos brazos : los mas fuertes ayudaban á le-  
« vantar al mas débil cuerpo de vuestra república : hallás-  
« teis un D. Henrique en Castilla , que os ayudó con socor-  
« ros ; un D. Pedro en Portugal , que se puso en vuestras  
« manos ; un Renato en Francia , que tambien no os desde-  
« ñó de vasallos , y á todos ofrecisteis nueva servidumbre ,  
« que no os salia tan barato el auxilio ; ahora está el juego  
« del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Adver-  
« tid que no perdais de un solo lance la justa libertad que  
« habeis gozado hasta ahora : un solo rey es para la ofensa ,  
« y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en que paró  
« una lijera inquietud de los vizcaínos el año de treinta y  
« tres ; antes estaban castigados que se entendiese en Espa-  
« ña la culpa. Volved ahora la vista á los portugueses que  
« teneis por hermanos , que facilmente templaron su ór-  
« gullo á vista de las armas de Mérida , año de treinta y sic-  
« te. Ved los aragoneses nuestros vecinos y amigos , como  
« se humillan al precepto , despues que D. Alonso de Var-  
« gas les hizo besar el látigo : los valencianos se contentan  
« con solo el nombre de reino que poseen. Navarra , ni su  
« vecindad y deudo con Francia , ni la antigua contienda de  
« su derecho contaminó su obediencia , ni la movió la guer-

« ra , ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos nosotros so-  
 « mos los que llevamos menos cargas , ó sea que nuestro  
 « parlamiento las desvie , ó que las modere la buena opi-  
 « nion en que estamos de bríosos. Rey tenemos , señores ,  
 « rey y padre ; no solo cristiano sino católico por renombre :  
 « cuanto es mayor nuestra justicia , así debe crecer nuestra  
 « confianza : representémosle postrados nuestra miseria : ha-  
 « ble solo nuestra fidelidad : el vasallo ó el siervo que pide  
 « inmodestamente , ya lleva la negacion escrita en el des-  
 « comedimiento. Informemos á nuestro rey con una perso-  
 « na llena de verdad y zelo , desnuda de todos respetos hu-  
 « manos : justifiquemos nuestra causa con Dios , con S. M.  
 « y con las gentes ; esto es el medio del sosiego de la paz  
 « y de la enmienda ; entonces podemos esperar el verda-  
 « dero é infalible socorro del omnipotente señor , rey de  
 « los reyes , amparo de los afligidos , Dios de los ejércitos.  
 « Yo por lo menos tomando su divinidad por juez de mis  
 « acciones , protesto que siempre os hablaré en este sentido  
 « y con este sentimiento.

28. Calló entonces el obispo , y acabó el llanto su razo-  
 namiento. La elocuencia ( ordinariamente superior á los ánimos ) no dejó de hacer en los presentes algunos interiores efectos : ninguno osó á retractarse , juzgándolo á delito , los mas libres le escucharon con desprecio. Continuóse la materia , reiterándose todos en la opinion primera , hasta que hablando los diputados generales Quintana el real en representacion del pueblo , y Tamarit el militar en nonibre de la nobleza , dijeron su parecer casi en una misma sentencia , difiriendo tan poco en las palabras como en los afectos.

29. Faltaba solamente por declararse el diputado Claris de superior autoridad entre los tres ; no menos por su dignidad , que por su espíritu atentísimo á las cosas públicas. Era Claris hombre , que habiendo sido antes olvidado , deseaba de hacerse conocido , sin pesar mucho los medios que se le ofrecerian á la fama : aspiraba al mando , que no pudo conseguir antes de la inquietud , y despues puso todo su

mérito en la libertad, de la que se inculcaba por zeloso. Aborrecia de otros tiempos su obispo, y aunque su sentimiento fuera igual, por solo no convenir en su opinion mudara de ánimo. Habia callado con suma observacion hasta entonces, si bien las demostraciones informaban del fuego que guardaba en el pecho. Suspendióse gran espacio, y revolviendo la vista melancólicamente, pidió atencion con los ojos, y habló así.

30. « Nobilísimo y affligidísimo concurso, ni mis lágrimas, ni vuestro dolor dan lugar á que me dilate; mas aun así es la materia tan grave, que no podré ceñirla tan brevemente como desco, pues el espíritu que mueve mi lengua, todo aquello que tardare en explicarse, le parece que os debe de tiempo en la afanosa ejecucion en que os espera. Habeis oido atentos la plática de ese docto prelado mio, ahora os suplico como particular ciudadano, escuchéis mis razones, y como cabeza de vuestra junta os encargo, examineis la substancia de estas y aquellas palabras, que yo sé de mi opinion, no tomará fuerzas en mi autoridad para persuadiros, sino en si mismo. No creo que este varon que escuchásteis, siente con diferencia del consejo que os ofrece: no pienso yo tan impiamente, ni me ajustaré á entender, que el mismo pastor es quien conduce las ovejas á la estacion del lobo; antes vengo á persuadirme que los hombres criados á la leche de la servidumbre, ignoran del todo aquella bizzarria y libertad de ánimo, de que necesita el verdadero repúblico. ¿ Por ventura es mas prudente, ó mas templado que todos los que aquí estais? No por cierto, la ventaja que nos lleva, no es otra que haber perdido el sentimiento de puro ejercitada la paciencia en otros oprobios, pues ¿ cómo, nobilísimos catalanes, quereis vosotros regular vuestras acciones por la pauta de las humildades ó lisonjas de un hombre antiguo cortesano? Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambicion, y

« nuestros edificios materia de su ira , los caminos ya segu-  
« ros por la industria de nuestras justicias , ahora se hallan  
« nuevamente infestados , las casas de los nobles les sirven  
« de fáciles hosterías , sus techos de oro y preciosas pintu-  
« ras arden lastimosamente en sus hogueras ; mas ¿ cómo  
« tratarán con reverencia los palacios , los que no se desde-  
« ñan de ser incendiarios de los templos ? ¿ Pues á vista de  
« todas estas lástimas hay quien pretenda ahora persuadir-  
« nos espacios , negociaciones y mansedumbres ? Verdade-  
« ramente el que corrige el fuego con delicadas varas , an-  
« tes le ayuda que le castiga. Divina cosa es la clemencia ;  
« pero en las materias de la honra de su casa , el mismo  
« Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus ene-  
« migos hasta arrojarlos de ella. Dice que usemos de medios  
« suaves , esto es sin duda acusar nuestra justificación.  
« ¿ Cuánto ha señores que padecemos ? Desde el año de  
« veinte y seis está nuestra provincia sirviendo de cuartel  
« de soldados : pensamos que el de treinta y dos con la pre-  
« sencia de nuestro príncipe se mejorasen las cosas , y nos  
« ha dejado en mayor confusión y tristeza ; suspensa la re-  
« pública , é imperfectas las cortes. Ya los medios suaves  
« se acabaron : largos días rogamos , lloramos y escribi-  
« mos ; pero ni los ruegos hallaron clemencia , ni las lágri-  
« mas consuelo , ni respuesta las letras. Romper las venas  
« al primer latido de los pulsos , no lo apruebo ; con todo  
« mirad , señores , que el mucho disimular con los males es  
« aumentar su malicia , lo que ahora quizá podeis atajar  
« con una demostracion generosa , no remediareis despues  
« con muchos años de resistencia. Quanto mas se os enca-  
« rece la piedad de vuestro príncipe , tanto debemos ase-  
« gurarnos no castigará la defensa como delito. No porque  
« el águila es la soberana entre las aves , dejó la naturaleza  
« de armar de uñas y pico á los otros pájaros inferiores , yo  
« creo que no para que la compitan , mas para que puedan  
« conservarse : los hombres hicieron á los reyes , que no  
« los reyes á los hombres , los hombres los hicieron hom-

« bres , porque si ellos mismos se hubieran hecho , mas al-  
 « tamente se fabricaran ; claro está , pues siendo ellos en fin  
 « hombres , hechos por ellos y para ellos , algunos olvida-  
 « dos de su principio y de su fin les parece que con la púr-  
 « pura se han revestido otra naturaleza . Yo no compren-  
 « do en esta generalidad todos los principes , ni propiamen-  
 « te nuestro rey , antes reconozco en su real persona vir-  
 « tudes dignas de amor y reverencia ; pero séame lícito de-  
 « cir , que para el vasallo afligido viene á ser lo mismo que  
 « el gobierno se estrague por malicia ó ignorancia . Para no-  
 « sotros , señores , tales son los efectos , aqui no disputamos  
 « de la causa . Pues si vemos que por los modos fáciles ca-  
 « minamos á nuestra perdicion , andemos la via . Ya no es  
 « menester ventilar si debemos defendernos ( eso tiene de-  
 « terminado la furia nel que viene á buscarnos ) , sino creer  
 « que no solamente es conveniencia temporal , mas antes  
 « obligacion en que la naturaleza nos ha puesto ; los medios  
 « parece es ahora lo mas difícil de hallarse . Entended seño-  
 « res , que ninguno topa la perla en la superficie del mar ,  
 « no falcis vosotros de vuestra parte con la diligencia , que  
 « no faltará la fortuna de la suya con la dicha , sino demos  
 « con el discurso una brevísima vuelta á los negocios del  
 « mundo , y á pocos pasos vereis como no nos podrán fal-  
 « tar amigos y auxiliares . Decidme si es verdad , que en to-  
 « da España son comunes las fatigas de este imperio , ¿ có-  
 « mo dudaremos que tambien sea comun el desplacer de  
 « todas sus provincias ? Una debe ser la primera que se  
 « queje , y una la primera que rompa los lazos de la es-  
 « clavitud : á esta seguirán las mas : ; oh no os excu-  
 « seis vosotros de la gloria de comenzar primero ! Viz-  
 « caya y Portugal ya os han hecho señas , no es de creer  
 « callen ahora de satisfechos , sino de respetosos ; tambien  
 « su redencion está á cargo de nuestra osadia : Aragon , Va-  
 « lencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces ,  
 « mas no los suspiros . Lloran tácitamente su ruina ; ¿ y  
 « quién duda , que quando parece están mas humildes , es-

« tén mas cerca de la desesperacion? Castilla soberbia y  
 « miserable no logra un pequeño triunfo sin largas opresio-  
 « nes; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la  
 « accion que tenemos á nuestra libertad y defensa. Pues si  
 « esta consideracion os promete aplauso y alianza de los  
 « reinos de España, no tengo por mas difícil la de los ausi-  
 « liares. ¿ Dudais del amparo de Francia, siendo cosa indu-  
 « bitable? ¿ Decid, de que parte considerais la duda? El  
 « pueblo inclinado á vivir exento, bien favorecerá la opi-  
 « nion que sigue. El rey (cuya fortuna se ofende con la  
 « grandeza de España) prosiguiendo la guerra comenzada,  
 « ¿ qué mayor felicidad se le puede entrar por sus puertas,  
 « que hallar de par en par las de nuestra provincia á la an-  
 « trada de Castilla? Si de eso os quereis temer, os anticipa-  
 « reis el peligro: que observar desordenadamente los acci-  
 « dentes venideros, no es prudencia, bastará conocerlos  
 « para remediarlos, sin estorbar con ese recelo las accio-  
 « nes convenientes. Ingleses, venecianos y genoveses, solo  
 « aman su interés en Castilla: búscanla como puente por  
 « donde pasan á sus repúblicas el oro y plata: si sus tesoros  
 « tomasen otro camino, en ese mismo día habrian de cesar  
 « su amistad y alianza. Los atentísimos holandeses no ha-  
 « brán de aborrecer en nosotros el repetir las pisadas, por  
 « donde gloriosamente caminaron á su libertad, ni nos ne-  
 « garán tampoco las asistencias (si se las pedimos) suminis-  
 « tradas estos dias á otras naciones, pues introducida una  
 « vez la guerra dentro en España, los socorros de Flandes  
 « habrian de ser mas contingentes; lo que todo es favorable  
 « á sus designios. Notais nuestra provincia de apretada en-  
 « tre España y Francia, eso es ser ingratos á la naturaleza,  
 « á quien debeis la mar en frente, que nos enriquece con  
 « puertos, la montaña á las espaldas, que nos asegura con  
 « asperezas, pues los dos lados que miran á las dos mayo-  
 « res potencias de Europa, con su oposicion nos fortalecen.  
 « ¿ Qué es lo que os falta, catalanes, sino la voluntad? ¿ No  
 « sois vosotros descendientes de aquellos famosos hom-

« bres, que despues de haber sido obstáculo á la sober-  
 « bia romana, fueron tambien azote á la felicidad de los  
 « africanos ? ¿ No guardais todavía reliquias de aquella fa-  
 « mosa sangre de vuestros antepasados, que vengaron las  
 « injurias del imperio oriental, domando la Grecia ? ¿ Y de  
 « los mismos, que despues contra la ingratitud de los Pa-  
 « leólogos, en corto numero os dilatásteis á dar leyes se-  
 « gunda vez á Atenas ? ¿ Quién os ha hecho otros ? Yo no lo  
 « creo por cierto, sino que sois los mismos, y que no tar-  
 « dareis mas en parecerlo, que lo que tardare la fortuna en  
 « dar justa ocasion á vuestro enojo. ¿ Pues qué mas justa la  
 « esperais, que redimir vuestra patria ? Fuisteis á vengar  
 « agravios de extranjeros, ¿ y no sereis para satisfaceros de  
 « los propios ? Mirad los cantones de esguizaros, gente in-  
 « noble, faltos de policia y religion incierta, ¿ cómo deja-  
 « ran la sombra de la diadema imperial ? Mirad como ahora  
 « solicitan, ó compran su aplauso los príncipes mayores.  
 « Ved los bátavos ó Provincias Unidas sin la justificacion de  
 « vuestra causa, como la fortuna les ha dado la mano has-  
 « ta subirlos en su propio trono. Si no quereis creer ningun-  
 « no de estos ejemplares, y el temor os fuerza á que os ima-  
 « gineis menos dichosos, revolved cualquier piedra de esta  
 « vuestra ciudad, que cada cual de ellas no se excusará de  
 « contaros la famosa resistencia que hizo al sitio de D. Juan  
 « el II de Aragon, hasta que capitulando á nuestro arbitrio  
 « en los ojos del mundo, él entró como vencido, y nosotros  
 « le recibimos como triunfantes. Si os detiene la grandeza  
 « del rey católico, acercaos á ella con la consideracion, y  
 « la perdereis el temor: no hay estatua de metales precio-  
 « sos, á quien el barro no enflaquezca, ni bastan las fata-  
 « les armas á Aquiles, si pisa con planta desarmada. ¿ Veis  
 « la potencia de vuestro rey cuantos años ha que padece ?  
 « Cierto podemos decir ( á vista de sus ruinas ) que mejor  
 « se medirá su grandeza por lo que ha perdido, que por lo  
 « que ha gozado, tanto es lo que cada día se le va perdien-  
 « do de nuevo. Si quereis plazas, muchas os ofrecerá Flandes

« y Lombardia , apartadas ya de su obediencia. Si quereis re-  
« giones , preguntadlo á unas y otras Indias. Si quereis ar-  
« madas , el mar y fuego os darán razon de ellas. Si capita-  
« nes , responderá por ellos la muerte ó el desengaño. Algu-  
« nos filósofos pensaron con Pitágoras que las almas se pa-  
« saban de unos cuerpos á otros ; mas ciertamente lo pue-  
« den afirmar los políticos en las monarquías , donde pare-  
« ce que la felicidad que anima sus cuerpos , ( dejándolos  
« cadáveres ) se pasa á dar espíritu y aliento á otras olvida-  
« das naciones ; tal podemos esperar nos suceda. Pero si  
« además de lo referido , llegais á temer la confusion que os  
« puede dar la real presencia de vuestro príncipe , no dudo  
« que teneis razon , dudo pero que os dé causa : no sois vo-  
« sotros de tanta estimacion en los ojos de los que le acon-  
« sejan , que el rey de España por sí propio altere la sere-  
« nidad de su imperio por haceros guerra : yo me atrevo á  
« afirmar que ya todos estais destinados al despojo de algun  
« vasallo ; no será mayor el instrumento. Este es en fin , se-  
« ñores , el verdadero juicio de nuestras cosas , si el estado  
« de ellas os parece digno de nueva paciencia , el que se ha-  
« llare mas abundante de esta virtud , reparta con los otros  
« no con razones artificiosas , sino con medios convenientes  
« á la moderacion de vuestro mal. Yo no soy de opinion  
« que armeis vuestros naturales , para que siguiendo su  
« enojo , representeis batallas contingentes : no digo que  
« con demasías soliciteis la indignacion del rey : no digo  
« que á S. M. negueis el nombre de señor ; empero di-  
« go , que tomando las armas briosamente , procureis de-  
« fender con ellas vuestra justísima libertad , vuestros hon-  
« rados fueros : que guarnezcais vuestras villas y ciuda-  
« des , que fortifiqueis lo flaco , que repareis lo fuerte , que  
« generosamente pidais satisfaccion de los delitos de estos  
« bárbaros que nos oprimen , que alcanceis su apartamien-  
« to de nuestra region y el descanso de la patria , y que si-  
« no lo alcanzáreis , lo ejcuteis vosotros ( este es mi pare-  
« cer ) : ó que si tambien halláreis dura esta resolucion , á

« ese punto tratemos todos juntos de desamparar y dejar  
 « de una vez la miserable provincia á otros hombres dicho-  
 « sos. Y si á mi ( como aquel que mas tiernamente vive sin-  
 « tiendo vuestras lástimas ) me teneis por pesado compañe-  
 « ro ; cuando con esta libertad llevo á hablaros , ó si á algu-  
 « no lo parece , que por mas exento del peligro os llevo á él  
 « mas facilmente , digo , señores , que yo cedo de toda la  
 « accion que tengo á vuestro gobierno. Volved en hora  
 « buena á los pies de vuestro príncipe , llorad allí , acrécen-  
 « tad con vuestra humildad la insolencia de los que os per-  
 « siguen ; y sea yo el primero acusado en sus tribunales :  
 « arrojad al fierisimo mar de su enojo este pernicioso Jo-  
 « nás , que si con mi muerte hubiese de cesar la tempestad  
 « y peligro de la patria , yo propio desde este lugar ( donde  
 « como pusisteis para mirar por el bien de la república ) ; ca-  
 « minaré á la presencia del enojado monarca arrastrando  
 « cadenas ; porque sea delante de ella odiosísimo fiscal y  
 « acusador de mis propias acciones. Muera yo , muera yo  
 « infamadamente , y respire y viva la afligida Cataluña.

31. Apenas habían escuchado los congregados las últimas razones de Claris , cuando en comun aplauso fue aclamada su opinion como salud de la patria , disponiendo sus ánimos de manera , que cada uno parecia haber recibido nuevos espíritus para emplear en su obsequio. Conciliáronse en fin los pareceres de todos , y cuerdatamente caminaron á infatigable paso tras de aquellas cosas convenientes al establecimiento de sus armas y resistencia de las enemigas.

32. Nombraron sus plazas de armas , segun las partes por donde podian ser acometidos , que fueron Cambrils , Bellpuig , Granollers y Figueras : repartieron sus veguerías en tercios distintos ( es veguería (1) en Cataluña , lo que en los mas de España se suele llamar distrito ; partido ó bo-marca ) : nombraron sus oficiales , dejando á la diputada el militar dominio : alistaron gente capaz de aquel ejela-

(1) Veguería es lo mismo que corregimiento en Castilla.

cio: visitaron sus villas atentos á la fortificacion: buscaron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra, que tenian entre sí; pocos eran en número, porque el ocio de la larguísima paz en que se hallaban, así como les habia quitado las esperanzas, les quitó el precio: otros hicieron llamar de nuevo desde las provincias donde asistian. El médico, que en salud es aborrecible, al tiempo de la enfermedad es agradable.

33. Con esto juzgando que ellos por sí solos no eran capaces de resistir las desiguales fuerzas de tan grande monarca, miraron en su corazón por todo el mundo, que príncipe les podía dar ayuda y consuelo, y despues de haberle corrido con el discurso, no hallaron otro que el cristianísimo Luis XIII, rey de Francia, cognominado el Justo; su clemencia les prometia amparo, su poder de defensa. Esta era la razon comun; empero sobre esta se alegraban interiormente en la consideracion, de que para las conveniencias del estado de Francia fuesen tan propicios los accidentes de España, que ningun juicio dejaria de abrazar sus intereses: que era preciso el echar mano de las turbaciones del enemigo, como de materiales utilísimos para la serenidad propia. ¡Miserable condicion (por cierto) de la fortuna, que no tiene caudal para fabricar gran imperio á un príncipe, sino con las ruinas de otro!

34. Así resolutos, eligieron entre todos á Francisco Vilaplana, caballero perpiñanés, práctico y conocido en las fronteras de Francia, para haber de pasar á aquella corte con su embajada al Cristianísimo (pocas otras calidades le via de embajador; no buscaban entonces mas de la fidelidad, ella lo suplía todo). Partió brevemente lleno de lastimosas cartas al rey y la reina, al cardenal duque y otros ministros: en todas referian los catalanes su miseria, su dolor y su peligro.

« p. Llegó en pocos dias: festejólo el vulgo, que sin dis-  
« go ama y aborrece aquellas mismas cosas que ignora.  
« tre los políticos fue diverso el juicio con que se recibió

aquella novedad: los ambiciosos de gloria ó de venganza creyeron haber topado el hilo, porque podian penetrar los laberintos de España á posar de su arquitecto: prometianse larguissimos intereses en la nueva guerra, considerando, que allá de la felicidad y reputacion en que estaban sus armas, habrían de crecer sus triunfos por aquel medio. Los hombres llanos y civiles temian que por aquel alborozo se empenase la Francia en otros sucesos, al tiempo que su fortuna los habia regalado tanto, que no sin gran honra se podian acomodar á la quietud. Los templados y medianos ni deseaban mas glorias, ni las rehusaban tampoco, procuraban verlas seguras.

36. Los ministros del rey y sobre todos el cardenal duque juzgaron por cosa digna de príncipe justo y cristianísimo amparar una nacion cristiana y oprimida: no se les dificultó con la consideracion de algunos que decian, que á los reyes no es licito ni conveniente favorecer facciones ó sediciones de vasallos de otro príncipe; por la ruin correspondencia que podian hallar en sus ocasiones, y tambien por el mal ejemplo que forzosamente daban á sus descontentos, viéndolos amparar los escándalos ó quejas de otros.

37. Á esto se respondía, que la cortesía de los grandes no llega á quebrantar sus conveniencias: que el príncipe no puede ser liberal del bien de sus vasallos: que ninguno debe guardar igualdad á aquel que no se la guarda: que los pretextos de la inquietud pasada de Francia el año de treinta y cinco fundaban todos en las negociaciones del rey católico y en la cautela de su valido: que el rey cristianísimo en favorecer los catalanes no hacia otra cosa, que reconvenir, ó desforzarse de los movimientos del Reio introducidos de los españoles: que no habia disculpa con que satisfacer la pósteridad, si estando la guerra tan sangrienta en ambas provincias, Francia olvidase la mayor ocasion de sus mejoras: que de ordinario en los acontecimientos de la guerra, el que excusa el daño de su enemigo, viene á pagar despues con su ruina su inconsiderada confianza.

38. Por estos motivos y otros que le serian presentes al espíritu del cardenal (por ventura no comprensibles á nuestra cordedad), se dispuso á introducir su industria las fuerzas de su reino, y la autoridad de su rey en el manejo de las cosas de Cataluña.

39. Al punto fueron enviados á Barcelona, Mr. de Serignan (á quien algunos papeles catalanes llaman de Sernia); mariscal de campo, y Mr. de Plesis, Besanzon, sargento mayor de batalla; dos tales hombres, cuales pedia el gran hecho para que fueron escogidos, y que así hacian proporcion con aquel fin, como con la eleccion de quien los habia nombrado.

40. Volvió Vilaplana y los dos á su ciudad; donde todos fueron alegrisimamente recibidos: tratóse luego de ajustar con brevedad su negociacion en varias juntas, que hacian la diputacion, la ciudad y los enviados: fué fácil el acomodamiento, porque como todos se encaminaban á una razon, ella misma vencia las dificultades. No se duda que en algunos podia hallarse parte de temor, y en otros de negocio; mas como es destreza de los políticos encubrir el miserable la desconfianza y el poderoso la soberbia, unos y otros lo dispusieron de suerte, que ni la fe, ni la prudencia parece que padecian fuerza ó duda.

41. Ajustáronse finalmente; en que el principado haria el mayor esfuerzo posible por arrojar y resistir las armas castellanas: que el rey cristianísimo les socorrería en espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes: que lo uno y lo otro seria pagado por cuenta de la generalidad: que el rey solo enviaria los cabos y oficiales que le fuesen pedidos, y no mas: que mientras durase la resistencia de Cataluña, S. M. no mandaria invadir algunos lugares de catalanes como enemigo del rey católico; salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas: que el principado pondria en manos del rey cristianísimo nueve rehenes, tres de cada orden, y que no haria ajustamiento con su rey sin intervencion de Francia.

42. Con este breve tratado y larguissimas demostraciones de amistad se partieron á Paris el Plesis y Serñian , con la misma satisfaccion que habian dejado á unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

43. Ahora será conveniente dar razon de las armas y progresos tocantes al rey católico ; bien que en órden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte , por seguir las cosas de Cataluña sin intermision de otros acontecimientos , porque mas claramente se entiendan unos y otros.

44. Asentada ya la guerra contra Cataluña ( como hemos dicho ) , fueron luego despachadas órdenes por el rey católico á todas las plazas maritimas del principado , avisando sus gobernadores de la resolucion de su consejo , y encomendándoles grandemente las prevenciones de la guerra que podian esperar cada dia ; y en particular se encargó este cuidado á D. Juan de Garay , gobernador de las armas de Rosellon , que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñan despues de la muerte del Cardona. Es el Garay hombre , que por la via de las armas pudo juntar el mérito y la dicha : comenzó por los pequeños puestos de la guerra , pasó por ellos con velocidad tan grande , que en algunos vino á mandar los mismos que poco ántes habia obedecido : ama la industria sin aborrecer el trabajo , presume de lo que obra , y tiene mas dicha para sí que para los suyos.

45. A este tiempo habia llegado á Zaragoza el marques de los Velez , de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas , que todavia estaban en obediencia del rey : encomendaba á sus gobernadores el vivisimo cuidado que le convenia de adelantar su partido. A los catalanes exhortaba al arrepentimiento , prometiéndoles perdon y conveniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del baile general D. Luis de Monsuar , retirado de Tortosa , donde entre parientes y amigos ; y con algunas personas de religion habia tratado el cobro y reduccion de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza , y dando buena razon de su industria , hizo co-

mo el magistrado en nombre de todos escribiese al Velez, pidiéndole juntamente piedad y socorro; estaban de secreto dispuestas las cosas de tal suerte, que aun no habia salido la carla de la ciudad, cuando sobre el puente de Ebro que la baña, se hallaban dos mil infantes españoles y cuatrocientos caballos, á cargo todo del maestro de campo Don Fernando Miguel de Tejada, soldado práctico y cuidadoso, que siguiendo con todo el orden del magistrado contra el aplauso del vulgo (que ya le miraba como arrepentido), entró en Tortosa causando desiguales afectos en los corazones de sus naturales, segun era en ellos diferente la razon con que miraban sus movimientos. Muchos se retiraron medrosos ó aborrecidos, y aun ni de todos los que quedaron, se podia hacer confianza.

46. Con esta observacion trató D. Fernando de fortificar la ciudad (que por su sitio y un castillo no muy antiguo que todavía conserva, pareció fácil); por lo menos de suerte que quedase reparada á una interpresa y motin. Pocos dias despues se descubrieron algunos cabezas de los sediciosos, y fueron condenados á muerte por la justicia hasta cinco ó seis hombres plebeyos, no sin lástima de todos.

47. Con la impensada entrega de Tortosa, tomaron las cosas del rey mejor semblante, no solo por la importancia de la plaza de asaz utilidad á sus intereses, pues por ella se facilitaba el paso de Ebro á las armas católicas, mas tambien porque su reduccion inducia á la esperanza de otras, y ponía en los catalanes gran duda y temor, viendo que ellos mismos se faltaban primero que su fortuna.

48. En Rosellon se movian las armas con mas presteza, porque entendiendo D. Juan de Garay que los moradores de Illa (lugar mediano en el condado de la Cerdaña, asaz vecino á Francia, á quien sirve de paso) tenian trato con vasallos del rey cristianisimo, y determinaban ayudarse de ellos contra los españoles dándoles entrada en la villa, quiso reconocer y castigar personalmente sus excesos, poniendo toda aquella frontera en mejor orden. Salió el Garay de

Perpiñan á los últimos de setiembre con suficiente número de infantería, algunos caballos y cuatro piezas de campaña. Llegó á Millas, hizose reconocer en aquel lugar sin resistencia: tomó las llaves de sus puertas á su propio dueño D. Felipe Asbert; dejándole con temor y escándalo: llamó desde allí los cónsules y baile de Illa; tardaron en obedecerle, teniendo con mas razon de la severidad que se usaba con sus vecinos. Salió de Millas prontamente contra Illa en intencion de embestirla y castigarla, abominando con palabras feas el hecho de sus moradores: no debía ofrecerlas al espanto, sino al remedio, porque á veces el caballo detenido en la carrera, sale mas pronto al grito que al azote. Amaneció sobre el lugar, batióle sin efecto; pretendió romper una puerta por la furia de un petardo, nada salió como se esperaba; bien que Juan de Arce gobernaba aquella faccion: defendiéronse briosamente los de adentro. Retiróse el Arce herido del golpe de una piedra y el Garay reconociendo en la resistencia de tan pequeño lugar la iniaustr de Mr. de Aubiñi (de quien trataremos adelante) que la defendia con hasta seiscientos hombres franceses y catalanes, no quiso proseguir en la venganza por entonces, mirando ya en aquele estado mas por la opinion que podia perder, que por la plaza que juzgaba perdida: dejó el negocio para mejor tiempo; aunque no pensó diferirlo mucho, por no dar lugar á que se engrosase el enemigo. Con este pensamiento, ayudado tambien de una voz que sin causa se esparció entre la gente, de que los franceses entraban por el Grao en el estado de Rosellon (algunos piensan que el mismo D. Juan hizo introducir esta voz por dar mejor pretexto á su retirada), volvióse en fin, y haciendo alto en San Felú, mandó reconocer los puestos acomodados á la entrada del enemigo. En este tiempo hizo venir de Perpiñan cuatro cañoaes enteros y dos cuartos: aumentó sus tropas hasta número de seis mil infantes y seiscientos caballos, y con los tercios de la guardia del rey, que gobernaba el Arce y D. Felipe de Guevara, y el de D. Leonardo

Móles, llenos de la mejor infantería que entonces tenía España en ningún ejército. Volvió segunda vez sobre Ila pocos días después de haberse levantado de ella: dispuso sus baterías, y la batió furiosamente.

49. Es Ila cercada de un casamuro antiguo, acomodado al modo de las primeras defensas. Continuóse por algunas horas la batería, y habiendo con poca resistencia abierto más de veinte varos de brecha (quieren así llamar los soldados á la rotura ó portillo que hace la artillería en las murallas), trató D. Juan de que el tercio gobernado por el Guevara embistiese al lugar, ganando la entrada; pero desórdenes no dignos de escritura lo dificultaron. Tardóse más en disponer el asalto, lo que tardaron los sitiados en acudir al reparo animosamente: los capitanes y soldados del tercio suspensos con el desorden, no se determinaban á embestir: impaciente entonces el Garay, dicen que bajó desde donde estaba mandando, y poniéndose delante de ellos, con las voces y más con el ejemplo (que en tales casos es la voz más eficaz y obedecida) los persuadía y ordenaba la escalada: moviéronse tardemente, como aquellos que no llevaba la voluntad: recibió D. Juan un mosquetazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayó herido: bastante ocasión para descomponer gentes más osadas, cuanto más aquellas enfermas ya del miedo. Todo esto ayudaba á los contrarios, siendo cierto que no hay mayor socorro para unos, que el temor de otros, pues á estos se les añade de esfuerzo el vigor que huye del ánimo de aquellos. Crecían las rociadas de mosquetería desde la plaza, con que á un mismo paso se aumentaba el daño, y desfallecía la esperanza. El Garay empachado de los suyos mostró querer apartarse del lugar, igualmente obligado del peligro y de la vergüenza: mandó tocar á recoger, y entonces fue fácilmente obedecido. Retiróse con pérdida considerable á Perpignan, melancólico y temeroso de lo venidero.

50. Todavía los ministros del rey católico no se excusaban de seguir alguna esperanza de concierto, y lo deseaban

sin reparar mucho en su calidad: pensaban, que puestos una vez los catalanes en sus manos, despues enmendaria la fuerza cualquiera condicion poco honrosa, á que la necesidad primero se acomodase: intentaron muchas cosas, algunas con poco fundamento, como suele el enfermo no examinar la virtud del remedio, creyendo que entre muchos topará alguno conveniente. Parecióle al Conde-duque medio acomodado valerse de los poderes de la iglesia contra la dureza de los eclesiásticos, en cuyo estado mas que en ninguno ardia el zelo de la libertad de su patria.

51. Llamó al nuncio apostólico residente en la corte, é intentó persuadirlo pasase á Cataluña, para que unas veces con su autoridad, y otras valiéndose de los poderes pontificios trabajase en la reduccion de aquella gente. No fue posible conseguirlo, defendiéndose el nuncio, con que sin consentimiento del pontífice no podia dejar su legacia, y emplearse en negocios ajenos, para que no tenia jurisdiccion: todavía por convenir en parte con su capricho, y mostrar el deseo de la paz y servicio del rey católico (temeroso quizá de la no bien pasada tragedia de su antecesor) vino en escribir á la provincia, llamando benignamente al diputado Claris: envió la carta con su confesor, por si hallase algun medio de introducir la voluntad del rey, lo ejecutase y dispusiese segun su órden.

52. Llegó á Lérida el enviado, avisó de su comision, respondiéndosele que remitiese las cartas y se detuviese en aquella ciudad: cumpliólo así, y en pocos dias volvió á la corte, sin haber negociado mas que nuevas esperanzas á los catalanes, fundadas en el temor que ya se tenta de sus resoluciones, pues por tantos medios se solicitaba la concordia.

53. Este mismo juicio habia hecho el nuncio, y se lo representó al conde, cuando discurrían en el negocio; empero, vencido de su respeto, vino á aprobar en parte su opinion. Permítasenos ahora decir, que poco atentos proceden los ministros, de cuya prudencia fia la iglesia su autoridad, cuando se entremeten á esforzar sentimientos de

príncipes, arrimándose á sus facciones. Raras veces los intereses políticos siguen la razon, y entonces seria fuerza, si ella los ha de seguir, doblar la justicia á la parte mas poderosa con escándalo del universo. Á la gran dignidad pontifical y paternal sobre toda la tierra, al vicario de Cristo, suma verdad, suma entereza; ¿cómo le puede ser licito negar su agasajo igualmente á alguna de las ovejas, que le han sido entregadas en el rebaño espiritual?

54. No desmayó el Conde-duque con este desengaño, antes por si propio volvió á escribir y dar á entender al principado, que el rey apartaria sus armas de la provincia, si la ciudad de Barcelona se acomodase á dejar fabricar dos fuertes reales, uno en Monjuich y otro en la casa de la Inquisicion; entrambos sitios acomodados á la defensa, pues era cierto que de la seguridad de aquel pueblo, como cabeza de su provincia, pendia toda la quietud y conservacion pública. Tampoco esta plática tuvo efecto, y antes los irritó de nuevo, porque esto de fortificarse los españoles fue siempre lo que mas temian.

55. Prosiguió, buscando otros caminos acomodados á sus pensamientos, é hizo como D. Pedro de Aragon, marqués de Pobar (bijo segundo del Cardona, y que habia acompañado á su padre en las primeras guerras contra Francia) con pretexto de haber sido llamado á las cortes de Cataluña, se fuese á Barcelona, publicando tambien acudia al descensuelo y soledad de su madre viuda y de su patria afligida. Corrió la posta mas rico de industria que de prudencia, bien que llevó promesas para sí, y los que quisiesen seguirle.

56. Era la casa de Cardona (como hemos dicho) estimada sobre todas las del principado, mas despues de la muerte del duque, y desde aquel punto que comenzó á resonar el nombre de libertad, fue desfalleciendo su autoridad de tal suerte, que la duquesa hubo de retirarse en un convento, donde se hallaba al tiempo que llegó el marqués su hijo.

57. Esta visita, por tantas razones sospechosa, fue en

extremo desagradable á cuantos la consideraban , ó porque verdaderamente no estaban ya las cosas en estado de remedio , ó porque la industria del Pobar no alcanzó á confiarlos ( que era el primer paso de aquel negocio ). Ellos miraban sus acciones con suma observacion , y pocos dias despues lo encerraron en prision áspera , dándole á entender que con menor retiro no estaba seguro á la furia del pueblo , que habia concebido mala opinion de su jornada , y trazaba su muerte. Así dispusieron asegurarse de sus designios ; cosa á que los príncipes deben mirar mucho , hallándose en tal estado , y trabajar por elegir un medio para que ni la credulidad , ni la desconfianza les pongan en peligro , abrazando ó despreciando cuantos le buscan.

58. Trabajaba continuamente el Velez en acomodar las tropas que bajaban por los reinos de Valencia y Aragon ; habia enviado á D. Pedro Pablo Fernandez de Heredia , gobernador de Aragon ( es gobernador en aquel reino casi presidente de justicia ) con muchos otros comisarios , para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina ; pero el negocio que mas ocupaba su ánimo , era disponer los aragoneses á algun fin provechoso al servicio del rey , haciendo todo lo posible por apartarlos del sentimiento de los catalanes sus vecinos y deudos : por otra parte los persuadia á que ellos tomasen la mano en el ajustamiento de sus cosas , como ya en tiempos pasados la ciudad de Zaragoza llegó á ser medianera entre su rey D. Juan el II y el mismo principado. No era otro su fin que procurar obrasen los de Aragon de tal manera , que pusiesen en desconfianza de su hermandad á los catalanes , de cuyas correspondencias se temia.

59. Ya los jurados de Zaragoza ( supremo magistrado de aquella ciudad ) habian comenzado á mover estas pláticas con el rey , á que se les respondió de suerte , que ellos descifrarón de las palabras de la carta mas amenazas que agracedimiento. Y á la verdad los aragoneses no aborrecian la libertad catalana , que disimulaban con cautela : el Velez

que los miraba profundamente, en lo poco que habian obrado, reconocia lo poco que querian obrar, esto mismo le dispuso á que incitase segunda vez con mayores bríos lo tratado cerca del acomodamiento, y platicándolo con algunos caballeros que tenian mano entre el gobierno de Zaragoza, no fue dificultoso acabar con los jurados y ciudadanos, volver á la plática: tambien porque entendiendo los zelos del Velez cerca de su ánimo, no les parecia conveniente rehusar, ni excusarse de aquellas cosas, en que no les era costoso el empeño, pensando que así lo llevarian confiado y seguro de que les pidiesen otras mayores.

60. Á este fin trataron de enviar su embajada á Barcelona con toda brevedad, antes que la guerra que ya comenzaba á encenderse en Rosellon, abrasase aquella frontera, y quedase suspenso lo tratado. Dispúsose entre ellos, si podría ó no ser conveniente enviar la persona del jurado en cap, que era á esta sazón D. Lupercio Contamina (es jurado en cap en Aragon la cabeza de su gobierno civil; officio entre los aragoneses de asaz estimacion, aunque anual): no pareció acomodado empeñar al primer paso la mayor autoridad de su república: fue elegido en su lugar D. Antonio Francés, caballero noble y suficiente. Partió á Barcelona por la posta: fue recibido no sin cortesía: negoció cercado siempre de asechanzas, porque los catalanes con algun escándalo del reposo de Aragon, á quien habian convidado, sospechaban mal de aquellos officios con que nuevamente se les ofrecian; y con mayor exceso, cuando llegaron á entender que los aragoneses como pretendientes á la primogenitura de la corona de Aragon (en que se comprende el principado) intentaban ingerirse en aquellas negociaciones con algun otro derecho mas que el de amistad; cosa insufrible á la entereza de los catalanes.

61. Fue escuchado D. Antonio en la diputacion, presente el sabio consejo: dió sus cartas, habló con templanza, introduciendo sus razones con que su reino de Aragon, y en particular su ciudad de Zaragoza, les pedian como á Her-

manos y amigos tuviesen por bien admitirlés por medianeros entre su razon y la queja de S. M. católica : que fiasen de su amor les haria descubrir un medio acomodado á la quietud y satisfaccion : que á los intereses y castigos que se podian pretender de ambas partes , se daría un expediente tal , que todos quedasen acomodados y pacíficos.

62. Respondiéronle con grandes muestras de agradecimiento, diciéndole que no se trataban bien las cosas de la paz entre el estruendo de la guerra , que no se compadecian officios y ejércitos , medianeros y generales : que ellos deseaban la concordia mas que ningunos : que el rey apartase luego las armas con que le amenazaba , y mandase cesar las que fatigaban Rosellon , y entonces se conoceria que allí se pretendia la quietud sencillamente , y no la mejora con artificios : que de esta suerte estaban prontos , no solo para aceptar , sino para suplicar partidos á S. M. católica convenientes al bien público. Con esta resolucion llena de brio y constancia se volvió D. Antonio á Zaragoza , con cuya venida se excusaron por entonces otros algunos medios que se habian prevenido , encaminados á este propósito.

63. Fundaban todas las resoluciones del rey y sus ministros sobre haberse entendido , que la gente junta para la guerra llegaria á cincuenta mil hombres y seis mil caballos ; no era excesivo el número segun habian sido copiosas las preparaciones. Sobre esta certeza , que despues convenció de vana la experiencia , fabricaban los ministros todo su discurso ; tales salian las provisiones y acuerdos , como asentados sobre fundamentos vanos.

64. Disponiasele al Velez , que todo el grueso se repartiase en tres partes : que la una entrase por la Plana de Urgel ( que era el pais mas acomodado á campaar ) , haciendo frente á Lérida y caminando á Balaguer y Urgel , bajase por Monserrate hasta caerse sobre Barcelona. Que la otra parte del ejército pasando por el Ebro en Tortosa , ocupase el Coll de Balaguer , y allanase todos los lugares del campo de Tarragona , llevando siempre la mar por el lado diestro ;

donde podia ayudarse en la falta de víveres : que ganase á Martorell , que se fortificaba ; y por las costas de Garraf bajase á Barcelona . Que el último trozo se quedase en Aragon , mirando á Cataluña , para acudir ó entrar , segun el caso lo pidiese ; y que este seria llamado ejército real , y por eso mas copioso y de mejor gente , pues el rey lo habia de gobernar por su propia persona . De la misma suerte se le ordenaba á D. Juan de Garay , que con la gente de Rosellon se moviese contra Barcelona , para que todos juntos obrasen la expugnacion de ella .

65. Fue así que el Garay habia recibido las órdenes ; pero era de diferente parecer , habiendo escrito que las fuerzas se uniesen todas , que juntas atravesasen la provincia , sin detenerse en sitiar plaza : que llegasen á incorporarse con su trozo : que así ocupasen el Conflent ( es el Conflent país fértil , no muy largo , contenido entre Rosellon , Cerdaña y Ampurdan , casi corazon del principado ) : que desde allí bajasen á socorrer y ser socorridos de las plazas marítimas : que el mayor esfuerzo se debía poner no entre Aragon y Cataluña , donde no podia temerse cosa importante , sino entre catalanes y franceses , por el peligro que habia de que el Cristianísimo engrosase sus tropas ( como ya hacia por aquella parte ) : que el invierno no era acomodado á sitios : que el ejército vagando por los lugares pequeños , se podia sustentar sin gasto , sin peligro y sin trabajo .

66. No fue recibido este parecer de D. Juan ; desdicha ordinaria en las grandes resoluciones de los príncipes , ó aconsejarse con personas extrañas de aquella profesion , ó no seguir las opiniones de los mismos á quienes confian las empresas . Respondiósele , que dejando guarnecidas las plazas de gobierno , se embarcase en las galeras que allí se enviaban , con toda la infantería que pudiese sacar ; que en Castilla era estimada en número de seis mil infantes : que con ellos y todo el tren que se hallaba en Perpiñan prevenido para la invasion de Francia , viniese á unirse con el ejército .

que había de marchar hacia Tarragona por junto á la mar , cuyo gobierno le estaba aguardando.

67. Y porque el mando de las armas en Rosellon no quedase sin persona conveniente , se le ordenaba al conde Gerónimo Rhó , maestre de campo general del reino de Navarra (soldado mas antiguo que grande , de nacion milanés ) , que desde Zaragoza , donde asistia esperando su empleo , pasase á Vinaroz ; y de allí (en las galeras que habian de traer al Garay ) navegase á Rosellon con dos mil infantes bisoños , que se mandaban en su compañía para tripulacion de aquellas plazas , entresacados de las levas prevenidas al ejército.

68. Casi en estos dias llegó de Madrid á Zaragoza , donde se juntaban los cabos españoles , Carlos Caraciolo , marqués de Torrecusa , caballero napolitano , capitán práctico , aunque de mas valor que prudencia : venia á servir el cargo de maestre de campo general del ejército llamado de la vanguardia ; entendiase el de Lérida , porque por aquella parte se juzgaba la primera entrada. Poco despues vino Carlos María Caraciolo su hijo , duque de San Jorge , mozo en quien resplandecian grandes virtudes , dignas de mejor suerte : gozaba el San Jorge el gobierno de la caballería lijera ; así diferenciaban unas de otras , llamando de las órdenes (con nombre y oficiales diferentes ) aquella que constaba de los caballeros cruzados ó sus sustitutos : esta gobernaba por sí solo (sin dependencia del San Jorge ) D. Alvaro de Quiñones , del consejo de guerra de España ; hombre en quien los muchos años de servicio dejaron poco mas de una gran vanidad de haber servido mucho : ejercia en Rosellon la tenencia general de aquella caballería , de allí bajó á Zaragoza por incorporarse en su nuevo oficio.

69. Llegó á este tiempo el marqués Xeli de la Reina , general propietario de la artillería en la Alsacia , para que en aquel título se emplease en la guerra de Cataluña , donde habria de ser el segundo cabo en el trozo mandado por el Garay.

70. El de los Velez se hallaba dueño de todas las armas, sin que hasta aquel punto se le diese otra autoridad para mandarlas, que el título de virrey de Aragón: habíale nombrado (como dijimos) en consideración de Cataluña; mas después los varios accidentes del negocio tenían á los ministros como dudosos en la satisfacción cerca de su ingenio en materia tan importante: prefiriéronle á otros por un discurso, que todo se encaminaba á conveniencias de la quietud; pero ya desesperados de ella deseaban hallar alguun modo de introducir en aquel mando un sugeto de mayor experiencia en las armas; tan presto se traen el arrepentimiento como el peligro las elecciones, á quien guía el respeto.

71. Esforzabase esta confusión, con que desde la corte se daba á entender por manos de personas prácticas en los negocios, unas veces que el marqués de los Balbases venia á gobernar aquella guerra, otras que el almirante de Castilla, á quien entonces se habia dado el título de teniente real á imitación del Imperio; cosa hasta entonces no oida en España, y en que luego faltó, como la razón, el efecto de ella: no se alcanza con que necesidad, ó con que industria. Tiempo fue aquel de novedades, las mas de poco crédito á la esencia del mando. Algunos querian que otra vez se platicase la venida del Monterrey: cada cual inculcaba con su propio pregon la suficiencia del amigo, con que ningun ánimo desapasionado sabia afirmarse en nada, ni los hombres acababan de entender á cuya obediencia les dedicaban: de otra parte las provisiones y despachos que venian de la corte, se hallaban tan encontradas, ahora hablando en muchos ejércitos, ahora con diferentes generales, que apenas por entre las dudas se podia atinar con la resolución, y por eso caminaban mas tardamente las ejecuciones.

72. Gran daño ó casi inevitable, que los expedientes de graves negocios no se traten con aquella claridad y franqueza que conviene, siquiera por quitarles la ocasión del yerro á los que les tienen á su cargo. Dos son los modos de obede-

cer y servir á los reyes: unos que ciegamente se atan á cumplir la resolucion, otros que la moderan y mudan segun los accidentes: lo primero es mas seguro para los siervos, lo segundo mas provechoso para los señores. Yo juzgo por cosa impía, que el ministro aventure á perder el negocio por obedecer irracionalmente á su orden, pudiendo remediarle con alterar en alguna circunstancia la resolucion: nada tengo por firme para caminar al establecimiento de la gracia, siendo cierto que muchos príncipes habemos visto dejarse obligar por la entereza del vasallo, y algunos ofenderse por haber sido bien obedecidos: escoja el que navega el rumbo, segun le aconsejare su prudencia: no camine sin temor á ninguna parte, que cada uno puede llevar al puerto y al escollo.

73. Fatigábase el Velez con el embarazo de las órdenes, que cada día crecia; sobre todo le era de suma afliccion ver que se pasaba el tiempo sin fruto, y que pidiendo al rey vivamente la explicacion de las cosas, se despachaban con mayor duda, cuando al mismo tiempo se le daba gran prisa porque formase los ejércitos, que de ninguna mano dependian menos. Obraba con espíritu amedrentado; así buscaba el modo de acabar las cosas, no el de acabarlas con perfeccion: tropezábase de unas en otras, y á veces se caía en dificultades donde no habia salida; como el que huyendo de la amenaza se precipita: á paso igual se suben las altas cuestras, el que las atropella, se rinde antes de lo áspero.

74. Era la mejor parte del ejército aquellos tercios viejos, que habian bajado de la Cantabria, y sus maestros de campo D. Fernando de Ribera, teniente coronel del regimiento de la guardia del rey, D. Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa, D. Diego de Toledo, los dos tercios de irlandeses y valones, sus maestros de campo Hugo Onelli, conde de Tiron, y Felipe de Gante y Merode, conde de Isinguien: y el tercio llamado de los hijosdalgo de Castilla, á cargo de D. Pedro Fernandez Portocarrero, conde de Montijo y Fuentidueña, á quienes seguian algunas tropas de

gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, segun pidiese su necesidad.

75. Es Fraga último pueblo de Aragon, puesto entre los llergites de Ptholomeo, y llamada de los antiguos Flavia; otros con mas semejanza deducen el nombre de su aspereza. Riécala el rio Cinca ó Cinga, que la divide de los Celtiberos. Su vecindad á Lérida la hizo necesitar de fuerzas capaces á defensa y ofensa, porque el enemigo se mostraba en aquella frontera demasiadamente orgulloso: con esta ocasion envió el Velez al conde de Montijo y otro tercio de infantería portuguesa, su maestre de campo Pablo de Parada, para que guarneciesen la ciudad y su partido. Deseaba el Velez apartar de sí al Montijo, porque su estado y las vanas prerogativas de su regimiento incompatible con los mas, se lo hacian molesto. Juntóle también alguna parte de la caballería remontada en Aragon, con lo que por entonces pareció que estaba guarnecida en proporcion á su peligro, y se dispuso aquel cuidado.

76. Los aragoneses (y entre ellos la gente vulgar) que no miraban la guerra sin despecho de alguna suerte, favorecian el partido de sus vecinos tácitamente, y como les era posible, persuadian y ayudaban los soldados (conducidos casi todos con violencia) para que se escapasen y volviesen á sus tierras, con lo que conseguian (sin contar los intereses de los catalanes) para sí mismos gran conveniencia, aliviando sus pueblos de tantos hospedajes y alojamientos.

77. No fue esto tan poco sensible, que dejase de dar gran cuidado al Velez; y mayor cuando le certificaban los cabos y oficiales del sueldo, que de la misma suerte que llegaban las tropas, se volvian, y que del número de gente señalada faltaba casi la tercera parte. Los lugares de Castilla obligados á la contribucion de los quintados, ofrecian sus quejas diciendo que por allá no se guardaba la gente, pues en breves dias volvian á sus pueblos los mismos, á quien habia tocado la suerte de acudir á la guerra, con que ellos jamás se podrian desobligar del número.

78. Pareció conveniente atajar este desorden con todo cuidado, y se despachó luego la persona del marqués de Torrecusa, maestro de campo general del ejército, á la villa de Alcañiz, donde como mas cerca á todos los cuarteles de él, pudiese atender al reparo de aquellos daños; tambien para que fuese ejecutando la formación de los tercios y regimientos que llegaban, porque hasta aquel tiempo nada tenia forma militar, sino el ejército de Cantabria. Partió Torrecusa, y fue disponiendo las cosas conforme al estado en que se hallaban, dándole continuos avisos al Velez, así de lo que obraba, como de lo que entendia del enemigo: certificábase en que la gente que se hallaba en los cuarteles, por ninguna diligencia llegaría al número prometido; que así convenia acomodar las disposiciones y juicios. El Velez lo avisaba al rey, el rey á los tribunales, ellos escribian al Velez con sequedad y admiracion.

79. Entonces los catalanes habiendo reconocido la grandeza y poder del rey católico, que ya se descubria por unas y otras fronteras, entendieron en repartir sus fuerzas acomodadamente, segun parecia, los llamaban los designios de su enemigo.

80. Habian ordenado mucho de antes á D. Guillen de Armentel, castellano del Portús, se recogiese á su fuerza, como hizo con buen número de infantería y víveres, con lo cual quedaban imposibilitadas para poder unirse las armas católicas, que se hallaban en Rosellon, estas que pretendian invadir Cataluña, ó bajar aquellas á darse la mano con Rosas y Colibre.

81. Es el Portús antiguo castillo y lugar corto en los pasos llamados de los geógrafos Bergusios, situado en la cumbre de una gran serrania (dicha Coll d'ila Mazana), ramo de los Pirineos, que bajando desde el setentrion, corre al mar de mediodia por entre los países del Ampurdan y Conflent, cuyas impenetrables fraguras solo en aquel espacio consienten camino; pero tan dificultoso, que defendido de pocos, como se ejecute con valor, se juzga inexpugnable.

Á una legua del mismo paso, dicho Portús, se halla la Bellaguarda, fortaleza edificada de los antiguos señores de Barcelona para defensa de unas y otras provincias.

82. Los de Rosellon al mismo paso hacian sus correrías ó las estorbaban, acompañando la caballería del país con alguna francesa, que cada día se les entraba por Illa y otros puestos, con que los reales tenían poco lugar de hacer salidas; bien que las intentaban, no juzgando la campaña por segura.

83. En este tiempo entendiendo la diputación como la ciudad de Tortosa se había puesto en manos del rey católico, y recibido sus armas contra el sentir universal del principado, envió prontamente sobre ella al diputado real Miguel Juan Quintana, para que juntando las gentes vecinas, ya por industria, ya por fuerza, tratase de su recuperación. Era Tortosa asaz conveniente á cualquier partido por ser paso del Ebro, á aquellos para defender entera su provincia, y á estos para tener un puente y una puerta que les aseguraba la entrada en ella.

84. Introdujo el diputado sus negocios, despachó sus convocatorias; pero habiendo llegado tarde y poco apercebido, finalmente (por obrar en cosa de que no tenía experiencia) tan presto se desconfió del artificio como del poder, siendo certificado en que los de adentro le armaban traición por consejo del Tejada, dándole muestras de quererle recibir pacífico; solo á fin de haberle á las manos y entregarle á los ministros reales, que officiosos les daban á entender era la suma fineza y obligación, en que ponían á su príncipe.

85. Retiróse luego, y volvió poco después el conseller en cap de Barcelona D. Ramon Caldes con grueso número de infantería, y algunos caballos, á órden de José Dardena: no les fue posible (ó no pensaron que les podría ser) embestir á Tortosa, espantados de su gran presidio; pero la corta fortificación pudiera dar osadía á otra gente mas práctica (siquiera para emprenderlo). Retiráronse á la sierra.

desde donde bajaban hácia el Coll del Alba, distante de la ciudad media legua; de esta suerte la fatigaban con escaramuzas de día y alarmas de noche, sin daño ni provecho de ninguna parte.

86. Pocos días despues intentaron con algunas compañías de gente suelta quemar de noche el puente por esotra parte del rio; es de madera fabricado sobre barcas: prendió el fuego en algunas; pero siendo sentidos en la ciudad, salieron con gran valor y cuidado á defenderse: obraban los catalanes como ignorando: no sabian hasta donde el peligro se deja llevar de la suerte, ó donde esta se ha de trocar por aquel: desmayaron luego, pudiendo haber obrado mucho. En fin se retiraron rechazados por la mosqueteria del presidio.

87. Los bergantines de D. Pedro de Santa Cilia, que en aquella sazón se hallaban en los Alfaques, avisados por el estruendo de las rociadas, subieron por el rio y llegaron á tiempo de poner mayor espanto á los contrarios: arriñáronse á la orilla opuesta á la ciudad, y desde allí hicieron apartar las mangas que venian en socorro de los incendiarios.

88. Dió la embestida causa á la fortificacion del puente, y trataron de recogerle por la parte de afuera dentro de una media luna defendida de traveses á un lado y otro, que venian á servir como de trinchera á ambos costados de la orilla; quedando por entonces reparada contra otro acometimiento.

89. Tortosa, de quien hemos dicho y hablaremos adelante, es la primera ciudad y pueblo de Cataluña, y no siendo de las mayores de su provincia, goza el mayor obispado, porque se entra en mucha tierra de Aragon y Valencia (célebre ya con la persona de Adriano pontífice): no pasa su vecindad de dos mil moradores, es fértil y antigua, dicese ser fabricada de las ruinas de otra mas antigua poblacion nombrada Iberia, y fue uno de los lugares llamados de los romanos Haracones. No lejos le hacen espaldas los montes

Idubedas (denominados así de Idubeda hijo de Ibero). Después de varias vueltas y desvíos senecen antes de mojarse en el Mediterráneo. El lado occidental de Tortosa se termina y extiende en la orilla de Ebro, famoso río de España, casi padre de sus aguas, como de su nombre: nace en las montañas de Leon junto á las Asturias de Santillana, entre Reinosa y Aguilar de Campo, donde dicen Fuentibre, (que vale como fuente de Ebro) sale, y bebiéndose las aguas de la provincia de Campos y los reinos de Navarra, Aragon y Cataluña, se da á la mar en los Alfaques, distantes cuatro leguas de Tortosa, llevando siempre su corriente apartada por igual de los Pirineos.

90. Descaba el marqués de los Velez llegar con las cosas á estado que le fuese posible salir de Zaragoza: era lo que por entonces le detenia mas, el despacho del tren y la artilleria, para cuyo avio faltaban muchos géneros necesarios, porque como en España se hallase ya tan olvidado (ó por mejor decir perdido) el modo de la guerra, no sirviese el antiguo, y del moderno no gozasen todavía la provechosa disciplina, costaba mucho mas trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar, que en otras menores provincias acostumbradas á ejércitos. No habia carros, y fue necesario fabricar unos, y remediar otros: no habia caballos, fue menester comprar mulas en gran cantidad; buscáronse en toda España, y aun de Francia fueron traídas algunas por Aragon y Navarra: faltaban coya, destablos, minadores, petarderos y artilleros diestros: faltaba balería de todas suertes, tablazon, barcas, puentes, gruas, alquitran, brea, salitre, cánfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfúreas, granadas, lanzas, bombas, morteros, yunques, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuertas, en fin todo género de maestranza competente al gran manejo de la artilleria. Lo uno se esperaba de Flandes, Holanda, Inglaterra y Hamburgo, donde se habia contratado: lo otro se buscaba en lo mas apartado de España, y habia menes-

ter largo tiempo para llegar: salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxiliares, marchando los socorros, todo lo sentia mas que lo remediaba, porque lo uno era propio, lo otro ajeno.

91. Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida del Xeli; pero él como extranjero ó poco activo, en todo procedia lentísimamente; con que al Velez se le añadian cada dia los cuidados de otros: hizo en fin marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era mas llano; aunque poco acomodado por su esterilidad: dividióla en dos trozos, el primero á cargo del teniente Arteaga; el segundo á órden de Ortelano, que ejercia el mismo oficio en el castillo de Pamplona: siguiólos el Xeli con los mas oficiales de artillería: sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las primeras aguas, hallábase en partes pantanosa: faltaron tablones para esplanar ciertos pasos, rindiéronse á la violencia del tirar algunos carrromatos: no se hallaban entre ellos sobresalientes de pinas, llautas y ejes. Detúvose el tren mientras se acomodaron, y tardóse en remediarlo muchos dias: perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servian en los bagajes: estimóse la pérdida en gran precio, la detencion no fue de menor costa á los designios. Escibióse este suceso casi indigno de historia, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos, que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá fácilmente de cuanta importancia sea en la guerra la prevencion aun de cosas tan pequeñas.

92. Dentro de pocos dias salió el Velez de Zaragoza; era el ocho de octubre: habia despachado antes de salir todos los oficiales del ejército á sus tropas, que entre vivos y reformados hacian un copioso y lustroso número.

93. Goza el reino de Aragon por antiguos fueros algunos privilegios, que antes parecen acuerdos que gracias: es

uno que ausente de la ciudad de Zaragoza el virey de Aragon, suceda inmediatamente en el mando universal el gobernador (de cuyo oficio habemos dado breve noticia). Dejaba el Velez grandes dependencias en el reino de cosas pertenecientes todavía al buen despacho del ejército; y no dejaba de temer que puesto el gobierno en mano de natural, se procediese flojamente: era el gobernador sobre mozo y no muy experto, asaz interesado en sangre y amistad con la nobleza catalana: todo le fue presente al Velez, y buscando modo de concertar la justicia y desconfianza del otro y suya, resolvió llevarle inventando alguna vana ocurrencia competente á su persona, para que su jornada se disculpase debajo de un honesto motivo: esto quiso comunicarle su resolucion, sino casi en aquella hora en que habia de partirse por no dar lugar á su excusa, obrólo con estudio, y le salió como queria. Tócale al virey nombrar lugarteniente, cuando no asiste el gobernador en la ciudad: dejó su poder al juez mas antiguo de la audiencia real: partióse con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra, ú otra persona particular mas del maestro de campo D. Francisco Manuel, á quien el rey habia enviado desde el ejército de Cantabria, para que le asistiese.

94. Visitó algunos cuarteles que se hallaban en el camino de Alcañiz, como Samper, Calanda y otros: el primer tercio que le ofreció obediencia, fue el de portugueses, su maestro de campo D. Simon Mascareñas, caballero del hábito de San Juan, mozo en quien se anticiparon los frutos á las flores; tan temprano capitán como soldado: fueron los portugueses los primeros á obedecerle, quizá no sin misterio, porque lo habian de ser tambien en despreciar su mando, como sucedió poco despues.

95. No paró el Velez por atender á ningun negocio, y en tres dias llegó á Alcañiz, famosa villa de Aragon y uno de los antiguos pueblos Edetanos, célebre en aquellas edades por vecino al campo, donde por españoles fue muerto el capitán Hamílcar. Yace en una eminencia, sirviéndole de

espaldas el río Guadalope, y frontero á las rayas de Cataluña y Valencia. Por merced de los reyes de Aragon le goza hoy la órden militar de Calatrava en Castilla: era Alcañiz lugar deputado para las cortes convocadas á su corona, donde juntos residian esperándolas los ministros así de aquel reino, como de su consejo, que asiste junto al rey,

96. Halló el Velez los negocios tocantes á las cortes de tal suerte, como si verdaderamente el rey las hubiese de celebrar por su persona; cosa en que por entonces no se pensaba ni se atendia á mas que entretener con aquella esperanza los ánimos de aragoneses y valencianos: con esto fue la primera diligencia del marqués prorogar el término de la convocacion. Luego se comenzó á tratar en el ejército, disponiéndose una muestra general, para que con entereza se entendiese la calidad y cantidad de las fuerzas, y se usase de ellas segun su conocimiento.

97. De pocos dias llegado á Alcañiz el marqués recibió aviso y despachos reales, por donde se le encargaba el oficio de virey, lugarteniente y capitán general del principado de Cataluña. Fue este el medio que se tomó para concertar diferencias y jurisdicciones de otros cabos, que habian de concurrir en diversos gobiernos, y era menester se uniesen todos debajo de un solo imperio. Ordenábase tambien el rey que despachase aviso en su nombre á Barcelona de su nuevo oficio; no pareció decente escribir el príncipe á los que le desobedecian, ni tampoco olvidar la posesion de su dominio.

98. Á este mismo tiempo se dispuso que D. Francisco Garraf, duque de Nochera, virey entonces de Navarra, pasase luego á suceder al Velez en Aragon, y alojarse en Fraga, donde asistia el Monjjo para hacer opósito á Lérida, entretanto que no se resolvía la segunda forma que ya pretendian dar á la guerra, y que de Navarra hajasen los tercios del señor de Ablitas, y D. Fausto Francisco de Lodosa á cargo de D. Martín de Redin y Cruzate, gran prior de S. Juan, y maestro de campo general de aquel reino en

ausencia del Rhó, pasado á Resellon: que el Velez dejase en Aragon los mismos dos tercios que ya se estaban en Fraga para engrosar aquel trozo: que le acompañase la misma caballería que bajara desde Navarra; poco antes á cargo del comisario general Octavio Márquez: que su persona del Velez con todas las tropas y tercios entrasen en Tortosa: que allí se jurase virey del principado: que alojase el ejército en los lugares vecinos, y pudiendo ser en los inquietos: que todo se ejecutase con suma brevedad, porque de ella dependian los buenos sucesos.

99. Recibió el marqués la nueva dignidad con poca alegría, por sacrificarse á la obediencia real; tales son las dichas de los grandes, que luego comienzan perdiendo el querer y el entender. Despachó al punto á Barcelona su pliego con cartas llenas de comedimiento: todos juzgaron la diligencia por vana, y él mas que ninguno, como mejor informado de los ánimos: disculpábase con ser mandado, y así continuaba su obra en lo tocante al ejército con aquel exceso, con que se aventaja el cuidado del dueño á los del siervo.

100. Entre tanto el rey católico avisado del Velez desde Aragon y de Federico Colona, príncipe de Butera y condestable de Nápoles, que gobernaba en Valencia, de como la salud pública de aquellos reinos pendía de la fe con que se esperaba y creía la venida de S. M. á la funcion de sus cortes: juzgó por conveniencia real fomentar la credulidad de aquellos vasallos, dando muestras mas eficaces de partir: á este fin se ordenó marchase su caballeriza á Zaragoza con la acostumbrada pompa y ceremonias: no habia otro pensamiento que abonar con las demostraciones sus promesas; pero como faltaba el espíritu de la voluntad para moverlas (espíritu sin quien no saben regirse los poderosos), todo se obraba sin brio ni sazon: por esto en un mismo tiempo y en unas mismas acciones se entendió facilmente que todo habia de parar en amagos.

101. Era plática entonces constante en todos los hombres

de discurso, que á la grandeza del rey católico no podía ser decente salir y empeñarse en un negocio tan grande, sin que las cosas mostrasen primero á que parte se inclinaban; porque se podía contar, decían ellos, por miserable suceso en un príncipe llegar á ser testigo de sus propias injurias. Muchos casos no comprende el juicio humano, en los cuales, obrándose contrariamente, se topa con el acierto (este fue el uno), porque segun despues lo mostraron los acontecimientos, se conoce que si el rey católico saliera en medio de todas las dudas, los negocios de aquellos reinos se acomodaran á su arbitrio.

402. Mientras esto se pasaba en Aragon, recibieron los catalanes aviso de que las tropas enemigas que estaban en Fraga, Tamarit y por toda la frontera en oposicion á Lérida y Balaguer, se habian retirado la tierra adentro, juzgando de ahí los hombres fáciles, que el rey persuadido de su razon ó por ventura de su temor, disponia las cosas como se habian pedido en el tratado de la paz. Esta nueva de gran gusto y honor á los principios se desvaneció en breve, porque volviendo á ser vistas las mismas tropas en la campaña, se entendió habian acudido á alguna órden particular; y fue la verdad de este suceso que llamadas á la muestra general, dejaron los cuarteles con la guarnicion necesaria. Esta es costumbre natural en todos aquellos que no han pasado por grandes cosas, alegrarse ó entristecerse facilmente con los movimientos de su contrario; no puede ser mayor la miseria que negar una provincia á estado, que su bien ó mal esté pendiente de la prosperidad ó fatiga de sus vecinos, y que aquel que pretende hacer la guerra á su enemigo, no se en otras fuerzas que en la flaqueza del contrario; no aconsejo se desprecie aquella observacion; mas que no funde en solo accidentes ajenos la confianza de cada uno.

403. Dispuestas las cosas segun la ocasion, y dejando algunas á cargo de D. Vicencio Ram de Montoro, señor de Montoro, comisario general de la infanteria de aquella fron-

tera, hombre de asaz industria y bondad, se partió el de los Velez á Aguasvivas (distante cuatro leguas de Alcañiz), pequeño lugar de Aragon puesto á la falda de aquella montaña, que le divide de Valencia; pequeño, mas famoso por el gran milagro que Dios obró en él, reservando sobrenaturalmente la sacrosanta hostia de un incendio terrible que abrasó todo el templo, donde hoy se venera reedificado, y conservándola pura y cándida contra el orden natural por mas de doscientos años.

404. En este lugar asistió el Velez algunos dias mientras que la infantería daba muestras, en lo que no se perdía instante, dándose despacho á dos tercios cada dia sin reparar en el tiempo, que con todo rigor lo estorbaba: no bastaba con todo su diligéncia para que en la corte se creyese, que en aquel manejo se procedia con la actividad posible; antigua costumbre de los grandes pensar que sus obras no deben respeto al tiempo, y que las ejecuciones son consecuencias de su arbitrio, en que jamás puede haber falta. Con esta desconfianza fue despachado á Aragon D. Gerónimo de Fuenmayor, alcalde de corte de Valladolid, hombre agudo, para que ofreciéndose al Velez como enviado á ayudarle en el ministerio de reducir y castigar la gente que se huía del ejército, sirviese juntamente de despertador á su condicion; que los que le enviaban allá, juzgaban por un poco detenida, y tambien fuese informando al Conde-duque de todo lo sucedido: hizolo D. Gerónimo, y si bien quisiera haber hallado algun desconcierto, ó descuido de que poder asirse, llegó á entender con experiencia, que el monstruoso cuerpo de un ejército no puede moverse con ligeros pasos. El Velez conoció su comision y aun su artificio; y no sin industria le metía en las mismas dificultades, que quizá ya tenia vencido, dejándolo luchar con las dudas con que habia peleado. Fuenmayor confuso entre los estruendos y violencias de cosas que jamás habia pensado, por instantes iba trocando el zelo con que allí era venido. Suma maldad es de aquel que siente la inocencia de otro,

porque le excusa del mérito de la acusacion , y frecuentísima en casi todos los que fiscalizan acciones ajenas : juzgar por inútil su severidad , si no hallan materia de parecer justicieros , como el médico ó el piloto no se prueban sin dolor ó sin borrasca.

405. Ya el marqués trataba de partirse , porque la mucha tardanza de la respuesta de los catalanes , en su mismo espacio daba á entender la flojedad de su obediencia ; llegó en fin al cabo de veinte y dos dias.

406. Decian que habiendo hecho entre sí junta de estados , hallaban ser cosa de gran peligro haber de entrar el nuevo gobernador con armas , y de no menor el entrar sin ellas : que el rey les había dado por su virey al obispo : que pareceria accion de poca autoridad rehusar sin causa su eleccion : que ellos no habian pedido otro ni se excusaban de obedecer á aquel : que los rumores públicos no estaban todavía olvidados : que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces la forma de gobierno : que se suplicase á S. M. lo quisiese mirar , y mandar y detener algo mas , porque entre tanto tomarian las cosas mejor camino.

407. Intentaban con esto los catalanes detener algun espacio la furia de las armas , enseñándoles aquella distante esperanza de concordia para ganar tiempo y mejorar sus prevenciones , mientras que no llegase el desengaño.

408. Empero el Velez , que ya no aguardaba su obstinacion ó su aplauso , mandó marchar los tercios en buen orden , sucediéndose unos á otros , y al costado izquierdo la caballería : mandó que entrando en Valencia volviesen despues sobre la una orilla del Ebro , y que sin pasarlo , aguardasen su llegada á Tortosa ; como luego se ejecutó llevando la vanguardia el regimiento real , que gobernaba el Ribera. Es privilegio particular de aquellos regimientos ser los primeros en todos casos contra el orden militar de los mas ejércitos de España : pudo fundarse en que siempre se forman de la mejor gente.

409. Como primero en las marchas, lo fue tambien en las ocasiones. Caminaba D. Fernando de Ribera, su teniente coronel, por junto al río Algas, que en aquella parte divide Aragon de Cataluña: y se entra en Ebro junto al lugar dicho Fayó. Viéronle temerosos los catalanes de la otra parte, recelándose de la vecindad de su enemigo: comenzaron á juntarse en tal número que podian provocarlos; pero no resistirlos: bajaron á la orilla, disparando á los soldados algunas rociadas de mosqueteria, y mucho mayor ruido de injurias y feas palabras contra la persona del rey y ministros; menos ocasion era bastante para despertar la ira de aquellos que ya les oían coléricos; la codicia tambien concilaba como la queja, arrojáronse al agua muchos sin orden ni respeto á sus oficiales, y esguazando el río, entraron en los lugares opuestos con poca dificultad: mataron, robaron y abrasaron gentes, casas y pueblos; escapó mal de las llamas la iglesia. Acudió D. Fernando á recoger los suyos, mas con temor de lo venidero, que escandalizado de lo sucedido: redújolos á estotra parte del río, marchó á sus cuarteles, no sin alguna vanidad de que sus gentes fuesen las primeras que hubiesen derramado sangre del enemigo en esta ocasion.

410. Siguiéron á este los otros tercios, y alojados todos segun la cortedad del país, faltaba solo la entrada del marqués en Tortosa para dar principio á la guerra. Esto mismo le llevaba por las cosas con gran deseo de darles fin: salió de Aguasvivas y de Aragon, entró en Valencia por San Mateo, dió orden que le siguiese el tren que allí habia hecho alto, se alojó en Morella, pasó á Traiguera, y desde allí á Ulldecona, primer lugar del principado: detúvose en él pocos dias, previniendo su entrada en Tortosa: vinieron á Ulldecona el baile general, el obispo de Urgel y otros algunos caballeros de la devocion del rey, y porque luego queria mostrar á los catalanes fieles ó infieles el poder de su príncipe, determinó entrar acompañado de armas. Esperábanle en unos llanos que yacen entre aquel lugar y

Tortosa, el comisario general de la caballería ligera Filan-gieri con quinientos caballos, formados sus batallones; eran aquellas tropas las mejor montadas y gobernadas del ejército, y con su bizarría y ceremonias de la guerra hacían una agradable y temerosa vista, según los ojos de los que las miraban. Pasó el Velez, y repartiéndose en varias formas militares todo aquel cuerpo de gente, ocupando vanguardia, retaguardia y costados, le llevaron en medio hasta junto al puente, donde lo aguardaba el magistrado de la ciudad (es de tres diputados de diferentes suertes) con los oficiales de su cabildo, y con toda aquella pompa á que se extiende la autoridad de una pequeña república.

441. Recibiólos el marqués á caballo y con gran demostración de alegría: habló uno de ellos brevemente, alabando la fidelidad de su ciudad, el amor y reverencia que en medio de los alborotos pasados habían conservado á su rey: dijo de lo que ofrecían hacer y padecer por su causa: encomendó la templanza de parte de los soldados, y sobre todo pidió misericordia á su patria perturbada por algunos.

442. Á todo satisfizo el Velez con gravedad y compasión; afectos que le costaban poco, siéndole naturales: agradeciéndoles su ánimo: empeñóles la grandeza de su rey para la satisfacción, y su diligencia para procurársela: trájoles á la memoria la sangre catalana con que se honraba; habló de la estimación del nuevo cargo de su principado, y diferenciando lo mas para su tiempo, hizo su entrada acompañado de los suyos, y atravesando el puente ocupó la ciudad. Eran muchas las gentes que concurrían á verle; bien que con diferentes corazones, porque unos le miraban como salud, otros como muerte. Caminó á la sede, donde le aguardaban el cabildo eclesiástico y su obispo electo fray Juan Bautista Campaña, general que había sido de la familia franciscana, á quien el rey enviara antes de consagrarlo, porque ayudase á la reducción de aquel pueblo.

443. Habíanse convocado (según costumbre de los catalanes) con edictos públicos los syndicos y procuradores del

principado para el acto del juramento en Tortosa : acudieron solamente aquellos , cuyos lugares estaban mas expuestos al castigo de la desobediencia ; y aun en ellos se conocia que no los trajera el amor , sino el miedo. Con estos y algunos jueces naturales , que desde la corte venian á este efecto , y con las personas del obispo de Urgel , prelado y ministro , el baile general y el magistrado de Tortosa , hicieron como se representase todo el cuerpo y estados de la provincia , supliendo la regalia del príncipe cualquier defecto ó nulidad que los ausentes repitiesen , y con las ceremonias usadas entre ellos delante de notario y testigos juró el Velez en manos del Urgel en la misma forma que los vireyes pasados , prometiendo de guardar sus fueros sin quebrantar ninguno , como en tiempos de la paz lo hacian sus antecesores.

444. La forma de aquel juramento habia sido ventilada de muchos dias antes , porque siendo constante que el ánimo de los ministros reales y sus disposiciones parecia encontrado á lo que era fuerza prometerse , paraba toda esta duda en un escrúpulo vivo que el Velez parecia con grande afecto , y como si solo sobre su conciencia cargase el peso de aquella cautela , varias veces lo trató y propuso á su confesor fray Gaspar Catalan , religioso de Santo Domingo , varon de estimadas letras y virtudes en Aragon ; en fin se halló modo decente para concertar aquellos puntos que parecian contrarios , jurando de guardar ( como se ha dicho ) sus libertades y privilegios al principado ; mientras el principado siguiese obediente las órdenes de su rey. Sobre esta cláusula tácita ó expresa , asentó la forma del juramento sobredicho , con que el Velez se dió por seguro , y los ministros de la provincia entonces por satisfechos.

---

## LIBRO IV.

### SUMARIO.

Progresos de las armas, mientras el Velez asistia en Tortosa. — Tomas de las villas y pasos de Cherta, Aldover y Tivenys. — Primera forma del ejército en campaña. — Gánase el Perelló. — Embestida y toma del Coll de Balaguer. — Retirase el conde de Zavallá. — Sitio de Cambrils. — Razon del caso de los rendidos. — Muerte del baron de Rocafort. — Ocupase el campo de Tarragona. — Asalto de Villaseca. — Sitio del fuerte de Salou. — Frente sobre Tarragona. — Negociaciones con Espenan. — Retirada del pendon y conseller. — Entrega de la ciudad. — Suceso de Portugal. — Alojamiento del ejército.

4. Érales notoria á los catalanes la órden real, de que el marqués de los Velez se jurase en Tortosa de virey del principado, y juzgando que con todas sus fuerzas é industria debian obstar la celebracion y justificacion de aquel acto, declarando su violencia, juntáronse en consistorio la diputacion, consejo sabio y conselleres, donde resolvieron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su parecer, fuesen solemnemente segregados del principado y reputados como extraños y enemigos, privando á los moradores de sus privilegios y union de su república, inhabilitándolos para cualquier oficio de guerra ó paz. De esta suerte comenzaron á obrar, no tan solamente por castigo del apartamiento de Tortosa, sino tambien para que con esta prevencion se excusase el derecho que el Velez podia alegar en su juramento, como si las grandes contiendas de príncipes ó naciones pudiesen sujetarse á los términos legales.

42. Con este breve tratado y larguissimas demostraciones de amistad se partieron á Paris el Plesis y Serifián , con la misma satisfaccion que habian dejado á unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

43. Ahora será conveniente dar razon de las armas y progresos locantes al rey católico ; bien que en órden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte , por seguir las cosas de Cataluña sin intermision de otros acontecimientos , porque mas claramente se entiendan unos y otros.

44. Asentada ya la guerra contra Cataluña ( como hemos dicho ) , fueron luego despachadas órdenes por el rey católico á todas las plazas marítimas del principado , avisando sus gobernadores de la resolucion de su consejo , y encomendándoles grandemente las prevenciones de la guerra que podian esperar cada dia ; y en particular se encargó este cuidado á D. Juan de Garay , gobernador de las armas de Rosellan , que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñan despues de la muerte del Cardona. Es el Garay hombre , que por la via de las armas pudo juntar el mérito y la dicha : comenzó por los pequeños puestos de la guerra , pasó por ellos con velocidad tan grande , que en algunos vino á mandar los mismos que poco ántes habia obedecido : ama la industria sin aborrecer el trabajo , presume de lo que obra , y tiene mas dicha para sí que para los suyos.

45. A este tiempo habia llegado á Zaragoza el marques de los Velez , de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas , que todavia estaban en obediencia del rey : encomendaba á sus gobernadores el vivisimo cuidado que le convenia de adelantar su partido. Á los catalanes exhortaba al arrepentimiento , prometiéndoles perdon y conveniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del baile general D. Luis de Monsuar , retirado de Tortosa , donde entre parientes y amigos ; y con algunas personas de religion habia tratado el cobro y reduccion de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza ; y dando buena razon de su industria , hizo co-

siendo cierto que los intereses del imperio pocas veces obedecen sino á otro mayor.

2. No olvidaban por estas diligencias políticas otras que mas prácticamente miraban á la defensa; antes con prontitud, por atajar los progresos de los invasores, ordenaron que el maestro de campo D. Ramon de Guimerá con el tercio de Montblanch que gobernaba, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Aldover junto á Ebro en el margen opuesto á Tortosa, con que se quitaba á los reales la comunicacion por agua y tierra con los lugares de Aragon; y de la misma suerte fue enviado D. José de Biure y Margarit con el tercio de Villafranca para guardar el paso de Tivisa, que era el segundo puerto despues del Coll de Balaguer, y que D. Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la vegueria de Tortosa guarneciese á Tivenys, lugar casi en frente de Cherta, del mismo lado de la ciudad y distante de ella dos leguas: que los tres se socorriesen en los casos de necesidad, á quienes habian de ayudar y seguir algunas compañías de los que llaman miquelets, á cargo de los capitanes Cabañas y Caséllas. Eran entre ellos los miquelets al principio de la guerra la gente de mayor confianza y valor; bien que sus compañías no parecian mas de una junta de hombres facinerosos, sin otra disciplina ó enseñanza militar, que la dureza alcanzada en los insultos, terribles por ellos á los ojos de los pacíficos: tomaron el nombre de miquelets en memoria de su antiguo Miquelot de Prats, compañero y cómplice del duque de Valentinois y sus hechos, hombre notable en aquellos tiempos de Alejandro VI y D. Fernando el Católico en la guerra de Nápoles. Antes fueron llamados almogavares, que en antiguo lenguaje castellano (ó mezcla de árabe) dice gente del campo, hombres todos prácticos en montes y caminos, y que profesaban conocer por señales ciertas, aunque bárbaros, el rastro de personas y animales.

3. Parecióles á los catalanes en medio de todos los movimientos referidos, que el mas cierto camino para asegurar

la defensa de su república, era acudir á Dios, á cuyo desagravio ofrecían sus peligros; y bien que fuese piedad ó artificio (ó todo junto), ellos mostraban que en sus cosas la honra de Cristo tenia el primer lugar. Con esta voz se alentaban y prevenían á la venganza.

4. Son los catalanes, aunque de ánimo recto, gente inclinada al culto divino, y señaladamente entre todas las naciones de España, reverentes al santísimo sacramento del altar. Sentían con zelo cristiano sus ofensas: con este motivo, y también por hacer su causa mas agradable á la cristiandad, previniendo excusar el pregon de desleales, exageraban su dolor en declamaciones y papeles. Pretendieron hacerle mas solemne, y á este fin celebraron fiestas en todas las iglesias de su ciudad por desagravio y alabanza de Dios sacramentado y ofendido: juzgaron por cosa muy á propósito dar á entender al mundo, que al mismo tiempo que las banderas del rey católico y sus armas les intimaban guerra, se ocupaban ellos en alabar y reverenciar los misterios de nuestra fe, porque cotejándose entonces en el juicio público unas y otras ocupaciones, se conociese por la diferencia de los asuntos la mejor de las causas.

5. Proseguían en sus festividades cuando el tiempo les trajo ocasion asaz útil á sus justificaciones. Llegó el dia de san Andrés el treinta de noviembre, en el cual por uso antiguo la ciudad de Barcelona muda y elige cada año los consellers, de quienes se forma (como dijimos) su gobierno político. Muchos eran de opinion se disimulase aquella vez la nueva eleccion, atento á los accidentes de la república, entre los cuales (como en el cuerpo enfermo) parecia cosa peligrosa introducir mudanzas y nuevos remedios: añadian que se debía prorogar el año sucesivo á los mismos consellers que acababan, de cuyos ánimos ya la patria habia hecho experiencia: que era un nuevo modo de tentacion á la fortuna (ó á la Providencia), estando sus negocios conformes y bien acomodados, desechar los instrumentos con que habian obrado felizmente, y buscar otros, de cuya bondad no

tenían mas fiador que su confianza. Pero los mas eran de parecer, que en tiempo que tanto afectaban la entereza de sus estatutos y ordenanzas, por cuya libertad ofrecían la salud comun, no habían de ser ellos mismos los que comenzasen á interrumpir sus buenos usos: que entonces les quedaba justa defensa á los castellanos, diciendo, que la misma necesidad que les obligaba á mudar la forma de su gobierno, los había forzado á ellos á que se la alterasen: que los ánimos de los naturales eran así en el servicio de la patria, que no podría la suerte caer en ninguno que dejase de parecer el que espiraba: que los presentes estaban ya seguros; aunque no fuese tanto por su virtud, como por lo que habían obrado: que era necesario eslabonar otros en aquella cadena de la union para hacerla mas fuerte y dilatada: que los que nuevamente entran en el combate, sacan mayores alientos para emplear en la lid: que esos que seguían sus conveniencias, dependientes de las dignidades, por ventura alojaban, ó con lo que ya poseían, ó por lo que no esperaban; como es cierto que al sol adoran mas hombres en el oriente que en el ocaso. Esta voz arrimándose al uso que en ellos se convierte en naturaleza, templó la consideracion de los primeros: celebróse en fin la coremonia sin alterar su costumbre antigua.

6. Fueron nombrados en suerte por nuevos consellers de Barcelona Juan Pedro Fontanellas, Francisco Soler, Pedro Juan Rosel, Juan Francisco Ferrer, Pablo Salinas: el primero y tercero ciudadanos, el segundo caballero, el cuarto mercader, y oficial el quinto: tambien en el consejo de ciento se acomodaron algunos sugetos capaces segun las materias presentes, con que la ciudad quedó satisfecha y gozosa.

7. Hecha la eleccion, se vino á tocar una dificultad grande en que no habían reparado á los principios: era costumbre no introducirse los electos en el nuevo mando sin la aprobacion del rey: parecia cosa impracticable en medio de las discordias que se padecían, cumplir con aquella cos-

lumbre, en que se consideraba mucho mas de vanidad que de justificacion: todavia resolvieron en enviar despachando su correo á la corte, de la misma suerte que lo hacian en los años de quietud: de este modo daban á entender, que solo se desviaban de la voluntad de su rey en aquella parte tocante á la defensa natural, que hace licito al esclavo detener el cuchillo con que el señor pretende herirle; pero que en lo mas el rey católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Llegó el correo á Madrid, y su humillacion tan poco esperada de los castellanos, no dejó de renovar algunas esperanzas de remedio: confirmóseles en todo su propuesta tambien en la forma antigua, y en pocos dias volvió á Barcelona respondido.

8. No dejaban los cabos catalanes, fortificados en los lugares vecinos á Tortosa, de molestar toda aquella tierra con correrías y asaltos, impidiendo particularmente la conduccion de viveres á la ciudad, y el despacho de los correos que se encaminaban á diferentes partes de Aragon y Valencia; era esto lo que daba mas cuidado al Tejada que gobernaba la plaza. Llegó el Velez, y le propuso como se debía remediar aquel daño con prontitud, antes que el enemigo se engrosase: pareció conveniente á los generales su advertimiento, y que el mismo gobernador de la plaza se debía emplear en aquella primera faccion, por la ventaja que tenia en sus noticias, tambien por ser D. Fernando uno de los maestros de campo mas prácticos del ejército: con esto se satisfizo á la pretension de D. Fernando de Ribera, que como dueño de las vanguardias entendia ser el que primero fuese empleado.

9. Salió el Tejada de Tortosa al anochecer con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio y otros muchos aventureros ó voluntarios, y doscientos caballos, cuyos capitanes eran D. Antonio Salgado y D. Francisco de Ibarra: pasó el puente del Ebro, y en buena ordenanza conducidos por el sargento mayor de Tortosa José Cintis, de nacion catalan, marcharon la vuelta de Cherta: movióse la gen-

te con espacio midiendo el paso, el tiempo y el camino ( primera observacion de los grandes soldados en las interpresas ): llegaron los batidores á encontrarse con las centinelas del enemigo: tocóse al arma en el cuerpo de guardia vecino al lugar de Akover, distante de Cherta media legua, y reconocido el poder de los españoles, á quien hacia mas horrible su temor y la confusion de la noche, desampararon unas y otras trincheras los catalanes, subiéndose á la eminencia, que por parte de mano izquierda les cubre y ciñe la estrada. Eran bajas las fortificaciones en aquel paso, y sobre bajas mal defendidas: no hubo dificultad en ganárselas, saltólas sin trabajo la infantería, y con un poco mas la caballería: tocábanse vivamente alarmas por toda la montaña: D. Fernando juzgando ser ya descubierto, mandó se marchase mas aceleradamente, por no dar lugar á que el enemigo se previniese ó se escapase: llegaron primero los catalanes que se retiraban de los puestos que no habian defendido, y haciendo creer á los de Cherta, que todo el ejército contrario les embestia por dar mejor disculpa á su miedo, acordaron de retirarse á gran priesa: hicieron fuegos ( señal constituida entre ellos para avisarse del peligro y ordinaria en las retiradas ): pasaron el rio los mas en barcos, con que se hallaban temerosos de aquel suceso. Llegó el Tejada sobre la villa á tiempo que el Guimerá que la gobernaba, y casi todo el presidio se habia retirado á esotra parte: constaba su defensa de trincheras cortas é informes, de algunas zanjas y árboles cortados esparcidos por la campaña; todo cosa de mas confianza á los bisonios, que de embarazo á los soldados diestros. D. Fernando que ignoraba lo que los de adentro disponian, hizo tomar las avenidas, dobló allí su gente, dió orden de embestir á algunas mangas, abriólas á los lados, y metió la caballería en medio por atropellar la puerta, si acaso la abriesen para alguna salida: embistió el lugar nunca murado, y entonces sin presidio: ganólo como le quiso ganar: perecieron muchos de los que su olvido ó su valor habia dejado dentro:

retiráronse algunos moradores á la iglesia, y fueron guardados en ella salvas las vidas: robóse la hacienda sin reparar en lo sagrado, porque la furia de los soldados no obedeció á la religion en la codicia, como ya en la ira le habia obedecido; parece que aun estotro es mas poderoso afecto en los hombres. Ardió brevemente gran parte de la villa: fue considerable el despojo. Era Cherta lugar rico, y sobre todos los de aquella ribera ameno y deleitable, bañado de las aguas de Ebro. Parecióle á D. Fernando pasar adelante, dejándole guarnecido, por ver si acaso topaba al enemigo en la campaña; pero los soldados mas atentos á la pecoreá que al son de las cajas y trompetas, siguieron pocos, y en desórden; bajaron algunos catalanes á la orilla opuesta, y desde las matas con que se cubrian, daban cargas con pequeño daño de los que las recibian. Volvióse á Cherta D. Fernando, donde halló ya quinientos valones que se le enviaban de socorro, y habian de quedar de guarnicion: acomodólos, y sin esperar órden del Vez, tocó á recoger, y encaminó su marcha hácia Tortosa.

40. Era grande el enojo con que los catalanes miraban arder su pueblo: descaban vengarse, y notado que la gente se habia retirado, quisieron que el Guimerá pasase otra vez sobre Cherta; no le pareció conveniente sin otra prevencion, y era sin duda que la hubieran perdido y cobrado (si pasasen) en el mismo dia. Ordenó á D. Ramon de Aguaviva, que con cien hombres de los miquelets atravesase la ribera y descubriese al enemigo, reconociendo el modo de guarnicion y fuerza del lugar: ejecutólo con valor y tan buen órden, que el capitan y los suyos se entraron en la villa por varias puertas que salian á la campaña, sin que fuese sentido de los valones que ocupados todos en la busca de los despojos, no advertian su peligro. Ocuparon los miquelets algunas casas, desde donde cargando súbitamente sobre los del presidio, mataron muchos: fue grande el espanto, y algunos se persuadian que era traicion ó molin; tocaron al arma con notable estruendo: volvió á socor-

rerlos el Tejada que iba marchando: salieron los valones inadvertidamente á la campaña, donde ya se hallaban muchos de los catalanes que se retiraban, inferiores en número, aunque iguales en desorden. Entró en esto la caballería y revolviéndose entre ellos con velocidad, jamás los dejó formar: embistiéronse los infantes unos á otros con asaz valor: murió D. Ramon de Aguaviva, pasado de dos balazos, caballero ilustre catalan, y el primero que con su sangre compró la defensa y libertad de la patria. Los otros puestas en huida, pocos alcanzaron el río, casi todos fueron muertos, y algunos cayeron en prision.

11. Á los clamores de Cherta acudió la mayor parte de los soldados vecinos del cargo de Margarit; pero en tiempo que no podian servir á la venganza ni al remedio: los moradores de aquella tierra, oprimidos de la impaciencia ordinaria, en que son iguales cuantos ven perder sus bienes sin poder remediarlo, soltaron muchas razones contra los cabos catalanes: este escándalo y el temor de la causa de él, los puso en cuidado de que podrian ser acometidos en sus mismas defensas: acudieron luego á engrosar la guarnicion de Tivenys hasta dos mil hombres: sus mismas prevenciones servian de aviso á los cabos católicos, considerando tambien que los provinciales determinaban rehacerse, para que saliendo el ejército de Tortosa, cargasen sobre ella y ofendiesen su retaguardia. Dispúsose prontamente el remedio, y se ordenó que el maestro de campo D. Diego Guardiola, teniente coronel del gran prior de Castilla con su regimiento de la Mancha y algunas compañías de gente vieja y dos de caballos, sus capitanes Blas de Plaza y D. Ramon de Campo, obrase aquella interpresa. Ejecutóse, mas no con tanto secreto que los catalanes no recibiesen aviso de algun confidente: parecióles dejar el lugar de poca importancia, y por su sitio, irreparable contra la fuerza que esperaban: retiráronse á Tivisa un dia antes de acometerle el Guardiola, pero él creyendo lo mismo para que fuera mandado, aunque no le faltaban algunas señales por don-

de podía entenderse la retirada , repartió su gente en dos trozos ; eran dos los caminos de Tivenys , y aun por junto al rio mandó algunos caballos : tomó con su persona el camino real , formó su escuadron antes de llegar á la villa , hasta que D. Cárlos Buil , su sargento mayor que gobernaba el segundo escuadron , se asomó por unas colinas eminentes al lugar. Hizo señal de embestir , acometió , y ganó las trincheras desiertas , y D. Cárlos bajando por la cuesta , peleaba con la misma furia y estruendo , como si verdaderamente el lugar se defendiese ; no habia otra resistencia que su propio antojo , porque no creyendo ó no esperando la retirada del enemigo , temian de la misma facilidad con que iban venciendo. Ocupóse la villa , y se dejó de allí á pocos dias.

42. Entre tanto el Velez trabajaba grandemente por introducir en el principado la noticia de un edicto real , que le fuera enviado impreso desde la corte , solo á fin de hacerle público , contra la industria de los que mandaban en Cataluña , por donde la gente plebeya entrase en esperanzas del perdón y en temor del castigo.

43. Contenia , que el rey católico habiendo entendido que los pueblos del principado engañados y persuadidos de hombres inquietos , se habian congregado en deservicio de S. M. , por lo qual en Cataluña se experimentaban muchos daños costosos á la república , y que descando como padre el buen efecto de la concordia , y certificado de la violencia con que habian sido llevados á aquel fin , queria dar castigo á los sediciosos , y á los mas vasallos conservarlos en paz y justicia : que les ordenaba y mandaba , que siéndoles notorio aquel bando , se apartasen y segregasen luego , reduciéndose cada uno á su casa ó lugar sin que obedeciesen mas en aquella parte , ni en otra tocante á su union , á los magistrados , consellers ó dipulacion , ó á otra alguna persona , á cuyo respeto pensasen estar obligados : que no acudiesen á sus mandados ó llamamientos : que de la misma suerte no pagasen imposicion ó derecho alguno antiguo ni

moderno, de que S. M. les habla por relevados: que realmente perdonaba todo delito ó movimiento pasado: que prometia debajo de su palabra satisfacerlos de cualquier persona, de que tuviesen justa queja pública ó particular. Y que haciendo lo contrario, siéndoles notoria su voluntad y clemencia, luego los declaraba por traidores y rebeldes, dignos de su indignacion, y condenados á muerte corporal, confiscacion de sus bienes, desolacion de sus pueblos, sin otra forma ni recurso, mas que el arbitrio de sus generales, y les intimaba guerra de fuego y sangre como contra gente enemiga.

44. Esto bando, introducido con industria en algunos lugares, no dejó de causar gran confusion, y mas en aquellos, que solo amaban su conservacion sin otro respeto, y creian quo el seguir á sus naturales era el mejor medio para vivir seguros. Algunos lugares vecinos á Tortosa, que miraban las armas mas de cerca temieron ser primeros en los peligros: la villa de Orta y otros enviaron á dar su obediencia al Velez, pidiéndole el perdon y excusándose de las culpas pasadas. Pudiera ser mayor el efecto de esta negociacion, si los catalanes con vivissimo cuidado no se previnieran de tal suerte, que totalmente se ahogó aquella voz del perdon que los españoles esparcian, porque no tocaba los oidos de la gente popular inclinada á novedades, y sobre todo á las que se encaminan al reposo. Consiguieronlo felizmente, porque examinados despues muchos de los rendidos, certificaban no haber jamás entendido tal perdon; antes todos señales y ejemplos de impiedad y venganza.

45. Ellos tambien, no despreciando la astucia de los papales que algunas veces suele ser provechosa, hicieron publicar otro bando, escrito en el ejército católico, en que prometian que todo soldado que quisiese pasar á recibir servicio del principado (no siendo castellano), seria bien recibido y pagado ventajosamente; y que á los extranjeros que desearan libertad y paso para sus provincias, se les daria debajo de la fe natural con la comodidad posible;

cosa que en alguna manera fue dañosa , y lo pudiera ser mucho mas , si (como sucede en otros ejércitos) el real constase de mayor número de naciones extrañas.

46. Despues de esto se despacharon órdenes á todos los lugares de la ribera del Ebro , porque estuviesen cuidadosos de acudir á defender los pasos donde podian ser acometidos ; pero la gente vulgar hárbaramente confiada en la noticia de que el ejército real era corto para grandes empresas , despreciaban ó mostraban despreciar sus avisos , lisonjeados de su pereza aun mas que engañados de su ignorancia.

47. Entendia el Velez entre tanto en acomodar las cosas de la proveeduría del ejército : dábanle á entender hombres prácticos , que aun despues de ganado el Coll de Balaguer , les habia de ser casi imposible la comunicacion de Tortosa , porque no se podrian aprovechar del manejo de los viveres sin gruesos convoyes , ó guardias de gente , porque los catalanes acostumbrados , aun en la paz á aquel modo de guerra , no dejarían de usarla en gran daño de las provisiones. Habíase encargado el oficio de proveedor general á Gerónimo de Ambes , hombre inteligente en varios negocios de Aragon ; pero como hasta entonces estuviese ignorante de la naturaleza de los ejércitos que no habia tratado , no sabia determinarse en hacer las larguissimas prevenciones de que ellos necesitan , que todas penden de la providencia de uno ó de pocos oficiales. No se puede llamar práctico en una materia aquel que solo la ha tratado en los libros ó en los discursos : allí no se encuentran con los accidentes contrarios , que á veces mudan la naturaleza á los negocios : una cosa es leer la guerra , otra mandarla : ninguna juicio la comprendió aun dentro en las experiencias , quanto mas sin ellas : tampoco guardan entre si regulada proporcion las cosas grandes con las pequeñas : el que es bueno para capitán , no siempre sale bueno para gobernador : como el patron de una chalupa no sería acomodado piloto de una nave ; trabajosa ciencia aquella que

se ha de adquirir á costa de las pérdidas de la república.

48. Habiase ofrecido D. Pedro de Santa Cilia para que con los bergantines de Mallorca, que gobernaba poco menos de veinte, diese el avío necesario al ejército, pensando poderle administrar los bastimentos desde Vinaroz y los Alfaques, principalmente el grano para sustento de la caballería; pero en esto se consideraban mayores dificultades por la natural contingencia de la navegacion, y mas propiamente en aquel tiempo, en que de ordinario cursan los levantes del todo contrarios para pasar de Valencia á Cataluña: despues lo conocieron cuando no podian remediarlo.

49. Fallaba solo para salir á campaña la última muestra general, y se habian convocado los tercios á este fin: desde los cuarteles donde se alojaban, fueron traídos á la campaña de Tortosa, donde con trabajo grande se acomodaron, mientras se pasaba la muestra: pasóse, y se hallaron veinte y tres mil infantes de servicio, tres mil y cien caballos, veinte y cuatro piezas, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban, doscientos y cincuenta oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

20. La infantería constaba de nueve regimientos bisonños, encargados á los mayores señores de Castilla, cuatro tercios mas de gente quintada, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de valones, el regimiento de la guardia del rey, el tercio que llamaban de Castilla, el de la provincia de Guipúzcoa, y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartía en dos partes, la de las órdenes militares de España (excepto las portuguesas), todas hacian un cuerpo que gobernaba el Quiñones, su comisario general D. Rodrigo de Herrera en número de mil y doscientos caballos, con oficios á parte, todos caballeros de diferentes órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto, que parece se debía á cosa tan grande: eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto; bien que algunos suficientes. Concurrían tambien con la caballería los estan-

dartes de sus órdenes, llevados, no por los clavaríos á quienes tocaban, sino por caballeros particulares: D. Juan Pardo de Figueroa fue encargado del de Santiago; los dos no advertimos: despues por consideraciones justas se dejaron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de San Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguian la persona de su gobernador.

21. La otra caballería mandaba el San Jorge y Filangieri: asistiale Juan de Terrasa, el año antes su comisario general, que entonces se hallaba sin ejercicio.

22. La veeduría general del ejército ocupaba D. Juan de Benavides: la contaduría Martín de Velasco: la pagaduría D. Antonio Ortiz; y por tesorero general Pedro de Leon, secretario del rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del ejército, y allí se separaba y salía dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrían.

23. Pareció que con esto se hallaban vencidas las dificultades de aquella gran negociacion: bien que la mas poderosa se reconocia invencible: era la sazón del tiempo irrevocablemente desacomodada á la guerra que determinaban comenzar; pero fiando en la benignidad del clima español, ó (lo que es mas cierto) pensando que su poder no hallaria resistencia, temian poco la campaña y rigores del invierno, porque esperaban hallar agasajo en los pueblos, y que la descomodidad no duraria mas que lo que el ejército tardase en llegar á Barcelona.

24. Dispuesta ya la salida del ejército, llegó aviso de como el enemigo, previniendo sus intentos, habia zanjado algunos pasos angostos en el camino real del Coll, á fin de impedir el tránsito de la artillería y bagajes: ordenó el Velez que Felipe Vandestraten, sarjento mayor de valones, uno de los soldados de mas opinion del ejército, y Clemente Soriano, español, en puesto y reputacion nada inferior al primero, con doscientos gastadores, trescientos infantes y cincuenta caballos saliesen á reconocer los pasos, acomodar las cortaduras, y desviar los árboles, por-

que la caballería y tren no hallasen embarazo.

25. Salieron y ejecutaron cumplidamente su órden: bajaron á impedirselo algunas pequeñas tropas de gente suelta, que el enemigo traía esparcida por la montaña: fueron poco considerables las escaramuzas: acabaron su obra, y se volvieron dando razon y fin de lo que se les habia encargado.

26. Entendióse con su venida como en el Perelló, lugar pequeño, mas cerrado, puesto en la mitad del camino, se alojaban con alguna fuerza los catalanes, que no debia ser poca, pues ellos mostraban querer aguardar allí al primer ímpetu del ejército. Con esta noticia fue segunda vez enviado el Vandestraten con mayor poder de infantería y caballería, para que ganase los puestos convenientes al paso del ejército, que habia de mantener hasta su llegada; y si la ocasion fuese tal, que sin perder su primer intento pudiese inquietar al enemigo, lo procurase: que el ejército seguía su marcha, y le podia esperar consigo dentro de dos dias.

27. Vandestraten tomó su primer camino, y topando algunas tropas de caballos catalanes, los rebatió sin daño, eligió los puestos, y ocupó una eminencia superior al lugar y estrada que baja á Tortosa: mandó que algunos caballos é infantes se adelantasen á ganar otra colina, que aunque desviada, divisaba toda la campaña hasta el pie del Coll, por donde era fuerza pasasen descubiertos los socorros á Perelló; en fin disponiéndolo todo como práctico, avisó al Velez de lo que habia obrado.

28. Los catalanes viendo ya las armas del rey señorean-do sus tierras, puestas como padrones (que denotaban su posesion) en los lugares altos, entraron en nuevo furor: despachaban correos á Barcelona, desde donde salian órdenes, avisos y prevenciones á toda la provincia: no se descuidaba el Vandestraten de inquietarlos, solo á fin de saber que fuerza tenian; pero ellos cuerdamente se retiraban, janto á su noticia, como á su daño. Algunos caballos de los

que salian á la ronda, embistieron el cuerpo de guardia puesto en la colina, fue socorrido de los españoles, y no se aventuraron otra vez temerosos de su fuerza.

29. La guarnición del Perelló constaba de alguna gente colecticia de los lugares comarcanos sin cabo de suficiencia, y ellos sin otra disciplina que su obstinacion, mas firme en unos que en otros: parte de ellos esperando por instantes ser acometidos, se escaparon valiéndose de la noche: á estos siguieron otros; todavía quedaron pocos, á quienes sin falta detuvo, ó el temor, ó ignorancia de la salida de los suyos.

30. Era el aviso del Vandestraten el último negocio que se esperaba para la salida del ejército: recibióle el Velez con satisfaccion, y señalóle el dia viernes siete de diciembre del año mil seiscientos y cuarenta; dia que por notable en el tiempo, debe ser nombrado en todos siglos (cuya recordacion será siempre lastimosa á los descendientes de Felipe) y año memorable de su imperio, vaticinado de los pasados, temido de los presentes, fatal el año, fatal el mes, y la semana. El sábado primero de diciembre perdió la corona de España el reino de Portugal, como diremos adelante: el viernes siete de diciembre perdió el principado de Cataluña, porque desde aquella hora que se usó del poder por instrumento de la justificacion, se puso la justicia en manos de la fuerza, y quedó la sentencia á solo el derecho de la fortuna. Notable ejemplar á los reyes, para poder templarse en sus afectos. Perdió D. Felipe el IV antes de guerra ó batalla dos reinos en una semana.

31. Habíase pensado sobre si podria ser conveniente, que desde Tortosa se repartiese el ejército en dos partes, llevando la una el camino del Coll, y la otra el de Tivisa, porque la marcha se hiciese mas breve; pero cesó luego esta plática, entendiéndose que el enemigo estaba ventajosamente fortificado en el paso del Coll, y era mas seguro embestirle con todo el grueso del ejército: de esta suerte ajustándose en que la marcha siguiese el camino real de Barce-

tona, y recibiendo todos las órdenes del maestre de campo general, segun lo que cada uno habia de seguir. Amaneció el viernes, día señalado, lluvioso y melancólico, como haciendo proporcion con aquel fin á que servia de principio.

32. Comenzó á revolverse el ejército al eco de un clarín (que fue la señal propuesta): movióse, y marcharon en esta manera: era el primero el duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia aquel día: llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas: y estas sus batidores: constaba su batallón de quinientos caballos, que se doblaban ó desfílában segun se les ofrecia el camino: á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la guardia, su teniente coronel D. Fernando Ribera: á este el regimiento propio del marqués de los Velez, su teniente coronel D. Gonzalo Fajardo (ahora conde de Castro): despues el maestre de campo Martín de los Arcos, tras quien marchaba el regimiento del conde de Oropesa, su teniente coronel D. Bernabé de Salazar: al Salazar seguian dos tercios que olvidamos, (cuénten se entre los mas defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de irlandeses, su maestre de campo el conde de Tíron: de estos se formaba la vanguardia del ejército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

33. Seguia poco despues, aunque en partes distintas, el segundo trozo llamado batalla en estilo militar: era de la batalla el primer tercio el de Pedro de Lesaca: al de Lesaca, seguia el regimiento del duque de Medinaceli, su teniente coronel D. Martín de Azlor, y á este el del duque de Infantado, su teniente coronel D. Iñigo de Mendoza: á D. Iñigo seguia el regimiento del gran prior de Castilla; su teniente coronel D. Diego Guardiola: tras de este el marqués de Morata, su teniente coronel D. Luis Gerónimo de Contreras: despues del de Morata el del duque de Pastrana, su teniente coronel D. Pedro de Cañaverál, á quien seguian los maestros de campo D. Alonso de Calatayud y D. Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la batalla: gobernábala por su persona el Velez, y marchaba entre ella se-

gun la parte conveniente, con cien caballos continuos de la guarda de su persona, á cargo de D. Alonso Gaytan, capitán de lanzas españolas.

34. El costado derecho de la batalla guarnecia D. Álvaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las órdenes, puestos tambien en aquella forma que el terreno les permitia: el siniestro con otros tantos cubria el comisario general de la caballeria lijera Filangieri.

35. Seguia la retaguardia á la batalla en la propia distancia, que esta seguia á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su maestro de campo D. Tomás Mesia de Acevedo: seguiale el de D. Fernando de Tejada, luego empezaba la artilleria en este orden: de vanguardia los mansfells y algunas otras piezas pequeñas de campaña: á estos seguian los cuartos, á los cuartos los medios cañones, en medio los morteros: de esta suerte se deshacia hácia la retaguardia, acabándose otra vez en los mansfells. Tras de la artilleria los carromatos, y tras ellos las municiones, segun el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagajes de particulares. Las compañías sueltas de italianos guarnecian los costados del tren, luego el tercio de valones, su maestro de campo el de Isinguien, y de retaguardia el de portugueses, su maestro de campo D. Simon Mascareñas.

36. Á los portugueses seguian otros quinientos caballos de las órdenes, mandados por D. Rodrigo de Herrera su comisario general, y á los lados de la artilleria marchaban algunas compañías de caballos, que le servian de batidores á una y otra parte.

37. Y aunque el estilo comun de los ejércitos de España hace, que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atrás, y estos al lugar de aquellos, todavia fue forzoso alterar este uso con atencion á la angostura de los caminos y copia del ejército, porque se juzgaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un dia llegase postrero, se adelantase á todos para marchar al

siguiente de vanguardia. Así por obviar este daño, fue determinado que los tercios se remudasen y sucediesen unos á otros (conforme aquel estilo) en sus mismos trozos, hasta que haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha, y que de esta suerte se podia repartir con todos de la confianza y del reposo; solo el regimiento de la Guardia no se mudaba con ninguno.

38. Así salió el ejército de Tortosa, y no solo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del día (como algunos observaron entonces), sino tambien el haberse dispuesto las cosas en tal forma, que el Velez dueño de la accion, saliendo de noche á la campaña, fue tan grande la confusion y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del ejército ni el camino anchísimo, le erraron las guías, y se perdió el marqués con los que le seguian, antes de llegar á su cuartel, que alcanzó tarde y trabajosamente: á veces con estas señales nos suele avisar la Providencia, porque nos desviemos del daño.

39. Marchóse orillas del Ebro por gozar de sus aguas, y de la leña que ofrecia el bosque vecino: hizo alto la vanguardia en un llano dos leguas de Tortosa, y aun habiéndose apartado tanto, no pudo la retaguardia seguirle aquel día: se alojó fuera de la muralla, y comenzó su marcha la otra mañana.

40. Pretendia el Velez alojar del segundo tránsito en Perelló, dos leguas distante de su primer cuartel: madrugó el Ribera prevenido de artilleria é instrumentos, llegó presto, y en sus espaldas los tercios de la vanguardia: salió el Vandestraten á recibirle con las noticias de lo que era el lugar, tardó poco el Torrecusa, y reconociendo la campaña, mandó que la caballería ocupase el puesto que para si habia elegido el Vandestraten, y con la infanteria que llegaba, fue ciñendo la villa por todas partes, alojando los primeros tercios por esotra que miraba al país enemigo.

41. Era el Perelló pequeño pueblo; pero murado, segun el antiguo uso de España: tenia dos puertas, y esas guar-

dadas de torres que las cubrían á caballero. Defendióse , llegó la artillería , y fue batido por casi un día entero , y resistiera otros , si uno de los de adentro temeroso por la vista de todo el ejército que se hallaba ya junto , no se determinara á rendirse. Hizo llamada secretamente sin dar parte á los suyos : negoció la vida , y dió una puerta : fue entrado el lugar , y se hallaron solamente trece hombres ; cosa digna de saberse , si es cierto que la ignorancia no se llevó la mayor parte de aquel hecho. Llegó el Velez , y el lugar fue repartido á los que le seguian , mas como cuartel , que como despojo : el ejército alojó en campaña en torno de él ; y aunque con gruesos cuerpos le guardia se estorbó la entrada á la multitud de la gente , ni por eso dejaron de pegarle fuego : ardieron muchas casas con tal violencia , que los cabos salieron arrojados de las llamas : todavia , por ser la villa cercada y en paso importante pareció se debía guardar , y se dejó guarnecida de doscientos infantes y cincuenta caballos , á cargo de D. Pedro de la Barreda , capitán en el tercio de los presidios de Portugal.

42. Dispúsose la marcha en demanda del Coll , que era lo que por entonces daba mayor cuidado. Las guías y gente del campo exageraban el sitio de áspero y la fortificación de invencible : en la aspereza decian menos , en la defensa mas ; pero lo que causaba mayor duda , era saberse que en todo el camino desde Perelló al Coll no se hallarian otras aguas que las de unas lagunas ó charcos (encenagados y casi enjutos) que los catalanes sin trabajo podian sangrar ó cegar , con lo cual se hacia consumadamente estéril el camino. No temian sin razon los españoles ; pero temian inútilmente , porque ya en aquel tiempo el ejército no podia volver atrás , ni el remedio estaba en manos del cielo , sino de la industria.

43. Á este fin de imposibilitar el campo católico intentaron los catalanes su ruina por otro mas extraño medio , como pareció despues en cartas del conde de Zavallá , gobernador de las armas de aquella frontera : escribialas á Mo-

trola que mandaba en el Coll, y le ordenaba envenenase las aguas de aquellos cenagales con ciertos polvos: enviábale al artífice y artificio: especificándole el modo de usarle con toda cautela y secreto. No me atreviera á escribir una resolución tan rara en el mundo, de que se hallan pocos ó ningun ejemplo en las historias, ni hiciera memoria de esta escandalosa novedad, si con mis ojos no hubiera visto y leído los papeles, que hablaban del caso repetidamente. César en los campos de Lérida embargó el agua en la guerra contra Afranio y Petreo, detúvola y se la defendió; pero conservóla sana: venciólos con el arte y lícita industria; parece que ignoraban los antiguos otro modo de matar hombres, sino á hierro: nosotros ahora mas peritos en la malicia fuimos á revolver la naturaleza, haciendo practicables la pestifera calidad de algunas cosas que la providencia recató de nosotros, escondiéndolas en las entrañas de la tierra. Todavía no quiso Dios que este mandamiento se cumpliese, retardando su ejecución por sus secretos juicios, ó porque prevenia á aquellas armas otro mas notorio castigo.

44. Llegó el ejército á la campaña de las lagunas, y la gente fatigada de la sequedad del camino bebía con ansia y recelo, porque tenían lo que despues vino á certificarse: pero desengañados vuos con el atrevimiento de otros, perdieron el temor en que se hallaban, y los soldados salieron de la aflicción causada de la sed.

45. Dispusieron entonces la frente contra el Coll, repartiendo sus cuarteles con respecto á las avenidas, poco mas de una legua distantes de las fortificaciones contrarias, y porque los cabos no tenían otro conocimiento del país mas de aquella incierta noticia que ministraban los naturales temerosos é ignorantes. Pareció mandar reconocer la campaña sin empeño de las mayores personas: salió á reconocerle D. Diego de Bustillos, teniente de maestro de campo general, y en su guarda una compañía de caballos y algunos voluntarios. Á poco mas de media legua tuvieron vista de

los batidores del enemigo que discurrían por la campaña á la misma diligencia. Mandó D. Diego se adelantasen los aventureros, hicieronlo; pero esperando los batidores, dieron la carga, y sin recibirla, se retiraron dejando muerto de los reales á José de Agramente, soldado particular: fue el primero que dió la vida por su rey en aquella guerra, no será justo dejar su nombre en olvido.

46. Baja desde el pie del Coll hácia la marina un valle ancho, que cuanto se acerca á la mar, se allana y dilata, donde los antiguos fabricaron algunas torres para guarda de la costa y reparo de los ancones, que allí forma la tierra: entendiase por las espías, que los catalanes habian guarnecido las atalayas con intencion de mantenerlas para todo suceso. Juzgábase en ello por informacion de los naturales, y se creia mucho mas de lo que debia temerse: con esta noticia, en habiéndose acuartelado el campo, mandó el Torrecusa adelantar cuatrocientos infantes con orden de que ganasen las torres, y que despues se incorporasen con el ejército.

47. Llamán los catalanes Coll á todas aquellas eminencias que los castellanos llaman collado con alguna semejanza de los latinos; es célebre entre los mas de la provincia este llamado Coll de Balaguer, ó porque le atraviesa el camino que baja desde Balaguer, ó porque se deduce de unas montañas junto á aquella ciudad, y desde allí corriendo hácia el Ginestar y otros pueblos fronteros á Ebro contra el mediodia, viene á caer en la mar por esotra parte de Tortosa. Es la tierra áspera y llena de piedras, partida de algunos valles profundos á un lado y otro del camino, que quebrando en muchas partes, se halla siempre difícil al paso de los caminantes: corre por la cima de un monte, á quien otro repecho, que queda á la parte de levante, sirve de caballero: divídele un precipicio de otra montaña no superior, que se va levantando hácia el poniente. Hemos anticipado su descripción, porque se entiendan mejor las disposiciones, las defensas y los acometimientos.

48. Llegó el San Jorge y su caballería, y poco despues el Torrecusa y la vanguardia : paróse en descubriendo el Coll por reconocer su fuerza y aquel terreno que no habia visto jamás ; es observacion precisa de capitán prudente el descubrir y entender la tierra en que se ha de campar, á que los prácticos llaman ojo de la campaña, y se cuenta como virtud particular en algunos hombres.

49. Los catalanes buscaban su defensa como les era posible ; mas no por aquellos caminos que descubrió el arte : habíanse prevenido de grandes cavas, que de alguna manera ayudasen su fortificacion, muchos árboles cortados y acomodados en los pasos angostos : era su mayor fuerza la de una trinchera de piedra y alguna fojina en forma cuadrada á semejanza de fuerte ; pero sin ningun artificio capaz de dos mil infantes, con que la tenían guarnecida. En la eminencia superior, algo á la trinchera y mucho al camino del mismo costado diestro, tenían una plataforma con dos cuartos de cañon, que descortinaba como través la ladera : en la cumbre opuesta á la mayor fortificacion, fabricaron un reducto, que no se daba la mano con las mas defensas por estorbárselo el valle que divide ambos montes ; tambien en él tenían alguna parte de su infanteria. Sus cuarteles estaban puestos en la tierra que va cayéndose hácia el campo de Tarragona ; de tal suerte, que desde el pie del Coll no podian ser vistos ni ofendidos ; eran capaces de mucho mayor número de gente, y sin duda, si los catalanes se fortificaran así como habian sabido elegir los puestos de la fortificacion, fuera cosa asaz dificultosa poder ganarles el paso sin gran pérdida ó detencion.

50. No tardó el maestre de campo general en haberlo reconocido todo, haciendo lo mas por su propia persona, y habiéndolo considerado como convenia, juzgando que allí el terror acabaría mas que la fuerza, pues peleaban con gente bisoña, mandó alelantar las dos piezas que llevaba ; y ordenando se formasen los escuadrones á la raiz del monte, ordenó que el tercio de Martín de los Arcos y el regimiento

del Velez marchasen abriendo camino, todo lo que se pudiese junto al agua, porque ciñiesen por aquella parte el Coll, que (como dijimos) se hamilla en el mar, y prosiguiesen su camino hasta no poder pasar adelante; ó desembarcar al campo de Tarragona. Entendia que solo aquella retirada le podia quedar libre al enemigo; si quisiese embazarse en la defensa: luego mandó á D. Fernando de Ribera, que con trescientos mosqueteros en tres mangas subiese á paso vagaroso por el camino ordinario, y que en habiéndose mejorado, jugase la artilleria (que por su calidad y distancia no podia ser de algun efecto), y que todos los escuadrones se pusiesen en orden de marchar y acometer á la primer seña.

51. Pensaban los catalanes con poca noticia de la guerra; que su multitud, su reparo y aspereza del lugar los hacia inexpugnables: pareciales cortísimo el ejército, de que hasta entonces no habian visto sino la menor parte: creció su confianza, notando el pequeño número de los escuadrones reales: salieron algunos desde las trincheras mostrando despreciar su fuerza; sin embargo marchaba D. Fernando, y se movian algo los que subian. Á este punto comenzó á disparar la artilleria del Torrecusa sin ningun peligro; pero con grande espanto de los contrarios: quisieron valerse de sus cañones; mas estaban los españoles muy al pie del monte, y no hacian punteria, ni podian ofenderles sus balas, menos á las mangas que ya atacaban la escaramuza, porque se hallaban mas cerca que los escuadrones. Diéronse algunas rociadas unos á otros; pero los castellanos, soldados de experiencia, subian no obstante la defensa del enemigo y algunas muertes de los suyos. Dió la segunda y tercera carga la artilleria española, cuando despues de media hora de escaramuzas poco importantes, adelantándose ya algunos pasos todo el cuerpo de la vanguardia, los catalanes desampararon las fortificaciones de una y otra parte, dejando todas las armas y muchos las vidas: avanzó el Sanlarga lo posible con sus caballos, porque la infanteria fati-

gada de la cuesta y manejo de las armas no podia aprovecharse de la fuga del enemigo para en mas de ocupar los puestos, asi como ellos los iban dejando: otros atendian con mayor prontitud al despojo de los alojamientos en extremo regalados y llenos de toda vitualla.

52. Habia el conde de Zavallá recibido aquella mañana aviso del Metrola, gobernador del presidio, como el ejército se determinaba en subir al Coll, y salió de Cambrils donde asistia á socorrerle con alguna infantería y una compañía de caballos; pero á tiempo que topó muchos de los que se iban retirando: retiróse con ellos, participando tempranamente de aquel mismo temor, certificado de los suyos, que los españoles no paraban en cuanto vencian. Mandó todavía que sus caballos llegasen hasta descubrir el enemigo: mejoráronse á los cuarteles del Coll, cuando ya algunas tropas del San Jorge bajaban sobre ellos: duró poco la contienda, porque el poder era desigual: fue todo uno dar la carga, recibirla y tomar la vuelta. Escapáronse casi todos por ser mas prácticos en la tierra: la infantería se esparció por diferentes partes: salváronse cuantos dejaron el llano, y se subieron á la montaña, desde donde juntos hacian gran daño á los castellanos, que poco advertidamente se entregaban al saco: muchos pensaron retirarse sin peligro por la lengua del agua, y todos cayeron en manos de los tercios que marchaban por aquella parte; era esta la primera venganza de los soldados reales, tal fue el estrago: hallaban poca piedad los rendidos, y ni los muertos estaban seguros de la indignacion de los victoriosos; son terribles los primeros golpes de la ira. Allí vengaba el uno la ausencia de su casa, el otro la violencia con que fue llevado á la guerra, aquel daba satisfaccion al agravio, este obedecia á su ferocidad, los mas servian á la furia los menos al castigo: fuera mayor el daño, si se prosiguiera en su alcance: llegaban hambrientos y fatigados, y habiéndose hallado abundantes los cuarteles de todas provisiones, detúvolos el regalo; que no era la primera vez que estorbó las

grandes victorias: entregáronse al vino y otras bebidas con desórden, y fue causa de que se detuviesen en su mayor ímpetu, venciéndose de su destemplanza los mismos que poco antes habían sido vencedores de la fuerza de su enemigo. Fue escandaloso aquel modo de aplauso; pero permitido de los cabos, que en los yerros comunes viene á ser remedio la disimulación, pues no los puede ahogar el castigo.

53. El Torrecusa, que por su persona aducía á todas las disposiciones, confiriendo consigo mismo las noticias que tenia de la fuerza del enemigo, y la facilidad con que le había postrado, entró en opinión de que no sería aquella su mayor defensa, y que sin falta podían tener adelante algun otro fuerte ó plaza; causa á la voz comun de su admirable fortificación. En esto andaba ocupado sin discurso.

54. Hallábase el Velez con la batalla y retaguardia del ejército sin moverse del lugar en que había hecho la frente, ni lo determinaba antes de acabar con las torres de la marina, temiendo que apartándose, corriese algun peligro la infantería que había bajado á rendirlas: con esta duda envió por el maestre de campo D. Francisco Manuel á comunicar su intento al Torrecusa: hallólo antes de la subida del Coll, y como de aquel suceso pendía la resolución de su voto, no respondió sino despues de todo acabado, siendo de parecer que el Velez á toda priesa no quedase aquella noche desunido de su vanguardia. Fueron ganadas las torres casi á este mismo tiempo, de que avisado el Velez, no aguardó la respuesta de lo que preguntaba; mandó marchasen los tercios, y de esta suerte le alcanzó la nueva y el enviado. Promulgóse con alegría como primera victoria, y la cosa que mas importaba acabar que todas las presentes: volvió luego á mandar al Torrecusa no parase hasta bajar al campo de Tarragona: cumpliólo, y volviendo á marchar la vanguardia, hizo punta á una casa fuerte, llamada Hospitallet, que está junto al mar, donde hasta entonces había sido el alojamiento del conde de Zavallá: llegóse al pie de la

muralla algunos caballos y gente suelta, á quien el vencimiento, ó quizá la embriaguez, habian dado mas desórden que aliento: intentaron por fuerza la entrada: bien que la miraban dificultosa por aquella via, los de adentro pidieron las vidas, y se las concedieron. Eran poco mas de sesenta hombres los de la guarnicion: entró primero D. Fernando de Ribera, despues el Velez, á quien siguió el ejército: acuartelóse, haciendo frente al camino real, que mostraba querer seguir: hallóse el sitio acomodado, y tan abundante de todas cosas necesarias para alojar un ejército que se obligó á descansar en él (aunque por pocos dias) de las largas marchas y alarmas continuas, de que se fatiga la gente inexperta.

53. Fue considerable el despojo del Hospitalet, midiéndose con su cortedad; pero hizo lo mas estimable haber topado un soldado entre la ropa del conde de Zavallá el libro, en que se registraban las órdenes que recibia y daba para la guerra: por el cual se entendieron facilmente muchas cosas de que no habia noticia, y fueron de gran utilidad á los pensamientos del Velez; particularmente alcanzándose por algunos despachos que la diputacion no estaba segura en la fe de la ciudad de Tarragona, y que en ella se temian del ánimo y oficios de algunas personas, conocidamente afectas al partido real; cosa que entonces fue á los españoles de gran consideracion, porque se hallaban faltos de noticias de lo que se pasaba entre sus enemigos. El libro contenia tantos secretos y tan provechosos para el servicio del rey católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos: conociólo el Ribera de esta suerte, y recogiólo á su poder con destreza; demasiado político, pensó ganar gracia con el Conde-duque enviándole aquel presente, por el cual (como el piloto en la carta) podia seguir sin peligro la navegacion de aquel negocio. Fue avisado el Velez, y pidió el libro como general, á quien verdaderamente tocaban aquellas observaciones; pero el Ribera, ó bien de vanidad ó des-

confianza, se excusaba de entregárselo : instaba el Velez en haberlo, y porfiaba el Ribera vanamente en su excusa : caso raro, que pudiese tanto la apariencia de una pequeña lisonja, que le encaminase á faltar á un hombre de sangre y de juicio en las obligaciones de súbdito, de cuñado y de amigo; que todas estas quebrantaba D. Fernando en resistirse! Creció el enojo en el poderoso, y la obstinacion en el descontento, y llegóse cerca de un extraño suceso, porque aquel pensaba obrarlo todo por hacerse obedecer, y este no rehusaba ninguna desesperacion á trueco de no humillarse: quiso pronderlo el Velez, y lo ordenó así, pero la industria de algun medianero, á quien uno escuchaba con amor, y otro no sin respeto, pudo acomodarle todo. El libro fue traído al Velez, y de él se sacaron noticias importantes á la guerra.

56. Corrió al instante la nueva á Barcelona de todo lo sucedido en el Coll y Hospitalet, y fue recibida con gran sentimiento y no menor temor, considerando la facilidad con que habian perdido la mayor defensa; entonces llegaron á entender que la multitud desordenada por sí misma se enflaquece. Despacharon con gran prontitud correos á Mr. Espernan (de quien diremos adelante), á cuyo cargo pusiera el rey cristianísimo las armas auxiliares de Cataluña: dábale cuenta de como habian perdido los mejores pasos: pediante no dilatase su venida, porque por instantes se les aumentaba el peligro; que á los contrarios igualmente crecian fuerzas y reputacion, y se abatian los ánimos de los naturales, viéndoles comenzar victoriosos.

57. No se descuidó el francés, antes como hombre que verdaderamente descaba acudir al remedio de aquellas cosas que tenia á su cargo, tomó la posta, y dejando órden á las tropas de que le siguiesen, entró en Barcelona, donde fue recibido con honra y alegría. Pocos dias despues llegaron hasta mil caballos de los suyos, dando razon de que á sus espaldas seguian los regimientos del duque de Anguien, del mismo Espernan y el de Serñan: alentóse la

ciudad con la primera esperanza del socorro, y se comen-  
zaron á ejecutar las levas prevenidas en las cofradías (son  
alli cofradías lo que en Castilla gremios); de estos se habia  
de formar el tercio de la bandera de Santa Eulalia debajo  
del mando de su tercero conseller Pedro Juan Rosell

58. Dejólo ajustado el Espernan, fiando mas que debiera  
en las promesas de gente necesitada: refrescó su caballería,  
y marchó á Tarragona, donde el ejército católico se enca-  
minaba, y donde su desconfianza de los catalanes de temía.

59. Descansó el Velez junto al Hospitalet los dias que tar-  
dó en subir y bajar el Coll su artillería: deseaba vivamente  
marchar la vuelta de Cambrils, primera plaza de armas de  
los catalanes, antes que ellos tuviesen tiempo de acomodarse  
á la resistencia. Era grande la fama que corria en el ejér-  
cito católico de la multitud de gente que habia acudido á su  
defensa; aunque en medio de estas informaciones no falta-  
ban algunos que sospechaban, y querian hacer creer á los  
otros, hallarian la plaza desierta: esta voz tomó fuerzas en  
los ministros catalanes del partido del rey, que sin otro  
motivo mas que lisonjear el poder católico, antes querian  
ocasionarle, que ofrecerle una duda.

60. Habia sacado el Velez desde Aragon algunos religio-  
sos capuchinos, de cuya autoridad pudiese ayudarse, por  
ser su hábito grandemente venerado en Cataluña: pareció  
conveniente enviar uno de aquellos varones á Cambrils,  
porque les amonestase el arrepentimiento, y les comunica-  
se el perdón: ofrecióse para este servicio fray Ambrosio:  
partió del ejército, y en su guarda una compañía de caba-  
llos, que dejándole á vista de las primeras trincheras (y á  
un trompeta para hacer llamada segun uso de la guerra),  
se volvió luego: entró fray Ambrosio, y le recibieron con  
reverencia y cautela contra la esperanza ó temor de los cas-  
tellanos, que ya por su demora interpretaban alguna bar-  
baridad; pero al dia siguiente llegó el enviado sin daño ni  
provecho de su jornada: dijo que los cabos de aquel presi-  
dio se determinaban á morir por su libertad; es calidad del

miedo crecer las cantidades, y disminuir las distancias de aquellas cosas que se temen. Dió con su informacion fray Ambrosio bastante obediencia á esta costumbre: contó que el lugar tenia gran multitud de gente, que los de adentro subian su número á quince mil hombres; pero que el ruido que habia escuchado, no parecia de menor multitud. Poco despues aportó una barca en la marina, escapada aquella mañana desde el muelle de Tarragona, y confirmó no menos la confusion que el temor de la ciudad y su campo: que en ella se recogia la riqueza de los lugares vecinos: que los socorros no habian llegado hasta entonces en número considerable, y que los ciudadanos no estaban desaficionados al concierto.

61. El Veloz confiriéndolo con otros avisos, halló ser conveniente dar vista por aquellas plazas con la mayor brevedad posible por gozar tambien de la ocasion de su duda; y aunque el campo se hallaba afligido por falta de víveres, no dando lugar el tiempo á su conduccion por agua, todavía entendiendo que de cualquier suerte era una misma la necesidad, mandó marchar el ejército, habiendo primero condenado á muerte por los jueces catalanes que le seguian y su auditor general, nueve de los prisioneros por dar cumplimiento al bando. Fueron ahorcados de las mismas almenas del Hospitalet, hasta entonces hospital de peregrinos, dedicado al descanso y clemencia de los miserables; y ahora lugar de suplicio y afrenta.

62. Ausente por la pérdida del Coll (con poca reputacion) el de Zavallá, gobernaba la plaza de armas de Cambrils D. Antonio de Armengol, baron de Rocafort: era cabo de la gente del campo de Tarragona, de que constaba el presidio, Jacinto Vilosa, y sargento mayor de la plaza Carlos Metrola y de Caldés; hombres todos de valor y fidelidad á su patria. Estos tres mandaban; pero mas podemos decir que obedecian á la furia y desórden de los súbditos infeliz y dificultoso gobierno aquel que se constituye sobre gente vil y bisona, donde jamás la industria pudo hallar

consonancia entre la multitud de sus voces y sentimientos.

63. Descubrióse el ejército á tiempo que los de la plaza se daban prisa, unos por salir y por entrar otros; porque la misma fama del peligro á unos hacia temer, y á otros osar. De esta suerte se hallaba casi toda la campaña cubierta de gente del campo, que concurría al socorro, cuando improvisamente fue asaltada de quinientos caballos de los cruzados, con que su teniente D. Álvaro llevaba aquel día la vanguardia.

64. Formó sus batallones, pensando que el enemigo le esperaba fuera de la fortificación por impedirle los puestos que pretendía ocupar; empero conociendo en su desorden la buena fortuna, dividió en tropillas los dos batallones de los lados, quedándose firme el de en medio: hizo señal de embestir, y se ejecutó con valor: los contrarios inadvertidos de su daño, ni sabían huir, ni defenderse: deseaban la resistencia, mas no la concertaban. Fueron degollados hasta cuatrocientos hombres no sin algun daño de los españoles, porque algunos catalanes amparados de los troncos de los árboles, podían tirando cubiertos, ofender los caballos: murieron y salieron heridos algunos soldados de las tropas, entre ellos la persona de mas importancia, D. Miguel de Itúrbida, caballero navarro del orden de Santiago, capitán de caballos reformado.

65. Recibió el marqués este confuso aviso en medio de la marcha, y mandó que la vanguardia apresurase el paso por dar abrigo á la caballería: hizose; pero no de tal suerte, que el ejército viniese en desorden, porque segun las informaciones, cada instante se podia esperar el enemigo con su grueso, dando á este recelo mas ocasion los bosqueques, que aun los avisos.

66. Esto mismo les sucedía á los de la plaza, que viendo crecer tanto el número de los sitiadores, y conociendo por otra parte la desigualdad de sus fuerzas, sin llegar el socorro y artillería que esperaban, entendiendo ser su perdición irremediable, enviaron un religioso carmelita descalzo, pi-

diéndole al general mandase suspender la hostilidad por espacio de cuatro dias , mientras daban aviso á Barcelona.

67. No era todo temor en los sitiados , sino tentar al Velez con la promesa , por ver si podian dilatar su peligro hasta ser socorridos como lo esperaban ; mas él reconociendo sus ruegos , respondió , que si libremente entregasen la villa á las armas de su rey , les valdria las vidas esta diligencia , y que si se resistian , prometia de pasarlos á todos al filo de la espada , y que él no aguardaba mas por su reduccion que lo que sus tropas tardasen en ponerse sobre la villa.

68. El Quiñones , despues de haber con su caballería apartado de la muralla la gente que no pereció en la campaña , repartió sus cuerpos de guardia á la larga por las avenidas , y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Era el mas conveniente un convento de San Agustin , fundado al salir de la villa frontero de la puerta principal , en parte donde las baterías podian ser provechosas á los sitiadores : procuró hacerse dueño de él , encomendándolo á algunos de los suyos. Entraron como armados , acudieron prontamente á la defensa los frailes ; hacen aquellos casos licitas las armas á todos ; pero tambien hacen igual el peligro : hirió de un pistoletazo un religioso á un soldado , retiróse aquel , y otro en su lugar vengó con la vida del que se defendia , las heridas de su compañero : no paró allí la furia ; mas ocasionada de la imprudencia pasaron á mayor número las muertes , á mayor grado los escándalos ; quedó en fin el convento en manos de los soldados.

69. Hallábase junto el ejército , y repartidos los cuarteles y ataques contra la villa , comenzóse la batería con las piezas menores sin algun efecto ; de que tomaban ocasion los sitiados para defenderse con mayores bríos. Salíó el Velez con pocos que le seguian , á ver una plataforma que bacia la puerta principal de la plaza : era este el lugar mas empeñado con el enemigo , y donde se reconocia hasta el.

pie de la muralla; mas habiéndose descubierto con demasiado despejo, cargaron á aquella parte las rociadas de la mosquetería contraria, de que súbitamente cayó el marqués y su caballo herido por la frente de un balazo. Todos pensaron haber aquella hora perdido su general, juzgándole muerto: volvió presto el Velez, y con sosiego digno de gran capitán, subió en otro caballo, templando maravillosamente en su semblante el temor y la alegría.

70. Hallábase el ejército en esta sazón por todo extremo miserable y falto de vituallas; cosa que á los generales ponía en gran desconsuelo, porque la queja ó la lástima de los hambrientos no dejaba lugar seguro de sus voces: obedecían *sin gana*; no era tema ó desagrado, porque con la larga abstinencia se iban postrando las fuerzas: acordóse mandar la caballería á refrescar por los lugares del campo, y fueron entrados Monroig, Alcover, la Selva y otros que se hallaron abundantísimos de todos granos y bebidas. Reus, lugar mayor y mas rico, se ofreció voluntario á la servidumbre por escaparse de la furia de los invasores: Valls y algunos mas entrados á la montaña, lo prometían tambien: fue todo de considerable alivio para la hambre del ejército; aunque este mismo remedio usado desordenadamente, hubo de traer otro mayor daño; porque los soldados sin respeto á ninguna disciplina, dejaban sus puestos y aun sus armas, y caminaban á buscar lo que veían gozar á los otros. Este descuido despertó la indignación con que los paisanos miraban el estrago de sus pueblos y haciendas: salíanles á los caminos, y hacían en ellos crueles presas: muchos se topaban cada día muertos por la campaña, y algunos disformemente heridos.

71. Continuábase la batería de la plaza entre tanto, y se mejoraban los aproches encargados á D. Fernando de Ribera y al conde de Tiron, porque como los sitiados no tenían artillería gruesa con que detener al enemigo, ganábase fácilmente la tierra. Esto mismo hacia mayor el peligro de parte de los sitiadores, porque despreciando la defensa de

la plaza, se acercaban sin respeto á la mosquetería, con que los tercios cada instante recibían gran daño. Excusóles la facilidad de la empresa el trabajo de abrir trincheras, y así como no había lugar reparado, no le había seguro. Defendiéronse con valor algunos días; pero viendo que por horas se les acercaba el enemigo, y que ya no podían excusarse del asalto, comenzó la gente popular á inquietarse; á que la obligaba tanto como el poder del ejército el descuido de Barcelona, donde sucedía lo que suele á veces con la naturaleza, que no sin providencia se descuida de enviar espíritus á la parte del cuerpo ya mortificada. Así la diputación creyendo la pérdida de Cambrils, no disponía su socorro por no desperdiciarle, previniéndolo á otra defensa.

72. Algunos catalanes piensan, y lo han escrito, haber dentro en la plaza hombre, que sobornado del miedo ó del interés, tuvo orden de arrojar gran cantidad de pólvora en un pozo, porque su imposibilidad los trajese mas brevemente al concierto. Ellos en fin lo descaban, perdida toda esperanza de otro remedio: pusieronlo en plática, y llamaron por el cuartel del Ribera: respondiéseles, y se entendió, querían introducir algun tratado: arrojaron poco despues un papel abierto en que pedían tregua por cuatro dias, y se disponían á esenchar cualquier justo acomodamiento. Recibió D. Fernando el aviso, remitióle al Velez con la persona del maestro de campo D. Luis de Ribera, porque le informase de todo lo sucedido: llegó D. Luis á tiempo que habló al general con casi todos los cabos del ejército en su estancia: propuso á lo que venia, poniendo el pliego en manos del Velez, que ni atendió cuidadosamente á recibirle, ni mostró despreciarle; pero el Torrecusa que se hallaba presente, hombre de natural velez y colérico, mostró gran desplacer de la proposicion y aun de la embajada, hablando contra todo con asperceza. No era aquel su ánimo del Velez, antes interiormente deseaba escuchar los sitiados; mas detenido en ver que el Torrecusa, no español, se declaraba tanto contra el atrevimiento de los catalanes, paró-

se cuerdamente pensando en como podria concertar aquellas contradicciones: hallábase á la mesa cuando llegó el aviso, mandó á D. Luis se volviese sin haberle respondido nada: platicó con los mas, y encaminó el discurso á otras cosas.

73. No se divertia el Torrecusa; mas antes considerando profundamente el negocio, el estado en que se hallaban las armas del rey, y en la súbita resolucion que habia tomado en todo, vino á caer en gran silencio, y sin hablar, mirar, ni oír á ninguno, se estuvo así un espacio, al cabo del cual, como si verdaderamente saliera de un parasismo, levantóse en pie, y dijo al Velez:

74. «Que él conocia de su natural ser mas acomodado á  
« la obra que no al consejo: que le suplicaba se sirviese  
« antes de su corazon, que de su discurso: que á veces pro-  
« curaba huir de sus caprichos; pero que su mismo espiri-  
« tu lo llevaba á encontrarse con exquisitas opiniones: que  
« habia hablado con poca consideracion en lo que dijera:  
« que el haberlo pensado despues, le ponía en obligacion  
« de desdecirse por sí mismo, antes que el daño fuese irre-  
« mediable: que ya se le estaba representando aquel ejér-  
« cito fatigado de la hambre, todas las esperanzas de su  
« socorro puestas en los vientos, y ellos sin señales de com-  
« padecerse, segun porfiaban: que el lugar se habia defen-  
« dido algunos dias, y lo podia hacer otros tantos, siendo  
« así que menos bastaban á caer su gente en desesperacion:  
« que el sitio de la miseria que el ejército padecia, era mas  
« apretado que el en que se hallaba la plaza: que si aquella  
« impaciencia les obligase á anticipar el asalto, forzosamen-  
« te habrian de perder en él buena parte de gente princi-  
« pal, pues siendo la primera accion de su valor, se arro-  
« jaria toda al temprano peligro: que no solo les daban el  
« lugar los que se lo entregaban; mas que tambien de sus  
« manos recibian las vidas, que excusaban de perder: que  
« por la misma razon que eran vasallos, no se debían apar-  
« tar del perdon; antes concedérseles á todos tiempos: que

«lo contrario parecería buscar la ruina y no el remedio; que su parecer era se oyesen los que llamaban, y se les hiciese todo el favor posible, recibiendo la plaza.

75. Dijo, y dejó á todos admirados, no menos de su mudanza (siendo cosa contra su condicion) que del gran valor que mostrara en reducirse solo á las voces de la razon, pudiéndose notar como caso raro en siglos donde se practican las obstinaciones, como grandeza de ánimo; principalmente en los poderosos, cuyos errores parece que nacen ajenos de arrepentimiento, como si la terquedad fuera mas decente á las púrpuras que la enmienda.

76. Escuchó el Velez benignamente las palabras del Torrecusa; mas con gentil artificio no quiso seguir las sin otras ponderaciones: mandó luego á todos los que podian votar, dijese lo que se les ofrecia. Fue comun el aplauso en los circunstantes, y los que hablaron, solo engrandecieron el sentimiento del Torrecusa. Mostró que lo pensaba algo mas el Velez, y resuelto en lo mismo de que nunca habia dudado, ordenó al maestro de campo D. Francisco Manuel se fuese á ver con el Ribera, y advirtiéndole de su voluntad (sin llamarle mas de permission), entrambos ajustasen el negocio, rehusando todo lo posible el modo comun de capitulaciones, que los reales juzgaban por cosa indecente; pero que la plaza se recibiese de cualquier suerte.

77. Habia D. Fernando ajustado con los sitiados una suspension de armas por dos horas, porque como el marqués alojaba distante, era necesario todo aquel espacio para darle y recibir el aviso. Duraba todavía la suspension quando llegó D. Francisco con la nueva orden; antes que los catalanes recibiesen el primer desengaño, hicieron llamada los sitiadores, y salieron al pie de la muralla D. Fernando, D. Francisco, D. Luis de Ribera y D. Manuel de Aguiar, sargento mayor del regimiento de la Guardia. Bajó de los sitiados el baron de Rocafort, Vilosa y Metrola, y quando se comenzaba á introducir entre ellos la plática de las cosas se tocó al arma improvisamente en los cuarteles y villa:

con esta ocasion dejando el negocio imperfecto , se retiraron unos y otros con gran peligro de los de afuera , que pasaron á su ataque descubiertos á las bocas de los mosquetes contrarios. Fue , que como los irlandeses por estar mas cerca y haber recibido mayor daño de la plaza , descasaron que por sus cuarteles se hiciesen las llamadas y negociaciones (zelosos de los españoles) , apenas se habia acabado precisamente el término de las dos horas , cuando ignorante ó disimulando el conde de Tiron las pláticas del tratado , hizo romper la tregua contra los que en aquella seguridad se asomaban descuidados por la muralla. Entendió D. Fernando el suceso , y avisó al irlandés que no acababa de reducirse ; pero en fin habiendose detenido , volvió á salir el Aguiar con muestras de gran valor á solicitar la segunda plática : continuóse la tregua , y se volvió al tratado. Duró poco la negociacion , y sin otro papel ó ceremonia ( como gente inexperta en aquel manejo ) el baron y los dos prometieron poner la plaza en manos del marqués de los Velez , en nombre del rey D. Felipe , sin mas partido ó coaccierto , que esperar toda clemencia y benignidad , como se podian prometer de un general del rey católico , casi natural , de sangre ilustre y de ánimo pio.

78. Con este ajustamiento , que se quedó en la verdad de unos y en la esperanza de otros , se partió D. Francisco á dar razon al Velez de lo sucedido ; que con mucho aplauso recibió la nueva , y aprobó todo lo que se habia obrado ; juzgándole por conveniente al estado de cosas , sin ofensa á la magestad del rey y reputacion de las armas.

79. Dejóse la entrega para el otro dia , temiéndose que si luego se ejecutaba , podia cansar gran turbacion al ejército , donde todos esperaban el saco , no con menos ira que ambicion. Es uso en tales casos poner el ejército sobre las armas , porque estando firme cada uno en su puesto , no dé ocasion al tumulto : olvidóse ó disimuló el Torrecusa esta diligencia ; quizá por entender que la ocasion no merecia ser tratada con los mismos respetos que las grandes. Mandó

que solas dos compañías de caballos ciñiesen la puerta por donde habian de salir los rendidos ; pero despues de cerrada la media luna de caballeria , se comenzó á inquietar la gente y cargar allí con sumo desórden : en fin se ejecutó la salida en presencia del Torrecusa y algunos maestros de campo.

80. Salian , y los soldados ( gente que por su oficio piensa es obligada al daño comun ) hacian excesos por desbaliar los catalanes : algunos lo sufrían , segun la miseria en que se hallaban , otros con entereza se defendian como les era licito. Dió principio al lamentable caso que escribimos la codicia é insolencia , antiguo origen de los mayores males , metióse por entre los caballos un soldado á quitarle á un rendido la capa gascona , con que venia cubierto , forcejó el rendido por defenderla , y el soldado porfió en quitársela : sacó un alfanje el catalan , hirió al soldado , quisieron los de caballería castigar su atrevimiento dándole algunas cuchilladas , por lo cual temerosos aquellos que lo miraban mas de cerca , pensando que la muerte los aguardaba engañosamente , procuraron escaparse por todas partes , sin mas tino que el débil movimiento que les ministraba el temor. Otros soldados de la caballería que no habian sabido el principio de su alteracion , sacaron las espadas , oponiéndose á la fuga de los que miserablemente huían del antojo á la muerte : esparcióse luego en el campo una maldita voz , que clamaba : traicion repetidamente , de quien sin falta fue auter alguno de los heridos , porque entre ellos tenia mas apariencia de poder pensarse y temerse , que no dentro de un ejército armado y vencedor. Todos gritaban traicion , cada uno la esperaba contra sí , y no fiaba de otro , ni se le acercaba sino cautelosamente : no se oían sino quejas , voces y llantos de los que sin razon se veían despedazar : no se miraban sino cabezas partidas , brazos rotos , entrañas palpitantes , todo el suelo era sangre , todo el aire clamores , lo que se escuchaba ruido , lo que se advertia confusion : la lástima andaba mezclada con el furor , todos

malaban, todos se compadecian, ninguno sabia detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligacion, ya tan tarde para el daño, que yacian degollados en poco espacio de campaña casi en un instante mas de setecientos hombres, dándoles un miserable espectáculo á los ojos. Aumentó su turbacion ver el ejército puesto en arma, atónitos se preguntaban unos á otros la causa, y el orden con que habian de haberse: sosegóse la furia de la caballeria, porque faltaron presto vidas en que emplearse: pasó aquel obscuro nublado de desastres, y se mostró la razon y tras ella el dolor y la afrenta de haberla perdido.

81. Salia el Velez de su cuartel á caballo, cuando recibió la nueva del suceso, y aunque todos le disminuian á fin de templar su desconsuelo, todavía habiendo oido el lamentable caso, y juzgando por la gran inquietud de todos su violencia, volvióse atrás, y se retiró á su aposento, donde ninguno le vió aquel dia, sino los muy suyos. Lloró el suceso cristianamente: abominó el hecho con palabras de grandísimo dolor, diciendo que si viera delante de sus ojos despedazar dos hijos que tenia, no igualara aquel sentimiento: que ofreciera con gran constancia las inocentes vidas de sus hijuelos, á trueco de que no se derramase la sangre de aquellos miserables; palabras cierto dignas de un caballero católico, y que yo escribo con entera fe, habiéndolas oido de su boca, y me hallo obligado á escribirlas por la gran diferencia con que algunos papeles (de los que se han hecho públicos) hablan de este caso.

82. No descansaba el Torrecusa y los maestros de campo de sosegar el ejército, trabajando lo posible por reducir la gente á orden militar: consiguióse tarde: enterráronse los muertos con gran diligencia, disimulando su número, como si verdaderamente con ellos se enterrase el escándalo: apartaron de los ojos los lastimosos cadáveres: cubrieron los cuerpos y la sangre, mas no la memoria de un tal hecho. (Semejante lo escribe en Juviles, nuestro D. Diego de

Mendoza en la guerra de Granada, parece que como nos dió la luz para escribir, nos ministra el ejemplo). Despues se entendió en el saco, repartiéndose la villa por cuarteles á los tercios segun uso de la guerra.

83. Habíase tratado en junta particular de los juecos catalanes que seguian al ejército, que género de castigo se daría á los comprendidos en el bando real impuesto al principado; porque segun él, todos eran convencidos en crimen de traicion y rebelion, y por esto dignos de muerte, porque el tratado no les concedia mas de la esperanza del perdon que no obligaba al rey, quando la piedad se contraviniese con la conveniencia: que ellos se habian entregado á disposicion y arbitrio de los vencedores: que sus vidas eran entonces dos veces de su señor, la una como vasallos, la otra como delinquentes. Determinóse que para poder satisfacer el castigo sin faltar á la clemencia, convenia una ejemplar demostracion en las cabezas, ordenada al temor de los poderosos, en cuyas manos estaba el gobierno comun; y que con los otros se podia usar misericordia, dándoles vida.

84. El Velez no se atrevia á perdonar, ni deseaba el castigo: parecióle mas seguro (hallando dificultades en todo) dejar á la justicia que obrase; pero aquellos ministros hombres de pequeña fortuna, ambiciosos de los frutos de su fidelidad, no descubrian otra satisfacion, sino la sangre de sus miserables patricios. Con este pensamiento y la libertad en que el Velez los habia dejado para que ejecutasen sin dependencia las materias de justicia, prendieron al punto los cabos y magistrado de la villa: eran el Rocafort, Vilosa y Metroia, con los jurados y baile: fulminóse el proceso aquella misma tarde, sin que se les diese noticia de sus cargos, ó admitiese alguna defensa de ellos. Lo primero que entendieron despues de su temor, fue la sentencia de muerte que se ejecutó aquella noche, dándoles garrote en secreto: amanecieron colgados de las almenas de la plaza, y con ellos sus insignias militares y políticas, porque la pena no

parase en solo la persona , antes se extendiese á la dignidad , amenazando de aquella suerte todos los que las ocupaban en deservicio de su rey.

85. Miróse con gran espanto de todo el ejército , y se escuchó con excesivo enojo del principado la muerte de los condenados. Entre los castellanos pensaban algunos se habia hecho violencia á las palabras de su entrega , porque los catalanes verdaderamente creyendo que negociaban con mas liberalidad el perdon , no le especificaron en el tratado ; es fácil cosa de entender , que ninguno habia de concertar su muerte , por mayor que fuese el peligro. De este parecer eran todos los que manejaron la entrega ; pero sentian , mas no remedian.

86. Con los mas rendidos se usó diversamente , segun los diferentes pueblos de que eran naturales : salieron libres los vecinos de los que habian recibido las armas católicas , condenando á galeras los moradores de las villas que seguian la voz del principado.

87. Tambien á la plaza no quedó solo el castigo de las baterias y el saco , mandóse arrasar la muralla ; era grande la obra , pedia mas largo tiempo de lo que el ejército podia detenerse , contentáronse de batir una cortina principal hasta ponerla por tierra , y volar con una mina la mayor torre.

88. Era Cambrils lugar de cuatrocientos vecinos , puesto casi junto á el agua en medio de una vega , fértil de viñas y olivares ; y asi por esto , como por su ancon ( capaz de embarcaciones pequeñas ) , rico y nombrado entre los del famoso campo de Tarragona , plaza de armas principal de toda aquella frontera , desde entonces acá célebre por su estrago.

89. Alegrábanse en demasía los hombres fáciles é inconsiderados con los buenos sucesos del ejército , y juzgaban la guerra por acabada brevemente , segun el paso á que caminaban venciendo. No se puede llamar buena suerte aquella que solo favorece los cortos empleos ; antes entre los pru-

dentes causa algun género de temor ver que la felicidad se encamine á cosas pequeñas, porque segun la experiencia muestra, de ordinario se siguen grandes trabajos á las menores prosperidades. Así discurría el Velez casi temeroso de lo sucedido, cuando pensaba en el valor de las cosas que le faltaban por emprender.

90. Hallábase junto á Tarragona, ciudad grande y fortificada (segun los avisos), socorrida con armas auxiliares y cabos expertos: su ejército falto, particularmente de artillería conveniente para las baterías gruesas, pobrisimo de vituallas, y casi cerrado el puerto, que dejaba á las espaldas, para ser socorrido. Ni el Garay y sus seis mil infantes, de quo el rey avisaba, ni las galeras para servicio del ejército habían llegado: conocíalo, y lo temia todo, porque de la falta (y aun de la tardanza) de cualquiera de estas cosas pendía el acierto y dichoso fin de aquella guerra, en que todo el mundo tenia los ojos, y de que España esperaba su bien y quietud.

91. Entendió su cuidado el duque de San Jorge, á quien la edad y gallardia de espíritu incitaba á que buscasse una gran fama por medio de algun eminente suceso; cosa contra todas las reglas de la prudencia, porque á los famosos varones no será tan loable emprender los casos árdulos voluntariamente, quanto el llevar constantes aquellos en que los metió la fortuna.

92. Habia (como dijimos) entendido sus pensamientos del Velez, y ofreció facilmente ganarle á Tarragona por Interpresa la noche siguiente: ni la habia visto, ni sabia de defensa mas de lo que le informaban: resolvióse temerario, mas aun así, supo dar tales razones, que juntas á la necesidad y á lo que se fiaba de su valor, hacian apariéncia de posibilidad, en que el deseo suele acudir á los ánimos que dejan atropellarse de fantasmas. Tanto dijo el duque y con tal afecto, que el Velez intentó enviarle: detúvose admirablemente disfrúndolo hasta el otro dia: pero tratándolo despues con personas de su consejo, salió de aquella inclina-

cion, mandó que marchase el ejército; y también sobre el camino que debía seguir, se levantaron dudas.

93. Hacen el mar y tierra entre Cambrils y Tarragona un puerto asaz nombrado en toda la costa meridional de España, dicho Salou (famoso antiguamente por el hospedaje de la armada de Cneyo-Escipcion, donde la guardó y deluvo contra Anibal): allí por conveniencia de las galeras que desde Barcelona á Vinaroz no hallan otro abrigo acomodado, comenzó á fabricar Carlos Quinto un fuerte pequeño de cuatro baluartes en la eminencia del puerto: llegó la obra casi á ponerse en defensa por la parte de la marina; pero en los caballeros que miran á la campaña, como cosa entonces menos necesaria, no igualó los mas. En este estado la dejó aquel gran capitán y glorioso monarca, y lo conservó el descuido de las edades pacíficas, que sucedieron á su imperio, hasta que (abiertas en España como en Roma, las puertas de Jano) volvió otra vez la guerra á levantar su edificio por manos de los catalanes con vivísimo cuidado de prevenir la defensa de aquel puerto, mas que ningun otro dispuesto á sus designios, y peligroso por invasion de armadas. Habíanle puesto de tal suerte, que pareció capaz de recibir y conservar presidio: esta era la noticia de sus fuerzas con que el ejército se hallaba, y si bien en lo mas se habla siempre dudoso, todos creían que el fuerte se prevenía para la defensa.

94. Marco Antonio Gandoifo, teniente de maestre de campo general, ingeniero mayor del ejército, hombre de gran suficiencia en las fortificaciones, habiendo reconocido el fuerte, era de parecer no se embarazase el ejército en cosa de tan poca importancia, que á la vista de los escuadrones solamente esperaba se entregase: decía que no era conveniente, cuando sabia que Tarragona (plaza principal) hallaba corto el tiempo para sus preparaciones, se lo aumentasen ellos, tardando muchos dias en ir sobre ella: que esta tardanza vendría á ser el mayor socorro que le deseaban sus amigos: que hecha la frente sobre la ciudad,

cuando el fuerte se resistiese , se podia entonces facilmente enviar alguna gente suelta á aquel servicio ; quanto mas que la costumbre de los ejércitos era postrar con la opinion todo lo que no podria defenderse.

95. Opúsose á su parecer el Torrecusa , ó porque entendiése lo contrario ( como mostraba ) , ó porque naturalmente aborrecia al Marco Antonio , viéndole en suma estimacion de soldado , y mayor crédito cerca del Conde-duque , que ningún otro de su órden. Arrinábase el Torrecusa á aquella máxima de la guerra ( á su parecer indispensable ) de no dejar plaza á las espaldas : añadia que sobre ser plaza , era puerto capaz de recibir socorros dañosos al ejército , que no podia llegar á impedirselos de lejos : que si llegasen en aquella sazón las galeras de España y la gente que esperaban del Rosellon , se hallarian sin puerto en que recogerlas : que el invierno riguroso no hacia fácil , sino imposible la desembarcacion en la marina : que entonces les sería forzoso volver atrás por ganar lo que habian despreciado primero.

96. El Velez se inclinaba mas al parecer del Gandolfo ; mas viendo que su maestro de campo general lo impugnaba constante , mandó siguiesen su órden , y el ejército se fue á alojar en un llano que yace entre Salou y Villaseca , está al setentrion , y aquel á mediodia , distantes uno del otro poco mas de media legua. Era Villaseca lugar corto , mas cerrado , fortalecido de una iglesia antigua y fuerte , eminente por su fábrica , no por su sitio , á todo el pueblo ; con lo que se prevenia á la defensa , obligado de las órdenes de Tarragona.

97. Marchaba el Velez la vuelta del puerto y villa , cuando en el camino recibió un pliego y mensajero de persona particular ( cuyo nombre se calla por ser ajeno de mi intencion dañar á ninguno con esta escritura , ofrecida solamente al aprovechamiento de todos ). Dábale cuenta del estado de Barcelona : hacia juicio de los ánimos de sus moradores : avisaba y prevenia algunas cosas tocantes al partido

real : pedia moderacion en la hostilidad de algunos lugares. La atencion del Velez en recibir la carta , y las cautelas con que fue agasojado el que la traía , hizo que de ella se esperasen mayores cosas de las que á la verdad contenia ; si fueron otras , no llegaron entonces á nuestra noticia.

98. Continuóse la marcha , y el Torrecusa con cuatro tercios de la vanguardia se puso sobre el fuerte , formando sus escuadrones al pie de la montaña mas dilatada que eminente , en que está fundado el castillo , y ocupando con el regimiento de la vanguardia el cuartel de la bateria : compúsola de cuatro medios cañones , hizo cubrir la gente , repartió los cuerpos de guardia de caballería é infantería á las partes por donde podia bajar el socorro : y habiéndolo dispuesto con suma brevedad , comenzó á batir el primer cuarto de la noche.

99. La retaguardia gobernada del Xeli , avanzó todo lo posible , y fue á amanecer sobre Vllaseca : defendiala Mr. de Santa Colomba , teniente de mariscal de campo con trescientos naturales y algunos franceses que le acompañaban : habiale convidado el Espenan el dia antes para reconocer la capacidad del sitio y defensas , por si fuese conveniente embarazar allí al contrario , cuando intentase atacar á Tarragona.

100. Batiale el Xeli furiosamente , como en oposicion al Torrecusa que habia comenzado primero : continuáronse unas y otras baterias , hasta que casi en una hora misma Villaseca fue entrada por brecha y asalto con poca resistencia y menor daño del ejército , y Salouse entregó por Mr. de Aubiñi , que la defendia. Fuera venido al mismo tiempo y servicio que el Santa Colomba á Villaseca : quedaron los dos prisioneros y un cónsul de Tarragona que se hallaba dentro del castillo , y tratáronlos con gran diferencia , á que su natural dió causa. Al Santa Colomba se guardó aquel respeto que en la guerra se debe á tales hombres , porque el imperio no contradice la urbanidad , antes la engrandece. El Aubiñi fue llevado á prision , retirándole con poca

cortesía, despues de haber hablado sin comedimiento á los generales en demanda de su libertad.

101. Enviara Espernan el dia antes (no sin industria) un trompeta y carta al Torrecusa, en memoria del conocimiento que habian tenido desde la guerra de Salses: fundaba asi la razon el haberle escrito, preciábase de tenerle por contrario (llega la vanidad de algunos á hacer gloria del odio, como la pudiera hacer de la amistad): deciale que se hallaba defendiendo aquella plaza, que deseaba enterder el modo de hacer la guerra: que pareciéndole conveniente, podían asentar el cuartel y canje sin diferencia de catalanes y franceses, segun el uso de las naciones políticas. Causó esta proposicion gran cuidado en los ánimos de muchos: llamó el Velez á consejo, y allí fue mayor la diferencia: despues se redujeron todos al parecer del San Jorge: respondió al Espernan, que primero quisiese declarar por cual razon se hallaba dentro de los reinos de España haciendo guerra, si como capitán del rey cristianísimo enemigo y quejoso del católico, ó si como auxiliar de una nacion rebelde á su señor natural. Á dos fines se encaminaba esta respuesta: el primero á excusarse de diferir luego en materia de tanta importancia, en que la experiencia podia aconsejar mejor que el discurso: el segundo á darle á conocer á Espernan, que quien advertia la diferencia de los asuntos de la guerra, sabia no menos acomodarse á ellos en el modo de ella segun su resolucion. Con esto pretendian tambien templar su orgullo, dándole á temer lo mismo que temian; aunque su intencion era firmísima de conceder el cuartel, así como le pedia el francés.

102. Tardó la respuesta de Espernan, porque igualmente esperaba le aconsejase el suceso para saberse determinar, y tomando esta ocasion el San Jorge, hombre aficionado á la nacion y lengua francesa, introdujo su plática con el de Santa Colomba, diciéndole que extrañaba mucho que su general quisiese confundir las razones de aquella guerra, persuadiéndose que los españoles no distinguieran

el tratamiento, que se debe al contrario ó al rebelde: que no sabia con que ocasion podia detenerse en la respuesta, siendo cierto que comenzándose las escaramuzas y reencuentros, habia despues la razon de seguir á la furia, que ninguno en la venganza es prudente. Entendióle el Santa Colomba, y que su razonamiento se encaminaba á algun partido; ofrecióse á tratarlo, si gozaba libertad: pareció que convenia, y fue enviado cortesmente y con mejores noticias del poder del ejército, que los franceses no juzgaban por tal, segun las erradas informaciones de los catalanes que ó no lo creian, ó lo disimulaban.

403. Entre tanto Mr. de San Pol, que gobernaba las armas en Lérida, entendió que para estorbar alguna parte de los progresos del ejército en todo aquel distrito, seria conveniente hacer entrada en Aragon y algunos lugares de la ribera, que estaban á devocion del rey católico: y tratándolo con el magistrado, pareció se diese luego aviso á D. Juan Copons, para que con la gente de su cargo intentase al mismo tiempo alguna faccion en Tortosa ó en la villa de Orta, que tambien seguia el bando real: Juntó el San Pol su gente en copioso número: constaba todo el grueso de siete tercios de los partidos de Tárrega, Agramunt, Pallás, Manresa y Cervera, con la gente de Lérida, sus maestros de campo el pacher (4) en cap de la misma ciudad D. Luis de Peguera, D. José Pons de Monclar, D. Francisco de Villanueva, D. Miguel Gilbert, D. Pedro de Aymerich, D. Luis de Rejadell. Con esta infanteria y algunos pocos caballos salieron á campaña, y discurriendo sobre que lugar podrian acometer, hallaron ser mas acomodado á sus designios Tamarit de Litera, puesto en la ribera del Cinca, que los españoles habian hecho cuartel de los tercios de Navarra, á cargo del señor de Ablitas; pero el San Pol por evitar la prevencion con que el contrario podia esperarle, mostró mover sus tropas á otra parte.

(4) Nombre que tenian los regidores en Lérida.

Revolvió al anochecer, y enderezóse á Tamarit: llegó sin ser sentido, y escaló improvisamente el cuartel, que no pudo resistirse, ayudando la buena ocasion al mas poderoso: murieron algunos de los navarros, y fueron prisioneros hasta ciento y cincuenta, de que avisados los de Fraga, acudieron á su socorro el conde de Montijo y el Parada: llegaron tarde, porque el San Pol, habiendo hecho su asalto, marchaba ya la vuelta de Lérida.

104. Es Lérida principal ciudad entre las de Cataluña, llamada de los geógrafos Ilerda (y Leyda barbaramente): fue edificada de los antiquísimos Sardones, pobladores de la Cerdeña, en la ribera del rio dicho entonces Sicoris y ahora de nosotros Segre, famoso en las historias romanas, mas que por su caudal, por las batallas que se dieron en sus campos, cuando los romanos dominaron en España, Escipion y Anibal, César y Afranio. No bastaron tiempos ni el diferente ejercicio, trocando las armas por las letras de su universidad, para que Lérida olvidase su belicoso principio, volviendo otra vez á ser presidio observantísimo de la disciplina militar.

105. El Copons con su tercio y algunas otras compañías de almogavares (ó miquelets) bajó sobre la villa de Orta, desesperado de que en Tortosa pudiese obrar cosa importante: sitióla, y apretóla tanto, que los moradores obligados de la necesidad pidieron tiempo para entregarse: concediósele el Copons, y habiéndose acabado el término, pidieron segundo y les fue dado: gastóse sin fruto una y otra tregua: tercera vez la intentaron los sitiados, esperando por instantes el socorro de Tortosa; pero el Copons como desechado de sus irresoluciones, embistió la villa, y la ganó. Dicen que pudiera defenderse mas por ser bien cercada de muro y fortalecida de un castillo; pero que el mismo temor que sin otra ocasion obligó sus moradores á entregarse á las armas católicas, cuando las tenian vecinas, hizo como ahora se postrasen á su enemigo.

106. El Gobernador de Tortosa, Diego de Medina, solda-

do de larga experiencia , trabajaba en tanto por socorrer la villa , temió al principio el peligro , asi como miraba contra sí la amenaza del poder contrario ; no obstante envió quinientos infantes á cargo del sargento mayor D. Diego de Mendoza , y le mandó que con ellos se adelantase todo lo posible hasta socorrer la villa. Llegó D. Diègo , y la halló atacada por el enemigo : no quiso tentar la fortuna , ni haberla menester : volvióse otra vez sin hacer mas que darle aquella mayor circunstancia á la gloria del catalan , de ganar la plaza á vista del socorro. Con la pérdida de Orta y asalto de Tamarit creció la reputacion á las armas provinciales , y las del rey desfallecieron en el crédito que las ocasiones pasadas les habian dado.

107. Apenas el Velez pudo acomodar las cosas del fuerte y puerto de Salou , cuando mandó marchar el ejército la vuelta de Tarragona én tal concierto , como si la esperanza del tratado no estuviese asegurando todo acomodamiento. Diósele cargo al duque de San Jorge , que con mil caballos y cuatrocientos mosqueteros fuese á ganar los puestos sobre Tarragona , y le seguian dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Prevínose el San Jorge , como hombre ambicioso de una gran fama : sintió despues que los negocios se encaminasen por otra via que las armas.

108. Hallábase Espernan en la plaza afligido y engañado , porque mirando ya tan de cerca y tan poderoso al enemigo , no reconocia en los moradores verdadero ánimo de resistirle , ni tampoco medios para la resistencia. De los socorros prometidos por la diputacion solo habia llegado el tercio dicho de Santa Eulalia , de ochocientos infantes bisoños : no se juntaba otra infantería , ni de los regimientos de Francia tenia seguras noticias. De otra parte , la ciudad grande y sin defensa capaz no prometia firme resistencia : el vulgo dividido en bandos solo servia al temor : unos querian al rey , otros la república , estos y aquellos se conformaban en disponer su daño. Hallábase Tarragona falta de

forrajes y aun sin los víveres necesarios, falta de municiones; cosa que sobre todas se le representaba terrible á Espernan, por no ser visto jamás que una plaza comienze á esperar sitio con menos caudal que otras cuando le acaban. Estas dificultades que reconocia cada hora, mas que el horror del ejército, le ponian en desesperacion de la victoria. Hacíasele dificultoso el haber entrado en la ciudad; pero llegó á creer que no estaba obligado á la defensa de los mismos hombres, que se desayudaban en ella: que ninguno debe hacer mas por otro, que él hace por si mismo, ni esperar de él mas de lo que sabe ayudarse. Esforzó su desconfianza la plática del Mr. de Santa Colomba, que con verdad y experiencia le informaba del poder contrario, de la inclinacion que hallara en sus cabos para el acomodamiento: pensólo, y halló no ser para despreciar el peligro: (otros dicen que cotejándole con su instruccion secreta, juzgó ser este el uno de los casos en que se le ordenaba la retirada): aficionóse al remedio, y púsolo por obra.

409. Pretendia el Velez que no solo los franceses desamparasen la ciudad, sino que el mismo Espernan trabajase lo posible por reducir el magistrado á que se entregase modestamente en manos del rey: dábale á entender con destreza lo mismo que el Espernan estaba experimentando, que la gente mas principal de Tarragona no afectaba á la defensa, y el pueblo la temia; pero Espernan, no obstante que lo entendia, le excusó de aquel discurso; antes por cumplir la satisfaccion de su ánimo, envió á proponer á los diputados la resistencia. Despachó á Francisco de Villaplana, teniente general de la caballeria del país: deciales como habia llegado á Tarragona, y que si bien los medios no eran acomodados á la defensa, que él ofrecia su vida por el bien del principado: que la infanteria era poca, que le socorriesen de alguna, y que haria desmontar la mitad de la caballeria para guarnecer y defender su muralla, y con la otra parte saldria á campaña por inquietar el enemigo: que esto era lo mas que podia hacer de su parte,

que ellos dispusiesen de la suya de tal suerte que su voluntad no se malograse.

140. Pero los diputados, ó con mas reconocimiento de sus pocas fuerzas, ó con mayor deseo de emplearlas en cosas útiles y posibles, ó tambien persuadidos de algunos aficionados secretamente al rey, se fueron dilatando de tal suerte, que el Espernan descifró en su confesion su respuesta, juzgando que ellos no osaban á elegir su perdicion, y antes se acomodaban á sufrirla. Resolvióse con esto, y envió el Santa Colomba al ejército católico, que halló ya tendido hermosamente por la cima de un repecho opuesto á la mejor frente de la ciudad, que mira al ocaso.

141. Hallábase el ejército en bellissima forma, y tal que visto desde la plaza parecia mas numeroso. El arte sirve utilmente á la fuerza: la caballeria se alojaba en lo llano, la artilleria en la batalla, la vanguardia ocupó el cuerno derecho, la retaguardia el izquierdo. El Velez hizo su cuartel en una casa de campo, fábrica del Grosó, genovés, junto á la marina. Asi recibió al Santa Colomba, á quien escuchaba y respondia el San Jorge, y despues de haberse ajustado en algunas dudas, se resolvieron los dos en el nombre y fe de sus generales.

142. Que el maestre de campo general Mr. Espernan desocupase la ciudad de Tarragona de su persona, y de las armas cristianisimas que se hallaban en ella. Que de la misma suerte retiraria todas las tropas de su cargo, asi de caballeria como de infanteria, que en aquella sazón se hallasen entre Barcelona y Tarragona. Que su persona de Espernan no entrase en ningun lugar fuerte del principado, ni defendiese alguna plaza que le fuese encargada por la diputacion. Que haria todo lo posible por reducir al servicio del rey católico el tercer conseller de Barcelona, coronel del tercio de Santa Bulalia, y que su gente se incorporase entre el ejército real. Que dispondria, mediante su autoridad y oficios, se entregase en manos del marqués

de los Velez aquella venerable insignia y pendon, que se hallaba dentro en la plaza. Que aconsejase á la ciudad como por sus diputados viniese á solicitar la gracia del rey, pidiendo perdon de sus yerros.

443. Algunos papeles que se han escrito en Cataluña, y han llegado á mis manos impresos y manuscritos, quieren que Espernan capitulase con el Velez sin dar noticia al magistrado de lo que pretendia hacer; pero no parece creíble que un hombre cuerdo y extranjero concertase la reduccion de una ciudad sin conocimiento de sus ciudadanos.

444. Los naturales atentos al peligro que les estaba esperando, recibian sin hostilidad al ejército, no impidiéndole el paso; cosa de que claramente se entendió que ellos aspiraban mas al negocio, que á la resistencia.

445. Volvió el Santa Colomba á la plaza y aquella misma noche remitió el Espernan firmadas las capitulaciones por manos de Mr. de Boesac, general de su caballería. Recibió el Velez cortesmente, firmó tambien lo capitulado con el francés, y á otro dia se vieron en el campo español, y comieron juntos unos y otros cabos castellanos y franceses.

446. No tardó la ciudad y cabildo eclesiástico en venir á humillarse á la magestad del rey en la persona de su general: vino, y con aquella pompa y autoridad usada entre ellos á imitacion de las repúblicas; pero el Velez notándolo atentamente, les mandó dar á entender, antes de escucharles, como aquella era ocasion de toda humildad y reverencia, y que así se debian ofrecer delante su persona con la mayor postracion posible, y no en aquella forma. Cumplieron los diputados la orden impuesta, no dejando de temer que topasen luego al primer paso de su congratulacion efectos del enojo; pero juzgando por otra parte á buena suerte, que sus castigos parasen en demostraciones vanas ó poco sensibles, obedecieron gustosamente, y entraron como les fue ordenado.

417. Recibiólos el Velez á pie y descubierta poco espacio fuera de su cuartel: llegaron ellos de la misma suerte, y añadiendo algunas lágrimas y señales de temor, habló primero D. Antonio de Moncada, canónigo de su iglesia, por el estado eclesiástico: luego los diputados, casi dijeron todos unas mismas cosas, y llevaron la misma respuesta con gravedad y entereza pronunciada. Decía que en nombre de S. M. católica recibía aquella ciudad en su obediencia, por estar seguro de que sus ánimos se arrepentían mucho de los errores pasados, y que habían de dar al mundo en finezas y en servicios grande satisfacción de sus culpas.

418. Mientras duraba esta ceremonia, y las cortesías y convites del Espernan y los suyos, el conseller coronel, desesperado de remedio, se escapó de la ciudad llevando consigo el pendon, con que había entrado en ella: siguiéronle de los fieles á la república, los que quisieron seguirle, salió con facilidad y secreto.

419. Habíase ajustado que la entrega de la plaza se hiciese al otro día veinte y cuatro de diciembre: cumpliólo el Espernan, y envió luego á excusarse de la retirada del conseller y pendon en la forma que habían concertado; ordinarios peligros en que suelen hallarse todos los que prometen sobre acciones ajenas.

420. El Velez todavía conservaba aquel engaño comenzado en la corte, procedido de falsas inteligencias que había con catalanes: entendía (obligado á entenderlo) de los avisos del rey, que en Tarragona se hallaban solamente doscientos caballos: despachó el San Jorge para que contemporizase con las últimas ceremonias de Espernan, encargándole advirtiese cuidadosamente el número y bondad de su caballería, atento á lo venidero.

421. Habían los franceses sacado sus tropas á campaña por la parte que mira al camino de Barcelona, formándose en diez y siete batallones medianos, que entre todos hacían mas de mil caballos; no fue solo urbanidad, sino ar-

tificio , para que entretanto la infanteria catalana , que se retiraba , sus caballos y bagajes , tuviesen tiempo de mejorarse en las marchas.

122. Despedido en fin el Espernan , y vacía la ciudad de las armas francesas , se dispuso luego la entrada del Velez , y se alojaron en ella cuatro tercios de infanteria , repartiendo los mas por los lugares convecinos. Entró el marqués aquella tarde , acompañado de toda la corte del ejército , el magistrado de Tarragona y otros nobles de la ciudad : caminó á la iglesia mayor , donde fue recibido con las pias ceremonias , con que la iglesia se alegra en los triunfos de sus hijos : los demás tercios y caballería marcharon á sus cuarteles.

123. Es Tarragona uno de los mas antiguos pueblos de España , y que en ella ha dado mayor ocupacion á las historias. Muchos autores la tienen por edificio de Tubal , llamándola Tarazoan , que en voz armenia y caldea ( propias entonces ) dicen significa ayuntamiento de pastores , por comenzar su poblacion en esa manera. Otros deshaciendo algo en su antigüedad , quieren la fundase Taraco ó Tearco , principe de Etiopia sobre Egipto , natural de los pueblos Leucotiopes ; el cual venido á España , y despues de retirado de Cadiz mañosamente por los Fenices , pasó á las riberas del Ebro , donde batalló con Teron , capitán de los Ébricos españoles ( que hoy son los cántabros ) y fue por él vencido y arrojado. En la edad de romanos subió Tarragona en gloria y edificios. Antes de Cneyo Escipton se hallaba ya cercada de muros ; pero de los Escipiones alcanzó su mayor lustre , haciéndola plaza de armas general contra los cartagineses. Recibió la fe católica cuando los primeros pueblos españoles , por lo que su iglesia , sobre metrópoli en su provincia , pretende con Toledo y Braga la primacia de las Españas. Edificóla su fundador en una eminencia que viene á caerse poco á poco en el mar , donde despues la tierra humilde se dilata en una aguda punta , y ayudada del muelle , forma abrigo , aunque corto , á los bajeles : la cuer-

da de los cerros que sube á setentrion , va siempre creciendo y levantándose hasta que se remata en algunas peñas , que del todo encubren la ciudad á los que la buscan por la parte oriental: el medio arco que describe de poniente á mediodia es mas descubierto ; pero no sin alguna defensa de antiguas torres y baluartes modernos. El número de sus moradores con pocos pasaba de tres mil , sus calles angostas , sus fábricas demuestran mas años que grandeza. Tal fue Tarragona hasta aquellos tiempos que comenzó la guerra ( que es cuando la vimos ) , ahora será solo esta en el estado de sus principios.

424. Siguióse al buen suceso del Velez en la reduccion de la ciudad otro no menos favorable á sus intentos. Amanecieron surtas las galeras de España y Génova en número de diez y siete: poco despues el mismo dia llegaron los bergantines de Mallorca , con que el ejército recibió alegría , porque de ambas flotas esperaba ser socorrido con gente , municiones y la artillería prometida de Rosellon. Pero en breve se entendió que las galeras no traían mas de la persona de D. Juan de Garay , conforme á las antiguas órdenes que se le habian enviado de la corte.

425. Gobernaba las de España D. García de Toledo , marqués de Villafranca , y las de Génova Juanetin de Oria ( hermano del duque de Túrsis ) á las órdenes del Villafranca. Desembarcó D. Juan , y fué recibido del Velez , que aunque deseaba mas su ejército , mostró estimar igualmente su persona ; ( á veces vale mas la de un capitán grande ). Solo el Torrecusa dió á entender le desplacia su venida ; y mucho mas viéndole solo y sin armas que gobernase , porque entonces temia que , ó se le diesen por compañero en el manejo de aquel ejército , ó que de sus tropas le separasen algunas con que emplearle: era tal la opinion del huésped , que ninguno lo esperaba ocioso ; y verdaderamente ello se fue disponiendo de tal suerte ( ayudado de algunas calumnias de hombres entremetidos ) que el Velez se vió á peligro de perderlos á entrambos , ó por lo menos en desesperacion de

aprovecharse de los dos; cosa que deseaba, y de que supiera usar con destreza, si la sequedad del Torrecusa y presuncion del Garay le dieran algun espacio para hacerlo.

126. Excusábase D. Juan de no haber traído la infantaria de Rosellon, diciendo que la guerra estaba por aquella parte tan viva, que mas se hallaba en estado de ser socorrida, que de socorrer á ninguno: que las plazas eran muchas, y poca la gente para guarnecerlas: que los catalanes andaban en campaña, y que las tropas del Ampurdan hacian cada dia mas fuerzas y venganzas en los países fieles. No le faltaban razones para poder excusarse de no venir armado; pero con ninguna satisfacía el haber venido; donde se entendió entonces que el Garay temeroso de los progresos del Rosellon, tomó aquel motivo para dejar la provincia, juzgando que en el nuevo empleo de las armas prometidas aseguraba sus mejoras: que en Rosellon se peleaba con franceses, y en Cataluña con naturales bisoños y mal armados, de quienes no se podia dudar la victoria, embistiéndoles tan copiosos ejércitos.

127. Dispúsose luego la desembarcacion de la artilleria: eran seis cañones enteros y otras piezas necesarias hasta el número de veinte, y los mas pertrechos convenientes á su cantidad. Tratábase tambien del despacho de los bergantines, porque hiciesen segunda provision de grano á la caballeria; pero en medio de este negocio y de las muchas observaciones, en que por entonces inútilmente se ocupaban cerca de sus preferencias el Velez y Villafranca, llegó un correo de Madrid, que dió principio á otras novedades.

128. Abriéronse los pliegos, y con ellos las puertas á muchos y varios discursos por la novedad que se hizo notoria, de la cual podremos decir, vino despues á depender buena parte de los sucesos que escribimos.

129. Avisaba el rey católico al Velez como el reino de Portugal se habia declarado en su desobediencia, separándose de su monarquia y entregándose á nuevo rey: ordenábale muchas cosas sobre este caso, encomendándole de-

tuviese todo lo posible su noticia por no dar con ella mas aliento á los catalanes , y causar alguna inquietud en los muchos portugueses que se hallaban sirviendo en aquel ejército. Empero por ser la cosa tan grande en Europa , de tanto cuidado á los príncipes de ella y de tales dependencias con mi historia , habré yo de contar lo sucedido en breve digresion , segun mi costumbre.

130. Sesenta años habia que la corona de Portugal ocupaba las sienes de los reyes castellanos , con que no solo consumaron su imperio en toda España , mas tuvieron entonces ocasion de ceñir con sus armas facilmente el universo. Fue D. Felipe el II , rey de Castilla , hijo de la emperatriz D.<sup>a</sup> Isábel , muger de Carlos Quinto , ella hija de D. Manuel , único de este nombre , rey de Portugal , cuya varonía extinta (por muerte de D. Sebastian) en el cardenal rey D. Henrique su tio , pretendieron muchos príncipes la sucesion de la corona ; y no sin derecho pretendia tambien el mismo reino heredarse á sí propio y nombrar sucesor ( como ya lo hiciera en otras ocasiones ). Contendian en fin por mejor razon Catalina , duquesa de Braganza , hija entonces sola (muerta Maria su mayor hermana , princesa de Parma) de Duarte , infante de Portugal , hijo de D. Manuel y hermano de la emperatriz y del último rey cardenal. Duarte bien que por su edad menor que el mismo rey su hermano , por su sexo mejor que la emperatriz su hermana ; Catalina hija de Duarte , y Felipe hijo de Isabel. Vino el caso de valerse cada cual de la representacion de aquella persona , de quien recibia la accion , como si verdaderamente concurriesen vivos , Duarte varon con Isabel hembra (inferior en sexo , bien que superior en años) ; de tal suerte que Catalina por la gracia á que el derecho llama beneficio , quedaba representando el infante su padre , y Felipe por la misma ocasion enlaquecia su causa significando la emperatriz su madre. Intentó luego D. Henrique , hombre santo y viejo satisfacer la justicia de todos los príncipes contendiosos , por excusar á su reino la nueva fatiga de una

guerra; poniendo el negocio en términos de derecho común. Muchos le acusan esta resolución, y algunos la juzgan por la mayor de sus acciones; porque cuanto mas fiaba de su justificación, pudo entregarse mas confiadamente al sentimiento de otros juicios, teniendo por hecho indigno de rey católico y evangélico, que aquellas cosas tan fáciles de acomodar por la razón con aplauso del mundo y paz de su conciencia, se hubiesen de poner en manos de la furia. Nombró jueces, hombres tales que pudiesen juzgar sobre tan grandes intereses. Murió antes de acabarlo D. Henrique, con una infelicidad de Portugal y Castilla, á quienes dejó por herederos de la discordia. Mas D. Felipe, antes de la sentencia en los términos legales, ordenó se lo pleiteasen con negociaciones el duque de Osuna, D. Pedro Giron y D. Cristóbal de Mora, ya su favorecido; pero en su defecto no despreciando la fuerza como el artificio, dispuso que tambien de otra parte mejorase sus respetos D. Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, con treinta mil combatientes: y de las dos poderosas manos que D. Felipe puso en este negocio, la una liberal y la otra fuerte, no se puede decir cual fue mas oficiosa contra la libertad del reino; tal el interés, y tal el asombro opuesto á los ánimos, donde algunos resistiendo al temor, no llegaron á alcanzar victoria de la codicia. Retiróse D.<sup>a</sup> Catalina de la pretension, no desengañada, mas temerosa, guardando en su sangre y en la de sus hijos y nietos su propia justicia y derecho anterior á la corona; y guardando tambien los portugueses (hasta los mas obligados al rey católico) en su corazon ó en su escrúpulo, la memoria del arte y la violencia de aquel monarca, obedecida en aquella primera edad con la fuerza, y en la segunda de su hijo D. Felipe III, tolerada con la apacibilidad del gobierno; mas del todo á ellos insufrible en la de D. Felipe IV. Hallábase la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia; era sobre todo acabado el tiempo de aquel castigo. Despertó la queja comun las memorias pasadas, que ya

parece dormían pesadamente en el sueño de sesenta años. Pretendió el rey que la nobleza de Portugal saliese á servirle en el castigo de la libertad catalana, en que los portugueses reconocían hermandad, y en cuyas acciones (como á un clarísimo espejo) estaban concertando sus ánimos á un dichoso fin. Amenazaba D. Felipe por boca de dos ministros terribles (que entonces manejaban los negocios de Portugal) con crimen de indignación aquel que no saliese á obedecerle: esta asperísima administración de imperio, añadida á las primeras razones, dió motivo á algunos caballeros y prelados del reino, en corto número, para que se resolviesen á comprar con sus vidas la libertad de la patria, á imitación de algunos famosos griegos y romanos, que no hicieron más, ni tan dichosamente. Concertáronlo, y se dispusieron á quitar y le quitaron aquella corona á D. Felipe, que en el modo porque dicen la trataba hizo la mayor información contra sí mismo, ofreciéndola á su propio dueño, que también en aceptarla sin temor de la contingencia, manifestó al mundo su derecho. Era este D. Juan, el segundo en el nombre de los duques de Braganza, octavo en el número de ellos, hijo de Teodosio I, duque séptimo y nieto de Catalina la despojada princesa de Portugal, y el que fue saludado rey legítimo de los portugueses en Lisboa á primero de diciembre. Á cuya voz humilló el señor el poder contrario, de tal suerte que sin defensa ó contradicción el nuevo rey se hizo obedecido en espacio de nueve días por todas sus gentes y provincias; y las muchas plazas marítimas que guardaban los puertos, fueron puestas en sus manos por los mismos capitanes del rey católico, que las defendían, movidos ellos (dicen algunos) de una fuerza interior que les hacía obedecer á su propia injuria: tal fue la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua que entonces gobernaba el reino, cuyos despachos hicieron medio á la entrega de las mayores fuerzas.

431. Con extrañeza y admiración fue recibido en el ejército este gran suceso de Portugal; aunque pareció más gran-

de en la variedad y recato con que se trataba. Poco despues se conoció en señales exteriores, habiéndose preso por órdenes secretas algunas personas de aquella nacion y alguna de estimacion y partes que se hallaba en el ejército, cuya gracia cerca de los que mandaban, la pudo hacer mas peligrosa.

132. Muchos pensaban que este accidente podia resultar en beneficio de Cataluña, porque el rey por vengar el agravio recibido de portugueses se habia de acomodar á cualquiera honesto partido con el principado, aprovechándose de las armas empleadas en él para otro castigo.

133. Algunos entendian diferentemente, temiendo que las asistencias y socorros de aquel ejército no podian ser cuales pedia la necesidad, porque divertido el poder del rey católico á otra parte, era forzoso faltar allí, lo que se aplicase al nuevo ejército.

134. Con la misma diferencia juzgaban los catalanes (bien que para lo venidero todos lo tenían por conveniente); tales habia que desde luego lo estimaban con gran fortuna; pareciéndoles que ya el enojo del rey se habia de repartir entre ellos y la segunda desobediencia; y aun creian que la de Portugal llevase la mayor parte de la indignacion, porque en los ojos del rey católico (y de todos los monarcas del mundo) no pareceria tan grande el delito de la sedicion, como el de la competencia: que el suyo de ellos se podria rehusar, era fundado en miseria; pero el de los portugueses en soberbia y altivez, donde inferian la templanza de su peligro.

135. Tambien no faltaban otros que pensasen consistia en esta novedad su mayor daño, porque el rey deseoso y aun necesitado de hacer la guerra á Portugal, debia poner todas sus fuerzas por acabar mas brevemente la de Cataluña, pues no era sano acuerdo abrir los cimientos á un tan costoso edificio, sin haber dado fin á la primera obra.

136. Así discurrían las gentes de una y otra nacion; y

los que mas temian , mas acertaban , enseñándoles despues la experiencia como el temor discurre á veces mejor que la esperanza.

---

## LIBRO V.

### SUMARIO.

Preparaciones del principado. — Disposición del campo español. — Instancias á Espenan. — Su vuelta á Francia. — Piérdese Villafranca y San Sadurni: Martorell es embestido. — Socórrase Barcelona. — Juicios y consejos de españoles y catalanes. — Inténtase la ciudad. — Habla el Velez á los suyos. — Aclama la generalidad al Cristianísimo. — Expugnacion de Monjuich. — El San Jorge pretende entrar las puertas. — Muere en ellas. — Atácanse las escaramuzas. — El fuerte se defiende. — Rómpanse los escuadrones. — Derrota del ejército. — Su pérdida y mortandad. — Retírase el Velez á Tarragona. — Acaba su gobierno.

1. Mientras el Velez descansaba en Tarragona, ni bien amado como amigo, ni bien aborrecido como contrario, seguia el Espenan su retirada, melancólico y poco seguro de todo el país, que le miraba con dolor y odio. Cargábanle comunmente la culpa de la pérdida de Tarragona, diciendo que no estaba obligado al cumplimiento de lo prometido, porque no podia capitular en perjuicio del acuerdo entre el rey cristianísimo y el principado. Intentaban con esto impedir su retirada, y que por lo menos aguardase aviso del rey para ejecutarla: á ninguna razon obedecia el francés; antes como cada dia crecia la confusion de las cosas públicas, así se afirmaba mas en la resolucion de cumplir lo capitulado con los españoles.

2 Procuraba entonces la diputacion detener al enemigo en Martorell; porque los pasos angostos y el rio dificultoso le

prometían mas segura defensa : incansablemente solicitaban sus levas , que con suma brevedad se iban engrosando con la gente de Vich , Manresa , Ripoll , Granollers , Vallés , Metaron , Arcñs , San Celoni , Hostalrich , Mataró , Cabrera , Bas , y costa del mar .

3. Tal era el grueso de todas las gentes , de que pretendían formar su ejército , y á este fin salió de Barcelona el doctor Ferran , ministro de su magistrado , que introducido en aquellos negocios , procuraba con zelo de verdadero republicano dar forma á la defensa , así por lo que tocaba á la fortificación como al campo ; pero en ambas diligencias fue inútil su cuidado , conforme lo mostró la experiencia , dándonos ejemplo , de que no basta solo el zelo en el varon , sino se ayuda de la industria y suficiencia ( buen advertimiento para los príncipes ) . Era Ferran oidor eclesiástico , ignoraba totalmente la ciencia militar , y por mas que su ánimo le inclinaba al servicio de la patria , todavía no fue bastante su deseo para vencer la ignorancia ; de suerte que el expediente se dilataba por aquel mismo instrumento que fue aplicado á la ejecución .

4. Crecían las fortificaciones al lento paso que llegaba la gente : era mayor su trabajo que su fruto , porque si bien había entre ellos algunas personas de medianas noticias en aquel arte , todavía padecían la costumbre de querer arbitrar todos sobre la profesion ajena , que los mas ignoraban , entendiendo que la voluntad de acertar bastaba para guiarlos al acierto . Introdujéronse en el gobierno militar algunos hombres mozos , á quienes el ánimo ardiente del bien de su patria había hecho creer de sí , mas de lo que era justo , los cuales interpuestos en las ejecuciones de los negocios , los sacaban de su estado competente hasta traerlos á su parecer . Es en los mancebos tan loable cosa el amar las ciencias , como será peligrosa el entender que las han conseguido ; porque por lo primero se hacen capaces de alcanzar sabiduría , y con lo segundo se disponen á la presuncion , que los lleva al temprano riesgo del mando hasta acabar en él .

5. Varios avisos recibia la diputacion de los intentos del Velez, y no cesaba de instar al Espernan que con su caballeria y algunos infantes franceses ( que ya se juntaban ) entrase en el Panadés ( es una pequeña provincia , que comprende algunos buenos lugares de aquel contorno ) ; á que se habia de seguir la catalana , que ya marchaba , porque todos saliesen al opósito de los reales , que sin duda mostraban querer ocupar aquellos pasos. Era esta su misma intencion del Velez , reconocido ya de la necesidad del ejército , que apretado en Tarragona de los catalanes sueltos que fatigaban la campaña por todas partes , no sabia como valerse ó resistirlos. Usó desordenadamente de la fertilidad de aquellos pueblos , y en brevisimos dias se vino hallar en la misma miseria con que entrara en ellos , sin otro remedio que buscar por las armas el sustento ordinario.

6. Ninguna diligencia fue bastante para que Espernan mudase su intencion ; bien que con sumo artificio procuraba no desesperar los catalanes que ya temia ; pero cuanto sabian acomodar sus palabras , desmentian las acciones de tal suerte , que entendiendo la diputacion como se habia retirado á la retaguardia de Martorell por no hallarse en aquel servicio , mandó salir de Barcelona su diputado eclesiástico , presidente de su consistorio , porque se desengañasen del ánimo con que Espernan procedia. Llegó , y asistido del Ferran y conseller tercero , asentaron que con la persona de Mr. de Plesis ( capaz , segun ellos entendian , de reducir al Espernan ) se le ordenase imperiosamente que su caballeria pasase luego al Panadés , y que con la infanteria guarneciese á Villafranca , que habia de ser la que primero probase la furia del ejército católico ; pero con tal aviso , que si el enemigo la hubiese entrado primero que ellos , se excusase la escaramuza y se retirasen á Martorell , donde sin duda habian de ser de mayor efecto. Temian ( con razon ) perder cualquier pequeña parte de su tierra porque aun sin contar el precio y lástima de los pueblos , consideraban por el mayor daño la pérdida del aliento en los va-

sallos; ordinario accidente, con que la gente inadvertida suele recibir las primeras desgracias de una república, donde la guerra es extraña.

7. Con este ajustamiento le pareció al diputado que las cosas quedaban de suerte que ya podía excusarse su asistencia, cuando en su corte concurrían tantas que la pedían. Volvióse, y con su apartamiento volvieron también los negocios al mismo estado en que se hallaban antes; no se obraba nada de lo prometido, sino crecía la confusión y desorden.

8. Vino segunda vez, y esto mismo le puso en obligación de no dejar aquel negocio sin acabar de entender el ánimo de Espenan; juntó al Plesis y Serrián como para testigos de sus promesas, y nuevamente afirman ellos que prometió el francés seguir la fortuna del principado y su servicio, con que le diesen licencia para dar aviso al Velez, haciéndole notorias las causas de su imposibilidad. Yo creo que él lo pensaba hacer así, previniéndose para cualquier suceso: procuraba dejar el principado y temía no poder hacerlo: pretendía justificarse con su enemigo, porque si la fortuna le trajese otra vez á sus manos, no perdiese por la palabra quebrantada la cortesía de los vencedores: igualmente le asombraba el enojo de los naturales, si una vez llegasen á desesperar de su compañía; así obraba dudoso, como entendía lleno de duda.

9. Deseaban los catalanes que los caballos franceses entrasen á darse la mano á su teniente general Vilaplana, que con solas tres compañías de caballería lijera discurría por los lugares, donde el ejército católico hacía frente, á fin de reconocer sus intentos.

10. Caso es este digno de gran consideración, particularmente para todos aquellos que fundados en el favor de sus amigos, se aventuran á pretender cosas grandes. Aquí se ve que un hombre estimado por capitán, vasallo de un rey cristianísimo, justo y con empeños de la misma acción, no solo se determinase á faltar en el mayor peligro de los que

venia á defender, sino que despues de haber faltado ( ó por su respeto, ó por su discurso ) los embarazase con nuevos prometimientos, pudiéndoles salir mas costosa la segunda confianza que la primera quiebra. No es mi intencion en lo que digo, condenar el cumplimiento de la palabra que se ofreció; admirome de que habiéndola ofrecido, consintiese á los catalanes nueva esperanza de su auxilio. Tiránicamente desterró la política de los estadistas á la llaneza y la verdad, haciendo que del engaño se formase ciencia. ¡ Qué diremos de cosas tan grandes, sino contarlas como han sido !

11. El Velez entro tanto en Tarragona disponia su salida, con desco de que no se dilatase: habia ordenado que algunas tropas de gente discurriesen por los lugares de aquel partido, no solo por ponerles en obediencia y orden, sino tambien para que los soldados pudiesen valerse de su saco, y se socorriesen contra el hambre que generalmente los alligia.

12. Poco despues pareciendo que el ejército estaba ya capaz de moverse, nombró por gobernador de Tarragona al maestre de campo D. Fernando de Tejada, para que con su tercio y alguna caballeria quedase asegurando aquella plaza tan á propósito á los intentos de unas y otras armas, y que los enfermos se pasasen á la villa de Constantí, porque la ciudad no recibiese algun contagio de su compañía.

13. Ninguna cosa pareció, ni era mas dificultosa de acomodar, que aquella misma sobre que se fundaban todas las otras, como si fuese fácil: no se hallaba medio á la conduccion de los víveres para el alojamiento continuo del ejército: el pais arruinado y prevenido por sus naturales habia retirado hácia dentro de sí aquellos pocos frutos que pudo escapar á las manos de sus mismos ofensores y defensores; porque la ambicion ó desprecio en la guerra, casi vienó á ser igual entre enemigos y amigos.

14. Luego paraba la confianza en la buena compañía de las galeras y bergantines, y aquel cuidado que justamente

se podia tener por seguro, cargando sobre el Villafranca su general. Es D. Garcia de Toledo hombre, en quien se halla valor heredado y adquirido: camina á la grandeza por la singularidad, afectando muchas extrañezas ajenas de un sugelo nacido y criado para el mando: vive en él la prudencia como esclava del gusto, y es aun así de los mayores ingenios de España.

45. Descaba el Velez pedir le ayudase; empero creía que el Villafranca no tardaría mas en desviársele, que lo que tardase en entenderlo, porque á la verdad él en su ánimo tenia por cosa indigna haber de servir de instrumento á los aciertos de otro; ordinario vicio entre hombres poderosos, de que el príncipe viene á pagar la mayor parte de sus intereses.

46. Pretendióse que el Garay fuese el medianero, y no bastó todo su artificio para llevarle á ninguna conveniencia: respondió con destreza, y obró con industria.

47. Pero ya desengañados los cabos de que por la mar no podian ayudarse, segun convenia, pensaron que de Taragona y de los pueblos que quedaban á las espaldas, era cosa posible abastecer su ejército: no dejaban de entender que los catalanes habian de procurar cortarles el paso; pero tambien esperaban que el ejército de Fraga á la órden del Nochera obraría de tal suerte que, llamando á su oposicion las fuerzas provinciales, no podian ellos juntar en otra parte lo posible para estorbar sus convoyes, con lo que el campo habria de ser suficientemente socorrido.

48. Era la intencion del rey católico (por lo menos lo daban así á entender sus ministros) invadir el principado con tres ejércitos á un mismo tiempo (cosa que si pudiese ejecutarse, sin duda postrara las fuerzas y estorbara la entrada de los auxiliares). Conforme á esta disposicion salió el Nochera de Zaragoza y su maestre de campo general el prior de Navarra, á fin de que se diese forma en las rayas de Aragon al nuevo y prometido ejército; pero como por natural achaque del gobierno español, se siguió siempre

un profundísimo olvido á las mas vivas preparaciones, no duró mas el cuidado de aquella accion, que lo que fue necesario para darla principio con asaz fatiga de Aragon y Navarra. No se le acudia con los efectos competentes á la ejecucion: escribía el de Nochera é importunaba, y no era socorrido; antes se recibia la eficacia de sus avisos casi con escándalo, por ser culpa comun en ministros desatentos reputar la providencia de otros como cobardía.

19. De otra parte, desayudado el Nochera por algunas desconfianzas entre su persona y la del prior (altivos ambos y ambos caprichosos) ninguno quiso, ni supo convenir ó humillarse á la condicion ó al mando ajeno: prosiguióse la competencia, poco despues fue venganza, y luego desconcierto del servicio de su rey; y sus tropas, de cuyos empleos por la diversion tanto dependia el ejército del Velez, se estuvieron ociosas todos aquellos tiempos.

20. Salieron los reales de Tarragona, y se ordenó que la caballeria se mejorase siempre quanto le fuese posible, hácia Villafranca del Panadés. Ejecutólo intrépidamente el San Jorge; hallábase en la plaza el teniente general Vilaplana con desigual poder: fué forzado á retirarse, y lo pudo hacer sin pérdida de fuerzas ni de opinion, por ser práctico en el país: al punto ocuparon los reales el paso, contentándose con haberle ganado, sin intentar por entonces otra cosa mientras no se juntaba todo el ejército.

21. Causó la retirada de Vilaplana grandísimo desconuelo en Barcelona: entonces volvieron á llorar la impleidad del Espenan, que en tal peligro los habia metido y dejado; teniendo por seguro, ó por las disculpas de Vilaplana ó porque verdaderamente les pareciese así, que habiéndola socorrido, la villa pudiera resistirse.

22. Pero el francés observante de las atenciones de los catalanes, y no menos de los pasos del ejército católico, dispuso su última retirada y la de todos sus cabos y tropas á Francia: contradeciánsela con vivas razones los diputados, que su mismo dolor, cuando no su justicia, les estaba dictando.

23. No se detuvo Espernan á ningun oficio , antes prosiguió su camino con tanta determinacion , que dió motivo á que se pensase (y aun escribiese) no era solo el sencillo deseo de cumplir su palabra el que le llevaba tan resolutivo. Volvió á Francia , donde exteriormente fue no bien recibido ; todavia ocupó luego su gobierno propietario de Leucata. Algunos se persuadieron que mayor espíritu obraba su movimiento ; yo no puedo escribir todo lo que he oido , por lo que se ve , se juzgue : lean aquí atentísimos todos los que aconsejan sus príncipes , que el caso no es de tan pequeña doctrina ; asaz de útil ofrece al advertimiento de los que mucho fian de otro.

24. Fue la salida de los franceses sentidísima en todo el principado , é hizo cejar mucho en la afición con que los miraban como á sus libertadores. Entoncez viéndose ya asombrados de su enemigo , recurrian tal vez á culpar la primera resolucion : otros lo juzgaban á infelicitísimo pronóstico : y tales habia que lo consideraban por último desengaño , creyendo que la desconfianza de su conservacion llevaba primero aquellos , que primero la conocian.

25. Pero los hombres , en que el valor ardia como elemento , sin otra materia de interés mas que su propio zelo , no desmayando con la ausencia de los socorros , decian que así les habia de quedar mayor la gloria del triunfo , no habiendo de partir de su laurel con otras cabezas : que su nacion unida y sin la correspondencia de otras gentes quedaria mas fuerte y mas segura , pues entre ellos ya no era tiempo , se hallasen los ánimos diferentes ó indiferentes ; de esta suerte alentaban á los temerosos.

26. Marchaba el Velez en tanto al Panadés , donde ya la vanguardia habia ganado á Villafranca : ocupó en llegando con su grueso el lugar capaz de poder recogerle todo. Era Villafranca pueblo de gran vecindad y de los mas abundantes de España en su provincia. Aquel mismo dia se ordenó que todos los caballos lijeros se adelantasen á ganar San Sadurní , distante poco mas de una legua hácia Martorell ,

donde se sabia que el enemigo aguardaba con parte de la gente retirada de Villafranca, y todo el poder que tenian junto para oponérsele.

27. Está San Sadurn puesto en una eminencia acomodada para defenderse, desde la cual hasta Martorell se siguen algunos valles hondisimos que van siempre ceñidos de dos cordilleras de montes, que unos bajan de las serranias de Monserrate, y otros corren la tierra adentro, pasando poco distantes de Barcelona.

28. El pueblo, siendo súbitamente asaltado, ni por eso dejó de resistirse, confiado en que la vecindad del socorro no podia faltarle; pero la gran fuerza con que fue furiosamente embestido y luego entrado, no dejó ver la constancia de los que le defendian, ni la diligencia de los que ya caminaban á juntarse con ellos.

29. Comenzaban desde allí todas sus fortificaciones de los catalanes, asentadas en sitios favorables á sus designios y al modo de guerra comun á los hombres rudos: pretendian con tropas de gente bisoña puestas en aquellos lugares altos, libres á la furia de la caballeria, defender todo el paso, que por larguísima distancia continuaba en aquella angostura; este fue su intento, y lo pudieran lograr á poner en ello mas cuidado. La naturaleza convida con la defensa, el arte la perfecciona: la necesidad hace poco mas que desearla y la estraga á veces: el temor no ayuda al acierto, quien teme no sabe, el que sabe tiene menos que temer: la guerra se ha reducido á términos de ciencia, el orden alcanza mas que la fortaleza.

30. Detúvose el Velez por discurrir con templanza en el modo de la empresa de Martorell, que como mas propia (por ser suyo el lugar, como hemos dicho) descaba acertaria. Hallábase con buenas noticias del país enemigo, porque en su campo habia muchos naturales y otros no menos prácticos: todavia procuró haber algunos paisanos por cuya industria no solo fuese avisado, sino guiado: mandó se buscasen, y le fueron traídos por las tropas de la caballe-

ría, de los cuales se entendi6 cumplidamente todo lo que deseaba saber.

31. Habia gobernado hasta aquel dia las armas de los catalanes su oidor eclesiástico Ferran, acompañado de D. Pedro Desbosch y D. Francisco Miguel, caballero de San Juan, en quienes (por mas que se adornaban del celo y fidelidad) no se hallaban aquellas calidades suficientes al grande oficio que ejercian. Con este conocimiento fue llamado el diputado militar Francisco de Tamarit (á cuyo puesto tocaba el mando de las armas naturales), que hasta ent6ncos se hallaba ocupado en el Ampurdan, haciendo frente y resistencia á las tropas reales de Rosellon. Era el Tamarit hombre, que juntamente llegó á enseñar la milicia á los suyos y aprender entre ellos; pero ya en opinion de capitán, porque los buenos sucesos anticipan á veces la gloria del aplauso, á que parece caminan otros y rodean por el merecimiento.

32. No menos los negocios del Ampurdan eran á este tiempo dignos de todo cuidado: no se atrevia el Tamarit á dejarlos expuestos á la mejor suerte de sus enemigos, ni tampoco pudo excusarse de acudir al aviso de su república. Dispuso y encargó la defensa de aquella provincia como le pareció mas conveniente, y dejó su guarnicion á los maestros de campo D. Anton Casador, D. Dalmau Alemany, D. Bernardo Montpalau, D. Juan Sanmenat y el vizconde de Joch, cuyos tercios sí bien no eran copiosos, parecia que por entonces podian hacer resistencia al contrario, que ya se hallaba con mayores pensamientos en la parte donde tenia las mayores fuerzas; y habiendo tambien ordenado á las compañías de caballos de Henrique Juan, el baile de Falsá y Manuel de Aux le siguiesen, entró en Barcelona al mismo tiempo que le llamaba la necesidad y la desconfianza comun. Cobró el pueblo nuevo aliento con su llegada, haciéndola aun mas alegre haber entrado casi en aquellos dias Mr. de Plesís y Mr. de Sorrián con un regimiento de infantería francesa, y trescientos caballos no

comprendidos en las capitulaciones de Tarragona.

33. Consistia toda su esperanza de los catalanes en defender el paso de Martorell, juzgando ser aquella la verdadera defensa y fortificacion de Barcelona: habian perdido el Coll con facilidad, cosa entre ellos tenida por insuperable: esta consideracion los llevaba mas al propósito de aquella resistencia.

34. Procuraban dar satisfaccion al principado, cuyas fuerzas lenian juntas, siendo cierto que todos sus naturales parece habian puesto los ojos en aquella accion para acabar de creer ó desesperar en su defensa: á lo que mas se aplicaban, era á intentar algun buen efecto por manos de la industria. Pareció conveniente dar aviso al Margarit (que emboscado en las espesuras de Monserrate hacia la guerra en continuos asaltos), para que en la mejor forma que el tiempo y sus fuerzas diesen lugar, se acercase á Tarragona y picase al ejército vivamente por las espaldas.

35. Recibió D. José la orden, y recogió á sí toda la gente que le quiso seguir, y con algunos almogavars fue á tentar la fortuna con determinacion de dar sobre ins lugares, que el ejército católico dejase con alguna guarnicion: asegurábase en que la caballería tenia desocupado el campo de Tarragona, y así no le quedaba el negocio dificultoso.

36. Marchó, y crecia cada instante tanto en poder y pensamientos, que determinó ar á dar vista á la misma ciudad de Tarragona; empero siendo informado de su gran presidio, revolió por hácia la montaña á la villa de Constantí, distante de Tarragona una pequeña legua. Es Constantí lugar mediano, pero fortalecido de un castillo de los que la antigüedad fundó con mayor arte: está eminente á todo su pueblo y á toda la campaña, desde donde se mira no menos fuerte que agradable: servía de hospital y cárcel á castellanos y catalanes: parecióle al Margarit esta empresa acomodada á sus fuerzas, pensando por ventura

divertir con aquella acción la fuerza del ejército, como suele la leona dejar algunas veces la presa á los rugidos de los cautivos hijuelos: embistió la villa en el mayor descuido de la noche: ganaron las puertas con brío los catalanes (no poco defendidas de los soldados de la guarnición). Es celebrado entre los mas el aliento de un Pedro de Torres, sargento catalan: nombrámosle contra costumbre, porque le hallamos nombrado de todos. Defendióse el castillo como pudo, y fue entrado con la primera luz de la mañana: murieron algunos castellanos en número como treinta: cobraron su libertad mas de trescientos naturales prisioneros; y sin duda pudiéramos contar este por un dichoso suceso, sino obscureciera mucho de su gloria la crueldad con que fueron tratados los heridos y enfermos: porque habiéndose reconocido por los vencedores los hospitales donde yacian hasta cuatrocientos soldados, defendidos solo de la humanidad y religion, últimos privilegios de los miserables, fueron entrados furiosamente, y sin ninguna piedad despedazados y muertos: corrió la tristísima sangre por en medio de la sala en forma de arroyo, nadaban sobre ella brazos, plernas y cabezas: los cuerpos humanos, perdida su primera forma, parecian monstruosos troncos de carne: al principio las quejas, lágrimas y voces formaron un horrible estruendo, y el miedo y la confusion fueron para algunos tan crueles como para otros el acero: los lechos fabricados á la paz y descanso natural, se veían torpísimamente bañados en sangre, y sucios con las entrañas de sus dueños figuraban lastimosamente las bárbaras carnicerías de los gentiles. No pudo detenerse á ningún respeto el furor de los que vencian, porque parece es calidad de la victoria asentarse sobre la mayor ruina: tampoco la venganza obedece á algun consejo de la piedad: hallábanse rabiosos los catalanes del suceso de Cambrils, y obraban de suerte en Constantí, como si con aquella violencia enmendasen la ya padecida.

37. Entendióse con brevedad en Tarragona la interpresa

de aquel lugar , y aun sin prevenir tan grande daño , mandó el Tejada salir la caballeria é infanteria que pudo la vuelta del enemigo ; pero el Margarit , que no dejaba de temerse de los socorros de Tarragona , habia puesto de reserva fuera de la villa al capitán Cabañas y su compañía . ( hombre entre ellos de buena opinion ) con órden que escaramuzase con los socorredores , mientras se juntase la gente que se ocupaba en el saco . Tocaron al arma las centinelas del Cabañas , que se habian adelantado por todas las avenidas , y su cuerpo de guardia se opuso con gran valor á las tropas contrarias : llegaron los reales , y atacándose entre unos y otros vivisimamente la contienda , pelearon hasta que dispuestos ya en forma militar todos los catalanes , se resolvieron á dejar la villa , cuya conservacion casi parecia imposible é inútil por la mucha vecindad del poder contrario .

38. No ignoraba el Velez todas las prevenciones del enemigo , y casi desde luego determinó servirse del artificio . Llamó á consejo casi á vista de Martorell , y por todos fue ajustado que los catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones , mas con intencion de medir sus fuerzas , que de ganárselas : que si ellas fuesen tales que diesen lugar á proseguir el asalto , no se perdiese coyuntura , y se apretase lo posible por desembarazar el paso ; pero que hallando así fuerte la resistencia y que el peligro pareciese mayor que el útil , se retirasen , y entreteniendo al contrario con escaramuzas , se enviase un trozo de ejército bien gobernado , que subiendo la montaña á mano izquierda , bajase al collado ( dicho del Portell ) desde donde se tomaba al enemigo de espaldas , y se pasaban de esotra parte del río Llobregat , con que los catalanes quedaban imposibilitados de la retirada ó socorro .

39. Era de pocos dias antes entrado en el gobierno de aquellas armas el diputado militar Tamarit , que no despreciando el valor de los católicos ( como aquel que lo habia experimentado de cerca ) , luego que reconoció su ejército

to, pidió nuevos socorros á Barcelona, porque con las mudanzas de los cabos que entre los catalanes habian sucedido, se desbaratará buena cantidad de gente, faltando de una y otra casi la tercera parte.

40. Fue esta nueva escuchada en la ciudad con mucho enojo y tristeza: oyen mal, y creen peor los hombres pacíficos los aprietos de la guerra: acusa el civil de perezoso al soldado y al capitán que no vence según su antojo; ninguno acierta á medir la desigualdad que hay entre sus estados: el ocio de la guerra es terremoto en la república, lo que es confusión en la ciudad, es quietud del ejército: desdicha original, juzgar de las acciones imperceptibles de la guerra el tribunal de los políticos, tan liberales en averiguar las calidades del peligro que ignoran, donde suele salir condenado á veces el valor y á veces la prudencia, como si Marte pesase en la balanza de Astrea, y entre la fortuna y la razón hubiese gran conformidad.

41. Quejáronse los catalanes, mas no se entorpecieron del afecto con que se quejaban: prevenian con todas diligencias posibles el socorrer al Tamarit: convocólos y pidiólos la diputación con imperio de señora y lágrimas de madre igualmente afligida que temerosa. Valióse la ciudad de todas sus parroquias, conventos, cofradías, gremios y universidades, porque aquellos que se podian negar al mandamiento, no hallasen modo para excusarse del ruego: esforzáronse á dar ó cortar el brazo por salvación del cuerpo de su república: todos se ofrecieron al remedio, sin reservar la sangre ó la hacienda. Obligación es del vasallo ó del republicano acudir á su príncipe, ó á su patria afligida, de tal suerte, como si solo por su cuenta estuviese el remedio: fácilmente se pudiera reparar la ruina de un reino, donde todos pensasen que el daño era solamente suyo, de lo contrario se da á entender ambición; certísimo es el peligro, donde los intereses parecen de uno solo y el riesgo de todos.

42. Venció la diligencia de la ciudad el alboroto del pueblo, haciendo como marchase la gente de la misma suerte

que se juntaba : los clérigos y frailes desde el altar y el coro pasaban á la campaña : niños , ancianos y enfermos ninguno dejaba sosegar el zelo de su defensa : cada cual media sus fuerzas por su espíritu ( no este por aquellas como siempre ). Juntáronse en brevísimo tiempo mas de tres mil personas ; pero con poca suficiencia para las armas en extremo ajenas de su ejercicio .

43. Entre tanto los del ejército católico , dispuestas ya sus acciones , según el orden que habian tomado , y desengañados de que por el frente del paso era tanta la resistencia que no habia que proseguir por aquella parte , se dividió todo el grueso en dos trozos . Tomó la vanguardia por su cuenta el Torrecusa , á quien seguían seis mil infantes en los tercios de la Guardia , en los del duque del Infantado , portugueses , valones y el de los presidios de Portugal , y hasta quinientos caballos : dejó el camino real á mano izquierda , y entrándose en las asperezas de aquellas serranías que suben creciendo desde el agua á la montaña , fué marchando y haciendo su camino en forma de arco por toda la tierra , que los catalanes pensaban se defendia por manos de la naturaleza .

44. El Vélez entendiendo que su viaje habria de ser un poco mas dilatado , y aquella suspension podria ocasionarles alguna sospecha , mandó de nuevo atacar diferentes escaramuzas en el frente con las trincheras y reductos , que se hallaban bien guarnecidos y eminentes en todos los pasos á propósito de la defensa en el camino real ; mas , ó que fuese flojedad ó artificio de los castellanos , ninguna vez pretendieron arrimarse á las fortificaciones contrarias , que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los catalanes . Ocupóse todo aquel dia en las escaramuzas , y el segundo se tocaron muchas alarmas á la villa por el costado siniestro , con que crecia en los embestidos cada hora el asombro , viéndose atacados por tres partes á un mismo tiempo .

45. Ya entonceos se descubrian las tropas del Torrecusa :

tardó un poco mas de lo que se pensaba , habiéndose determinado en quemar un burgo que se puso en resistencia , no sin algun daño de los reales por ser de noche la contienda : llegó en fin sobre Martorell intempestivamente , y resonándoles á los sitiados los clarines contrarios por las espaldas , dieron su perdicion por segura. Aquellas veces á un mismo paso servían de desmayo y aliento : unos aflojaban como perdidos , y otros se alentaban como vencedores : apretáronse las escaramuzas y juego de la artillería con horrible estruendo , multiplicándose en los senos de los valles vecinos : creció el horror , y se desesperaba en la defensa de tal suerte , que el Serrián , reconociendo el riesgo comun , comenzó á introducir la plática de salvacion. Tuviron su consejo el Tamarit y tercer conseller , á quienes asistían el Serrián y D. José Zacosta , y ordenaron que Mr. de Aubiñi saliese á reconocer el poder del Torrecusa , que era quien mas les affigia ; pero siendo informados prontamente de que el enemigo bajaba con todo su grueso , acompañado de nuevas tropas de caballería y seis escuadrones , con los cuales igualaba cuando no superase su número , resolvieron no exponer al último daño aquel pequeño ejército : que el postror peligro no debía ser , sino cuando se hubiese desbaratado toda la fuerza é industria : que Martorell no merecía ser el final teatro de sus desesperaciones : que el corazón de la patria eran aquellas armas : que de ellas se derivaba el aliento á todo el cuerpo de su república : que quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera : que allá era la resistencia mas segura , mas cercanos los socorros , mas ejecutiva la desesperacion , mayor el pueblo , mayores las obligaciones : que ningun cuerdo dejaba de tomar de su fortuna aquella tregua con que le convidaba , porque entre el cuchillo y la garganta toparon muchos su remedio : que el entregarse á los peligros no es valor , sino torpeza del miedo que no deja solicitar su remedio al sumamente cobarde.

46. De estas razones persuadidos , mandaron se retirasen

los tercios en buen orden, y se temian de no poder conseguirlo, porque se dificultaba tanto en el indomable furor de los suyos, como en la pujanza y atrevimiento de los contrarios.

47. Los cabos españoles reconociendo la misma razon que obligaba á retirarse los catalanes: apretaban con toda furia por no darles lugar á la salida; empero ellos con mayor noticia del pais hicieron avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salian los infantes, porque no era menos la resistencia en el frente, donde el Velez determinó de hacer dar el asalto despues de la vonida del Torrecusa. Habianse acercado las mangas á sus fortificaciones por menos distancia que á tiro de arcabuz, lo que habiendo reconocido Mr. de Senesé, á cuyo cargo estaba la artillería, con el de Balandon y otros que les seguian, dispusieron de tal suerte su manejo, que la infantería española se detuvo todo el tiempo que la catalana hubo menester para dejar el puesto, y seguir la otra en su retirada.

48. Entonces fue entrado el lugar por las espaldas: satisfizose allí la venganza de unos de la resistencia de otros, como si fuese culpa la defensa: no perdonaba la furia á edad ó sexo, á todos igualó la crueldad en una misma miseria. Costó la entrada de Martorell las vidas de algunos soldados y oficiales, y entre ellos fue mas sentida la muerte de D. José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, teniente de maestre de campo general, y el hombre mas práctico en papeles y despachos de un ejército que otro ninguno. Faltaron de los catalanes mas de dos mil hombres entre infantes y caballos lijeros. Por la misma razon que el Velez esperaba de aquel lugar mas obediencia, permitió que fuese allí mayor estrago.

49. No habian las tropas de su caballería del Torrecusa acabado de bajar por el collado, cuando juzgando ya la victoria por suya se aventuraron á divertirse y entrarse por los pueblos vecinos, porque el descuido del contrario acrecienta las fuerzas, y aun la dicha del que acomete. Algunas

partidas de caballos sueltos tomaron el camino de San Feliu con pretexto de cortar los socorros de Barcelona.

50. Eran de poco tiempo llegados á aquel paso todos aquellos, con que la ciudad pudo acudir á su ejército: la gente bisoña y de profesion extraña descansaba sin tino de la fatiga de las armas: llegaron súbitamente sus corredores, y les dieron aviso del peligro en que se hallaban: constaba el socorro de hombres los mas de ellos eclesiásticos, y otros algunos oficiales y gente llana, que viéndose vecina á la muerte, no se acababa de disponer, ni bien á la fuga, ni bien á la resistencia: vueltos á su discurso por algun particular aliento que les asistía, y acompañados de los infantes franceses, á quienes se arrimaron, consiguieron el ponerse en forma de esperar al enemigo. Cobraron una colina harto favorable á su defensa, y socorridos tambien de una compañía de caballos del capitán Borrell, alcanzaron mayor confianza de la victoria. Llegaban las tropas con intencion de embestirlos, convidadas de su primer desorden, y no obstante que ellos así pudieran defenderse, dejaron aquel sitio, y poco á poco se subieron la montaña, donde sin la contingencia de la defensa alcanzaron mayor seguridad por la retirada, entrándose en los bosques: quedó el lugar en manos de los vencedores, y sirvió de cuartel asaz á propósito para su intento y descanso.

51. Detúvose el Velez un día todo (como llorando las ruinas de su Martorell), porque si bien deseaba pasar adelante, no le era posible por entonces: el ejército sumamente fatigado de las marchas y escaramuzas pasadas no se hallaba en la disposicion y sosiego de que necesitan las gentes que han de comenzar el gran hecho de una batalla ó sitio.

52. Pareció, se debía dejar allí el presidio conveniente para defensa del paso del Congost; donde se habian de asegurar los viveres que bajasen de San Sadurní, y así fue ordenado que el comisario general de caballeria de las órdenes con quinientos caballos se quedase guardándole, y que en

Martorell se detuviesen dos tercios prontos para marchar hácia donde les fuese ordenado.

53. Con estas prevenciones salió el Velez al día siguiente, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposicion avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molins de Rey, San Feliu y Esplugas donde pretendia dar forma de batalla á su campo, segun la accion en que asentase que debia ser empleado. Mandó adelantar sus escuadrones, segun hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno: no se topaba de parte del contrario defensa alguna, ni habia balidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos: toda la tierra parecia triste y llena de silencio, de cuya quietud inferian los españoles el temor de sus contrarios, todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

54. Hallábase ya acuartelado el ejército en los pueblos vecinos á Barcelona, adonde habiendo llegado el Velez, entendió no debia fijar una cosa tan grande de solo su arbitrio: quiso justificarse con su ejército, obligado no menos de su modestia, que de otros vivos pensamientos que no le dejaban afirmar en ninguna resolucion, porque á la verdad su espíritu jamás le dió esperanza de la victoria. Tomia interiormente, y procuró ayudarse de los hombros de muchos, ó de sus esperanzas para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos, obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen, por no repartir la gloria del acierto con ninguno, y ayudarse de otros en aquellas que temen, por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

55. Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo y otras algunas personas, cuya intervencion podia ser provechosa para el acierto, ó para la justificacion: llamó á D. Luis Monsuar, baile general de Cataluña, hombre muy confidente á su rey, (como atrás hemos dicho) y en extremo práctico en todas las cosas públicas y parti-

culares del principado : hizo tambien llamar á D. Francisco Antonio de Alarcon del consejo real de Castilla , á quien el Conde-duque habia enviado (debajo de otros pretextos) como para fiscal de las acciones del Velez. No habia en el Alarcon parte ninguna suficiente para lo que se trataba ; empero mucha disposicion para ser creido por su boca el gran desvelo , con que el Velez procuraba los buenos sucesos : juntos , entonces dijo así.

56. « Que pues la buena fortuna , guiada de la justificación del rey , los habia traído vencedores tan cerca del lugar , donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo , faltaba solo discurrir en el modo mas conveniente de la venganza (si así podian llamarse los efectos del justísimo enojo de su monarca) : que ya habian conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin como faltos de razon) , pues en aquellos dias fueron tantas las victorias , [cuantas] las veces que se pusieron á vencerlos : que la espada de aquel ejército , ya pendiente sobre el cuello de Barcelona , estaba tambien destinada para castigo de otras provincias : que el tardar en el primer golpe era retardarse la gloria del segundo triunfo : que allí no iban á mas que á ensayarse para mayores cosas : que haberse contentado con pequeños hechos , era deshojarse los copiosos laureles que los aguardaban : que toda España , toda Europa y todo el mundo estaba mirando atentisimamente sus sucesos : que ya era menester darles satisfaccion á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales : que muchos en la ciudad , depositando la fe en el silencio ó temor , no esperaban mas que ver tremolar las banderas reales , para levantar una gran voz en favor de España : que de la misma suerte los obstinados , por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse , dando así alguna disculpa á su mudanza : que esto no podia ser dudoso , pues donde la resistencia les convidaba con el silencio , ellos no habian atinado á defenderse . ni parece que

« lo solicitaban , segun todo lo perdían sin pérdida. »

57. Templó luego con gran destreza el orgullo , á que vanamente podian inducir sus razones , porque sin áuda parece , que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos. Puso , no sin cuidado , antes las consideraciones apacibles , por dar á entender á los que escuchaban , que su lengua le ministraba primero aquellos afectos , que primero topaba en el corazon ; ó fue tambien traerles últimamente á la memoria sus peligros , descando que los tuviesen mas cerca de los ojos , al tiempo que se determinasen : él no amaba ni elegia lo que alabó , antes sentia lo contrario , y añadió luego.

58. « Que ninguno debía arrojar al precipicio por ver precipitado al que pasó delante : que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido , que su ánimo apetezia aquella empresa : que midiesen atentamente las fuerzas del ejército y su disposicion , con la multitud de aquel pueblo y obstinacion de aquella ciudad : que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre ; porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura : que si se les ofrecia otro modo acomodado de castigo que la batalla ó sitio , le practicasen : que él sabia de su rey , que mas deseaba el acierto que la venganza : que los alborotos presentes de España pedian atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas , porque siendo muchas las ocasiones y uno el poder , era menester no ofrecerle á casos dudosos. »

59. Mandó luego que hablase públicamente el gobernador de Monjuich , caballero catalan , que la noche antes mas obligado del temor que de la fidelidad se pasó al ejército católico : informó en público de las cosas ; particularmente de su castillo y de otras de la ciudad facilitándolas , como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir :

60. Callado este , ordenó el Velez se leyese públicamente la carta de su rey y las órdenes del Conde-duque sobre el

negocio de Barcelona; todo encaminado á las prontas ejecuciones. Instaba el Conde en la expugnacion, prometia el suceso, facilitaba los inconvenientes, y mostrábalos el modo de la segura victoria: en fin la disponia y juzgaba sin otro fundamento que su deseo vivo en cada palabra y letra.

61. No hay juicio tan experto que antes de la experiencia comprenda el ser de las cosas; muchos, ni aun despues del estudio lo han conseguido. El favor de los principes puede hacer los hombres grandes, pero no cientos: algunos fundados en aquella gracia del señor, como se ven superiores á los otros en la fortuna, piensan que lo son tambien á la misma fortuna: el que subió ignorante al magistrado, ignorante caerá del magistrado: los hombres le aplauden y le engañan, la suerte los aborrece y escarmienta; ellos le suben sobre ella, y él se arreja desde allá despues de subido. Erradamente suele mandarlo todo, el que primero no mandó á pocos y obedeció á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los ejércitos, el que no ha manejado los ejércitos! palabras estudiadas y bien compuestas no son mas que sonido deleitable, sueño al principe que las escucha, poco despues precipicio del principado: ninguno vence desde su retrete (bien que desde allí mande) contra la supersticiosa fe de un político: la guerra, animal indómito, jamás acabó de obedecer al azote, cuanto mas al grito. Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulacion española, se han escrito muchas mas sentencias de perdicion, que instrucciones de victorias.

62. Oían prontamente los del consejo todas las razones referidas del Velez, y ninguno ignoraba ó desconocia los fines de cada cual: no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolucion, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temian lo mismo que su mayor temia, y como menos poderosos, humillábanse mas presto á la direccion de aquel que los mandaba. Sabian que Barcelona estaba en defensa: terrapienada su muralla: ca-

paz toda de artillería, y con mas de cien cañones alojados en forma suficiente: llena de hombres desesperados: socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos: suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al rey pocos y encubiertos, abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte miraban su ejército ya disminuido de infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad; y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás: el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su país: el paso de Martorell poco seguro para la retirada: mucha gente bisoña, todá hambrienta: el manejo de las provisiones casi imposible: el mar no defendido: pocas galeras y mal armadas: en los cabos alguna desconformidad: las socorros de Castilla, Aragon y Valencia lentos y apartados; todo los ponía en gran desconfianza.

63. El Gáray pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellon (como habemos dicho): todavía proseguía en su parecer: nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte; consentíalo forzado, ó respetoso. El Torrecusa juzgábalo ordinariamente: entendía que la empresa no era mas de sitiár una ciudad grande, cuya defensa no podría ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El oidor Alarcon ansiaba porque se cumpliesen las órdenes reales: los catalanes que seguian al ejército, tambien incitaban por la recuperacion de Barcelona, no mirando ni discurrendo mas que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dejase la ciudad (conforme al antiguo del Garay), y que el ejército vagase por la provincia, que destruyese los campos y lugares cortos, sin deteorse en cosas de mucha dilacion y lidia: que el enemigo sin ejército capaz les dejaba libre el campo dotile se podian mantener, y dentro en los pueblos apretarles de tal suerte, que los mismos naturales pidiesen sobre si el castigo.

64. El Velez no se desviaba mucho de esta opinion; pe-

ro el silencio de los tres cabos Torrecusa, Garay y Xeli le quitó la osadía para resistirse á los mandamientos del rey. Fue resuelto por todos, que el ejército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona, que la ciudad se intentase, que se reconociese Monjuich como lugar principal de la expugnacion, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque en verdad se entendiese su fuerza: que últimamente, manifestándose la justicia real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los catalanes convidados con el perdón, porque jamás se pensase que el rey de su parte habia faltado con alguna diligencia de padre, ú oficio de señor piadoso.

65. Con esto marchó el ejército hasta el lugar señalado, y se gastó todo aquel día en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debia ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvia los riesgos, antes los solicita. No se excusó jamás de ningun peligro por dar satisfaccion á su cargo; y mas á su opinion entre españoles, con quienes vivia siempre poco confiado.

66. Habíase ultimamente entendido y propuesto la disposicion de la empresa, como les era posible; y entonces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciudad; final protestacion por la conciencia del rey, y que habia de ser excusa de los daños propincuos. Despachóse con un trompeta segun forma de la guerra.

67. Contenia en nombre del Velez, que hallándose con el ejército real sobre aquella ciudad, queria darse por obligado á advertirlos que la orden de su rey y sus propios designios eran solo castigar los perturbadores de la paz pública: que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como caudillo: que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecia perdón y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos: que de esta suerte se podría remitir la saña de un ejército, que jamas suele parar en menos daños que en la ruina universal en honras,

vidas y haciendas: que abriesen los ojos, y mirasen su peligro: que se compadecia como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los mas interesados en su bien y conservacion.

68. Acompañaba la carta del Velez á otra del rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose tambien al perdón, aunque firmada en aquellos últimos dias, cuando ya no parecia decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecian tratarse de otra suerte.

69. Era en estos dias grandísima la turbacion en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados, y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrian todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias: las manos de los sacerdotes no dejaban las mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor; y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

70. Llegó en medio de estos desconuelos comunes el pliego del Velez, que les causó no pequeña novedad y mayor cuidado, cuando por aquella diligencia se conocia que sus contrarios no habian olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza. Empezaron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismos; tan cuidadosos contra el arte, como contra la fuerza.

71. Juntáronse en concejo, y leídas públicamente las cartas, hallaron que no tenian nada que prometerse de un ánimo, que solo procuraba endulzar los oidos ignorantes con palabras pias, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondieron de comun parecer, que los progresos del ejército no daban lugar á que le esperasen en su favor para desoblacion de la patria: que no habia modo de creer una fe, de que las obras eran tan diferentes: que sus manos en las ocasiones pasadas se habian visto igualmente crueles en los que se entregaban, y los que se defendían

que el que caminaba á la quietud, no se acompañaba de estruendos y escándalos: que apartase de sí las armas, y sería obedecido; porque entonces se conocería que lo negociaba el amor y no el miedo: que este debía ser el primer paso de la concordia; y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podría dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

72. Disponia el Velez entretanto su ejército, como quien no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la ciudad, ordenó (con parecer de los cabos) que de todos los tercios se entresacasen dos mil mosqueteros, á satisfaccion de los que habian de mandarlos: que de estos se formasen dos escuadrones volantes, de que se dió cargo al maestre de campo D. Fernando de Ribera y al conde de Tiron, maestre de campo de Irlandeses: que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados: que el primero le atacase por la parte izquierda entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña: que á estos escuadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose quanto fuese necesario á los volantes: que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte mas llana de aquel costado para cubrir toda esta gente: que lo restante de la infantería se redujese á escuadrones de la forma que el terreno diese lugar; y que con este trozo se hiciese frente á la ciudad: que la caballería de las órdenes poblase un vallete que podria servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde alli procurase cortar la caballería enemiga, si acaso se aventurase á salir contra los escuadrones: que el teniente Chavarria tomase con algunas piezas un puesto, que se juzgaba acomodado para batir el fuerte: que el general y su corte se detuviesen en el Hospital: que despues de arrimados los volantes al fuerte hiciesen todo lo posible por ganarle, socorriéndolos todos los tercios de la vanguardia: que el dueño y cabeza de esta acción fue-

se el Torrecusa, propio maestre de campo general del ejército: que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedia la importancia del caso.

73. Igualmente desesperaron de la concordia los catalanes, luego que recibieron la carta del Velez: parecióles habia llegado el último aprieto de su miseria: temieron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya (segun las cosas) parecia sin fruto, volvieron á llamar su concejo sabio, siquiera para perderse (si se perdiesen) como cuerdos. Juntáronse en número de doscientos votos, y entonces, mas como en conferencia que concejo, habiendo exclamado primero sobre su peligro, manifestaron los diputados la cordelidad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresion de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos dias: la intencion de su enemigo y la justicia de su patria.

74. Ministrábales entonces el dolor cuantas consideraciones olvidaron al principio; resolviendo últimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas: engañábales el espanto, porque en el estado presente ellos no podian sino entregarse ó defenderse. Oyéronse unos á otros con asaz confusion, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo; en fin se conformaron.

75. Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la república pueda ser lícito excusarse del imperio del señor natural, y elegir otro, segun los mismos fueros de la naturaleza: que el pretexto del ejército era solo la destruccion universal del principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores y últimamente reduciendo la illustre nacion catalana á miserable esclavitud: que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movia, por lo cual no solo decian les era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Fe-

lipo, sino que tambien debian nombrar y escoger un principe justo y grande, á quien entregar la proteccion de su principado: que ninguno por virtud y por grandeza podia ser mas dignamente dueño y amparo de su nacion, que la magestad cristianisima de Luis XIII del nombre, rey de Francia, grande, justo y vecino; y á quien las razones antiguas de su origen sin falta habian de inclinar á la estimacion y agradecimiento de tales vasallos.

76. Habian precedido algunas pláticas del Plesis y Serifian, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciéndolos entender que toda aquella quietud los aguardaba á trueco de tan suave cosa, cual era el entregarse á su imperio. Fue aquel dia todo del temor, mas ni por eso dejó de tener su parte el interés, tocando los corazones de algunos: juzgaban estos, que con el nuevo señor no solo se aseguraban de la indignacion del pasado, mas que tambien sobre propicio les habia de ser oficioso; porque es costumbre de los que nuevamente suben al reinado honrar y engrandecer los instrumentos que los sirvieron al principio.

77. Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarian tambien de fortuna, igualando y excediendo aquellos que no igualaban en el estado presente; como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reinos, al menor giro bajar la superficie con que miraba al cielo, y subir á su lugar la que tocaba al polvo.

78. Llevados de este general aplauso los catalanes, se levantó en el concejo una voz comun, aclamando por conde de Barcelona á Luis el Justo, rey de Francia, y detestando juntamente el nombre de Felipe; entonces juntos los diputados, oidores y consellers hicieron escribir un papel de la justicia de su aclamacion, convidando á la posteridad con las justificaciones de su hecho calificado en famosas razones politicas y morales: escribieron juntos al rey aclamado: avisaron al pueblo, que recibió el nuevo principe y gobierno fácil y alegre.

79. Dieron luego como en posesion de su provincia , parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses , con que se hallaban : nombraron tres para el gobierno universal de las armas : eran el Tamarit , el conseller en cap de Barcelona y el Plesis. Formaron su consejo de guerra , donde llamaron al Serriñan , fray D. Miguel de Torrellas , Francisco Juan de Vergós y Jaime Damiá. En las estancias , baluartes y fortificaciones pusieron cabos franceses y catalanes , todos hombres de confianza cual se pretendia : la fuerza de Monjuich entregaron á Mr. de Aubiñi , y guarneciéronla con nueve compañías de gente miliciana , que todas constaban de hombres comunes : á esta se juntaban algunas de su mejor infanteria del tercio de Santa Eulalia y el capitán Cabañas con hasta doscientos miquelets ; y lo que entre todo venia á ser de mayor importancia , eran trescientos soldados viejos franceses , que so habian recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entraron en el país.

80. Los franceses , hombres de valor y práctica , acudian sin perder punto al manejo y expedicion de las varias ocurrencias y negocios , que cada instante eran de mayor peso y peligro : no cesaban de visitar las defensas , de amonestar la gente y animarla , de recibir y mandar órdenes á todo el país , de allanar dudas y conformar competencias. En fin ellos con gran diferencia de lo pasado disponian las cosas como propriamente suyas ; que en aquella parte no les engañó su esperanza á los catalanes.

81. Hallábase en Tarrasa el conseller tercero , y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infanteria que se escapó de Martorell , á quien se enviaron órdenes , para que recogiendo toda su gente y convoyando otra , bajase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo habia asentado allí sus reales , porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en ninguna parte ; aun ellos no pensaban de su furia de los españoles tanto , que temiesen lá súbita embestida.

82. De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del ejército real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguiria.

83. Dispuestas así las cosas de una y de otra parte, amaneció el día sábado veinte y seis de enero del nuevo año de cuarenta y uno, mostrándose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles ejemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

84. Á la seña de un clarin comenzó á moverse todo el ejército, en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos: así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa vision, quanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumajes y tafetanes vistosamente: relucian en reflejos los petos en los escuadrones: oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas: los carros y bagajes de la artilleria ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa: las cajas, pifanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de los bisoños, dándole á cada uno nuevos bríos y alientos: el órden y reposo del movimiento del ejército aseguraba el buen suceso de su empresa; el coraje de los soldados prometia una gran victoria.

85. El Velcz en tanto alegrísimo de ver sus gentes, y la felicidad con que se hallaba ya cercano á la cosa para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podian escucharle, dijo.

86. « Aunque la costumbre militar nos enseñe ser pro-  
 « vechosas las razones del caudillo antes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario; porque ni  
 « la justificacion de la causa que aquí os ha traído, se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para que acordaros  
 « (ó españoles) aquel excelente afecto de vuestro valor, que  
 « son las dos principales cosas, que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y

« otro son lestigos vuestros ojos y vuestros corazones , aque-  
« llos mirando la rebeldía contraria que os presenta esa mi-  
« serable ciudad , y experimentando estos los contínuos im-  
« pulsos de vuestro zelo. Yo por cierto tan ajeno me halla-  
« ba ahora de persuadiros , que á no ser por respetar el uso  
« de esta humana ceremonia de la guerra , excusara como  
« desórden el deteneros aqui , creyendo que cada instante  
« que os detengo en esta obra , os estoy á deber de gloria y  
« fama. Ni discorro por su desdiento de los contrarios , que  
« podeis medir por su delito , ni por la gran ventaja con  
« que nos hallamos en todo á su partido , porque ya empe-  
« zé á deciros que no han de ser mis palabras , sino vues-  
« tra razon el móvil que arrebate los movimientos de vues-  
« tro espíritu ; solo os debo advertir que , si la suerte no  
« quisiese acomodarse á dispensarnos sin la sangre la vic-  
« toria , no os debe costar mucho cuidado á los que faltá-  
« reis el amparo de las prendas que dejéis en la vida , por-  
« que la piedad , la grandeza y la promesa de vuestro rey  
« os puede justamente aliviar este peso ; que es todo lo que  
« cabe en el poder de los hombres cerca de la corresponden-  
« cia con los que acaban. De mi oso á deciros que habré de  
« ser compañero á los vivos y amigo á los muertos , y que si  
« á costa de cualquier daño mio se pudiese excusar vuestro  
« peligro , habré yo de ser el primero que me ofrezca á él  
« por cada cual de vosotros. »

87. Ya las últimas palabras de este razonamiento se oían medio confundidas de las voces de los soldados , que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes , clamando y pidiendo la vida de su rey y de su general y el castigo de sus contrarios. Echaron casi todos los sombreros al aire en un mismo tiempo ; señal comun de alegría y conformidad en los ejércitos ; y volviendo á su primer movimiento , en breve espacio de tiempo llegaron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la cruz cubierta , que mira al portal de San Antonio.

88. La ciudad , habiéndolos reconocido , tambien comen-

zó á crecer en ruido tal, tan furioso y melancólico, que bien informaba de la gran causa de que procedía. Entonces el Tamarit con los mariscales Plesis y Serifian, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguía mucha gente, y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algun aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fue fama les dijo así.

89. « Si dudais (valerosos catalanes) por la condicion de  
 « la fortuna, yo creo teneis razon, pero si mostrais temer  
 « las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro re-  
 « celo: vecino está vuestro mayor enemigo: veislo allí, de-  
 « trás de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra  
 « patria: veis allí está el gran vaso de veneno que presto se  
 « pondrá en vuestras manos: escoged, señores, si lo que-  
 « reis beber para morir infamemente, ó si arrojarle hacién-  
 « dolo pedazos, en que consiste vuestra vida: todo se verá  
 « presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por  
 « cuenta de Dios, bien podemos contaros por seguros,  
 « que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este  
 « gigante es hueco (ó á lo menos estatua de bálago): mu-  
 « chas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas y todas  
 « oprimidas: ninguno pelea por amor; el que mas hace,  
 « viene, el que mas desea, se vuelve hallando por donde;  
 « el que mas sabe, no es obedecido: su rey ausente, su ge-  
 « neral con pocas experiencias, sus cabos enemigos, ham-  
 « briento todo el campo, manchado de pecados, y sus es-  
 « píritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna,  
 « y lo que es mas, la suerte de aquel rey cansada de favore-  
 « cerle. ¿Qué es lo que temeis, sino que no lleguen presto y  
 « que se os escape de las manos este triunfo? Por voso-  
 « tros está la razon: hoy habeis de acabar el grande edifi-  
 « cio de la libertad que habeis levantado: hoy se ha de dar  
 « la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria  
 « ó vuestra infamia: á este dia se dedicaron todos los acier-  
 « tos que obrásteis hasta ahora; punto es este en que se

« definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por liberta-  
 « dor ó fementido: aguardad y sufrid constantes los golpes  
 « del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de  
 « este dichoso día. Si os atemoriza el ver que han vencido  
 « hasta aquí, esa es mas cierta señal de su próxima ruina.  
 « Si creéis á mis palabras, luego vereis mis acciones; yo  
 « no soy de los que procuraran reservarse para el premio,  
 « capitán quiero ser de los muertos, y si no os hago falta,  
 « yo quiero ser el primero que os falte: si no me halláreis  
 « entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una so-  
 « la cosa os pido entrañablemente, que guardéis en esta oca-  
 « sion la observancia de las órdenes militares, y que mas  
 « quiera cada cual ser cobardo en su puesto, que valiente  
 « en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes  
 « y los osados pende la armonía de la victoria. Con voso-  
 « tros teneis la fortuna de César, de César no, que es poco;  
 « pero del mayor rey de los cristianos, del mas venturoso  
 « de los vivientes: no es este solo el que os ha de defender.  
 « ¿Qué otra cosa ha querido mostraros el cielo en la tan im-  
 « pensada nueva, que hoy se os entró por las puertas, del  
 « nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y  
 « fabricando príncipes por el mundo para defenderos con  
 « ellos? La magestad de un rey justo os asiste, la herman-  
 « dad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una  
 « justísima república os ampara, el poder de un Dios sobre  
 « todo justo os ha de valer.

90. Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos fran-  
 ceses añadieron algunas palabras en abono del afecto de  
 su rey, prometiéndoles en su nombre socorro y descanso.  
 Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimía, sin otra  
 diligencia que haber creído sus afectos.

94. Luego los cabos ó gobernadores de las armas manda-  
 ron que la infantería de los tercios principales guarneciese  
 toda la muralla; era en número suficiente á mayores de-  
 fensas. El regimiento del Serifán ocupó las puertas, y con  
 particularidad se le encargó la defensa de la media luna

del portal de San Antonio , la de mayor riesgo. Los capitanes de caballos franceses y catalanes , Mr. de Fontarelles ; Mr. de Bridois , Mr. de Guidane , el de Sagé y el de la Tallie , D. José Dardena , D. José de Pinós , Henrique Juan , Manuel de Aux y Borréllas , todos á órden del Seríñan , formaron sus batallones haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valldonsella y el Crucero. Previnieronse las baterías en todo el círculo de la muralla : separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte , y en otra las reservas con que se habia de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente , empleando en este servicio la inútil : á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abrieronse los hospitales y casas de devocion. Algunos entendian en el regalo y esfuerzos de los otros acariciándolos ( como sucedo al cazador regalar el lebrél por echarle á la presa ). Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos , cuales prometian premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de estos no faltaban muchos que temian y lloraban ; en fin todos ocupados en la incertidumbre del suceso , el que mas le esperaba feliz , no dejaba de mirarle contingente. Los templos patentes al pueblo , aseguraban á todos misericordia.

92. Continuábase lentamente la marcha del ejército , y con mas vivo paso el trozo de la vanguardia destinado á la expugnacion de Monjuich ; pero habiendo llegado á los molinos , hizo alto : el segundo trozo , volviendo el frente á la ciudad , estúvose , y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos señalados en la forma que atrás hemos escrito.

93. Subía la vanguardia al monte , donde habiéndose ya mejorado en alguna parte el primer batallon , que constaba de los dos escuadrones volantes , se dividió á los dos caminos que cada cual habia de seguir : los otros de aquel mismo trozo , formando un solo cuerpo , pretendieron subir la eminencia ; con asaz trabajo de los soldados lo podian conseguir espaciosamente.

94. Pero porque nos sea mas fácil dar á entender la disposicion de la embestida , describiré en este lugar la ciudad de Barcelona , y su Monjuich con toda brevedad posible.

95. Barcelona ( dicha de Ptolomeo Brachino ) , antigua cabeza de su condado y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña , creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Libico ; bien que algunos mas atentos á la verdad que á la gloria , juzgan ser obra de Barcino , como su nombre parece lo da á entender. Frecuentáronla y la engrandecieron los cartagineses y romanos ( que un tiempo la llamaron Favencia ) ; no menos los godos , por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del África , Italia y España. Agro Laletano decian los antiguos á la campaña , donde yace tendida en una vega no muy dilatada ; pero hermosamente cubierta y abundante , que se comprende entre los dos rios Llobregat , que es el Robricato , á la parte del poniente , y Besós , que fue el Bétulo , á la de levante ; y aunque no muy vecinos , sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco mas de medianamente corvo unas montañas , terminadas de una y otra punta en el mar , que puede servir de cuerda al arco de las serranias por la línea de su horizonte , el cual cierra el arco de un extremo á otro hácia mediodía. Sube desde el agua por la punta occidental , caminando al setentrion , un promontorio , que despues de parar en una mediana eminencia , va cayéndose de esotra parte en mas dilatada cuesta ; este es el monte llamado Monjuich , que algunos quieren signifique monte de Iove , en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter aras y templo. Otros le interpretan monte de los judios , por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente : séase esta ó aquel. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes , y ayuda á su sanidad , reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña , pero quanto sirve á la salud , desordena su defensa. No sube mucho ;

pero levántase aquella altura que basta para quedar eminentemente á toda la ciudad, de la cual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza, ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero recelosos ya de la potencia del rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzaron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispúsose tan grande que pareció imposible de proseguir: pararon con la obra hasta que el temor del ejército dispersó segunda vez su cuidado: redujeron la larga fortificación comenzada á un mediano fuerte en forma de cuadro, defendido de cuatro medios baluartes: cortaron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes; esta es Barcelona y Monjuich.

96. Eran las nueve del dia, cuando el escuadron volante, gobernado por el conde de Tiron, que subia por la colina opuesta á Castelldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el conde con ánimo bizarro procuraba mas acercarse que ofender ó defender de las muchas cargas de mosquetería, con que ya le recibian los contrarios; todavia reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelearse, como le fuese posible.

97. Habian pensado los cahos católicos antes de la embestida, mucho menos de la fortificación de lo que hallaron despues: este mismo yerro les sucederá siempre á los fáciles en persuadirse de informaciones del enemigo; era así comun el peligro en todos: á pecho descubierto (ó cureña rasa, segun su estilo) se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al mas cobarde para defenderse. Esto quisieron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no

defiende su patria, ó no es hombre, ó no es hijo.

98. Murió de un mosquetazo por los pechos el Tiron, **Ilustrísimo** irlandés y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Sucedia á este escuadron el de portugueses gobernado por D. Simón Mascaréñas: reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban, pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del maestro de campo, dejó su puesto y se pasó á gobernar el volante con bizarro ejemplo.

99. No cesaban un punto las cargas de mosqueteria por todas partes, si bien con menos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino mas acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal, que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fue sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendian lo alto de la colina.

100. Apenas habia llegado á su nuevo lugar el Mascaréñas, cuando mandó avanzar el escuadron, que alojando por la muerte del conde, y muchos otros que de continuo caían en tierra, habia perdido buenos pasos: ayudóles la ocasion, porque á este mismo tiempo se descubria ya otro escuadron, que gobernaba el sarjento mayor D. Diego de Cárdenas y Luson por su maestro de campo Martín de los Arcos, que de pocos dias habia muerto: alentáronse uno á otro, y prosiguieron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosqueteria, que revolviéndose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los catalanes, y defendian las trincheras de la colina, donde el Mascaréñas llevaba el frente; pero ellos conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dejando los puestos no sin considerable pérdida de los españoles. Fue muerto el sarjento mayor Cárdenas,

que retiraron pasado de dos balazos , y el maestre de campo D. Simon herido dichosamente en la cabeza : murieron otros capitanes y soldados , dejando á los suyos mas gloria que utilidad , porque habiendo ganado con gran peligro y afan , hubieron de perderlo luego , retirándose facilmente del puesto.

404. Guarnecia la estancia de Santa Madrona y San Ferriol por los catalanes el capitan Gallert y Valenciá , con menos cuidado de lo que podia la ocasion , y así recibieron los avisos de su descuido por las mismas bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente , ayudándoles para el susto el peligro y la novedad ; pero los capitanes haciendo (por fuerza) volver las caras á los suyos , mandaron darle la carga ; no los dejó el temor obrar , ni obedecer mas que á su misma violencia : cumplieron los dos su obligacion ; mas ni su ejemplo , ni las voces fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro , hizo como se retirasen con algun concierto , y dejándolos ya seguros , subió á pedir al Aubiñi les socorriese con alguna gente práctica , porque mezclada con la suya , sirviese como de corazon al cuerpo de sus naturales.

402. En medio de esto , habiendo reconocido el Serifián que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto , solo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich , quiso ver si podia inquietarlo y moverlo , porque entonces le quedase mas acomodada la empresa.

403. Ordenó al capitan Aux , que con algunos caballos catalanes y franceses al abrigo de una manga de mosquetaria , saliese á escaramuzar con el enemigo. Acomodó el capitan sus infantes , arrimándolos sobre la márgen opuesta á la caballería del San Jorge , donde , alteándose por aquella parte la tierra , le servía de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos , cuyo daño provocaba mas al San Jorge , que no la osadia de los caballos ; que le convidaban á la escaramuza : mandó salir algunos de los

suyos por entretenerlos; pero los catalanes advertidamente se retiraban, dejando siempre firme la infantería, porque cada instante se reconocía mas el daño de las tropas reales.

404. Entonces vino á entender el San Jorge que su salud consistia en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro, si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los escuadrones del frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él (en fin hombre agudo) conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciéndole que sufriese cuanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel paesto, habria de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues cuanto se mejoraba, tanto se descubria mas á las baterías de sus cañones.

405. No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los escuadrones mas cercanos se le enviase alguna infantería: llegó prontamente, y poniéndola en parte acomodada, empezaron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que á pocas rociadas volvieron los catalanes las caras, retirándose hácia la muralla y media luna del portal de San Antonio. Pero apenas habian dejado el puesto, cuando el San Jorge por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo habia perdido.

406. Viéndole ya tan empeñado el Serriñan, mandó le batiesen con la artillería: hizose con todo efecto, antes que él pensase en si podia retirarse. Tras de la batería salieron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de la caballería francesa, dándole á entender que en ellas consistia todo su grueso, segun el modo porque le acometian y se retiraban.

407. Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor: procuraba engrandecer su nombre, mereciendo en los

excesos de la bizarria el anticipado aplauso que ya gozaba entre españoles, que amaba en extremo: juzgó que la fortuna le habia traído el mejor día: llevado de esta esperanza, no quiso, ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñones, que gobernaba la de las órdenes (y con sus caballos ocupaba lo mas hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo), para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo habia de volver, le cortase metiéndose con la cara á Monjuich, y dándole el costado diestro á la ciudad.

408. Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, cuando el San Jorge, recibiendo la carga, corrió á toda furia.

409. No cesaba el juego de la mosquetería de todas las defensas con mas daño que horror, ni el de las baterías con mas horror que daño: uno y otro bastante á detener á cuantos con menos aliento, ó con mas cordura veían aventurar sus vidas desesperadamente. Moviéronse todos con el San Jorge; pero acompañóle solo su batallon de corazas, y el que gobernaba Filangieri: corrían con tanto ímpetu, que el desdichado duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario, ni la falta de los suyos: corrió en fin como quien corría á la muerte, dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

410. Hallábanse en sus puestos los Mrs. de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que advirtiendo la ceguedad de los españoles, y los pocos que ya seguían sus cabos, volvieron sobre ellos con gran destreza y valentia. Encendióse bravamente la escaramuza al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecía la de la victoria.

411. El San Jorge ya como perdido, viéndose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que antes le socorrería el Quiñones,

que por instantes aguardaba ; pero él , que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento , no se dispuso á remediar el daño , por no entrar tambien á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro : ellos dicen que la ignoraba ; pero su templanza pareció aquel día excesiva cordura.

112. Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosquetería de los reductos de afuera , con que se defendía la puerta , y siendo conocido por el hábito ( y mas lo pudiera ser por el valor ) , tiráronle muchos , y le acertaron cinco balas , de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargaron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos , parientes y amigos , y algunos otros oficiales ; señalándose entre ellos el Filangieri , y recibiendo muchas heridas todas mortales , aunque mas dichosas.

113. Murieron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos D. Mucio y D. Fadrique Espatafora , y D. García Cavanillas. Los golpes , el estruendo , el humo , el clamor y sangre , mezclados confusamente , los vivas de los que triunfaban , los ayes de los que morían , todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

114. Algunos que le seguían , llamados quizá del mismo peligro , viéndole ya perder la vida , se contentaron con escapar su cuerpo desangrado : rompieron furiosamente por entre los franceses , que admirados ó coléricos , cargaban sobre los rendidos ; tuvieron lugar entonces de retirarle lánguido y casi muerto , en cuya compañía pudo tambien escaparse el Filangieri.

115. Estaba á media ladera de la montaña el Torrecusa , cuando vió mover intrépidamente el hijo : no dejó de temer su resolución ; pero alegróse interiormente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba : alzó la voz , y arrebatado del afecto natural de padre ( bien que distante ) , dicen que dijo : *Ea , Carlos María , morir ó vencer : Dios y tu honra.* Palabras cierto dignas de un grande espíritu.

446. Subió despues á las trincheras, donde por instantes recibia avisos de los malos sucesos, y los remediaba, segun le era posible. Hallábanse los tercios ocupando y ciñendo ya casi toda la eminencia, y los que mas perdian, eran aquellos que mas habian ganado, porque cuanto llegaban á descubrirse mas presto, daban mas tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterías. Caían cada instante por todos los escuadrones muchos hombres muertos: otros se retiraban heridos: ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte; ni su consideracion se ocupaba en el modo de pelear con reputacion, sino de escaparse con ella. Tal era el daño; en los grandes riesgos pocos discursos abrazan la osadía.

447. No fue menor el espanto de los catalanes, viéndose en tan corto número mal defendidos de una sola fortificacion, ocupada en torno de las banderas enemigas. Dieron señales á la ciudad, segun habian concertado, pidiéndolo socorros, porque de aquella misma detencion que en los españoles era ya duda, se temian ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brio. Hacian grandes humaredas (de pólvora humedecida, segun uso de la guerra): correspondian los de la ciudad con otras no menos conocidas.

448. Mientras en Monjuich se combatia de esta suerte, los que hacian frente á Barcelona, tambien procuraban inquietarla con baterias de sus cañones y algunas mangas, que sacaban cubiertas, segun el terreno permitia, por desalojar al enemigo de la muralla.

449. Gobernaba la artilleria en la ciudad el capitán Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio: no descansaba de trabajar en aquellas baterias, que mejor podian ofender los escuadrones contrarios: empleó algunas, todas en gran daño de los españoles, que reconociendo cada vez mas la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

420. Hallábase la ciudad mas alentada, viendo que tan

contra su temor el enemigo se detenía, añadiéndosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veían perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal, firme cada uno en su puesto, cuando los cabos advertidos de las señales de Monjuich, comenzaron á mandar se entresacase gente de guarnicion para el socorro del fuerte: no fue pequeña duda entonces, porque cualquiera pretendia ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte, por donde habia de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguan, la dificultad en que les ponía su mismo efecto; y así separando de todos cerca de dos mil mosqueteros; la gente mas ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pie de su montaña, y la subía.

124. Habian los reales (que combatian arriba) muchas veces acercado y retirado sus escuadrones, conforme la resistencia con que los recibian. Algunas veces, segun era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y cuatro, y con inútil gallardía corrian hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo: otros oprimidos del espanto y del riesgo se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por mas allo modo, en estos visos mostraba la Próvidencia como á su disposicion estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movía, ahora pareciendo estos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

122. En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado entendía, despues de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y viendo los soldados con desmayo y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitándolos al acometimiento. Persuadiéronse con la presencia y autoridad del que los

mandaba, y se mejoraron hasta que por todos fue reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos, con que el arte lo facilita. Hallábase en aquella parte del fuerte un artillero catalán diestrisimo en su manejo, el cual viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendia todo aquel lienzo donde los reales hacian el frente. Fue grandisimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdieron tierra los españoles, antes se acercaban cada vez más: con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia como la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al marqués Xeli, general de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque él no habia de bajar, dejando el fuerte en manos del enemigo. Ordenábase tambien que no parase en las baterías de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan prontos; que todo vendria á estorbárselos, si los escuadrones de abajo hacian semblante de la embestida.

123. Continuábase las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los catalanes reparados de las trincheras y fuerte era muy desigual á la de los reales todavía, como tambien lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberacion procedia en embestirlos dentro de sus defensas, llegaron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos (como es cierto) que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido: otros menos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecian su desdicha.

124. El Velez con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentia interiormente como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confianza prometida, hasta aquel punto no se reconocia en la ciudad señal ninguna en favor del ejército; antes una común y firme voluntad á la resistencia.

125. Al sonido de las voces, que cada vez crecia con más

desesperación en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sarjento Ferrer, llevado de algun eficazísimo impulso, y con zelo de verdadero patrio procuró entregar la vida por la defensa de su república. Era comun en los catalanes la voz de que todo se perdía, y que el enemigo los asaltaba, cuando Ferrer impaciente miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos: topó antes con el semblante de la gente que marchaba de socorro así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba mas cerca del fuerte que los mismos escuadrones contrarios. Entonces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro: volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu, de tal suerte, que ellos comenzaron á osar con tanto exceso, como de antes habían temido.

126. Llegaron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros: comenzaron á dar pesadas y continuas cargas á los reales, que á pocos pasos de su embestida conocian por el brio del segundo combate, como se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentábanse las muertes y peligros por todas partes; en ninguna habia lugar seguro: los valerosos eran los mas desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la gloria y fama): la osadía y constancia eran continuas negociaciones del peligro. El que procuraba adelantarse á los mas, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso: quien pretendía aplauso por sus acciones, ellas mismas lo llevaban mas ciertamente á la lástima (de esta suerte engañó á muchos la fortuna en la mesa de Marte). Murieron lastimosamente D. Antonio y D. Diego Fajardo, entrambos sobrinos del Velez, hijo el primero de D. Gonzalo Fajardo, y nieto el segundo de D. Luis Fajardo, general que fue en el mar Océano, iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes murieron aquel día, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relacion; aun en esto les si-

guió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama, que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

127. Á la parte de San Ferriol se habian engrosado los reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo; pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterias de la ciudad, cuando llegaron á ser descubiertos, fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dejaron de hacer tan grande efecto, que los españoles no se atrevieron á pasar con poca satisfaccion del Ribera, que los mandaba.

128. Ningun desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dejase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habian perdido. Midiendo el tiempo, queria alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, porque no les faltase el día (circunstancia tan notable en las batallas); pero como el daño y mortandad era graude, ordenó que aquel escuadron del costado izquierdo, que recibia lo mas furioso de la bateria contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo escuadron.

129. Hallábase ya en aquel bosque de mampuesto el capitán Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los españoles, fue reconocido su intento de una tropa de caballeria real que tenia aquel ilano, la cual revolviendo por las espaldas de otro escuadron, quiso cortar al Cabañas; pero tambien se lo estorbó la artilleria de la muralla, que obligó á volver la tropa, y aun á retirarse del lugar en que antes estaba, no lográndose por entonces los intentos de estos ó aquellos.

130. Mientras duraba el combate en Monjuich y la bateria de la ciudad, que el Xeli continuaba con mas furia despues de la órden del maestre de campo general, no cesaban los diputados y consellers con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivisimo cuidado, animando á todos, y prometiéndoles seguro el vencimiento.

431. Constaba su guarnicion de los tercios de sus patri-cios, que gobernaban los maestros de campo Domingo Mora-dell, Galceran Dusay, José Navel. Los cabos y oficiales fran-ceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los su-cesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos deducido (como suele) á los soldados y gente inferior, brotaba felicisimamente en los ánimos populares, de suerte que en poco tiempo con extraña dife-rencia éllos en su corazon y en sus obras mostraban no temer el ejército. Habian notado la derrota de la caballeria es-pañola, y aunque hasta entonces no se entendia cumplida-mente su buen suceso, todavía la certeza de no haber per-dido ninguna de sus tropas, los había dado esperanza y alegría.

432. Eran las tres de la tarde, y se combatia en Monjuich mas duramente que hasta entonces, porque la ira de unos y otros con la contradiccion se hallaba en aquel punto mas encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las bate-rias del fuerte: el que una vez disparaba, no lo podia voi-ver á hacer de allí á largo espacio; por los muchos que con-currían á ocupar su puesto. Afirmase haber sido tales las ro-ciadas de la morqueteria catalana, que mientras se mane-jaba, á quien la escuchó de lejos, parecia un continuado so-nido sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermi-sion ó pausa perceptible á los oidos.

433. Confusos se hallaban los españoles sin saber hasta entonces lo que habian de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados llevados del recelo ó del desórden, igualmente dudaban y temian el fin de aquel negocio. Algu-nos lo daban ya á entender con las voces, acusando la dis-posicion del que los traía á morir sin honra ni esperanza, como ya descoso de que no escapase de aquel trance ningun-o que pudiese acusar sus desaciertos. No dejaba de oír sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; em-pero entendia que siéndole posible el estarse firme, sin du-

da los catalanes perderían el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte, donde se halla la constancia con mas actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse, por ventura raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnacion de una fuerza, sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

434. Habia llegado ya aquella última hora que la divina Providencia decretara para castigo no solo del ejército, mas de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se decian. Así dejando ohrar las causas de su perdicion, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos, de tal suerte que aquel suceso en que todos vinieron á conformarse, ya parecia cosa antes necesaria que contingente. Pendía del menor desórden la última desesperacion de los reales: no se hallaba entre ellos alguno, que no desease interiormente qualquiera ocasion honesta de escapar la vida.

435. Á este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un ayudante catalan (cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones), á quien siguió el segundo verge, sargento francés, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entonces no acontecida) la fuga de los españoles; acudieron á su clamor hasta cuarenta de los menos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina mas que la obediencia de su impetu, se descolgaron de la muralla á la campaña por la misma parte, donde los escuadrones tenian la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor, como los miraba temerosos el recelo de los reales, que sin esperar otro aviso ó espanto mas que la dudosa informacion de los ojos averiguada del temor, y creyendo bajaba sobre ellos todo el poder contrario, paloteando las picas y revolviendo los escuadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina) comenzaron á bajar corriendo hácia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja

universal. Los que primero se desordenaron, fueron los que estaban mas al pie de la muralla enemiga ( tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta ) : otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel , y llenos de furia rompian sus primeros escuadrones y estos á los otros , y de la misma suerte que sucede á un arroyo , que con el caudal de otras aguas que se le van ontrando , va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone , asi el corriente de los que comenzaban á bajar , atropellando y trayéndose los mas vecinos , llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros , por la cual los que se hallaban mas lejos , llevaron el mayor golpe. Unos se caian , otros se embarazaban , cuales atropellaban á estos , y eran despues hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos , pensaban que iban adelante , y volvian atrás ; ó le caminaban siempre en un lugar mismo : todos lloraban : los gritos y clamores no tenian número ni fin : todos pedian sin saber lo que pedian : todos mandaban sin saber lo que mandaban : los oficiales mayores llenos de afan y vergüenza los incitaban á que se detuviesen ; pero ninguno entonces conocia otra voz que la de su miedo ó antojo , que le hablaba al oido. Algun maestro de campo procuró detener los suyos y con la espada en la mano asi como se hallaba , fue arrebatado del torbellino de gente ; pero dejando el espíritu á donde la obligacion , el cuerpo seguia el mismo descamino que llevaba la furia de los otros : ni el valor , ni la autoridad tenia fuerza ; ninguno obedecia mas que al deseo de escapar la vida.

436. Á este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores , arrojándose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardia de los contrarios : tales con las espadas , tales con las picas ó chuzos , algunos con hachas y alfanjes , no de otra suerte que los segadores por los campos bajaban cortando los miserables castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas , profundisimos golpes é inhumanas heridas : los dichosos eran los que se morian primero ;

tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban: podia llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazon de su contrario. Algunos bárbaros ( aunque advertidamente ) no querian acabar de matarlos, porque tuviese todavia en que cebarse el furor de los que llegaban despues: corria la sangre como río, y en otras partes se detenia como lago, horrible á la vista y peligroso aun á la vida de alguno, que escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

437. Los mas sin escoger otra senda que la que miraban mas breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedaron para siempre: otros enlazados en las zarzas y malezas se prendian hasta llegar el golpe: muchos precipitados sobre sus propias armas, morian castigados de su misma mano: las picas y mosquetes cruzados y revueltos por toda la campaña era el mayor embarazo de su fuga, y ocasion de su caída y muerte.

438. No se niega que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, se hallaron muchos hombres de valor desdichada é inútilmente: algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas, y otros que lo desearon por no perderla; singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos, donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular; todavia esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

439. El maestre de campo D. Gonzalo Fajardo salió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único, que dejaba en tierra. D. Luis Gerónimo de Contréras, D. Bernabé de Salazar y el Isinguien, todos iguales en puesto al Fajardo, sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro día para su nacion.

440. Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas

de los pies de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban; á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieron servir mejor entonces de defensa, que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino: solo la muerte y la venganza, lisonjeadas en la tragedia española, parece se deleitaban en aquella horrible representación.

441. Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por romper sus ropas; desigual demostracion de lo que se prometia de su espíritu. Los hombres primero son hombres, primero la naturaleza acude á sus afectos, despues se siguen esotros que canonizó la vanidad, llamándolos con diferentes nombres de gloria indigna: como si al hombre le fuera mas decente la insensibilidad que la lástima.

442. Llegábanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que tambien pudieron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oír ni mandar, ni permitió que ninguno le viese: no era entonces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel día fue mas dificultoso hablar quien obedeciese.

443. Los que estaban abajo con la frente á Barcelona, miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros: esperábanlos mas constantes, no por temer menos el peligro, sino porque llegados ellos tuviesen entonces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta noticia fundaba mas su temor que en ningun otro accidente.

444. El Velez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no recelaba menos la inconstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desorden de los que bajaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderacion espaciosa, y así informado de que el Torrecu-

sa habia dejado el mando, llamó al Garay, y le entregó la direccion de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se obliga el segundo á mayores aciertos, faltándole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son mas los hombres dichosos, que los prudentes.

445. Recibió el Garay su gobierno, y fue la primera diligencia ordenar que los escuadrones del frente marchasen luego y á toda prisa hácia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballeria se opusiese á la gente que bajaba en desórden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese: con lo cual se podria conseguir que medrosos ellos de los mismos amigos, siquiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entonces pretendia el que gobernaba para poderlos dar aliento y forma.

446. Marchó el Velez con su trozo, llevando la artilleria en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia, ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por cualquier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habian perdido cerca de los enemigos; antes con voces de sumo desórden, clamaban: Retira, retira. En fin la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitia mayor movimiento, les fue cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos sin saber como, unos se paraban, otros se caian por tierra.

447. Grande fuera el estrago, si los catalanes prosiguieran el alcance; pero como habian salido sin otra prevencion mas de la furia, jamás sus pensamientos llegaron á creer que podian conseguir otra cosa que la defensa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

448. Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los

escuadrones españoles, fue increíble el gozo y alegría que súbitamente se infundió en sus corazones; en fin como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veían subir al imperio.

449. Alababan el nombre de Dios con festivos clamores; bendecían la patria, ensalzaban el zelo de los suyos, engrandecían últimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto los había hecho gozar de la felicidad comun de aquella monarquía.

450. El Garay sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasion de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo menos á cualquiera de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la mas breve forma posible de ponerse en escuadron, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguíólo, pero tarde con fatiga increíble; y somos ciertos oír de su boca, que fue tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta accion se había juzgado digno de gobernar un ejército.

451. Hecho esto se juntaron los cabos menos el Torreccusa (que desde el punto que dijimos, se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza); y despues de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, y en primer lugar la lástima del San Jorge, discurrieron por los daños ya sensibles entonces al ejército, diciendo: « Que la gente se hallaba en sumo desaliento: que las provisiones faltaban: que la fama de la pérdida no dejaría lugar fiel en todo el país: que el poder no bastaba á ganar un solo puesto cuando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad despues de, roto y desmayado: que Barcelona había de ser socorrida por los paisanos y auxiliares: que al duque de Lini se afirmaba, estaban aguardando por instantes: que las galeras de España se habían apartado: que D. José Margarit (segun las informaciones de algunos naturales) bajaba con la gente de la montaña á ocupar los

« pasos de Martorell y el Congost : que el ejército se halla-  
 « ba con menos de dos mil infantes y muchos caballos de  
 « los con que habia subido , entre muertos heridos y der-  
 « rotados : que tambien faltaban algunas personas de los  
 « cabos , cuyos lugares debian ser ocupados con gran con-  
 « sideracion : que se habian perdido en todas las compañías  
 « mas de cuatro mil armas : que con estas mas se hallaba el  
 « enemigo para poder resistirse : que ni el tiempo , ni la  
 « fortuna , ni el estrago daban lugar para que se consultase  
 « con el rey su resolucion : que la salud pública de aquel  
 « ejército consistía en lo que se acertase y ejecutase antes  
 « del amanecer , que lo mas conveniente era volver á Tar-  
 « ragona con suma brevedad , porque los pasos no se em-  
 « barazasen , y primero que los de Barcelona saliesen á im-  
 « pedirselo con escaramuzas : que se debian anticipar á las  
 « noticias de su desgracia , porque llegasen sin ella á los lu-  
 « gares que dejaban á las espaldas , sin darles ocasion de  
 « que con su pérdida los tomasen otra vez , y les fuese ne-  
 « cesario volver á ganarlos de nuevo : que desde aquella pla-  
 « za se podia dar aviso á el rey , y esperar sus órdenes y so-  
 « correros. »

152. Todo lo escuchaba el Velez suspenso en la conside-  
 racion de su fortuna , haciendo en su ánimo firme propó-  
 sito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos  
 alguno que contraviniese el acuerdo , en todo ajustado á lo  
 propuesto.

153. Ocupáronse aquella tarde los catalanes ya vencedo-  
 res en recoger los despojos de su triunfo , y entre ellos ,  
 como mas insigne , llevaron á la ciudad once banderas es-  
 pañolas , siendo diez y nueve las perdidas del ejército , que  
 poco despues cogieron desde la casa de su diputacion á vis-  
 ta de todo el pueblo , que las miraba con igual saña y ale-  
 gría : llevaron notable cantidad de todas armas , carros ,  
 bagajes y pabellones , que servirán á la posteridad como tes-  
 tigos de aquella gran pérdida de españoles.

154. No se descuidaron un punto de la guardia de su

fuerte, ni quisieron pedir mas halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel dia: guarneciéronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche mas de cuatro mil infantes de los lugares convecinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

455. Estas diligencias, que no pudieron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artilleria que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidada, servia aun mas de temor al ejército, que de prevención á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenia alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias; todavia inciertos de lo que habian conseguido.

456. Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich (y sus trincheras) coronado de copiosa multitud de gente, que habia subido á notar el estrago de los reales, de que todavia se hallaban señas recientes en la sangre y cadáveres de sus enemigos. Pero los castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinacion de las á que podia convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzaron á moverse antes del dia la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y desconsuelo, como los catalanes se quedaban de honra y alegría.

457. Antes fue enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña: espiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecia á Dios, algunas que bien significaban el zelo del servicio de su rey. Acompañáronle muchos otros, cuyos cuerpos esparcidos por la tierra asemejaban un horrible escuadron asaz poderoso, para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

458. La pérdida de los naturales fue desigual (bien que murieron algunos), porque como siempre pelearon dentro de sus reparos, no habia tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

459. Marchó el infeliz ejército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia: caminó en

dos dias desengañado , lo que en veinte habia pisado soberbio : atravesó los pasos con temor , pero sin resistencia : entró en Tarragona con lágrimas , fue recibido con desconsuelo ; donde el Velez dando aviso al rey católico , pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto , y lo excusó su rey , mandó le sucediese Federico Colona , condestable de Nápoles , príncipe de Butera , virey entonces en Valencia , que poco tiempo despues representó su tragedia en el mismo teatro , perdiendo la vida sitiado por franceses y catalanes en Tarragona.

160. No pararon aqui los sucesos y ruinas de las armas del rey D. Felipe en Cataluña , reservadas quizá á mayor escritor , así como ellas fueron mayores. Á mi me basta haber referido con verdad y llaneza como testigo de vista estos primeros casos , donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos , y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

---

# **CONTINUACION**

de la

**HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION**

**Y**

**GUERRA DE CATALUÑA**

**EN TIEMPO DE FELIPE IV,**

**ESCRITA POR**

**D. JAIME TIÓ.**



## EL CONTINUADOR DE LA HISTORIA

á los lectores de ella.

---

DETERMINO frustrar la esperanza con que el ilustre Melo se lisonjeó de que la historia que él habia empezado la terminaria una pluma mejor aun que la suya, dándola fin como él principio, con verdad y llaneza. Esto y las grandes cualidades que á él le adornaban y que me faltan á mi para llevar á buen cabo mi propósito, hacen mas audaz mi atrevimiento y menos perdonable cualquier error que yo cometa, cuando no podrán menos de hacerse comparaciones. Pero yo no intento competir, y solo pienso que si, como dice Fontenelle, los hombres para ver de mas lejos se suben en hombros unos de otros, mereceré indulgencia, cuando por otro no sea, á lo menos porque he puesto tambien mis hombros para que otro alcance mas y llegué á descubrir lo que yo no haya podido. Si en mi beneficio sirviesen otras consideraciones, diria tambien que viviendo dos siglos despues de Melo, que fue contemporáneo á los hechos, no puedo ver ni juzgar con tanta lucidez y certidumbre como él, que obró y escribió en aquella guerra: que mas jóven cuando escribo, que él cuando escribia, no debo tener su experiencia: que no habiendo debatido cuestiones diplomáticas como él, no puedo en-

trar tan facilmente en los arcanos de la política : y por último, que me falta espacio para escribir, pues he debido hacer en un mes, aun muy escaso, lo que debería ocuparme mas largo tiempo. El editor de la historia de Melo me habia encargado un apéndice ; mas luego , cuando ya se estaban imprimiendo los primeros pliegos de aquella , pensó que valdria mas continuarla y me instó para que emprendiese este trabajo. Empecélo con temor y lo he seguido con perseverancia, no sé si con buen éxito. En la confusion de antiguos manuscritos y en la parcialidad de los libros impresos que entonces se publicaron por uno y otro partido , he procurado guiarme siempre por el espíritu de verdad que tuvo D. Francisco Manuel, y no creo que me haya alucinado desmedidamente el amor á mi patria Cataluña. En el archivo de la corona de Aragon he hallado en los dietarios, deliberaciones y documentos diplomáticos algo de lo que yo necesitaba ; no lo suficiente para hacer completo mi trabajo. Tal premura , el fin que me he propuesto y el ánimo de hacer mas , cuando el tiempo me dé ocasion y el deseo facultad de hacerlo , me merecerá , espero , indulgencia por esta vez , sobre todo cuando confío dar proporcion y medio á la crítica en otra obra sobre nuestra historia tambien , que desde ahora prometo mas meditada y por ende mas á espacio escrita. Debo consejos y pago con gratitud al S. D. PRÓSPERO DE BOFARULL que con aquella franqueza que tanto le recomienda , y con el mejor ánimo me ha alentado á seguir adelante en mi tarea : en él hallamos los jóvenes la benevolencia de un amigo verdadero y la experiencia del mejor guia en el intrincado laberinto de la historia de la antigua coronilla.

## LIBRO VI.

### SUMARIO.

Marcha el ejército español á Tarragona y quiere someter á los pueblos de su campo: no lo alcanza. — Política de la Francia. — Venida de la Mota. — Muerte de Claris. — Llega Argençon. — Trátase de la administración de justicia. — El príncipe de Butera es nombrado por Felipe virrey de Cataluña. — Sale la Mota á examinar las plazas y á formar el ejército. — Armada auxiliar francesa. — El príncipe de Condé general de Cataluña. — Verdadera causa de la guerra. — Sitio de Tarragona. — Esta espera auxilio del marqués de Leganés. — Batalla entre la Mota y los castellanos. — Motines en Barcelona. — Estado del Rosellon. — Armada española. — Combate naval. — Tarragona es socorrida y se levanta el sitio. — Embajador especial enviado á París. — El marqués de Brezé virrey y representante de S. M. cristianísima para el juramento. — Batalla de Almenar. — Elige un nuevo conseller á más de los cinco regulares. — Juramento del mariscal de Brezé. — Socórrase Perpiñan. — Anunciase la venida del rey de Francia.

4. El descalabro que el ejército real nunca esperó para la jornada de Monjuich, y la victoria de los catalanes superior á sus fuerzas y aun á su deseo, llenaron de espanto y de confusión á los vencidos, que ni aliento tuvieron para recobrase, y de alegre sorpresa á los vencedores, que como dudosos de su triunfo, no osaron ir mas lejos para aprovecharse de la contraria derrota. Mientras el enemigo se dirigia á marchas dobles hácia Tarragona, bien pudiera haberle sobrecogido en las angosturas ó puentes por donde debía pasar, y apoderarse, yendo luego á su alcance, de sus baga

jes y artillería; pero contentóse con lo ganado, y con el alborozo subió de punto su esperanza.

2. Aquella noche entró el conseller tercero con tres mil hombres por la puerta del mar, haciendole creer que el ejército español estaría aun hácia la parte de Monjuich, los muchos tiros que por la mañana había oído: con sus fuerzas se relevaron las del castillo.

3. D. Ignacio Mascareñas embajador del nuevo rey de Portugal, entró tambien en Barcelona, de paso hácia Roma, á donde iba á prestar juramento en nombre de D. Juan de Braganza, cuando mas encarnizado era el combate en las faldas de la montaña. Manifestó á la ciudad el buen ánimo del príncipe para con los catalanes, explicó el origen de la disension de Portugal, en muchos puntos semejante al de las revueltas del principado, y prometió interceder cerca del monarca en beneficio siempre de Cataluña, y alcanzar mandato á todos los súbditos portugueses que hiciesen armas por el rey de Castilla para que dejasen el servicio y volviesen á sus hogares.

4. Cumplióse todo; porque su afecto lo mostró D. Juan en la acogida que hizo al primer embajador que le envió Cataluña en la persona de Jacinto Sala, á quien hospedó en su palacio mismo: la órden de dejar el servicio la dió tambien á los portugueses que militaban por España, pues siendo embajador en el principado el mismo D. Ignacio Mascareñas, puso en depósito diez mil reales de plata doble en poder de Cristóbal de San Ginés, para socorrer segun su clase á los que dejasen las armas y volviesen á Portugal.

5. Llegado á Tarragona, quiso el Velez someter á la obediencia á los pueblos de su campo; pero en mal hora, porque la fama de la victoria de Monjuich les daba tanto aliento y aumentaba de tal modo su hrio, que se mostraron altamente hostiles á la caballería destinada para tal por el marqués, la cual hubo de volverse escarmentada de Coll de Cabra que atacó, y que los de Sagarra gnarnecian al mando de D. José de Margarit.

6. Despachábase cartas al rey de Francia, dándole á saber el reciente triunfo, cuando se recibieron de él, manifestando su desagrado por la conducta y comportamiento del Espenan en la capitulacion de Tarragona: llamábalo á Francia á él y á todos los que firmaron la capitulacion, aunque al mismo tiempo le disculpaba en parte por el cumplimiento que debía á su palabra. Exteriormente era esta la mejor disculpa; pero con achaque de ella acaso se encubria en el proceder del general francés una razon de estado, que por las consecuencias se puede adivinar.

7. La Francia deseaba que el principado se emancipase de la España de uno ú otro modo, y dejaba que los reales le acosasen, hasta que por último lo hiciese. En la política del cardenal ministro entraba acaso muy holgada la idea de que Cataluña se constituyese en república bajo el patronato de la Francia, para que así regida por el influjo del gobierno francés, y sostenida por sí misma, no fuese una carga y pudiese dar provecho á la Francia misma. Los catalanes sin embargo conocian tambien esto, y en vez de una independencia indirecta, que á veces es un yugo mas que una relacion política, prefirieron hermanarse con las demás provincias francesas. ¿Y qué ganaban los catalanes con declarar república su estado? Mudar un nombre y nada mas, porque el rey no representaba sobre Cataluña mas que un sistema de gobierno, cuando la administracion estaba encomendada exclusivamente á los naturales segun sus derechos y prerrogativas. El rey era un principio; pero el pueblo tenía la accion, y sus instituciones no podian ser mas libres y democráticas. Á mas de esto, veían tambien nuestros abuelos los inconvenientes que nacerian de la nueva forma de gobierno, por los gastos que debian ocasionar su defensa y conservacion, y hallaban que sin erario ni crédito no se podrian cubrir largo tiempo los gastos de la guerra. Luego, si la Francia adoptaba al principado se constituía en obligacion de guardarlo, y estas razones les decidieron á proclamar á Luis XIII, como se ha visto ya.

8. En reemplazo de Mr. de Espernan venia Mr. de la Mota que fue recibido en Barcelona con aplauso general, pues el mismo rey lo recomendaba en sus cartas como á hombre de valor y acreditada experiencia.

9. Pocos dias despues murió uno de los principales defensores, sino el primero, de las libertades de Cataluña: era este el Dr. Pablo Claris que con tanta valentia razonó en pro de las mismas, cuando se buscaba remedio y aun no sé tenia la proteccion del francés. Rico de las mas bellas cualidades que para el cargo de diputado se requiririan en época tan azarosa como la que le alcanzó, supo aprovecharlas en bien de su patria á quien amaba obcecadamente. Su panegirista Sala le describe bien y en breves lineas « Era de « buena estatura; el rostro algo tirado, el pelo entrecano, « el color trigüeño y quebrado, los ojos vivos, algo gran- « des y salidos, la nariz un poco aguileña, los labios grue- « sos: con que se manifestaba á los fisionómicos varon en- « tero, firme, verdadero, discretamente severo y pruden- « temente arriscado. Era en el trato grave, pero alegre: en « el hablar agradable, pero conceptuoso: en el andar foga- « so, pero remirado. Era en el vestir modesto, pero aliña- « do: en su proceder honesto, en aconsejar acertado, en re- « solver maduro, en ejecutar prontísimo, en acariciar amo- « roso, en agasajar urbano, en reprender severo, en ne- « gociar astuto, en persuadir eficaz. » Apropiósele este lema que pocos han merecido: *Sibi nullus, omnibus omnis fuit.* Nada para sí, todo para todos. Sucedióle en el cargo de diputado el Dr. José Soler, canónigo tambien de Urgel lo mismo que el difunto.

10. Aguardábase con ansiedad la determinacion y respuesta de S. M. cristianísima á la oferta que de sus estados le habian hecho los catalanes, y aunque se esperaba mucho de los que por rehenes estaban en Paris, pasábase sin embargo de la fe á la duda y de la esperanza al recelo, como sucede siempre en tales casos, cuando el afligido pide proteccion al venturoso, y al que tiene poder el menos fuerte.

Sípose por fin que Luis habia recibido con agrado á los comisionados catalanes, que se mostraba reconocido al don que se le presentaba, y que para arreglar los pactos y condiciones entre ambos gobiernos, daba poderes amplios y cometa el encargo de representante de su persona al Sr. de Argençon, varon de aventajadas prendas y no menos gran politico.

41. Llegó este por último, y fueron á recibirle los nobles D. Pedro Aymerich y D. Ramon de Guimerá, como tambien el de la Mota, que acaso fueron los únicos que lo supieron, queriendo entrar de incógnito en Barcelona: manifestó deseo de visitar á los diputados y estos le esperaron, hasta que presentándose, contó con el mejor modo de que suerte se habia recibido en la corte de Francia la determinacion de Cataluña, y penderó el amor que á los catalanes tenia su rey, de quien presentó dos cartas. En la primera confirmaba la embajada del Sr. de Argençon despues de manifestar que recibia como gran merced y cual prueba del mas exquisito afecto el ofrecimiento del principado: luego señalaba á Argençon como intendente de justicia, policia y administracion de las tropas de mar y tierra destinadas por él á Cataluña, á fin de cuidarlas con autoridad conveniente en cuanto concerniese al pago, subsistencia y disciplina, para que no diesen motivo á queja alguna: en la segunda declaraba, que sabida la derrota sufrida por los castellanos, se resolvia á enviar cuanto antes al de Argençon.

42. Los estamentos y autoridades cuestionaban entre tanto y habian tratado ya anteriormente largo tiempo sobre la administracion de justicia lo mas conveniente y obvio; pero todos los dias se presentaban nuevas dificultades en cada nuevo litigio, porque rota la cadena del gobierno, y aun sin base el gobierno mismo, la legislacion caducaba en muchas partes, no podian seguirse los trámites regulares, y no habiendo jueces competentes, detábase el curso de las causas mayores que se trataban en el real consejo, hasta que jurase el rey Luis.

13. El primero de abril salió de Barcelona Mr. de la Moita, nombrado general de Cataluña por la Francia, y se dirigió á Montblanch para formar el ejército y marchar luego al enemigo, que permanecía aun en Tarragona, en donde estaba ya el príncipe de Butera, virey y capitán general del principado por el monarca de España.

14. Súpose en Barcelona su llegada por un trompeta del campo enemigo que hizo su viaje por mar, contra todo uso de guerra, y presentó dos cartas, una de Felipe IV y otra del príncipe. La primera decía así.

#### DICTADOS:

« Por la justa confianza y gran satisfaccion que tengo de  
 « la calidad, partes y servicios que concurren en el prínci-  
 « pe de Butera para servir los cargos de mi lugarteniente y  
 « capitán general en esa provincia, le he nombrado para  
 « dichos cargos; y pues ha de representar mi persona, no se-  
 « rá menester significaros el respeto que se le ha de tener, si-  
 « no encargar y mandaros que así en el juramento como en  
 « todo lo demás, os hayais con él y hagais la demostracion  
 « que hasta aqui se ha acostumbrado con los lugartenien-  
 « tes y capitanes generales: que le trateis y obedezcais co-  
 « mo á tal, y que en todo lo que se ofreciere de mi servicio  
 « y para la defensa, beneficio y quietud de esa tierra, os  
 « mostreis como hasta aqui; que demás que en esto ha-  
 « reis lo que sois obligados, lo recibiré de vosotros en muy  
 « acepto servicio. Dada en Madrid á 28 de Hebrero de  
 « 1644. »

YO EL REY.

15. Este severo laconismo era enfático: por demás para quien sabia lo que las palabras del rey, ó por mejor decir del Conde-duque, encubrian de mala voluntad y duro encono. Si rebelados y en visperas de ser prohibidos por la

Francia les hablaba el rey así ¿qué sería si llegaba á vencerlos? ¿qué si á fuerza de armas los sujetaba? Esta vez no respondió ya la diputacion ni contestaron los consellers, antes detuvieron preso al mensajero, por no haber pasado de campo enemigo á ciudad contraria por tierra, abriéndole paso y quitándole obstáculos el derecho de todos tiempos y de todas guerras.

16. El de Butera, con mas razon y mayor comedimiento, recordábalos á los diputados á su tío el duque de Monteleon, y deseoso de hallar como él los ánimos atentos al real servicio, pedia medios de comunicacion y forma para tenerlos.

17. Poco se acordaron de ello los de Barcelona, porque puesto ya en campaña el de la Mota para echar del territorio catalan al enemigo, no pensaron ya mas que en engrosar su ejército, á cuyo fin enviaron nuevas fuerzas con el diputado militar y el conseller tercero, ni atendieron á cosa mayor que prestar subsidios á los militantes. Con este objeto apremiaron á los tardios en cumplir las contribuciones, y acuñaron la plata y oro que requirían de los ciudadanos librándoles recibos para el recobro.

18. La Mota que se dió la mayor prisa en examinar el estado de las plazas fronterizas de Aragon y las partes mas peligrosas de Cataluña, manifestó al regresar en posta á Barcelona que aquellos puntos estaban en su mayor parte bien fortificados. Añadió luego, que por cartas de Paris sabia que el rey su señor había resuelto enviar á Cataluña el ejército de diez mil infantes y dos mil quinientos caballos, que se habia formado para limpiar de enemigos el Rosellon, siendo preferible hacerlo primero en el principado, y acosar luego entre dos fuegos de Francia y Cataluña á los que en el Rosellon quedasen.

19. Á la sazón recorría ya las costas del principado una escuadra auxiliar francesa de diez y ocho galeras y veinte y siete buques de mayor ó menor porte, así de guerra como de convoy, que fue de muy gran socorro, y que aun lo fuera mas, á mandarla sin dependencia de nadie su almi-

rante el arzobispo de Burdeos, Enrique de Sordis. A poco de haber llegado á nuestro mar apresó ya cinco galeones, un patache y dos galeras del español que llevaban provisiones y fuerzas á Rosas y á Perpiñan; luego otras dos que venian de Italia con cargamento para el ejército católico, y poco despues dos mas que llevaban su rumbo á Tarragona.

20. Todo se encaminaba á buenos fines en tal estado de cosas, porque Cataluña cobraba cada dia mas aliento volviéndole á dar favor la buena suerte. Lérida y su partido estaban en disposicion de arrostrar cualquier invasion del enemigo por la parte de Aragon; el ejército francés y las armas catalanas cercaban á Tarragona en número de once mil infantes y dos mil quinientos caballos; el Ampurdan no amagaba sobresalto alguno, y el Rosellon tenia cerrados en pocas plazas á los reales, que expelidos del principado se habian refugiado en Perpiñan, Elna Colibre y algunos otros pueblos, en donde, y mas en Perpiñan que en otro alguno, se veian acosados por el hambre, la miseria y la desesperacion. Los consellers y diputados, que sabian cuanto convenia sacar todo el provecho posible de semejantes ventajas, invitaron á un armamento general á toda la juventud, y aun á los hombres de mas madura edad. Pusiéronles á la vista el estado de la patria, precario aun y en sumo grado crítico; estimuláronles á que acreditasen su valor al lado de los franceses, y á que estos les diesen su amistad y la Francia una mano protectora y su sincera benevolencia, granjeándolo todo mas bien por el valor y por sus hechos, que captándolo por la compasion y lástima que diesen. Sentimientos nobles, ideas grandes y caballerosas que admiraron sus propios aliados y sus mismos enemigos!

21. Sustituyó al mariscal de Schomberg, que tenia á su cargo el Lenguadoc, el príncipe de Condé, á quien se dió el gobierno general de aquella provincia y de la de Cataluña y sus condados.

22. Entre tanto arreglábanse en Barcelona los pactos. y

condiciones á que debía ceñirse el rey de Francia. al prestar su juramento, y bajo los cuales se le sometian los catalanes al conferirle la corona de sus condes: mirábanse en ello con tanta mas solícitud y con mucho mayor cuidado, en cuanto por tal jura se reintegraban sus antiguos derechos, renacian sus fueros y cobraban nueva vida sus altas prerrogativas. Las injusticias y vejámenes que Melo señala como origen de la guerra, cuya historia continuamos; no fueron mas que ocasion que la provocó; porque la verdadera causa existía ya mucho tiempo antes, aunque paciente Cataluña la sufría, y sojuzgada, esperaba remedio de la razon y del convencimiento que de su justicia debian tener los príncipes mas ó menos tarde. El Conde-duque miraba á los catalanes con una aversion inaudita, y de largo tiempo meditaba como la haría sentir al principado. Buscando modo de indisponer el ánimo del monarca, exageraba la independéncia de Cataluña, y hasta proponia el torpe proyecto de hacerla saltar contra su príncipe para quitarla por castigo sus venerables leyes. Las cartas con que incitaba al desafuero á los gobernantes que él habia puesto en la provincia y sus condados, son escándalo á la razon y á la justicia, pues parecen escritas con la hiel de la venganza y dictadas por un enemigo irreconciliable. El fue el primero que osó reclamar de los catalanes la contribucion de sangre llamada el *quinto*; él quien elevó á tribunales extraños causas de que debian conocer los del principado, y no otro alguno; él quien empleó en castillos y plazas fuertes á advenedizos de otras partes, cuando solo los catalanes las debian guarnecer; él, en fin, quien pisando antiguos privilegios por méritos antiquísimos cobrados, mudó, cortó, partió, hizo y deshizo lo que bien le plugo, saboreándose en el mal que así causaba. La memoria de aquel valido debe ser execrable en la historia, y execrada de los que la lean: no es necesario ser catalan para condenar sus arbitrarias felonías, basta ser justo.

23. Por ende los estamentos se llamabau recíprocamente

la atención, para que unos á otros se tuviesen en cuenta lo que cada cual había perdido, por las interpretaciones que habían hecho los ministros del rey católico sobre sus fueros, por las falsificaciones y aun, para mayor iniquidad, por haberlos atropellado cuando no admitían la máscara de capciosos sofismas ó no podían mentirse por lo sabidos. En todo anduvo atenta la diputación; pero como lo que por mas necesario tenía, era elijuramento del nuevo conde de Barcelona, cedió un poco cada estamento, para que sus demandas no diesen lugar á deliberaciones de parte del consejo del rey de Francia, y se prolongase mas y mas el día tan ansiado de la jura.

24. Hallábase ya sitiada Tarragona, y los sitiadores estrechaban á la diputación para que pusiese sobre las armas y enviase cuanto antes la gente que estaba prometida. Aquéjales mas que otra cosa la esperanza que tenían los sitiados de recibir socorro, esperanza para ellos tan segura, que hasta señalaban el día doce de junio como el de la llegada de nuevas fuerzas.

25. Estas debían ser capitaneadas por el marqués de Logañés, que habiendo hecho levás con toda prisa en el reino de Valencia se dirigió á Vinaroz, á donde bajaban tambien las guarniciones de Monzon, Fraga y otros pueblos del reino de Aragon, de lo cual daban aviso los paliers de Lérida, diciendo que iban á embarcarse delante de Mequinzenza en diez barcas que tenían preparadas. El marqués habia reunido, sin contar con las tropas de Aragon, tres mil infantes y seiscientos caballos, y acaso no esperaba mas que la llegada de aquellas para volar al auxilio de Tarragona.

26. La Mota y el conseller tenían sus cuarteles en Constantí, desde donde velaban sobre los enemigos defensiva y ofensivamente; y por si acaso los auxiliares querían pasar por el Coll de Balaguer, hicieron en él un fortín que armaron con cuatro pedreros que pidieron á Barcelona.

27. El enemigo, concentrado en Tarragona, intentó un día salir á forrajear entre el Catllar y Tamarit con parte de su

infantería y caballería: supolo la Mota, y de concierto con el diputado militar, marchó sobre los castellanos. Colocóse la caballería francesa hácia el lado del Calilar, y ocupó la catalana la colina que llamaban de la Cruz en la parte de Constantí: peleóse con valentía, distinguiéndose entre los bravos el tercio de Barcelona, y sacóse al enemigo de la colina que ocupaba, con gran pérdida suya y poca de sus contrarios. Si no exageró D. Francisco de Margarit en la carta que escribió á los diputados, perdieron los reales quinientos hombres que murieron, muchos heridos y no pocos prisioneros, entre los cuales tres capitanes, uno de ellos del regimiento del Conde-duque. De las caballerías que llevaban para el trajin del forraje cogiéronseles siete ú ochocientos, entre caballos y mulas, y añadía el diputado militar que no se habia hecho mas por falta de gente (10 de junio). Temo sin embargo, que el entusiasmo y deseo de contagiario á sus compañeros de Barcelona, para que enviasen á su campo nuevas tropas, no le hiciesen abultar la derrota del enemigo y encarecer el propio triunfo. Concluye el comunicado de la victoria con decir que las balas de los enemigos tocaban á sus soldados y no les herian por milagro del cielo que los protegía. ¡Triste ceguedad de los hombres que hacen á Dios partícipe de sus odios en sus peleas, y le toman mutuamente por juez y protector justos é injustos, atribuyéndole sus triunfos el vencedor, sin reconocer sin embargo su causa injusta por su pérdida el vencido! El castillo de Constantí, desde donde escribía Margarit, estaba lleno de prisioneros enemigos y solo se aguardaba ocasion para entregarlos á las galeras del arzobispo.

28. Aquel año (1644) se repitió en Barcelona en el mes de mayo, uno de aquellos escandalosos motines que tan frecuentes fueron al principio de las disensiones, y que tanta sangre causaron como bienes y riquezas destruyeron. So color del descontento que les daba tal ó tal empleado público, oficial ó magistrado, juntábanse bandas entonces para cometer tropelías á mansaiva entre el desorden que

reinaba y la grande confusion que en todo habia; pero despues, á la vista de los auxiliares franceses y en medio de un pueblo que volvía á equilibrarse poco á poco, no sé lo que admire mas, si la inaccion de los magistrados ó la audaz intencion de cincuenta ó sesenta facincerosos, que llegando del Vallés armados de arcabuces, gritaban *libertad á los encarcelados y muerte á los nobles traidores*. Ese dia ó que me refiero, querian pasar á todo trance por la calle de la Plateria, sabe Dios con que deseo; pero conocieron su maldad los mercaderes y plateros, que se parapetaron haciendo barreras con las mesas de sus mostradores y con cuanto pudo obstruirles el paso, y les dispararon algunos arcabuzos que les hicieron retirar hiriendo á algunos y espantándolos á todos. Así suele suceder; el grito desahogado de un tribuno de mala casta reúne á los malvados; pero así como los reunió un grito, los dispersa el alarido de un lisiado, el triste plañir de un moribundo ó solo la vista de su sangre. Sin embargo no perdieron la esperanza los amotinadores, pues escandalizaron otra vez el mes siguiente de junio (dia 23) diciendo que querian matar á los traidores, y pensando robar la mesa y banco de la ciudad ya que se les habia frustrado su deseo de entrar en la Plateria.

29. Poco antes habia armado la ciudad una compañía de sesenta hombres de á caballo, al cargo de D. Manuel de Sennat, para enviarla á Lérida, y los consellers la encargaron la puerta que daba al mar, junto á la cual se reunian los revoltosos, con orden al capitán de entrar en el baluarte de mediodia y volver la artillería contra ellos, si acaso no se aquietaban como lo hicieron.

30. Conviene ahora volver la vista hacia Perpignan, que era la segunda plaza de consideracion que ocupaban los reales, despues de Tarragona: su importancia la conocia España, y aunque diferentes y repetidas veces la habia enviado socorros para aliviarla el estrecho sitio en que las armas francesas y algunas compañías catalanas la tenian, era en vano desde mucho tiempo habia, y mas aun desde

que la escuadra de Enrique de Sordis paseaba nuestra mar.

31. El Rosellon era para la Francia una provincia citerior, colocada como está Pirineo allende España, y así por su posición geográfica como por las relaciones mas íntimas con las provincias de Francia rayanas á él, era mas fácil ligarlo al cuerpo entero de la nacion francesa. Por esto fue este condado el que mas atrajo la codicia de Richelieu, que por último se determinó á desposeerlo de todo punto, y á último trance, de los restos del ejército español que repellido de Cataluña se habia refugiado y hecho fuerte en Perpiñan, Elna, Clairá, Colibre y algunos otros puntos. Á primeros de junio entró en el Rosellon á la cabeza de ocho mil hombres de infantería y mil de á caballo Mr. de Arpajon, que se apoderó desde luego de algunos pueblos de no muy grande consideracion, dirigiéndose en seguida á Elna, sin la cual no podía tomar á Colibre. Rindióse aquella plaza despues de quince dias de sitio, mas que por necesidad y falta de fuerzas, á la voz de que las contrarias se aumentaban con la llegada del principe de Condé.

32. Bien quisiera el ministro francés acabar el arreglo de aquellas plazas; pero habia prometido ya tantas veces socorro á los catalanes y enviarles poderosos presidios, que al fin y al cabo, para que el principado no conociese que lo que el Richelieu queria era halagarles con promesas mas que cumplirlas, hubo de alentar el ánimo y envió tres mil hombres para reforzar el sitio de Tarragona. Acosada ya por todo género de penurias, anhelaba esta la llegada del auxiliar Leganés con su ejército, ó del marqués de Villafrauca con sus galeras.

33. Cuarenta y una mandaba este, y siete bergantines, que aparecieron el cuatro de julio á la vista de la armada francesa, la cual se dividió en dos alas y abrió anchuroso paso á las galeras del marqués, que osadamente siguieron su rumbo hácia Tarragona por entre las del arzobispo almirante. Veinte y nueve alcanzaron entrar; pero las otras doce y los siete bergantines quedaron fuera, porque la arma-

da francesa plegaba ya sus alas y empezaba á hostilizar con vivo fuego á las naves españolas. El combate fue reñido; quemáronse y fueron á pique algunos bergantines y galeras, apresó una el francés, y la victoria sin embargo se la disputaron mas allá de la pelea entrambas fuerzas, apropiándose la española y franceses. Aunque el arzobispo envió á Barcelona tres banderas enemigas que fueron colocadas á vista del pueblo en la casa de la diputacion, recelome con todo que otro tanto pudieran hacer los españoles.

34. Ello es que Tarragona no fue socorrida por entonces; pero el marqués de Villafranca, segun escribia con fecha de diez y siete del mismo mes Mr. de Argençon, reforzabase con otros buques para repetir el combate ó entrar en Tarragona. Alcanzólo tres dias despues, cuando aquejada por el hambre la ciudad, habiendo estado sitiada por mar y tierra cuatro meses consecutivos, la iba por horas la angustiada alternativa de rendirse ó ser socorrida.

35. El ejército catalan-francés hubo de levantar el sitio con pesadumbre general, porque era general tambien la esperanza, de que rendida Tarragona no le quedaba refugio al enemigo, y este dió rumbo á su armada hácia Rosas y Colibre á donde llevaba socorro.

36. Unos barcos catalanes apresaron por sospechosa delante de Tarragona, una barca que el marqués de Leganés enviaba á los duques de Fernandina y de Maqueda con despachos del rey de Castilla y órdenes de lo que debía hacer la armada en los mares de Cataluña. Reuniéronse los diputados, Mr. de Argençon y el consejo de guerra para deliberar lo que debía obrarse en consecuencia, y oido el parecer de todos, resolvióse que era lo mas conveniente despachar un correo al arzobispo de Burdeos, que estaba en Cadaqués, otro á la ciudad de Gerona, y otro por fin con dobles despachos para el príncipe de Condé y el vizconde de Arpajon, para que viendo los designios del enemigo proveyesen lo mas conveniente, y estando en guardia contra él pudiesen contrarrestar sus designios. (25 de agosto)

37. Pocos dias despues se supo que la escuadra enemiga desembarcaba gente de á pie y á caballo en Rosas, noticia que vino á apoyar y dar mas valor al contenido de los despachos que se dirigian á los duques de Fernandina y de Maqueda. La diputacion mandó guarnecer todos los pueblos y fuertes de la costa mas cercanos á Rosas, y envió cuatro mil hombres de su cuenta.

38. La escasez de gente y la falta del sueldo que aun la hacia mas escasa, pues de la miseria se originaban la fuga, el descontento y las enfermedades de los soldados; la incapacidad de los que se habian formado en las últimas levas, cuando el ejército que sitiaba á Tarragona pedia refuerzo, y la carencia de todo, tenian en alto grado abrumados á la Mota y al conseller tercero, que pedia con viva instancia al sabio consejo y á la diputacion, que enviasen un embajador especial al rey Luis. Aquel debia manifestarle el desconsuelo de los catalanes al ver que Tarragona era aun de los católicos, y rogarle que enviase un ejército poderoso por tierra, y por mar una buena escuadra, ó que reforzase á lo menos el ejército permanente en Cataluña, dándole al mismo tiempo los pertrechos necesarios para bloquear aquella plaza. Debia suplicarle por último en nombre del país, que lo visitase luego; tan seguros estaban de que la presencia del rey calmara la efervescencia de los revoltosos, apaciguaria reyertas, concordaria discordias, inflamaria los ánimos y daría mas y mayor incremento al afecto que le mostraban los catalanes, robusteciendo el cariño á los que lo tuvieran dudoso ó débil.

39. Con este objeto fue nombrado embajador D. José de Viure y Margarit por el principado cerca de S. M. cristianísima, y antes de partir prestó en mano y poder del Diputado eclesiástico juramento, y fe de cumplirlo, de que no cuidaria mas que del pro comunal, sin mirar ni apetecer provecho propio, ni interceder en favor de particular alguno. ¡Alla leccion que debieran tener presente ahora los que cometen el cargo de representar generales intereses, á

quienes los suyos buscan, y por ellos miran mas que por los de su patria!

40. Las guerras de los Países Bajos tenian ocupado al rey sobre manera, y no le permitian venir á Cataluña á prestar el juramento que debia hacer de guardar, cumplir y hacer cumplir los pactos y condiciones, bajo las cuales le prestaban vasallaje los catalanes. Él á lo menos así lo decia, ó por su boca el ministro Richelieu en las cartas que escribia á los diputados: en la fecha á diez y nueve de setiembre mostraba el sentimiento que tenia de no poder venir á jurar personalmente, y de verse precisado á facultar para que le representase á persona calificada y digna, que lo fue el marqués de Brezé, mariscal de Francia, nombrado recientemente virey de Cataluña.

41. Casi al mismo tiempo llegó de Paris la copia de los pactos enviados al rey para que se examinasen en su consejo, y húbolo otra vez de parte de las autoridades de Barcelona, para ver si en algo se habian alterado, y para conciliar la divergencia que acaso hubiese, á fin de obtener mas pronto el ansiado juramento, y poner orden en la administracion de justicia, que era la que mas lo requiría (4). La junta que á tal efecto se nombró dió de mano á todo negocio para no ocuparse mas que de este exámen. Aunque halló alguna diferencia en ciertas cláusulas de la copia, que acrecian el compromiso de la diputacion general del principado, como fue por ejemplo el aumentar de mil hombres el batallon que en vez de somatenes queria formar, para evitar de este modo los desórdenes de una leva súbita y de un armamento repentino; cedióse sin embargo, y sin poner mayor dificultad ni hacer empeño de que se enmendasen tales cambios, se pasó por todo y ya no se trató sino de ver como se recibiría al marqués de Brezé, mariscal de Francia, y su enviado por Luis XIII.

42. En su calidad de virey no tenia mas que seguir la antigua costumbre, pero como representante del rey en el acto solemne de dar su fe á la faz del cielo y su palabra en

presencia de los hombres, en lugar del mismo rey, se investia de un nuevo carácter que le daba mayor prestigio. Determinóse que los *consellers* nombrarian un ciudadano y un militar para recibirle y felicitarle al poner los pies en Cataluña; y al escribir esta deliberacion, marcaron bien aquellos independientes varones que aquello se hacia por primera y única vez por las circunstancias diferentes que se le agregaban al mariscal, de virey y embajador por S. M. cristianísima, y que en adelante se haria del mismo modo que siempre, fuera quien fuese el virey que debiese recibirse.

43. Las tropas del rey católico no se dormian en tanto, sino que hostigando cuanto podian á los pueblos del campo de Tarragona y los fronterizos á Aragon, ponianlos en duros conflictos y reducianlos al ultimo término de la necesidad, para obligarles á la sumision cortándoles toda comunicacion ó incomodándoles con las armas. De los últimos, ninguno acaso se vió por aquel tiempo en mas apurado trance que la villa de Almenar y su castillo. Es Almenar la última poblacion de Cataluña en sus límites con Aragon, en el extremo de un llano que tiene de espacio cuatro ó cinco leguas; domina su castillo una colina al pie de la cual está la villa, á poca distancia del Segre. Embistióla á primeros de noviembre el ejército castellano bajo las órdenes de D. Vicente de la Maura, comendador de Malla, en número de tres mil infantes, dos mil caballos y seis piezas de artillería, y al cabo de tres horas de contienda entró en ella, pegó fuego á la iglesia y cometió crueldades mil, sin respetar lo venerable de las canas, lo tímido de la niñez ni el pudor de las mujeres. El gobernador de Almenar Jaime Guerris; que obró con gran prudencia y procedió con mucho valor defendiéndose y rechazando el enemigo, escribió el cinco de aquel mes al Sr. de la Mota, que se puso en marcha desde luego con todos los infantes y caballería que en los inmediaciones de Lérida contaba: estas fuerzas ascendian entre catalanes y franceses á mil caballos y dos mil infantes, con los cuales se detuvo en Alguaire á una legua del campamento castellano. Al aman-

cer del día seis dirigióse contra el enemigo en órden de batalla, y empezó la escaramuza D. José Amat con su compañía, y con su gente Mr. Duplessis, que peleando con gran denuedo con los primeros corredores contrarios, les obligaron á retirarse y guarecerse bajo los fuegos de su artillería. Las escaramuzas duraron dos días sin que el enemigo saliese á batalla, por cuya razón debió la Mota apartar su ejército del llano por la parte de Alguaire, siguiendo la márgen del Segre. Cuando sus tropas, que estaban casi sin aliento hacia ya dos días, se hubieron restablecido, determinó atacar al castellano entre el río y la montaña, protegido por la noche; y fue su pensamiento tan feliz, que desbaratando cuerpitos de guardia, así de infantería como de caballería entraron en Almenar los señores del Portal y Quartier con veinte franceses tan felices como temerarios. El día ocho por la mañana se presentaron al pie de la muralla un ayudante y un trompeta del enemigo, intimándoles que se rindiesen; pero así el gobernador como Portal y Quartier, respondieron que no accederían jamás á tal demanda; que la plaza había recibido socorro; que aun les abrirían las puertas si les hacían la merced de medir armas con ellos; y que no enviarían ya mas mensajeros con proposiciones tales, si no querían verlos colgados en la puerta ó murallas de la villa. Cuando el general enemigo oyó tal respuesta, mandó que se retirasen los que minaban el fuerte, la artillería tambien y la gente toda. Desde el castillo les hicieron fuego entonces y mataron algunos hombres, pero la Mota que temió un asalto general al oír los tiros, montó á caballo, ordenó su ejército y marchó hácia el enemigo, sobre cuya retaguardia se dejó caer, causándole gran pérdida y batiéndolo hasta cerca de Tamarite.

44. Los castellanos perdieron muchos carros cargados de municiones, los bagajes, armas y pretechos, y mas de trescientos hombres.

45. La Mota se dirigió entonces á Lérida, donde fue recibido con gran festejo, y desde allí envió tropas á diferentes

puntos para socorrerse unos á otros , si necesario fuese , contra cualquier correría de los contrarios.

46. Segun costumbre de todos los años , convocóse el sabio consejo de ciento por la mañana de San Andrés para elegir nuevos consellerses, en reemplazo y mudanza de los del año anterior ; pero el pueblo , ó por mejor decir la clase de artesanos , reclamaba que hubiese seis consellerses en vez de los cinco ordinarios , y que el sexto fuese su representante. Como esta idea habia cundido , y comentábase su utilidad entre el bajo pueblo , á quien atañia , este que es solícito asaz cuando hay ocasion , para reclamar cuanto puede mejorar su suerte y hacer mejor su condicion , amotinóse y llenó las calles que circunvalan la casa consistorial y plaza de San Jaime. Cuando llegaba un conseller decíale mil voces las mismas palabras ; y en aquella confusion y efervescencia avivabase mas y mas el deseo robustecido con los mismos gritos. Los consellerses no podian de modo alguno acceder á tal empeño , porque el cargo de conseller era privilegio concedido para un número fijo por los reyes sus condes , y era obrar contra la ley el alterar el orden por ellos establecido. Sin embargo el pueblo insistia , y alegaba por razon de su propósito , y por apoyo de su razon , los méritos contraídos en la defensa de la ciudad , su generoso desprendimiento , su proceder leal , y hasta su obediencia y sumision citaba para alcanzar lo que pretendia. Los consellerses con todo manteníanse incontrastables sin resolver , y los amotinados se exasperaban por su silencio , que ellos interpretaban de mil modos , y pasaban de las voces á las amenazas hijas de la irritacion , pues en tales casos prenden como chispa en materias muy combustibles la expresion mas audaz y el arrojo mas atrevido en el ánimo de los que conspiran ó se rebelan.

47. Mr. de Argençon , sabedor de aquella especie de asonada , obró de prudente y se mostró sagaz , satisfaciendo la voluntad del pueblo y corroborando sus palabras con la promesa de rogar del rey la competente autorizacion que

sancionase aquel hecho. En consecuencia fueron elegidos y nombrados Galceran Nebot, como conseller en jefe (en cap); Álvaro Antonio Bosser, Ramon Romeu, Onofre Palau, Juan Gerónimo Talavera, y Andrés Saurina.

48. El mariscal de Brezé estaba ya en el Rosellon de camino á Barcelona; pero hùbose de parar allí por el estado del país, y envió por mensajero á la diputacion á Diego Bisbe Vidal, de la villa de Argelés, el cual manifestó que S. E. se había detenido para impedir que cinco ó seis mil infantes que tenia el enemigo en Colibre, llevasen socorro á Perpiñan. Pero la diputacion, á quien lo mas urgente y de mayor necesidad era el juramento para poder arreglar mil negocios pendientes en la administracion de justicia, resolvió que se enviase al síndico del *General* para que prestase juramento y lo recibiese del de Brezé por el rey de Francia en la Junquera, sin perjuicio de repetirlo despues en Barcelona en la debida forma. Los estamentos nombraron tambien tres personas una de cada brazo para acompañar al síndico, y la ceremonia tuvo lugar en dicho pueblo de la Junquera el treinta de diciembre de mil seiscientos cuarenta y uno á mediodia.

49. El mensajero Vidal expuso tambien el desco que tenia el de Brezé de ver á su lado una persona consistorial, para gobernar á los catalanes que militaban en el Rosellon y darles mayor ánimo. Pedía al mismo tiempo dinero para socorrer á los que mas necesitados estuviesen, y aunque la diputacion tocaba la postrer penuria, halló con todo seis mil libras prestadas, de cuya mitad debian pagarse las compañías catalanas de á caballo, destinando la otra para socorros de los somatenes que se formasen para hostilizar al enemigo en aquellas partes.

50. No puedo resistir al deseo de citar los siguientes párrafos de la preciosa historia del Rosellon escrita por Mr. Henry. « Entró Brezé en el Rosellon, quando daba fondo delante de Colibre la tercera escuadra que llevaba subidos á Perpiñan; y sabiendo quanto convenia impedirlo,

« dispuso que se cortase toda comunicacion entre las dos vi-  
« llas. Hizo volver de Cataluña un destacamento de trescientos  
« hombres para reunir siete mil infantes y ocho cientos  
« caballos, y encaminóse á Argelés en donde estableció una  
« línea de trincheras desde el pie de la montaña hasta la mar.  
« Parte de aquel pequeño ejército, á las órdenes de los señores  
« Arpajon y de Argencourt, debia guardar aquel paso, mientras la otra,  
« bajo el mando del mariscal y del Espernan, pasaba montaña  
« allende para defender los desfiladeros del valle de Soreda.

51. « El marqués de Torrecusa, comandante de las fuerzas de la  
« escuadra, concertó con el de Mortara, gobernador de Perpiñan,  
« que le indicaria cuanño debia salir de la plaza para irle al  
« encuentro con la guarnicion, por medio de tres cañonazos  
« disparados en el fuerte de Santelmo. El ocho de enero al  
« anochecer partió el Torrecusa, y haciendo un rodeo, pasó por  
« el collado de Masana, entró en el valle de Soreda, cayó sobre los  
« franceses que no le aguardaban, y detrotólos. Dueño de la  
« montaña, bajó al llano donde estaba la línea francesa, que  
« rompió despues de una enérgica resistencia, y apoderóse del  
« fuerte que la coronaba. Santelmo dió entonces la señal á  
« Mortara que salió de Perpiñan al amanecer con tres regimientos  
« y en direccion á Argelés. Á orillas ya del Masana, riachuelo  
« que entra en el mar á poca distancia de aquella villa, dió  
« Mortara con algunos destacamentos franceses, que él creyó  
« españoles, y al saludo que les hizo segun usanza de entonces,  
« respondieron con una descarga de mousquetaria que le quitó  
« unos cuantos hombres. Así que fue bien de dia, viendo los  
« franceses que habia poco orden en aquella salida, quisieron  
« impedir el encuentro de Torrecusa y Mortara y empeñaron una  
« fuerte escaramuza: Mortara perdió su caballo y Torrecusa algunos  
« de los caballeros que le acompañaban. Reuniéronse sin embargo  
« ambos marqueses, y Brezé, conociendo lo imposible de cortar el  
« paso, se retiró á Sallelas y á

« Elna. Ochocientos catalanes y franceses que habian de-  
 « do en Argelés, tuvieron que rendirse al cabo de tres  
 « días, obligándoles á partir, á los primeros desarmados  
 « y con cabeza desnuda, como rebeldes á su rey, á Catalu-  
 « ña; y á los segundos á Elna sin tocarles las armas.

52. « Libre ya el camino de Perpiñan, Mortara hizo llevar  
 « á la ciudadela sieteientos sacos de trigo, que los soldados  
 « sisaron, sin que á los habitantes les quedase al fin ni un  
 « grano. . . . .

53. « Las tropas que llevaron á Perpiñan las primeras  
 « provisiones, volvieron á Colibre el once de enero, y con  
 « dos cañonazos que disparó Santelmo por la noche, súpo-  
 « lo Mortara; pero como se dejaron las acémilas, Torrecu-  
 « sa que debía volverse en seguida á Cataluña, quiso de-  
 « sembarcar y trasportar los granos que le quedaban, y de-  
 « cidióse á hacerlo por medio de sus soldados. Para ello  
 « mandó hacer cinco mil saquitos, uno para cada infante,  
 « y cuatrocientos mas grandes, uno para cada caballo, y  
 « marchó otra vez el veinte y seis del mismo enero.

54. « Ignoraba Torrecusa la posición de los franceses, y  
 « suponiéndolos apostados á la izquierda del Tech para im-  
 « pedirle el paso, habia resuelto al principio pararse junto  
 « al rio para proseguir su marcha de noche; pero mudan-  
 « do de parecer dirigióse á Sallelas, á fin de que descansa-  
 « sen sus soldados hasta la mañana siguiente, pues muer-  
 « tos de cansancio bajo la doble carga de las armas y del tri-  
 « go, cuyo peso se habia aumentado con la lluvia de todo  
 « el dia, ya no podian caminar. En Sallelas supo Torrecu-  
 « sa que los franceses estaban en San Nazario media legua  
 « lejos, vivaquó por tanto toda la noche, y al amanecer  
 « vió á los franceses que maniobraban ya para circunva-  
 « larle: mandó atrincherar de seguida con los mismos sa-  
 « cos del trigo, y envió á un bosque cercano dos compa-  
 « ñias de mosqueteros. La caballeria francesa corrió detrás  
 « de ellas para aislarlas, diólas una carga y las causó al-

« guna pérdida ; pero Torrecusa envió socorro , y los fran-  
« ceses se hubieron de retirar. Dueño entonces del campo  
« el general español , recogió los carros y bagajes abando-  
« nados por los franceses , y fuese á Elna en donde estuvo  
« dos días. El veinte y nueve tomó el camino de San Na-  
« zario , y cerca de un montecillo llamado *Lo Munt de la*  
« *Terra* , vió á los franceses que alentados con un refuerzo  
« de quinientos caballos recién llegados le estaban aguar-  
« dando. Torrecusa quería ir á Canet para evitar un com-  
« bate ; pero alcanzado por la caballería contraria , hubo  
« de pararse y defenderse. En aquella confusión queriendo  
« sus escuadrones evitar el choque de los franceses , se  
« echaron sobre las compañías de Próspero Colona y de Ro-  
« derigo , las cuales desordenaron , al mismo tiempo que  
« cayendo la caballería francesa sobre las tropas menos  
« aguerridas , metíanlas en un foso donde las hacía fuego la  
« artillería.

55. « El regimiento de caballería de Gassion acababa de  
« coger los bagajes de los españoles , y á estos queriales  
« cercar la retaguardia compuesta de italianos ; pero eran  
« veteranos , y sostenidos por el fuego de dos cañones de  
« campaña , detuviéronlo y se agregaron tranquilamente al  
« convoy. Esta maniobra ejecutada con intrepidez , admiró  
« á los franceses que no osaron atacarles mas , y Torrecu-  
« sa que conoció su indecisión se puso audazmente en mar-  
« cha hácia Perpiñan seguido por la caballería francesa ,  
« que volteando en torno suyo , ponía todo su tino en agu-  
« jerear á tiros los saquitos de trigo que llevaban los sol-  
« dados. »

56. Admirame la cándida sencillez de Mr. Henry , que  
fiado acaso en el manuscrito de su buen Pedro Paschal , no  
piensa que á los franceses les convenia mas horadar el cuer-  
po que los sacos de los soldados. Torrecusa llegó á Perpi-  
ñan , dejó á Mortara el gobierno de Colibre y se volvió á  
Tarragona , en donde estaban aun los reales bajo el mando  
de Butera. Habiales probado mal una tentativa que habían

hecho contra el Veudrell, pueblo que dista cuatro leguas de aquella ciudad, y la Mota les había tambien batido junto á la villa de Valls.

57. Uno de los tercios catalanes se dirigia á Balaguer por disposicion del mariscal que supo que en Tamarite se juntaban los enemigos, los cuales se retiraron poco despues hácia Fraga, para encaminarse desde allí á Tortosa. La Mota se quedó en el campo de Tarragona, donde tuvo algunos choques con el enemigo y le causó algunas pérdidas.

58. Las galeras de Génova gobernadas por Juanetín Doria, sufrieron una gran borrasca aquellos dias, y la capitana zozobró delante de Blanes; pero antes de ir á pique lograron saquearla los marineros de aquella villa, y á mas del rico botin en dinero y alhajas que encontraron, rescataron tambien algunos catalanes de los que habia cogido el marqués de los Velez. Doria fue conducido á Barcelona y confinado luego á Montpellier, donde se dedicó á la medicina, aprovechando las ricas dotes de su talento distinguido.

59. El veinte de febrero se recibió carta del Cristianísimo, fecha en La Haya, en la cual anunciaba su venida; promesa que corroboró despues la siguiente carta que escribió desde Nimes en tres de Marzo.

#### CARÍSIMOS Y MUY AMIGOS:

« Aunque bastaria lo duro de la estacion en que emprendemos la marcha, para atestiguaros cuan de veras deseamos frustrar los designios del enemigo; os lo probaré mas sin embargo nuestra resolucion de socorreros poderosamente. Con este objeto mandamos la presente, para manifestaros que tienen órden de pasar á Cataluña seis mil infantes y dos mil caballos, y mas aun si necesarios fueren. Es nuestro ánimo al partir hácia esos cuarteles el de aliviaros de todo el temor que puedan causaros los esfuerzos que hace Castilla contra vosotros, y libraros de cualquier mal que nuestro enemigo comun pretenda ha-

«ceros. Confiamos que con la ayuda de Dios no tendrán  
«menos buena suerte en Cataluña nuestras armas, de la  
«que han tenido ha poco en Alemania, al cargo del Sr. con-  
«de de Guebrián que ha derrotado completamente al ejér-  
«cito imperial mandado por Gamboy, y parte del de As-  
«feld, cuyos detalles os habrá ya manifestado nuestro primo  
«el mariscal de Brezé. A esto pueden añadirse las buenas  
«nuevas que de todas partes recibimos de la victoria que  
«han obtenido las tropas de Suecia contra el enemigo que  
«las hostilizaba; pero entre todos los triunfos, así propios  
«como de amigos y confederados, sonnos sobremanera  
«gratos los que pueden asegurar vuestro reposo, granjea-  
«ros seguridad y confirmaros mas y mas nuestro buen  
«afecto. Esto rogamos á Dios que os tenga en su santa  
«guarda. Dada en Nimes á 3 de marzo de 1642.»

60. El veinte y tres de febrero llegó á Barcelona el mariscal-virey marqués de Brezé: recibíéronle las autoridades con pompa, y el pueblo con regocijo. Las calles de su tránsito estaban llenas de colgaduras y de adornos de mil especies, en los cuales mostraban los habitantes de Barcelona su alegría, y podía leer el virey la sinceridad del afecto que los catalanes manifestaban, y cuan de veras estaban resueltos á llevar al fin su empeño, puesto que la capital exhausta y pobre festejaba su venida, haciendo esfuerzos de desprendimiento para un hujo que, aunque inútil, lo hacia necesario la buena voluntad. Antes de aposentarse en el palacio que de antemano se le habia preparado en la plaza de San Francisco, ratificó el virey su juramento en la catedral, y el síndico reiteró sus protestas.

## LIBRO VII.

---

### SUMARIO.

Quiere el Católico impedir la entrada de tropas francesas en el principado. — Forma un ejército. — Es su general el marqués de Pobar. — Emprende su marcha. — Es derrotado y hecho prisionero. — La Mota virrey de Cataluña. — Toma de Colibre. — Capitula Perpiñan. — Batalla delante de Lérida. — Muerte de Richelieu. — Sucédole el cardenal Mazarini. — Muerte de Luis XIII.

1. Ya está Cataluña libre, ó por mejor decir, ya ha mudado de señor. ¿ La tratará mejor el francés de lo que la trataba el español? Este se arrepiente ya de haberla provocado, y firma edictos en que la promete cuanto puede apetecer, con tal que de nuevo se le someta ( 2 ); aquel tal vez no la conoce bastante para saber conservarla, y acaso ignora, que aliviada ya de los antiguos sufrimientos, la será mucho mas sensible que el mayor de los padecidos, el mas leve que la sobrevenga de parte de sus aliados. Tanta sagacidad y buena suerte debe tener la España para recobrar lo perdido, como cautela y discrecion la Francia para aprovechar lo ganado. Sin embargo, si es azaroso el porvenir del principado, mas lo es aun la vida de los primeros actores de aquel largo, vasto y terrible drama, el Conde-duque y el Duque-cardenal: sus sinos estan cumpliéndose y los dias de sus vidas, contados, pasan veloces como el pensamiento. Pero no adelantemos los hechos; á cada uno le llegará turno á su tiempo.

2. Decidido Luis XIII á venir á Barcelona, á prestar per-

sonalmente el juramento que en su nombre habia hecho el mariscal de Brezé , como llevamos dicho , atrajo hacia el Lengoadoc regimientos de infanteria y caballeria de las provincias interiores de Francia , que puso á las órdenes de los mariscales de la Meilleraye y de Schomberg. Bajo este supuesto , lo que mas convenia al enemigo era impedir que entrasen en Cataluña , y con este fin determinó enviar al Rosellon , antes que aumentasen en él sus fuerzas los franceses , las que él tenia disponibles en España , que junto con las que habia en Perpiñan y su contorno , podian llegar á siete mil infantes y cuatro mil caballos.

3. Luego , para auxiliar por mar á Rosas y Colibre , envió una escuadra mandada por Yopser Sem , que al cabo de muy poco tiempo apareció en las costas mas cercanas á Barcelona , de donde no pudo pasar los primeros dias , porque teniendo mal tiempo la era imposible dar fondo , y hasta se vió obligada á seguir el derrotero del viento.

4. Era preciso buscar para general de aquellas tropas á un hombre de prestigio sobre Cataluña , y que pudiese poner en accion todo género de medios , hostiles ó amistosos , á fin de recohrar para el rey católico la obediencia de los catalanes y su estado. Puso la corte los ojos en D. Pedro de Aragon marqués de Pobár , que como hijo de los duques de Cardona , conocido y estimado en Cataluña , era el mas á propósito para tal empresa. Enviáronsele soldados de Castilla y de Aragon , por cuya frontera pasó al campo de Tarragona , donde se le agregó la flor del ejército del marqués de la Hinojosa , y hallóse con cuatro mil quinientos hombres bien escogidos y de toda arma. Al cabo de poco recibió orden de partir á marchas redobladas , y sin detenerse en tomar plazas en parte alguna , á cuyo fin se dieron á los soldados viveres y municiones para doce dias. Esta precipitación provenia de que el marqués de Mortara , gobernador de Colibre , habia pedido socorro bien pronto , ofreciendo sostenerse y conservar las eminencias un mes entero , antes de que los catalanes y franceses pudiesen atacar la plaza. En-

gañóse sin embargo, pues el mariscal de la Meilleraye, que acababa de entrar en el Rosellon, le ganó en una tarde todas las cumbres, poniéndole quinientos hombres fuera de combate, entre prisioneros, muertos ó heridos, y persiguiendo á los restantes hasta Colibre mismo, donde comenzó á abrir trincheras y dejó sitiados mas de tres mil hombres y cuatrocientos caballos. Lo primero que batió fue el fuerte real que llamaban de San Juan; pero viendo que la artillería no alcanzaba á reducirlo, rindiólo por asalto, y entrado, pasó á cuchillo la guarnicion, haciendo gracia á muy pocos. Quedaban sin embargo el pueblo y el castillejo de Santa Teresa, que le protegía.

5. La llegada del mariscal de la Meilleraye en el Rosellon abrió camino á los regimientos de infantería y caballería que se enviaron á Cataluña, poniéndose á las órdenes de la Mota en Montblanch, por disposicion del virey. Estas, y las demás tropas que el de Brezé se habia traído consigo del Rosellon, le hicieron á la Mota un poderoso ejército, con el cual podia hacer temible frente en cualquier caso al enemigo.

6. Recibiéronse en esto noticias de Tremp, por las cuales se supo que D. Vicente de Aragon, hermano del marqués de Pobar, habia entrado en Cataluña por aquella parte, y que aunque su gente no era mucha, temian los de Tremp que los sitiase. Intentólo, enviando antes un trompeta á intimarles la rendicion en nombre del rey Felipe; mas habiéndose denegado los sitiados empezaron á hacerles fuego, al que contestaron los catalanes. Viéndose resistido el de Aragon se retiró; pero animosos sus contrarios con el aliento del socorro que la Mota les enviaba, pasaron de la defensa á la pugna, y persiguieron con tanto valor la enemiga hueste, que D. Vicente de Aragon tuvo que retirarse y salir otra vez de Cataluña.

7. Su hermano D. Pedro despues de haber arreglado y provisto sus tres mil quinientos caballos y mil infantes, y haber cargado un numeroso bagaje, salió del campo de Tarragona el veinte y cuatro de marzo (1642) de camino

á la frontera. Los pueblos por do pasaban, y aun los circunvecinos, multiplicaban avisos hácia Villafranca para el viroy, y para la Mota hácia su campamento.

8. Esto sabido, despachó el viroy correos á la corte, al mariscal de la Meilleraye y al Sr. de la Mota, y á este orden tambien de salir con su caballería, que era bastante, y pasando por Igualada picar la retaguardia del enemigo para dar con él en el Llobregat, hácia Martorell ó poco mas arriba por Esparraguera. El de Brezé mandó tambien á los pueblos que al grito de *via fora* levantasen somatenes y persiguiesen continuamente al enemigo.

9. El marqués de la Hinojosa protegía en cierto modo la marcha de D. Pedro, haciendo frente con las tropas que le quedaban á los collados, que defendió con el mayor valor y la mas solícita vigilancia, bajo las órdenes de la Mota. D. José de Viure y Margarit á quien luego hicieron gobernador de Cataluña. La Mota coqueió por la estratagemá del enemigo que lo que queria era impedirle seguir al de Pobar, y dió orden á los regimientos de Aubaye, Bussy, Alés y Moty para que marchasen á Piera, y á las compañías catalanas de D. José Amat y del comendador Enrique Juan, estacionadas en Villafranca, para que siguiesen la retaguardia del enemigo y fuesen á juntarse con sus tropas francesas antes de pasar el Llobregat. Al mismo tiempo revolvióse contra el marqués de la Hinojosa, repelióle, y dirigiéndose á Piera encargó la guardia de los montes y sus cazadas á Mr. de Terrail.

10. De paso por el Arbós, envió D. Pedro un trompeta para que se rindiese este pueblo; pero respondieron sus habitantes, que no fiaban en promesas de castellanos que no cumplieran su palabra, como se habia visto en Cambrils, donde rindiéndose á vida salva los catalanes, les habian ahorcado sin embargo los cabos, atropelládoles con la caballería y derramado por todo el pueblo el esterminio y la muerte; que estaban dispuestos á todo, y que los aguardaban. D. Pedro por no detenerse mucho, siguió adelante,

y al confrontar con Villafranca dejóla á un lado, sin hacer caso de los tiros de la villa y de las grandes voces que daba desafiándole, estando como estaba preparada para el combate, y dispuesta á sostener un sitio. Las compañías de Amat y del comendador, que se hallaban allí, cumplieron la orden que hemos indicado de seguir tras el enemigo y no perdieron tiempo.

41. Así que el virey supo que la Mota estaba en Piera envióle sesenta y cinco *escarabines* de su guardia y algunos caballos, con los cuales el mariscal completó el número de mil jinetes.

42. El enemigo se hallaba á la sazón en San Sadurni, á una legua del paso del rio, y el de la Mota á dos; de suerte que no podian menos de toparse ambos ejércitos, porque el enemigo seguia el camino de Tarragona, y los catalanes y franceses el de Lérida, con una misma direccion en ambos.

43. Habiendo entrado en Barcelona D. José de Viure y Margarit, mandóle el capitán general que saliese en seguida con direccion á San Celoni, y que convocados somatenes, obstruyese el paso al enemigo por aquella parte: verificólo y juntó tres mil paisanos, animosos y decididos todos. Á las tropas francesas que iban á reunirse con las de la Mota, tambien se las hizo hacer alto en San Celoni, y formar un cuerpo con los catalanes que guarnecian aquel paso tan estrecho como forzoso.

44. Al Sr. de Argençon, que venia de París y se hallaba en Gerona, advirtiéndosele que no pasase adelante, y á sus instancias y consejos hizo leva la ciudad de doscientos mosqueteros, que con los somatenes que en su comitorno se alzaron hicieron una fuerza respetable, dispuesta á presentarse á donde mas conveniente fuese, segun avisos que se le dieron á Margarit. Llamóse tambien á Hostalrich la caballeria de Mr. de Terrail para juntarse con las tropas de San Celoni, donde se hallaron para resistir al enemigo seis mil infantes y cuatrocientos caballos, número muy grande en aquellos sitios y casi imposible de romper.

45. Por aviso del virey de Cataluña, hizo pasar el mariscal de la Meilleraye del Rosellon al Ampurdan el regimiento de caballería de Lorena, á quien seguía el de Magalobi, para reunirse con la infantería catalana del batallón de Barcelona y los regimientos franceses que estaban de guarnición en Castellon de Ampurias.

46. El maestro de campo general de la infantería catalana D. José Sacosta apeló á todos los pueblos del Ampurdan hasta Olot, que no son pocos, para que formando un gran cuerpo catalan-francés acabasen de deshacer al enemigo, si alguno se escapaba de las tropas de la Mota ó de las que había en San Celoni y al rededor de Gerona. La ciudad de Manresa, siempre puntual al servicio, hizo cuatro compañías de infantería, con las cuales acudió al Sr. de la Mota y siguió sus órdenes persiguiendo al enemigo en muchas ocasiones, atravesando con este fin lugares ásperos y montañas fragosas.

47. Pero sobre todas las ciudades la que mas se distinguió fue Barcelona, que en menos de seis horas reunió quinientos mosqueteros que los consellers ofrecieron al virey, con promesa de sostenerlos cuanto tiempo fuesen necesarios. Así que estuvieron armados pusieron en marcha, con aviso que de tal socorro se dió en seguida al de la Mota.

48. El veinte y seis partió de Piera la Mota mucho antes de amanecer, para topar el enemigo en el paso del rio, y á las seis de la mañana se le agregaron los dos mariscales de campo Ouchincourt y la Luzerna. Á las ocho le advirtieron sus batidores la marcha de los castellanos, y poniendo sus tropas en batalla en un punto ventajoso, reconoció al enemigo y dijo que descansase y comiese la caballería. Dió orden luego á la mosquetería catalana de que entretuviese con escaramuzas al ejército contrario, para obligarle á dejar la infantería en la retaguardia; y salió tan bien este pensamiento, que pasando el enemigo el rio, dió sobre la retaguardia con los *escarabines* del marqués de Ville y de

Moty , sostenidos por otra fuerza , y cargó con tal ventura , que quitando al enemigo doscientos hombres , entre muertos y heridos , pudo retirarse á dormir aquella noche en Martorell.

19. El dia siguiente hizo marchar sus tropas á San Andreu , que es el primer pueblo despues de Barcelona en el camino que iba al Rosellon , cuando se dirigia el enemigo hácia Tarragona para salir por Mollet al camino real. La Mota entró en Barcelona para recibir órdenes del virey ; en seguida salió otra vez , y con él muchos caballeros barceloneses , dispuestos y decididos á verter su sangre en la batalla que se preparaba. Al llegar á San Andreu , los batidores dieron aviso al general de que los españoles se acercaban á Mollet , que no dista mas que dos leguas de San Andreu , y recibido el aviso marchó contra ellos. En el camino halló los mosqueteros de Barcelona , las reservas de Mirapoix y una compañía de su regimiento ; acampóse aquella noche en un bosque á un cuarto de hora del enemigo , que estuvo en vela la noche entera.

20. Barcelona sacaba fuerzas de su flaqueza y formó quinientos mosqueteros mas , armados , municionados y pagados á cuatro reales diarios de cuenta del sabio consejo ; quedando tan exhausta de gentes la ciudad , que fue preciso dar armas para su defensa á los sacerdotes , así clérigos como frailes.

21. Mientras se ponian sus tropas en órden de batalla , reconoció la Mota al enemigo , el cual marchaba no resuelto á pelear ; pero el francés que tuvo por buena la ocasion , avanzó con su ejército para atacar al enemigo en una angostura que tenia el camino real desde el meson llamado de la Grua (*Grulla*). Entendiéronlo los enemigos , hicieronle frente con lo mejor de su caballería , mandando á los que marchaban adelante que retrocediesen , y dieron ellos la embestida. La Mota empero les recibió con ánimo firme , chocó con ellos intrepidamente y cortóles la retaguardia que dejó en parte derrotada. La caballería catalana , y muy es-

pecialmente los caballeros que habian llegado de Barcelona, mandados todos por el maestro de campo general D. José Dardena, tenian la vanguardia y estaban avanzados, con que fueron los primeros que dieron con el enemigo y le llenaron de pavor con su esfuerzo muy extremado. La compañía de guardias del virey hizo prodigios, y las de Gassion, Saboya, Daubaya, Bussy, Ales y Moty, regaron con abundante sangre del enemigo los campos de combatian. Mil hombres perdieron los españoles, muertos heridos ó prusos, contándose entre los últimos D. Vicente de la Maura, teniente general de la caballería; un sobrino suyo, capitán; el comisario general de la caballería; doce capitanes de la misma arma, cruzados de Santiago, y cincuenta oficiales. ( dia 28 )

22. Aturdidos los castellanos, retiráronse á un valle no muy lejano donde se quedó la caballería, saliéndose á una altura los infantes, mientras la Mota se dirigia á Granollers, lugar distante una hora del campo que lo habia sido de batalla.

23. Á la mañana siguiente, sabiendo por los batidores que el enemigo estaba á caballo y á punto de marchar, corrió á cortarles el paso y á embestirlos en lo mas angosto del camino; pero luego recibió ayiso de que sabiendo el de Pobar que Barcelona enviaba á Margarit á San Celoni, para juntar los somatenes, y no viendo mas que catalanes armados donde no habia soldados franceses, habia quemado todo el bagaje, deslarrétado las mulas y caballos cansados, y vueltose á Tarrasa de donde salió: juzgaba menor mal arrepentirse de la temeridad, que perecer en ella pasando adelante y yendo á una ruina infalible.

24. Volviéndose el enemigo; retrocedió tambien la Mota: al cabo de dos horas de camino le descubrió cuando pasaba un vallado, y luego despues los batidores catalanes lo hallaron puesto en batalla. Entonces avisó la Mota al virey la contramarcha del ejército católico á fin de que Terrail volase á Villafranca para impedirle el paso, entreteniéndolo ó

con quinientos mosqueteros catalanes, que envió vallado allende, mientras refrescaba su caballería. Los mosqueteros y paisanos armados, que ascendían tal vez á quince mil aquel día, ofendían al enemigo escaramuzándole á cada paso, repartidos como estaban en diferentes puntos; y de tal modo detuvieron su marcha, que la Mota llegó con su caballería á Martorell, ganando la delantera á los españoles. Tres horas antes de amanecer el día siguiente encaminóse á Vilafranca, á donde llegó á las nueve de la mañana; allí refrescó su gente, y á las tres anunciaron sus batidores que el enemigo estaba á una hora de la villa.

25. Supo á tiempo D. José Margarit la contramarcha del de Pobar y bajando velozmente el mismo día veinte y nueve, con toda la gente de San Celoni, marchó aquella noche hácia la Beguda y Piera. Quería oponerse al enemigo en aquellos pasos, dado que huyendo el encuentro de la Mota, se dirigiese á Igualada, y desde allí á Urgel, con que se perdiese todo lo hecho.

26. Puesto el enemigo en batalla, fué á reconocer el de la Mota y vió que estaba en lo hondo de un valle esperando sin duda la noche para marchar al abrigo y silencio de su obscuridad, pudiendo volver á Tarragona por dos caminos diferentes que á derecha é izquierda tenía. Pero el general francés hizo ocupar las eminencias de entrambas manos por el regimiento de Santa Eulalia de Barcelona, á quien se agregaron doscientos mosqueteros de Vilafranca, al cargo todos del sarjento mayor D. Francisco Sorribes: mandó luego que se hiciesen hogueras en todas las cumbres de los montes, puso su caballería en medio de los dos caminos detrás de Vilafranca, y habiendo enviado á Mr. de Terrail á la parte de la marina, á mano izquierda del enemigo, aguardó así hasta las cinco de la mañana.

27. No se descuidaba en tanto el gobernador Margarit, que avisado de lo que pasaba, arrióse con su gente hácia aquella parte, y ocupando las colinas mas próximas, hizo tocar cajas y trompetas, para que entendiese el enemigo,

que los pasos del camino de Igualada estaban tomados ya y guarnecidos.

28. La Mota supo de boca de algunos prisioneros recién cogidos que el marqués D. Pedro seguía el camino de la derecha, y se encaminó en seguida en contra suya, habiendo antes enviado á buscar á Mr. de Terrail, el cual se le juntó al amanecer cuando ponía sus tropas en órden de batalla detrás de Villafranca. Formaban la vanguardia el marqués de Luzerna con el regimiento de Monty y D. José Dardena con la caballería catalana; componía la retaguardia Mr. de Ouchincourt; Mr. de Terrail gobernaba dos escuadrones de los regimientos de Rorsés y de Merinville; D. Francisco Sorribes hacía frente á la infantería del enemigo con su tercio de Barcelona y los mosqueteros de Villafranca, de suerte que se atacaba por de frente y por de lado. Los primeros en embestir á la infantería enemiga fueron los mosqueteros que sufriendo las cargas al principio, esperaron dar la suya al llegar á lo alto, y diéronla también y con tanta bizarría que entrando al mismo tiempo con sus caballos el de la Mota, se peleó con tal valor y tan extraño denuedo, que rotos los enemigos, comenzaron á pedir cuartel gritando, ¡ viva Francia! envainando las espadas y rindiendo todas armas. Concedióse cuartel general, y hecho prisionero todo el ejército del enemigo desde los generales hasta los soldados, dióse fin y el mas buen cabo á la mayor victoria de aquella guerra. ( 28 de marzo )

29. Terminado el combate temió la Mota el mayor peligro que suele suceder á los vencedores, cuando cebándose en los despojos del enemigo y desordenándose con el pillaje pasan luego á ser vencidos. Receloso de este daño porque el enemigo se quedaba con todas sus fuerzas, mandó á D. José Dardena, maestro de campo general de la caballería catalana, que permaneciese en órden con su gente, é impuso pena de la vida al soldado que se desmandase. Lo mismo procuró hacer con las demás tropas, y aunque fue imposible recabarlo de todas, bastó esta di-

ligencia para arredrar al enemigo (\*).

30. Barcelona que con la mayor ansiedad esperaba nuevas del triunfo, ó de la derrota, hacía lenguas para preguntar y ojos para ver si llegaba algún mensajero que la sacase de su congoja. Trascurrían las horas que eran siglos para la curiosidad general, formábanse conjeturas, deducíanse consecuencias de cualquier palabra vaga, y sobresaltábanse los espíritus al menor ruido, interpretándolo la esperanza por la voz de un mensajero de felicidades y el temor por un correo de desventuras. En tan perpleja agitación, la tardanza acallaba las lenguas, y el deseo se avivaba, cuando un grito general llenó la ciudad entera, repitiendo la voz de ¡Victoria por nuestras armas! ¡viva la Francia! ¡viva Cataluña! Era el vírey, que habiendo recibido un enviado de la Mota anunciaba al pueblo el reciente triunfo; y cundiendo de boca en boca la noticia entre la alborozada muchedumbre, llenaba el aire la expresión de su alegría y el arrebató de su contento.

31. Los jefes del ejército derrotado fueron conducidos á Barcelona en coches de ricos trenes, y hospedados luego en habitaciones las mas lujosas, tratándoles con hidalga generosidad y noble olvido de que fuesen enemigos. Los demás cabos, oficiales y soldados entraron tambien poco despues, y fueron tratados como pocos vencidos de sus vencedores.

32. La trabajosa vida del soldado, y mas aun en tiempo de guerra, hácenle leves algunas faltas que en otro caso cualquiera y para otras personas fueran sumamente graves; pero hay desmanes de tal naturaleza que ninguna razon los disculpa ni motivo alguno los defiende. De este género eran los que cometieron los franceses en Cataluña despues de la mencionada batalla, mirando el país como tierra conquistada, y sin acordarse que tropelías semejantes

(\*): Debo la descripción de estos hechos de armas á una relación contemporánea.

á las que ellos hacian , habian sido la tea que inflamó la provincia y la robusta mano que la desgajó de España. Ufanos con la victoria , como si á ellos solos se hubiese debido el triunfo , entraron á saco los pueblos cual si fuesen enemigos. Son los catalanes retenidos y generosos , económicos y liberales al mismo tiempo , segun las circunstancias y los casos , y el mismo hombre que se afana largos años en atesorar algun caudal para bien suyo , no lo llorará perdido cuando su honor , el deber , un empeño , ó bien la patria se lo reclamen. Tal desprendimiento no se ve tan de continuo . porque no son frecuentes los casos que lo demandan , como la constante aplicacion é industriosa solicitud de los moradores de esta provincia. Esto nos hace pasar por codiciosos , y semejante codicia , que si la hay es muy honrosa no traspasando los límites de la economia y de la justicia . nos segrega algun tanto de tal cual otra provincia , ó menos laboriosa ó mas fértil y por consiguiente animada de otro espíritu. En este concepto el carácter catalan es algo francés . y por la misma razon debian dolerse doblemente nuestros abuelos de que tampoco respetase Francia lo que no habia respetado España.

33. Mal podía el labrador mirar como hermano á quien entrando en su casa , no solo se tomaba á la fuerza y mal su grado lo que él necesitaba , sino que desperdiciándolo todo , derramaba por el suelo el vino de sus cubas , daba á los caballos los mejores granos de sus hórreos , matábale los ganados , robábale el dinero , quemábale las casas , deshonrábale las mujeres , y sin temor á humana ni divina justicia , blasfemaba de esta , y á aquella la escarnecía en la persona de los magistrados del principado. No correspondia por cierto este proceder á la sinceridad hidalga de los pueblos que como Almenar , Tremp , el Arbos y muchos otros , al saberse adoptados por Luis XIII , respondian animosos á sus enemigos , que moririan antes de fallar á la gratitud que por tal acto debian á la Francia.

34. Tras las quejas de Martorell , Piera y otros pueblos

no muy lejanos de Barcelona, llegaron representaciones de Igualada donde había subido al último desorden la insolencia de los soldados franceses, mayormente del regimiento de caballería de la Mota y de las cuatro compañías de Cassion. Allí no se respetó razón alguna y se holló todo género de atenciones: ni la ancianidad, ni el sacerdocio, ni la candidez de la virginidad y de la inocencia contuvieron el desenfreno de aquella gente con los que la abrían los brazos y la ofrecían hospitalidad. Así el afán sordido de robar de los soldados, y el culpable silencio de sus jefes, mas que remisos en castigarlos, provocaban á la desconfianza á los naturales, que no podían menos demirar con aversión á los que tantos daños y tan grandes perjuicios les causaban. Mas tarde veremos á que condujo esto, y aun de ello deduciremos tal vez consecuencias no muy honrosas al gobierno que protegía á Cataluña.

35. El enemigo, que se había retirado otra vez á Tarragona, probaba algunas excursiones por los pueblos circunvecinos, y en una de ellas sorprendió el marqués de la Hinojosa con cuatro mil hombres y cuatro piezas de artillería á la villa del Vendrell. Eran las cuatro de la mañana del diez y ocho de mayo cuando la atacó, y como sus habitantes apenas tuvieron tiempo para correr á las armas, viéronse al fin rendidos y tuvieron que capitular aunque muy honradamente: los soldados que la guarnecían salieron con sus armas y bagajes, obligados solamente á marchar hácia Tortosa, para volver á entrar otra vez en Cataluña por la parte de Lérida.

36. Por premio de la victoria de Villafranca, recibió la Mota de manos del virey el baston de mariscal de Francia que Luis XIII le enviaba desde Narbona. Poco tiempo después habiendo ido á Francia el mariscal de Brezé, tal vez llamado por el rey, ó acaso para restablecer su salud muy achacosa, le reemplazó en aquel cargo el nuevo mariscal, que á poco fue honrado con el título de duque de Cardona, con el cual le veo apellidado en los escritos de aquella época. Á la par que crecía en favor cerca del rey, ganaba tam-

bien mayor aprecio entre los catalanes , tanto por su talento militar , como por sus prendas personales.

37. Los excesivos calores del verano bajo el cielo del medio-día de la Francia , habian debilitado mucho la salud del rey que necesitaba una atmósfera mas suave y un aire no tan ardiente : fuese á Beziers y de allí adelantóse hasta Montfrin , desde donde escribió á la diputacion mostrando el sentimiento que le causaba el no haber podido llegar á Barcelona á repetir solemnemente el juramento que habia prestado por él el mariscal de Brezó.

38. El ejemplo de Luis alentó algun tanto á Felipe IV , que sacudiendo el yugo en que le tenia el Conde-duque su ministro , se arrancó por una vez de su molicie para acudir aunque en mal hora á Cataluña. No era tiempo ya ; y lo que entonces intentaba hacer debiera haberlo ejecutado cuando D. Íñigo Velez de Guevara mostró con templadas razones la necesidad del viaje del rey , señalando por particular remedio la voz del monarca , para apaciguar los ánimos y acallar las quejas de unos vasallos fieles , cuya razon y no merecido agravio conocia bien el conde D. Íñigo. Partió pues el rey despreciando los amaños del Conde-duque y venciendo sus ardides ; pero fue tan lenta su marcha , que para llegar á Zaragoza estuvo cerca de tres meses , y aun para ello fuele necesario vislumbrar el mal estado de los negocios entre la palaciega falsedad y el general descontento , y que le provocasen las maledicencias de los enemigos del ministro , las quejas de la reina , los clandestinos rebelos y los epigramáticos versos de los poetas , que yendo en bocas y papeles llegaban tal qual vez á sus oídos ó á sus manos (\*).

(\*) Léanse en prueba los siguientes soneto y décima de D. Francisco de Quevedo.

#### SONETO.

Los ingleses , señor , y los persianos  
Han conquistado á Oronz , las Filipinas

Su viaje , como fuera de sazón , fue casi del todo inútil si no contribuyó á la caída del favorito que sucedió el año siguiente.

39. Encomendado el ejército español á los marqueses de Leganés y de Torrecusa , dividiéronlo en dos cuerpos que destinaron al interior de Cataluña el primero , y á las fronteras del Rosellon el segundo , bajo las órdenes aquel del Leganés y este del Torrecusa . En un consejo particular que precedió á la division del ejército opinóse por mas acertado el trasportar las tropas del Torrecusa á Colibre por mar , que llevarlas por tierra expuestas á los encuentros del enemigo y sujetas á los obstáculos que debian vencer hasta llegar á la frontera , donde debian topar con el ejército francés de Meilleraye como sucedió en efecto. Cataluña te-

De holandeses padecen graves ruínas ,  
Lima está con las armas en las manos .  
El Brasil en poder de lusitanos ,  
Temerosas las islas sus vecinas .  
Y Bartolina y treinta Bartolinas  
Serán del turco en siendo del romano .  
La Liga junta y todo el oriente  
Nuestro imperio pretenden se trabuque ,  
El daño es pronto y el remedio tardo .  
Responde el rey , destierren luego á Puente .  
Llamen al conde de Olivares duque ,  
Case á su hija y vámonos al Pardo .

## DÉCIMA.

Cataluña lastimada  
Con mortales desafueros  
Suplicando por sus fueros  
Está ya desaforada ,  
Que suele tal vez negada  
Á los vasallos la audiencia ,  
Apurada la paciencia  
Y cansada la lealtad  
Perder á la magestad  
El respeto y la obediencia .

nia buenos confidentes en la corte que la daban aviso de todas las resoluciones del enemigo, y se le dieron tambien del plan adoptado por Torrecusa, que fue el de marchar por tierra.

40. Perpiñan, sitiado dos años y medio habia, no podia resistir ya mas; y conociendo el francés que para cortarle todo camino de salvacion debia apoderarse de Colibre, único puerto por donde podian llegarle subsidios en armas y municiones, cercólo Meilleraye resuelto á reducirlo atacándolo con artilleria, minándole el fuerte de Santa Teresa que le escudaba y ofendiéndolo de todos modos. Hasta la suerte fue contraria al infeliz pueblo, pues, segun dice Henry, con las ruinas del fuerte, que en parte fue volado, se cegó el único pozo que habia en Colibre, y rindió la sed al que las armas apenas podian.

41. Aunque esta pérdida debia desesperar á los de Perpiñan, no por esto cejaron de su constancia, sino que manteniéndose firmes en su propósito, esperaron que les socorriese Torrecusa. Sin embargo habiéndose alcanzado un breve armisticio, salióse al campo francés D. Diego Caballero, y con conocimiento del marqués de Flores de Ávila que mandaba los tres mil hombres que habia en la ciudad, hizo proposiciones que los mariscales de Schomberg y Meilleraye no aceptaron.

42. El valor de los sitiados era heroico, pues acosados por las armas, el hambre, las enfermedades y la mayor miseria, se mantuvieron hasta el veinte y nueve de agosto en cuyo dia se firmaron los siguientes

*Articulos concedidos por los Sres. mariscales de Schomberg y de la Meilleraye, lugartenientes generales del ejército del rey, al Sr. marqués de Flores de Avila, gobernador de la villa y castillo de Perpiñan, y á su consejo de guerra.*

1.º El martes á nueve dias de setiembre á ocho horas de su mañana, el Sr. marqués de Flores de Avila y su consejo de guerra entregarán á los Sres. mariscales de Francia, ó

á quien estos ordenaren , la ciudadela , castillo y villa de Perpiñan , con toda la artilleria y municiones de guerra que hay de presente , y todo en buena fe. Hasta aquel tiempo habrá treguas entre los de la villa y del campamento , las cuales serán rotas para hacer todo genero de hostilidad , en caso de que el ejército de tierra del rey católico parezca á la vista de la plaza ; pero la capitulacion continuará si la plaza no es socorrida de dos mil hombres de á pie , de mil caballos y de doscientas cargas de víveres en dicho tiempo.

2.º Toda la gente de guerra tanto de caballeria como de infanteria , con todos los cabos , oficiales y criados , de cualquiera cualidad y condicion que sean , saldrán la vida salva , con armas , bagajes , tambores sonando , banderas desplegadas , cuerdas encendidas por los cabos , balas en boca , con seis piezas de artilleria con las municiones para tirar veinte tiros cada una , y municiones necesarias para la gente de guerra.

3.º Saliendo de la plaza se prohibirá so pena de la vida tanto á los franceses como á los catalanes , que agravien á nadie del dicho presidio , ni de palabra ni de hecho , tanto al salir como por el camino : con este fin todo el ejército se ordenará en batalla.

4.º Ninguno de dicho presidio podrá ser detenido por ningun pretexto que sea , y no se tocará á ninguna mujer , niño , criado ni otra persona alguna , los cuales no serán visitados , y podrán llevar sus caballos y demás cabalgaduras que tengan dentro de la villa.

5.º Todos los naturales moradores de la dicha villa que quieran seguir el dicho presidio y la parte del rey católico , lo podrán hacer sin ningun impedimento bajo las mismas condiciones ; y los que quieran quedarse dentro de la villa para poner en orden sus negocios , podrán por el espacio de ocho meses y con toda libertad vender y disponer de sus bienes como mejor les pareciere , y despues retirarse con pasaporte del gobernador.

6.º Se les darán doscientas carretas, ó cien caballos de silla, ó mulas, para llevar los oficiales sus bagajes hasta Colibre: los dichos cien caballos irán por tierra hasta Rosas con cuatro rehenes que se les darán cuando salgan de la villa; dos de ellos irán por mar con el bagaje y enfermos, y los dos otros por tierra hasta Rosas con los oficiales. Estos y los soldados sanos y enfermos irán hasta Tarragona, sin detenerse en Rosas mas que el tiempo necesario para su embarcamento.

7.º Los enfermos y desvalidos serán llevados al puerto de Colibre, en donde se embarcarán con los víveres necesarios para su sustento durante su viaje, á cuenta de S. M. cristianísima, en las barcas que serán preparadas para este efecto: á su tripulacion el marqués de Flores de Ávila dará despues pasaporte, y responderá de su vuelta lo mismo que de la de los caballos, mulas y carros que habrán sido dados: las dichas barcas irán á Tarragona pasando por Rosas.

8.º Podrán llevarse los papeles pertenecientes al rey católico, excepto los títulos concernientes al condado de Rossellon. Antonio de Bin, Rafael Passeral y Francisco Chayn que tienen los cargos del rey católico, serán obligados á dar sus cuentas, y se dejarán rehenes para la seguridad de ios que quieran hacer el viaje de buen grado.

Para que así se cumplan las cosas convenidas, serán luego entregados en poder de los Sres. mariscales de Francia cuatro rehenes, que quedarán hasta el entero cumplimiento de dicho tratado.

Por lo que toca á la marcha del presidio saliendo de Perpiñan, irá á Elna el nueve de setiembre, el diez á Colibre, el once á Bañuls, el doce á Setia y el trece á Rosas.

El Sr. marqués de Flores de Ávila podrá enviar un correo á Tarragona con la mayor diligencia que pueda por el camino real, para anunciar á los generales de S. M. católica el presente tratado; pero cuando vuelva no podrá entrar dentro de la villa, y en caso de no volver dentro del tiempo del presente tratado, no por esto dejará de tener el mismo efecto.

Cuando estas condiciones sean cumplidas, los rehenes se restituirán de buena fe, los franceses á Castellon y los españoles á Rosas.

Fecho en el campo delante de Perpiñan á 29 de agosto de 1642. — El mariscal de Schomberg. — El mariscal de la Meilleraye. — El marqués de Flores de Ávila. — D. Diego Caballero. — D. Diego Fajardo. — D. Juan de Arze.

43. Inutilizado el plan del marqués de Torrecusa, quiso el rey católico sacar provecho de sus armas y de las que mandaba el Leganés, á quien encomendó el sitio de Lérida. Reuniéronse con este fin diez y ocho mil infantes y cinco mil caballos, amen de la artillería, al cargo de los marqueses de Hinojosa, Torrecusa y Mortara. Encaminóse este ejército de Tarragona á Lérida por Coll de Cabra, para reunirse al del Leganés, que bajaba de Aragon contra Lérida para su cerco.

44. Aunque á las armas catalanas las soplabá entonces el viento de la fortuna, hacia ya algunos meses, triunfando no solo en pequeños encuentros, que hemos omitido, sino en combates campales y obstinados sitios, como hemos referido; no por eso menguaba su diligencia y solicitud, y mucho menos el animoso brio del mariscal de la Mota que en seguidas jornadas pasó de Santa Coloma, en donde se hallaba, á Coll de Cabra, de allí á Rocafort, y despues á Sarreal en donde acuchilló algunos enemigos.

45. Sabiendo que el enemigo se acercaba á marchas dobles, dirigióse á Cervera, enviando á un capitán con cincuenta caballos para explorar los movimientos de los contrarios. Reforzó tambien con otro capitán y cincuenta mosqueteros la guarnicion del castillo de Arheca, y pasando á Bellpuig, envió á Lérida un regimiento de infantería francesa, cien mosqueteros catalanes y buen caudal de dinero para la guarnicion.

46. Pasáronse dos dias en que no hubo mas que alguna escaramuza entre las tropas de los dos ejércitos, hasta que al

fin acampó el católico en Villanueva de la Huerta á brevisima distancia de Lérida , para retirarse luego á Torres del Segre.

47. Sucedia esto á últimos de setiembre , y la Mota que de Bellpuig se habia trasladado á Balaguer , salió con direccion á Lérida con todo su ejército compuesto de doce mil infantes y poco mas de dos mil caballos. Acampóse en donde lo habia hecho el enemigo , al cual escaseaban ya los víveres , y que no aguardaba ya mas que la llegada del Leganés para poner el sitio. Esto y la noticia de que se construía un puente sobre el Segre para dar paso á los convoyes que venian de Fraga y al ejército del Leganés cuando llegase , pusieron al mariscal en alguna zozobra. Envió desde luego al conde de Roches Baritaut á Aytóna con cuatrocientos caballos , y órden de acercarse á Fraga para explorar las operaciones del enemigo. Á su vuelta salió de Lérida el baron de Alés para reconocer la izquierda del ejército castellano , á quien cogió cincuenta caballos y dispersó doscientos que habian salido al encuentro de los que él mandaba.

48. El día seis de octubre examinó la Mota todas las vías y caminos por donde podian atacarle , y el siguiente al llegar á los puestos avanzados de Lérida , de regreso de Aytóna adonde habia ido , supo que el enemigo se acercaba en órden de batalla por la ribera izquierda del Segre para atacarle inesperadamente. Encontráronse los dos ejércitos en un llano llamado de las Horcas , en término de Albatarrech y á media legua al sur de Lérida , donde se trabó tal pelea , que prolongándose la batalla con el esfuerzo que á competencia del enemigo valor mas se acrecia hizose largo tiempo dudosa la victoria. Revueltos catalanes y franceses con españoles de todas provincias , no retiraba un escuadron sin que ocupase luego su lugar otro mas alentado , y reemplazándose unas compañías con otras para refrescar el valor á los cansados los que en la general fatiga la sentian menor : duró el combate ocho horas desde las diez de la mañana hasta al anochecer del dia siete. Hubo de retirarse Leganés á Torres de

Segre y de allí á Fraga, por el puente que de autemano se habia construido, sin bochorno ni mengua por su pérdida, que otra igual le costaba á su enemigo, pues fueron muy pocas las ventajas que el mariscal reportó de esta jornada.

49. Volvió la Mota á Barcelona, donde prestó juramento en su calidad de virey el día cuatro de diciembre, por no haberlo podido prestar antes por sus ocupaciones continuas.

50. Aquel mismo día murió en Paris el cardenal de Richelieu á quien estaba encargado, largos años habia, el gobernarle de la Francia. Hombre extraordinario sobre todos los políticos de su época, reunió todas las cualidades buenas y malas que mas podían encumbrarle á la alta esfera de valimiento que alcanzó cerca del rey. Educábase para las armas cuando murió su hermano Alfonso obispo de Luzon, y propusieronle esta dignidad, que se hacia hereditaria en su familia por haberla ya tenido un tío suyo antes que su hermano. Richelieu, que descubrió un anchuroso campo á su ambicion, admitió el obispado, y fue consagrado en Roma á los veinte y dos años de edad, trocando la espada por el báculo. Desde entonces se revistió de un carácter hipócrita y embelecador, insinuóse ventajosamente en el ánimo de la reina Maria, madre de Luis XIII, mostró poco á poco su profunda sagacidad y sus acertados consejos, marcó señaladamente los resultados de su política, hizose necesario en cierto modo en el consejo, y aunque su estrella se escondió alguna vez, buscáronla sus mismos rivales porque la querian por guia. Cuando estuvo allegado al rey desplegó todas las alas de su genio, alzóse sobre todos en el favor del monarca, á quien llegó á dominar, y entonces puso en planta de continuo el ardid que mas le valió cada y cuando se le mostró resentido el rey de Francia: hacia dimision del ministerio y quedaba mas afianzado que nunca. Para llegar á este valimiento y formarse tanto ascendiente sobre Luis no perdonó medio ninguno, lícito ó injusto, razonable ó violento: fue ingrato con sus bienhechores y mas que con na-

die con la reina madre, su poderosa protectora, y sobre ingrato fue vengativo, cruel y falso. Constante en sus propósitos y con una voluntad de hierro para cumplirlos, encubría su ambición con una máscara engañosa que conservó hasta en el lecho de muerte. Por ojeriza contra el Conde-duque de Olivares inflamó la guerra en Cataluña, paliando su deseo de venganza con el medro que hacia la Francia en la alianza del principado contra España, ó con la adquisicion del principado mismo; pero su verdadero triunfo se cifraba en humillar al Conde-duque bajo el peso de su inteligencia superior.

51. Á su muerte escribió el rey esta carta á los diputados de Cataluña.

QUERIDOS Y MUY AMADOS:

«Nadie ignora los grandes y señalados servicios, que  
 «nuestro muy querido y amado primo el cardenal de Ri-  
 «chelieu nos prestó, y con cuan buenos resultados pros-  
 «peró el cielo los consejos que él nos dió; y nadie puede  
 «dudar que sentiríamos como es debido la pérdida de tan  
 «fiel y buen ministro: por tanto, queremos que sepa todo  
 «el mundo cual es nuestra pena y cuan cara nos es su me-  
 «moría, por los testimonios que de ello daremos siempre.  
 «Pero como los cuidados que debemos tener para el go-  
 «bierno de nuestro estado y demás negocios deben ser pre-  
 «feridos á cualquier otro, nos vemos obligados á tener mas  
 «atencion que nunca, y á aplicarnos de tal modo que poda-  
 «mos marcar los progresos que ahora habemos, hasta que  
 «quiera Dios darnos la paz que ha sido siempre el objeto  
 «principal de nuestras empresas, y para cuyo logro per-  
 «deremos si es menester la vida. Con este fin hemos de-  
 «terminado conservar en nuestro consejo las mismas perso-  
 «nas que nos han servido durante la administracion de  
 «nuestro primo el cardenal de Richelieu, y que le sustitú-  
 «ya nuestro muy caro y amado primo el cardenal Mazarini.

« que tantas pruebas nos tiene dadas de su afecto y fidelidad é inteligencia cada y cuando lo hemos empleado , sirviendonos muy bien y como si hubiese nacido vasallo nuestro. Pensamos sobre todo , seguir en buena concordia y union con nuestros aliados , usar del mismo vigor y de igual firmeza en nuestros negocios como hasta ahora , en cuanto permitan la razon y la justicia , y continuar la guerra con la misma asiduidad y con tantos esfuerzos como desde que á ella nos obligaron nuestros enemigos , y hasta que locándoles Dios el corazon , podamos contribuir con todos nuestros aliados al restablecimiento de la paz en la cristiandad , de tal manera , que en lo futuro nada ya la turbe. Hemos creido oportuno comunicaros esto , para que sepais que los negocios de esta corona irán siempre como hasta ahora , á mas de que miramos siempre con particular cuidado quanto concierne á vuestro principado de Cataluña para guardarlo de todos los esfuerzos del enemigo. Queridos y muy amados nuestros . Dios os tenga en su santa guarda. San German de La Haya á los 12 de diciembre de 1642. »

52. Era Mazarini de nacion italiano , discípulo del cardenal y hechura suya : adoctrinado por tal maestro , su política debia ser la misma , y poco debia torcerse el rumbo de los negocios puesto él á su frente. Á poco de haber recibido la carta del rey , tuvieron otra los diputados catalanes escrita por el nuevo ministro , lisonjera á mas no poder si eran sinceras sus palabras. Decía así :

#### SEÑORES :

« Como la pérdida que ha sufrido la Francia por la muerte del Sr. cardenal duque no podia ser mayor , tampoco puede ser mas justo el dolor que sentis por ella vosotros en particular. Nadie mejor que yo sabe el grande afecto (*passion*) que tuvo siempre por mantener vuestro

« bien, y yo soy testigo del gran cuidado que tenia de pro-  
 « curaros todos los medios necesarios para manteneros en  
 « la dulzura del dominio que vosotros mismos os bus-  
 « cásteis. Por esto solo, cuando no fuese por la inclinacion  
 « que tengo á la prosperidad de los negocios del rey, de los  
 « que forman parte los vuestros, y cuando no me moviese  
 « la generosa resolucion por la cual os disteis á S. M., seria  
 « indigno del ruego que el gran cardenal hizo al rey al  
 « morir, de que me diese parte en la conducta de su esta-  
 « do, y faltaria á sus grandes máximas de gobierno, que  
 « tan francamente me comunicó, si no estuviese firme-  
 « mente resuelto á contribuir en cuanto de mí dependa á  
 « vuestro establecimiento total, probándoos por la continua-  
 « cion de mis servicios cerca de S. M., que nadie será con-  
 « mas verdad que yo vuestro afectísimo servidor.

## EL CARDENAL MAZARINI.

« S. German de La Haya 22 de enero de 1653. »

53. En enero de mil seiscientos cuarenta y tres fueron llamados á Barcelona, para prestar juramento de fidelidad al rey de Francia en manos del mariscal de la Mota, los prelados y señores que á ello estaban obligados, conminando con el público enojo y la tacha de contumacia y rebeldia á los que se mostrasen renitentes ó tardíos.

54. Los castellanos se habian señoreado de las márgenes catalanas del Ebro, cuyos lugares no podian oponerles resistencia, y habianse hecho fuertes en el pueblo de Miravet y su castillo. Miravet está situado á caballero sobre el rio, y el castillo á caballero sobre Miravet, á una altura elevadísima y casi inexpugnable, pues por la parte de la montaña le sirve de base una roca pelada y gigantesca, y por la del rio es escabrosísima la subida é impracticable un asalto. Sin embargo los castellanos se habian hecho dueños, entrando primero en el pueblo por la parte superior que mi-

ra río arriba y poseían ya parte del castillo, cuando llegando inesperadamente la Mota los echó de él y sacó del pueblo, matándoles quinientos hombres y haciéndoles mil prisioneros, que entraron en Barcelona á primeros de mayo.

55. En el valle de Aran había habido tambien una asonada de aragoneses que acudieron á Castell-lleó para sublevar todo el valle; pero sus conatos fueron inútiles, pues á poco rindió aquel fuerte D. José de Viure y Margarit gobernador de Cataluña.

56. El rey cuya salud flaca ya de largo tiempo se habia empeorado con las fatigas del último viaje, con los cuidados que abrumaban su espíritu vacilante y con la inquietud en que le tenían las multiplicadas contiendas de sus estados, volvió á Dios su débil alma el catorce de mayo de aquel año (1643).

## LIBRO VIII.

### SUMARIO.

Cae el Conde-duque. — Síntomas de reconciliación con España. — Entran los castellanos en Lérida. — Representa y quéjase Cataluña. — Harcourt reemplaza á la Mota, y Condé á Harcourt. — Sitio de Lérida. — Parte Condé y le sustituye Mazarini, y á este el mariscal de Schomberg. — Sitio de Tortosa. — Venida de Mercoeur. — Peste y hambre. — Alojamientos.

1. Volvamos ahora la vista á España y fijémosla en la corte, retrocediendo al mes de enero (1643). Los continuos desaciertos del Conde-duque, la decadencia del poder español desde que él guiaba la nave de la nación, su torpe tacto, su falsa política, el enfado de la reina ofendida contra él, y los esfuerzos reunidos de los enemigos del duque en la corte de España y en la de Austria, alcanzaron al fin su destierro que se firmó en diez y siete de aquel mes. Relegósele á Toro, en donde sobrellevó con ánimo firme su desgracia y escribió un libro contra la calumnia; pero á poco murió de muerte súbita, que dió mucho que hablar por lo inesperada. Pocos la creyeron natural, algunos efecto de un dolor concentrado y escondido por la pérdida privanza, los más la achacaron á un veneno administrado por los suyos para poner término á sus días. El rey quiso llevar por sí mismo los negocios de la nación ayudado solamente de sus secretarios; hizolo algun tiempo; pero al fin descargó este peso en hombros de D. Luis de Haro, sobrino del Conde-duque.

2. Mas y mas trabajada cada dia la provincia, no tante

por la guerra como por el desórden que ponian en todo los franceses , á quienes los naturales empezaban á mirar como invasores , elevó Cataluña al rey un memorial de sus desgracias , con breve pero sentida cuenta de sus padecimientos. Reiteró sus quejas y las hizo mas graves por el mal trato de la soldadesca : dolióse de que esta y sus cabos y oficiales osasen requerir á viva fuerza de los pueblos recibos de sus deudas y testimonios de pago para frustrar las reclamaciones de aquellos : representó contra los asentistas franceses que hacian granjerías enormes y fraudulentas con el cambio de la moneda , y suplicó que se la tuviese en consideracion la esterilidad de sus tierras que por falta de cultivo negaban los frutos , cuando se la pidiesen subsidios.

3. Para dar remedio nombró la Francia un visitador general , cargo que equivalia al que tuvo Argençon , y lo fue Pedro de la Marca , consejero del rey , antiguo presidente en el parlamento de Navarra y recién electo obispo de Conserans. Mas esto era poco alivio para el sufrimiento del principado , en el cual no se empleaban ya mas que franceses para el desempeño de cargos y oficios que debian llenar los naturales ; segun la ley de sus tratados y las promesas del juramento.

4. Esta deslealtad calmó algun tanto la irritacion general contra Castilla , y empezó á leerse y meditarse el manifiesto de Felipe IV publicado el año anterior. En él se relevaban los tuertos y fechorias de los franceses , con lo cual se legitimaban y hacian mas justas las reclamaciones de la provincia , y sincerándose el rey se descargaba de las culpas de que le habian acusado. Prometia por último un olvido total de lo sucedido hasta entonces , y mostrábase elemente y bueno hasta con los que mas le habian ofendido.

5. Semejantes palabras minaban el afecto de los catalanes al gobierno intruso , que entonces se debilitó mas y mas con los descalabros que sufrieron las armas propias y las francesas.

6. El general español D. Felipe de Silva queria tomar á

Balaguer, contando con un ejército de catorce mil infantes y cuatro mil caballos. Acudió al socorro el mariscal de la Mota con sus tropas, y cerca ya de Bellpuig supo que Silva había dejado á Balaguer y pasado el Segre con direccion á Lérida; y aunque él quiso retirarse tambien para emprender el sitio de Tarragona, á cuya mar se acercaba la escuadra naval francesa, habido consejo se siguió otro dictámen.

7. Salió al encuentro de los españoles y chocaron sus ejércitos: anduvieron revueltos largo tiempo escuadrones y compañías, indecisa la victoria, propicia ahora á los franceses, luego á los españoles, igualándose tan pronto las armas y el valor como menguando en detrimento ya de un ejército ya de otro, hasta que rompiendo el Silva por entre los franceses, á quienes faltó la caballería, se quedó triunfante. Perdió la Mota artillería y convoy, hicieronle mil prisioneros y refugióse en Cervera, á donde fueron luego los desbandados. Pérdida tuvieron los españoles; pero no tan grave. ( 13 de mayo de 1614 ).

8. Alentáronse con la victoria los castellanos, y aprovecharon la ocasion para cercar á Lérida que no tenía mas amparo que el de su guarnicion, y que al fin debió rendirse á últimos de julio, despues de haber esperado en vano el prometido socorro de la Mota, que se había reforzado en Cervera y Balaguer. Dos dias despues de rendida entró en ella Felipe IV, mostró á sus habitantes grande afecto; y para dar ejemplo á Cataluña, juró respetar sus privilegios y acatar los de la provincia entera y sus condados con todas sus prerrogativas (3).

9. Encaminóse la Mota á Tarragona para ponerla sitio con su ejército, y cubrir el desdoro de la reciente derrota con la toma de la ciudad. Sus habitantes que miraban con mas odio cada dia á los franceses, acrecentándose con las noticias de su mal comportamiento en los pueblos del principado, deseaban, mas que defenderse encerrados, salir y batirse en campo raso. Con este deseo y el afan de aliviar el

cercos salieron el día veinte y dos de agosto con tal impetu y tanto brio, que traspasaron las líneas enemigas y clavarou cuatro cañones, sorprendiendo al enemigo así por lo inesperado del ataque como por la audacia de su valor. Recobraron la serenidad los franceses y no con gran trabajo rechazaron á sus contrarios, que volvieron á entrar en la ciudad.

10. La Mota, á quien ofendió el atrevimiento de los sitiados, intentó el asalto el día veinte y cuatro por las brechas que habia abierto la artillería; mas aunque hicieron proezas de valor y actos de temeridad los sitiadores, rivalizáronles los sitiados en bravura y arrojo, sin mas fruto unos y otros, que el cansancio y la fatiga.

11. En catorce de setiembre escribió la Mota á la diputacion, anunciando que levantaba el sitio de Tarragona, porque creía mas provechoso que tomar esta ciudad el detener al enemigo, que entretanto intentaba ocupar los lugares que hay desde Urgel á Cervera y retirar á Lérida los granos que encontrase. Añadia que para tal resolucion habia oido el parecer del marqués de Brezé, almirante de la escuadra francesa, y de los oficiales catalanes y franceses; pero esto no impidió que se levantasen contra él fuertes enojos, y que al fin se pidiese su destitucion á la corte.

12. Al salir Felipe IV de Lérida para volver á Madrid, encargó con tantas veras á sus capitanes que guardasen todo género de atenciones á los habitantes de Cataluña, y tal dulzura mostró á los de Lérida durante su permanencia, que le valió mas su viaje que la mayor victoria. ¡Cuánto mas valiera que desde el principio de las disensiones lo hubiese hecho, escuchando los sabios y prudentes consejos del conde de Oñate! Se me podrá responder que no llegaban á sus oidos, ni podian llegar, cuando el privado falsificaba una correspondencia para el rey quedándose él con la verdadera, á fin de tenerlo ignorante de lo que en su reino acaecia. Culpa del monarca fue, pues aun conocido este engaño no le castigó: culpa tambien, aunque esto no

hubiera, pues no es difícil traslucir la verdad de asuntos de tal cuantía en los palacios de los reyes, donde los rivales desfiguran los hechos que los parciales elogian, donde los amigos exageran, los contrarios mienten y los indiferentes razonan. Incuria suya fue y grave negligencia que ocasionó horribles males cuyo primer remedio era útil todavía, aunque tardío. Balaguer, Ager y Agramunt se rindieron casi simultáneamente.

43. Estas pérdidas, la rendición de Lérida, la batalla perdida anteriormente y el abandono del sitio de Tarragona fueron el menguante de la fortuna de la Mota en Cataluña, á quien se acusaba y hacían graves cargos de fraudes y depredaciones sobre los bienes secuestrados, y mayormente sobre los del duque de Cardona con cuyo solo título no se contentaba.

44. Representó Cataluña con mas instancia que nunca, y contestó con una independencia que asombra y con hermoso desenfado al estado que había enviado la Francia de los gastos que tenía la corona en favor de Cataluña. Como usurero que cuenta las cantidades que anticipa á su deudor y las anota detalladamente para que no se le pueda desmentir, de esta suerte la Francia abultaba en larga lista los desembolsos que mas como madrastra que como madre hacia al principado. Con esto parecia que se quisiese acallar la anhelante voz del que sufría; pero no hizo mas que robustecerla, pues levantándola mas alta respondió con justas razones: « Nuestros erarios se han agotado y están exhaustos; « hasta de nuestras fortunas particulares hemos gastado el « último sueldo; danos fuerza para recobrar la paz, miranos « como hijos verdaderos, y á tu sombra recompensará des- « pues nuestro afán todos tus desvelos y solicitudes. Si tu « gastas el oro de tus arcas, nosotros prodigamos la sangre « de nuestros pechos, y si combaten tus soldados, hijos pre- « feridos tuyos, tambien combatimos nosotros, con ellos « siempre y á veces tambien solos. Al mando de Margarithhe « nos apagado el fuego que se encendia en el Valle de Aran,

« sin arredrarnos las nieves ni detenernos lo escabroso de  
« sus breñas. En la derrota que delante de Lérida sufrió  
« nuestro virrey, tu mariscal, el tercio que mandaba D. José  
« Saportella de inmortal memoria, sucumbió todo entero,  
« mas muerto que herido, mas herido que prisionero, sin  
« apartarse del peligro en el mas apurado trance prefiriendo  
« el valor á la vida, aun abandonado de tu caballería. Allí  
« murieron tambien los soldados de que habian hecho leva  
« Igualada, Cervera y otros pueblos de la Sagarra, y aunque  
« á tales golpes debiera menguar nuestro aliento, se aumentó  
« todavía y corroboróse con la esperanza de que pronto llega-  
« rian tus prometidas tropas. Hicimos otra leva para auxiliar-  
« las y agotamos nuestros recursos para sustener á los sol-  
« dados; pero la venida de los tuyos se retardó, y por no lle-  
« gar á tiempo previnose el enemigo circunvalado en sus  
« fuertes, y se ha hecho formidable. Ufano con sus victorias,  
« orgulloso con su grande ejército y alentado con la venida  
« del rey católico y las asistencias que de continuo recibe, na-  
« da habrá que no emprenda, mientras que el ejército de la  
« Mota se halla desigual, mucho menor, indisciplinado, re-  
« celoso é incapaz de llegar á las manos con el contrario  
« sin desventaja. ¿ De qué nos han servido las grandes sumas  
« que enviaste si el que con ellas debia proveer de víveres  
« y municiones á las plazas, ha permitido que Lérida su-  
« cumbiese mas al hambre que á los ataques del enemigo?   
« Nosotros mologramos nuestro ardimiento, porque la floje-  
« dad de los que mandan en nombre de la Francia y su des-  
« cuido en no impedir con tiempo los planes del enemigo,  
« nos lo hacen vano. Si el ejército francés no hubiese estado  
« ocioso cuando era flaco el español ¿ fortificaráse este? ¿ tu-  
« vieran espacio tus soldados para intentar contra nosotros  
« desacatos y tropelias? ¿ Qué se hacia entre tanto? come-  
« tianse excesos en la distribucion de las haciendas secues-  
« tradas, empleábanse en lo que no debieran sus productos,  
« y, so color de mal afectos, sacábanse de sus casas con in-  
« cierto destino á hombres respetables así civiles como mi-

« litares y eclesiásticos, infringiendo las leyes de la hospitalidad los tuyos, si nos miran como aliados, y mucho « mas aun si nos tienen por hermanos. »

45. Estas ó semejantes palabras, que la diputacion decia al rey con claridad y sin ambages, sobresaltaron algun tanto á la corte de Francia que llamó en seguida al mariscal de la Motta para que diese cuenta del estado de Cataluña y sus negocios, encomendando su autoridad á Mr. de Terrail durante su ausencia. Á lo menos así lo decia el rey en una carta, en la cual encargaba á José de Viure y Margarit y á Pedro de la Marca que ayudasen á Terrail en cuanto concerniere al bien público.

46. La Marca en su calidad de visitador hubiera podido hacer mucho para el principado; pero mas propio para las letras que hábil para los negocios, en vez de impedir que se hollasen prerogativas y derechos, así civiles como eclesiásticos, entreteníase buscando su origen en los archivos, y la historia de sus concesiones en la de las familias ó corporaciones que los gozaban ó debían gozar.

47. Sentíase ya el frío del invierno, y aunque los castellanos intentaron pasar al marquesado de Pallás y tomar á Tremp, rechazáronlos, y el rigor de la estacion no les dejó repetir sus ataques. Habia alguna escaramuza entre las fuerzas que guarnecían plazas cercanas, dominadas unas y otras por uno y otro bando; pero no tuvieron consecuencia que merezca mencion ni recuerdo.

48. Arreglábase entre tanto en Munster, capital de la Westfalia, un tratado de paz general entre los príncipes de la cristiandad, y para informar al plenipotenciario de Francia sobre los derechos, usos y leyes de Cataluña, habia pedido el rey un hombre docto y entendido. Pareció á propósito el regente de la audiencia de Barcelona Francisco Fontanella, y fue luego despachado.

49. El plenipotenciario por España fue el famoso D. Diego de Saavedra Fajardo, gloria de nuestra patria comun. honor de nuestra literatura, varon de gran prudencia y de

acertado consejo. En ninguno mejor que en él podía poner los ojos España en tan espinoso negocio. Facúltóle el rey para oír, proponer, ajustar, capitular, establecer y firmar la paz, é instituir sobre ella cualesquiera tratados y admitirlos, como consta de sus credenciales; nadie merecía mas tal distincion y confianza, ojalá hubiera sido siempre tan feliz el monarca en la eleccion de sus ministros. La Francia tuvo por representantes al duque de Longueville y á los condes de Araux y de Laroche.

20. Indicaré de paso que habiéndose dado posesion en Barcelona á los veinte y ocho del mes de setiembre del año cuarenta y tres á los inquisidores electos por el rey de Francia, que fueron el doctor Ferran y el canónigo Pla, traspasaron luego los límites de su jurisdiccion, queriendo entender de causas civiles y criminales. En tiempos no muy remotos al suyo habian sido omnimodas las facultades del tribunal inícuo que por antifrasis se llamaba santo, y procurando recobrarlas los inquisidores nuevos dieron lugar á mil quejas. Aunque desoidas al principio reiteráronse tanto, que al fin y al cabo les mandó el rey por carta fecha en París á los veinte y tres de diciembre, que no se entrometiesen mas que en las materias concernientes á la fe, siguiendo su institucion y establecimiento.

21. El descontento general y la mengua del crédito francés en Cataluña requirían que se atendiesen sus representaciones, y obtuviese nuevas fuerzas para recobrar lo perdido en Tarragona, Lérida y campo de Urgel. El principado descaba tener por virrey y capitán general á un príncipe de real sangre, y la corte para cumplir una vez tantas ofertas y promesas siempre vanas, reemplazó á la Mota con el serenísimo conde de Harcourt (\*) que entró en Barcelona el veinte y dos de marzo.

(\*) Feliu lo llama Alencurt, Henry le apellida Alincourt, los diccionarios del archivo de la corona de Aragon le nombran Harcourt, el rey en sus cartas tambien, y él en las suyas se firma siempre *Henry de Lorraine*. Enrique de Lorena.

22. Recobraron los catalanes con su venida alguna esperanza, que fue en aumento á cada triunfo de los que obtuvieron á poco el nuevo general.

23. Púsose en campaña con parte del ejército, que gobernó personalmente, y dirigióse á Urgel á comenzar sus operaciones. Bastaron sus amenazas para apoderarse de Agramunt, y aunque esperó lo mismo de Camarasa, no fue así sin embargo, porque teniendo un buen castillo que defendía el paso de un puente del Segre, procuraron conservarlo para tener siempre libertad de entrar en el llano y tener sujetos todos los pueblos circunvecinos. D. Andrés Cantelmo, general del ejército español, juzgaba tan necesaria aquella plaza, que habiéndola visitado pocos días antes, reforzó y proveyó de municiones para una larga defensa á su guarnición que constaba de mil doscientos hombres.

24. Harcourt se avanzó hasta Liñola, á una legua de Balaguer y á dos de Camarasa, desde donde envió á Mr. de Saint-Onéz, mariscal de campo, con mil infantes y seiscientos caballos para que reconociese la situación del enemigo y embistiese á Camarasa si lo creía á propósito. Acompañó al mariscal el maestro de campo del batallón catalán D. José Sacosta, y reconocidos los puntos dióse principio á los fuegos. Los castellanos se resistieron mucho al principio; mas al fin hubieron de retirarse al castillo, resueltos á defenderse allí como pudiesen. El gobernador de la plaza, hombre de ánimo valiente, alentaba el de los suyos, mientras despreciando sus tiros se les acercaban los franceses, ofendiéndoles de tal modo que se rindieron á discreción. Ocupó el puente el maestro de campo Sacosta, temiendo que el enemigo enviara refuerzo á los sitiados, como sucedió, llegando al mismo tiempo que la plaza se rendía: repelió Sacosta, y quedó Camarasa en poder del conde de Harcourt, cuyo el puente, é impedido el paso á las tierras de Urgel.

25. Antes de entrar el virey en Cataluña había encargado en Perpiñan al conde Duplessis, que con la gente reunida en el Rosellon fuese á sitiar á Rosas. Atacóla el veinte y siete

de marzo, y empezó á batirla el diez y nueve de abril. Era su gobernador D. Diego Caballero y formaban su guarnicion tres mil hombres decididos, que en diferentes salidas hicieron algun daño al sitiador. Pero este tenia mayor fuerza, y érale de grande auxilio la armada francesa que estaba surta delante de la villa. Segun cuenta Feliu de la Peña, reforzados los franceses con la gente que desembarcó la escuadra, lograron acercarse á un foso que estaba lleno de agua, y echando en él una barca que les sirvió de puente, abrieron tres minas en la muralla, de las cuales pegaron fuego á la primera el veinte y cinco de mayo, aunque sin efecto. El veinte y siete volaron parte de la muralla, y abriendo brecha para cincuenta hombres, asaltaron el veinte y ocho con grave pérdida de sitiados y sitiadores, aunque mas sensible para los primeros, que diezmados ya por las enfermedades y las salidas, capitularon con honrosos pactos el veinte y nueve, y entregóse la plaza á Duplessis.

26. Cantelmo acampó en el llano que media entre Llorens y Balaguer, esperando al ejército de Harcourt con quien queria medir sus armas: aquel, que tenia igual deseo y buscaba ocasion de cumplirlo, topóse el veinte y dos de junio, y despues de dos horas de pelea, derrotóle y le hizo prisioneros mas de mil caballos y cinco tercios de infantería. El marqués de Mortara quedó preso tambien, y con él muchos caballeros muy distinguidos. Con esta victoria quedaron del francés las márgenes del Segre y preparóse para el sitio de Balaguer, en donde se retiró con su gente el general español.

27. Sitiado ya Balaguer, llevóle socorro el marqués de Toralta con cinco mil infantes y mil caballos; pero vióse obligado á retirarse y á rendirse el pueblo el veinte de octubre, firmada la capitulacion el nueve por el gobernador D. Simeon de Mascareñas y el conde de Harcourt.

28. Mientras este triunfaba en las márgenes del Segre, pugnaba tambien en las del Ebro el conde de Chabot sobre Flix que ocupaban los enemigos. En un encuentro gene-

rallogró derrotarlos, y si no exageró D. Francisco Cabañes que lo aseguró como testigo ocular, murieron doscientos ochenta hombres, y quedaron prisioneros mil trescientos diez y seis soldados españoles con doscientos caballos, refugiándose en Mequinenza, orillas del río arriba, los que pudieron escaparse.

29. La España, según papel presentado á la diputacion por Pedro de la Marca, propuso en Munster por medio de su plenipotenciario, que la Francia retuviese los condados de Artois y del Rosellon, bajo condicion de que la Francia restituyese á España todas sus conquistas, y la Cataluña entre ellas. Los plenipotenciarios de Francia habian contestado que por órden expresa de S. M. cristianísima, no podían permitir la desunion de la provincia. Pero tengo para mí que el buen parecer dictaba esta respuesta, que tal vez no se hubiera dado si solo se hubiese reclamado á Cataluña y una que otra conquista en vez de todas. La Francia habia hecho presa ya del Rosellon, y cuando por la toma de Rosas se obstruyó el paso á cualquier tentativa de los españoles, miróle ya como suyo para siempre.

30. El año siguiente de cuarenta y seis pasáronlo en una inaccion casi continua los dos ejércitos.

31. Á cinco de setiembre se supo que en Munster se procuraban arreglar treguas de algunos años, durante las cuales conservase sus plazas el enemigo. Si se cumplian hallábanse los catalanes en la posicion mas critica, teniendo por padrastro al enemigo siempre vecino, y por madrastra á la Francia por su dudoso afecto. Alarmáronse por consiguiente y representaron al rey con razones prudentes y sagaces, que no eran necesarias treguas, si enviaba fuerzas para sacar del suelo catalan á los calólicos: esforzaban su demanda con el peligro que de continuo debia amagarles, teniendo aquellos en su poder á Tarragona, Lérida, Ager y Tortosa.

32 «Tarragona, decian, es cabeza de toda aquella tan dilatada como fértil y deliciosa region que llaman su

« campo con muchos apéndices. Es ciudad fuerte, vecina  
 « por mar y tierra de Barcelona doce leguas no mas , y en  
 « este espacio de tierra no median villas fuertes , situacio-  
 « nes fragosas , ni pasos forzosos para impedir al enemigo  
 « el acceso hasta las murallas de Barcelona. Villafranca de  
 « Panadés que está á medio camino , es poblacion mediana ,  
 « que sin muchas tropas no puede resistirse , cuando Tar-  
 « ragona puede provcerse de soldados , armas , y todo lo  
 « necesario para romper las treguas cuando y como quiera ,  
 « sin poderlo nosotros impedir , y aun sin advertirlo , por ser  
 « ciudad marítima. »

33. « Lérida domina el llano de Urgel y la ribera y vega  
 « del Segre , y poco puede contrarrestarla Balaguer , pueblo  
 « pequeño é incapaz de fortificacion para defenderse de un  
 « ejército , si no tiene dentro sus muros otro que le de-  
 « lienda. »

34. « Ager que está sito en la frontera de Aragon , es  
 « cabeza de los montes y valles que median entre el llano  
 « de Urgel , y por consiguiente su guarnicion puede dila-  
 « tarse á una y otra parte. »

35. « Tortosa es cabeza de la ribera del Ebro , y da la ma-  
 « no á la del Segre , á Tarragona y á los Alfaques , que es  
 « uno de los mejores puertos del Mediterráneo , vecino del  
 « famoso de Salou que dista una corta legua de Tarragona ,  
 « que se hace mas fuerte con entrambos : con ellos y con  
 « Tortosa , que está á la espalda , tendrian las fuerzas de Tar-  
 « ragona aliento de romper las treguas , dando por mar y  
 « tierra sobre Barcelona , á quien la seguridad de las tre-  
 « guas haria incauta , antes de obtener las tropas neces-  
 « rias para oponerse á este peligroso designio. »

36. « De manera que la situacion de estas plazas es de  
 « tal naturaleza , que careciendo Cataluña de fuerzas para  
 « oponerse por si misma , podrian muy bien conservarse  
 « para vejar y oprimir los pueblos y tierras comarcanas :  
 « los castellanos , con la sola guarnición de las plazas rete-  
 « nidas estarian seguros y sin recelo de nosotros , cuando

« no lo estaríamos de ellos sin tener un ejército entero que nos cubriese. »

37. Despachado á París el memorial de estas y otras muchas largas razones, quedaron ansiosos los consistorios aguardando la respuesta del rey que llegó algun tiempo despues amplia y muy dilatada. Para satisfacer á los catalanes en lo que concernia á firmar la paz ó arreglar treguas antes de ganar á Tarragona, Lérida y Tortosa (\*), respondia que nadie mas que él lo quisiera. Manifestaba luego que á mas de los esfuerzos hechos por sus armas, habia dado orden á sus plenipotenciarios, que ofreciesen á España la cesion del reino de Navarra y tres ciudades de Flandes por cada una de las tres de Cataluña: que solo por Tarragona ofrecia á Piombino, Porto-longon ó cualesquiera otras plazas á eleccion entre sus conquistas, porque preferia un palmo de tierra en Cataluña que pueblos en otros países. Presentaba despues á la consideracion de los diputados el estado de los negocios públicos de Europa, para conocer en que consistia el verdadero interés de Cataluña.

38. La Francia, decia, tiene guerra viva con el emperador y el rey católico, asistida de sus confederados suecos, holandeses, y hesianos, cuando la cristiandad necesita general concierto entre sus príncipes para su alivio y descanso. Los aliados por razones de conveniencia propia quieren la conclusion de la paz, y hanlo significado á los plenipotenciarios de Francia. Los holandeses han firmado sus tratados con España, y dado ejemplo á los suecos en su proceder de que pueden hacer otro tanto por su parte, de suerte que esta division podria dar esperanza al enemigo de hacer juntos la guerra contra Francia.

39. Si se rehusan las paces, continuaba, caemos en dos inconvenientes muy grandes y sin remedio. El primero es el odio universal que la Francia incurre, por continuar la perturbacion de la cristiandad; el segundo es el peso de

(\*) Nada decia de Ager.

la guerra, que sustentará por sí sola en Alemania, Flandes, Italia y Cataluña contra todo el poder de la casa de Austria y de los príncipes, sus coligados, de manera que divididas sus fuerzas en muchas partes, no podrá amparar á Cataluña como lo ha hecho hasta ahora.

40. Si se concluyen las paces no se debe temer mas sino que con el tiempo, sea con armas, sea con negociaciones, se apodere España de Cataluña. Á las segundas se opondrán la vigilancia y prudencia de los ministros, y mas aun la fidelidad de los catalanes, en la cual se confia siempre. Contra las invasiones basta fortificar los puntos fronteros á Lérida y Tarragona, los cuales estarán bien guardados, y mejor pagados sus destacamentos, quedando siempre en la mar catalana una buena escuadra para que la proteja.

41. Lo que pensaron sobre esto diputados y consellers, veremos despues, ahora atemos el curso de los sucesos de la provincia, y volvamos la vista al campo de Lérida que ocupaba el conde de Harcourt con sus tropas desde el mes de mayo (1646). Habia preferido el sitio de Lérida al de Tarragona porque el de esta era casi imposible, por no haber armada que la atacase por mar, y Lérida daba mas esperanzas.

42. Aunque en los primeros dias le sonrió la suerte, pues se apoderó de Alcarraz y de Batarri, le fue luego contraria, pues en una salida que hizo en veinte y seis del mismo mes el gobernador de la ciudad D. Gregorio de Brito con tres mil hombres aguerridos que formaban la guarnicion, entró con él en lucha, causóle grave pérdida, que lo fue mucho mas por la muerte del conde de Chabot, á quien hacia ilustre en Cataluña el rescate de Flix que quitó á los españoles, como llevamos dicho. El treinta y uno fue batido otra vez, y á mediados de junio otra, si bien logró por fin, recobrando ánimo, repeler á los españoles que hubieron de refugiarse en la ciudad.

43. Continuóse el sitio durante todo el verano, y por otoño llegó el marqués de Leganés á tomar el mando del ejér-

cito de Cataluña , habiendo muerto los dos últimos generales que habian estado á su frente , Silva y Cantelmo. Entró por Aragon y apoderóse de Arbeca , Bellpuig , Juneda , Anglesola y Tárrega , y puso luego su campo en frente del francés , que batia la plaza con el mas vivo fuego. Aunque intentó apartarle no pudo por la resistencia que opuso el sitiador. Brito que desconfiaba del socorro cuando ya le escaseaban los víveres echó de Lérida gran número de mujeres y niños que se dirigieron al campo francés. Obligóles á volver á la ciudad el conde de Harcourt ; mas viendo que al acercarse á las murallas les hacia fuego la artillería española , admitiólos compasivo bajo su proteccion. Acto fue este de noble generosidad en el francés , y de cruda dureza en el gobernador , que así honró al primero como afeó la conducta de su enemigo.

44. Este desesperaba ya , y á la estrechez del sitio se agrogaba la penuria de la plaza cuando recibiendo nuevas fuerzas el marqués de Leganés atacó á los franceses por la parte de Villa-noveta el dia siete de noviembre , y rompiéndoles las trincheras derrotólos dandoles caza hasta Balaguer. Lérida fué socorrida , y Harcourt se volvió á Barcelona dejando en Balaguer crecidas fuerzas.

45. Al mismo tiempo que entraba en Cataluña el marqués de Leganés por el llano de Urgel , salieron de Tortosa cuatrocientos soldados españoles de á pie y una compañía de á caballo para sorprender á Miravel , pero derrotáronlos sus vecinos y la poca guarnicion que en el castillo habia , matando algunos y prendiendo muchos.

46. Hubo tambien tal cual refriega , uno que otro combate entre los dos ejércitos en diferentes puntos de la provincia en lo que quedaba del año cuarenta y seis ; pero de tan poca importancia que no merecen citarse.

47. El cardenal Mazarini mostró en cartas que dirigió á la diputacion el sentimiento que tanto el rey y la reina madre como él habian tenido por los desgraciados sucesos de Lérida. Animábales sin embargo con la promesa de nuevos so-

corros y de mayor apoyo, promesas de costumbre en tales casos, que por lo vanas las mas veces miraban ya con desconfianza los catalanes.

48. Mazarini, segun Anquetil, era hombre de pocas promesas y muy tardío en cumplirlas: lo último acreditó con frecuencia; pero basta leer las cartas que en abundancia dirigia á los consistorios para convencerse de que con los catalanes fue muy largo en prometer.

49. En marzo de mil seiscientos cuarenta y siete salió de Barcelona para Paris el virey conde de Harcourt, á quien sucedia en el vireinato y capitanía general el príncipe de Condé, hijo del que años antes habia reemplazado al mariscal de Schomberg. Era muy jóven aun el príncipe, pues apenas contaba veinte y tres años, pero su valor acreditado ya en Arras donde estrenó sus armas, le abrió ancha via para la carrera militar, y vencedor en Rocroy, fue mirado ya como buen guerrero, mereciéndose el grande elogio que hizo de él Voltaire con estas palabras: « Nació general; « el instinto de la guerra le era inato. » Con su eleccion para virey de Cataluña contentábala el rey, y recibiéronle gustosos y con aclamaciones los catalanes cuando llegó á Barcelona y juró como era uso.

50. Lérida, tantas veces sitiada y ninguna rendida, fue el primer punto que llamó su atención y á donde pensó marchar tan pronto como estuviere reunido á las tropas de Cataluña el refuerzo que esperaba. Salió pues de Barcelona el ocho de mayo la vanguardia de sus tropas á las órdenes del general Marsin que se plantó á una hora de Lérida, y el cuerpo del ejército pasó el Segre y acampó en sus márgenes. De los trabajos que habia hecho el conde de Harcourt, quedaban aun no del todo inutilizadas las líneas de circunvalacion, y Condé supo aprovecharlas tan bien, que á los siete dias batia ya á la ciudad con vivo fuego. Gobernábala aun el mismo D. Gregorio Brito, y si como de ánimo constante se mantenía firme su teson, el ejemplo que daba á los soldados hacia que su valor no menguase y persistiese

su bravura. Repitió sus salidas como hiciera con el de Harcourt, y el veinte y seis del mismo mes de mayo, cuando el francés no receloso acababa de reparar las líneas y proveerse de víveres, atacó el campo de Marsin, falto de soldados que habian ido á forrajear: con su caballería mató algunos de los que quedaron, y si no se apoderó del campo, fue por un refuerzo mas poderoso que su gente.

51. Irritado el príncipe y hasta ofendido del arrojó de los sitiados, aumentó su fuego y abrió trinchera á mano izquierda por parte del muro frontero á una iglesia medio caída, mientras el mariscal de Grammont atacaba á la derecha hácia otra iglesia. La guarnicion salió entonces impetuosa y animada, repelió al enemigo mas allá de los puntos de su campamento, hizo estrago en él y destruyó sus obras, entrando luego en Lérida, otra vez rechazada por los franceses que recobraron aliento.

52. Mal dirigido el sitio por haberse intentado para abrir brecha la parte peor de la ciudad, eran casi inútiles los esfuerzos del príncipe de Condé. Durante las dos primeras semanas de junio, casi todos los días hicieron salidas los sitiados con grave pérdida de los sitiadores, cuyas fuerzas se debilitaban poco á poco por las escaramuzas con la guarnicion, las enfermedades y deserciones. Cuéntase por milagro, y la tradicion lo ha respetado como tal, la sorpresa que del campo francés hicieron los soldados de Brito. Unos dicen que la Virgen avisó en sueños al gobernador, señalando la hora de la embestida, cuando yacia dormido el ejército enemigo, ¡impiedad insigne! Otros lo refieren de mil diferentes modos, pero atribuyéndolo siempre á celestial merced; pero es lo cierto que un soldado de Condé vendió traidor el santo y seña á sus contrarios, que por medio de tal secreto hicieron terrible daño al sitiador. Desesperando este de rendir á Lérida hasta mejor ocasion, levantó el sitio el día diez y siete, pasó el rio el siguiente por la mañana por un puente de barcas que destruyó así que hubo pasado, permaneció lo restante del mes en las inme-

diaciones de Lérida sin alejarse mucho, y el primero de julio marchó hácia Tarragona despues de haber aumentado las fuerzas de Balaguer, fortificado á Arbeca y enviado á Flix alguna gente.

53. Fue aquel año de calorosisimo estío, y este durante se estuvieron quietos los ejércitos, hasta que por setiembre dirigieronse el principe de Condé y el mariscal de Grammont á Castellon de Farfaña, para detener con su ejército al español, que mandado por el marqués de Aytoná, se encaminaba en número de doce mil infantes y tres ó cuatro mil caballos hácia Lérida, desenso de coger á relaguardia al de Condé y derrotarle del todo, indisponiendo primero á los catalanes en su contra.

54. Los franceses creyeron, y aun han consignado en la historia, que el gran nombre de Condé era tan temido de los españoles, aun despues de una derrota, que recelando su vindicacion en una victoria como la de Rocroy, le enviaron numeroso ejército para que tal no fuese. Mas quien medite un poco y haya seguido hasta aquí el curso de los acaecimientos de aquella contienda habrá observado ya, y verá mejor ahora, que el motivo era muy diverso. Los catalanes que al principio estaban casi totalmente unánimes, se habian dividido ya en dos partidos, español y francés, abjurando unos sus ideas de alianza con la Francia, y debilitándose en otros que engrosaban el primer partido. Esta se robustecia al pensar en el generoso proceder de Felipe IV en Lérida, al considerar que muerto el Conde-duque no existia ya el genio malévoló de Cataluña, y al discurrir que reconocida por el rey de España la injusticia con que su valido atropellara al principado, debian ser iguales ante su trono cuantos se le sometiesen y tratados todos de igual suerte. Esto lo conocia tambien el rey; y por esta razon enviaba al de Aytona, para que pusiese en juego las armas de la prudencia, como político, y los esfuerzos del valor, como soldado.

55. Á todo acudió el marqués, y deseoso de habérselas

con el enemigo, dirigióse á las Borjas para toparlo, pero Condé marchó hácia Bellpuig, y Aytona hubo de volverse hácia Lérida; pero yéndole al alcance Condé obligóle pasado el Segre á entrar otra vez en Aragon. Durante el otoño permanecieron ambos ejércitos en expectativa, el español entre Gardañ y Lérida, y el francés en Vimbodi, hasta que el frio les hizo levantar reales, y volviendo el príncipe á Barcelona salió para Francia el siete de noviembre.

36. Sustituyóle en el vicinato, el cardenal de Santa Cecilia, Arzobispo de Aix, que llegó á Barcelona en febrero de mil seiscientos cuarenta y ocho; pero estuvo poco tiempo en ella por consecuencia de una querrela que tuvo con la ciudad. Habia sido fraile dominico antes que obispo y cardenal, y para solemnizar la festividad de Santo Tomás de Aquino, que con razon estiman los religiosos de su órden por su gran doctor, quiso celebrar de pontifical, poniendo un dosel junto al altar do celebraba. Manifestáronle los consellers que el dosel no lo usában en Barcelona mas que los reyes, que respetase este privilegio de la magestad, que diese ejemplo de respeto al monarca, y que no infringiese lo que hasta entonces se habia obedecido. Desoyó la advertencia el virey Mazarini y los consellers no asistieron á la fiesta. Resentido el cardenal y quejosa la ciudad vióse aquel mirado de mal ojo, y hasta con aversion despues por una disputa que tuvo con los diputados. Pidió por tanto que otro le reemplazase, y ocupó su lugar el mariscal de Schomberg, duque de Halluin (\*), de quien el lector tiene ya lata noticia. Entró en Barcelona el día cinco de junio, y juró segun costumbre.

37. Tortosa que por hallarse en los límites de la provincia catalana se creía á salvo del enemigo, ó á lo menos con mayor seguridad y menos riesgo, se vió de súbito sitiada por el ejército que mandaba Mr. de Marsin, que dividido en

(\*) Feliu de la Peña en sus *Anales de Cataluña* siguiendo su costumbre de corromper los apellidos, le llama mariscal de Schamberch y duque de Ley, así como Homó Aliencur á Harcourt, etc.

dos al dejar el campo de Lérida de donde salía , atacó la ciudad por dos flancos diferentes cuando menos lo esperaba ; opuso tenaz resistencia , mayormente estando como estaba bien ligada en su opinion , que si al principio de la guerra vaciló entre sus habitantes , robusteciéndose mas y mas cuando las injurias y fechorías de los franceses hacian arrepentir á los demás catalanes de su sublevacion , que en vez de darles remedio á los males que antes sufrían no hizo mas que aumentarlos , siendo mas duros de llevar viniendo de gente extraña. No me ha de cegar el ser yo hijo de Tortosa ni el amor que la tengo y que siempre la tendré , hasta el punto de disculparla del todo por haberse divorciado de Cataluña , cuando la justa uemanda de sus mal hollados fueros : la defenderé sin embargo como á madre , y haré que caiga la culpa sobre quien la tuvo , que no fue tortosin por vida mia. Tortosa era la que menos habia sufrido tropelias de los castellanos , por consiguiénte la que tenia menos motivo de queja : á principios del mismo siglo diez y siete Barcelona no habia respetado un derecho que la competia , que aunque mera ceremonia era siempre un derecho , y algo disculpa un resentimiento cuando es justo. Para obligarla á ceder armóse un ejército catalan contra mis paisanos , y mas prudentes que tenaces se prestaron á la exigencia de Barcelona , para evitar una querrela civil entre hermanos de una misma provincia ; y no se crea que la faltaban medios de resistencia pues la prestaba apoyo todo su corregimiento. Sobre todo , cuando comenzó la guerra de que tratamos , eran castellanos los que ocupaban las principales dignidades de la ciudad , así militares como eclesiásticas , y aun las civiles las tenia en parte gente no catalana. Limitrofe de Valencia y Aragon en el confin de Cataluña , se avecindan en mi pais valencianos y aragoneses , lo cual influye mucho en el espíritu de la poblacion que no puede llamarse plenamente catalana (\*). ¿ Qué ex-

\* He observado que casi se ha hecho proverbial la respuesta

traño pues debía ser, que una ciudad que no palpaba la verdadera y legítima justicia de la sublevación del principado no la creyese tal, cuando ella no tenía otra razón para rebelarse mas que el ejemplo de los otros pueblos, y aun no de todos? ¿Cómo no debía ceder á las palabras de sus autoridades, á quienes animaba el ambiguo y doble interés de su tranquilidad civil en aquel recinto, y de su simpatía con la corte de Madrid, mas que por la de Francia? Perdónese á mi afecto esta digresión y volvamos la vista al ejército del mariscal de Schomberg, que salido de Barcelona el diez de junio, cinco dias despues de su llegada, se encamina á estrechar el sitio que Marsin habia empezado. La guarnición de Tortosa no bastaba para hacer frente ni á la cuarta parte de los sitiadores, y habiéndose empezado á batir con mas y mayor encono el diez de julio, abrióse anchá brecha el dia trece: asaltado el fuerte que llamaban del puente, por estar á su cabo, entraron por tres diferentes lados un tercio de catalanes, un batallón de suizos de los que militaban por Francia, y de franceses un gran número, que entre-

que damos á los que nos preguntan de que nación, provincia, partido ó población somos. — De Tortosa. — La mayor parte de los que la oyen la toman por ridicula, sin ver el gran fundamento que tenemos para darla. Acaso no hay una población en el mundo de mas cordialidad y mas amor: de quior que nuestros compatriotas se encuentran, forman círculo separado de los demás, como si recelasen que no han de encontrar mas que entre ellos la sinceridad de corazón y la verdad de los afectos. Se engañan; pero ¿deja por eso de manifestarse en lo mismo una prueba de que todos no formamos mas que una familia, y que la queremos mas en cuanto mas de ella nos separamos? Ya sabemos que somos catalanes, pero ¿nuestra habla es catalana? ¿son catalanas nuestras costumbres? En aquella no hay la enérgica aspereza del catalán, al contrario siendo mas suave, se dulcifica todavía mas por el contacto con Valencia y Aragón, y nuestra indulgencia deducida de la riqueza de nuestro país nos separa en mucho del industrioso afán de los habitantes internos de Cataluña. Si debiese formarse parangón de cada cosa que separa nuestros caracteres acaso seria difícil manifestar quienes valemos mas ó menos; pero por nuestra índole que es algo aragonesa nos contentaríamos acaso siendo peores.

gándose al saco, al degüello, á la profanacion y á todo desórden, vengaron la resistencia heroica, sino debida, de los tortosines. Algunos hubo que pudieron refugiarse en el castillo que llaman la Zuda, nombre que le dieron los moros, el cual está á caballo sobre la ciudad; mas al fin hubieron de rendirse á discrecion, porque las tropas que llegaban á su socorro les dejaron sin amparo y sin esperanza.

58. En la dificultad que tenia España de formar un nuevo ejército. no queria de manera alguna arriesgarse á una facha, que si bien podia valerle un triunfo, podia tambien acarrearle una derrota: por esta razon retrocedieron los auxiliares de Tortosa abandonándola á su mal hado.

59. Con fecha veinte y cinco de agosto recibieron los diputados de Cataluña cartas del rey y de Mazarini, que participaban la gran victoria alcanzada por el principe de Condé en los campos de Lens, en el Artois, sobre el ejército de España y el de Lorena al cargo del archiduque Leopoldo de Austria. Decian que la pérdida de los enemigos ascendia de cinco á seis mil hombres muertos, y otros tantos heridos, que este triunfo debia llenar de alegría á todos los súbditos de Francia, y en particular á los vasallos de Cataluña, porque ventajas sobre tales enemigos eran heridas en el corazon de España, y un gran contrapeso en la balanza de la justicia para elevar á Cataluña sobre su enemiga.

60. Como que este acontecimiento funesto para la corona católica debia influir altamente en las cuestiones que se ventilaban en Munster, y rebajar algun tanto las exigencias de España; volvió otra vez á hablar de las treguas Mazarini en su carta fecha en Paris á ocho de octubre. Pero los catalanes que hacia tiempo ya que conocian que en tal negocio debia cumplirse la voluntad del rey y no la suya, desde que leyeron la contestacion que dió al memorial que ellos le habian elevado, respondieron primero al rey indicándole sus fundados recelos, á la par que se sometian á la voluntad del rey; pero á la carta de Mazarini no contestaron

61. No menguaba entre tanto el descontento de los paisanos contra los desórdenes que cometían los militares, y por primera vez se hizo justicia á su clamor, procesando no á un simple soldado, sino á todo un gobernador, que fue el de Castell de Àsens, por arbitrariedades cometidas en el distrito de su jurisdiccion. Tales serian estas, que probados los cargos y convicto él de sus crímenes, fue degollado en Barcelona el veinte y ocho de noviembre, en cuyo día salió para Francia el mariscal de Schomberg virey del principado (1648).

62. Aquel ejemplo de justicia fue seguido de providencias enérgicas, dictadas por el mismo rey en diferentes cartas que con la misma fecha de cuatro de junio de mil seiscientos cuarenta y nueve dirigió á los gobernadores de Cataluña, mandándoles que deixasen el libre uso de sus derechos y prerrogativas á las autoridades de toda clase y á todo género de personas en las plazas de su mando. Las primeras que se despacharon, copiadas unas sobre otras, fueron dirigidas al marqués de Lafare gobernador de Rosas, á Mr. de Chateauroi que lo era de Palamós, al de Tortosa Mr. de Marsin, al de Constantí y Salou conde de Broglie, al de Elix Marins, al de Escornalbou Figueres, al de Balaguer Lafare y al de Ager Austrain. Sin embargo los excesos continuaron y la diputacion representó otra vez á la corte: llegaron aquellos á tal punto, que los catalanes volvieron armas contra los franceses en mas de una parte. Estos entonces, so pretexto de sedicion y con achaque de rebeldía, empezaron á formar causas, á proferir sentencias y ejecutarlas en tanto número y con tal injusticia, las mas veces hasta en las de pena capital, que apurada ya la paciencia y agolado el sufrimiento, se acabó todo afecto de amistad y benevolencia para con los franceses en la mayor parte de los pueblos de la provincia.

63. Para sustituir al mariscal de Schomberg fue nombrado virey y capitán general de Cataluña el duque de Mercœur y de Vendôme, y hasta su venida que no se ver-

ficó sino el año siguiente, hizo sus veces el gobernador del principado D. José de Viure y Margarit, el mas tenaz de los partidarios de Francia.

64. Durante el verano no hubo encuentros de importancia entre las tropas españolas y catalano-francesas que merezcan mención; pero entrado setiembre, se apoderaron aquellas de Montblanch, y de Constanti y Salou el mes siguiente. Hacia el mismo tiempo, por sospechas de confabulación con los enemigos de Francia, fueron presos el oidor militar Domingo Negrell, que fue condenado á muerte, y algunas personas mas de categoría muy distinguida que fueron llevadas á Perpiñan: otros estuvieron encarcelados en las reales de Barcelona, otros perseguidos, algunos desterrados, y no pocos perdieron sus bienes que se les confiscaron.

65. El ejército español que mandaba D. Juan de Garay compuesto de unos diez mil hombres de todas armas, pasó por el campo de Tarragona y se adelantó hasta Villafranca del Panadés, de donde tuvo que retirarse, porque reuniendo todas sus fuerzas, había formado el francés un cuerpo mayor que el suyo.

66. La guerra civil que sufría la Francia se había ensañado tanto, y era tal el desorden que en los negocios reinaba, que concentrada allí toda la atención de Mazarini, mal podia extender sus miras hasta Cataluña, fuera cual fuese su grado. Esto ayudó tambien mucho al grado de inacción en que permanecieron las fuerzas el año cuarenta y nueve.

67. El ocho de diciembre dióse al síndico de la diputación una copia de la protesta que debia hacer al juramento que iba á prestar en Perpiñan el duque de Mercœur y de Vendôme.

68. El veinte y siete del mismo mes fue preso el teniente general Marsin por el gobernador Margarit, el intendente y algunos oficiales en la casa del marqués de Aytona que habitaba. Habianse quejado de él al rey los consistorios

por la mala distribución y peor empleo que de sus fuerzas hacia, acusándole al mismo tiempo de faltas sobrado graves para disculpadas. De Barcelona fue conducido á Francia y entregado en Perpiñan á merced del rey.

69. Á principios del año cincuenta intentaron los franceses apoderarse de Tarragona por medio de una estratagemá bastante sagaz, pero mal urdida: vistiéronse trajes de paisanos catalanes, cargaron de harina algunas caballerías, y entraron en la ciudad. Preguntáronles los centinelas de donde venían, y respondiendo de *Bals*, que debían pronunciar *Valls*, fueron tenidos por quienes eran, maeritos algunos, heridos mas, y presos todos los que habían pasado el rastrillo, que se cerró así que fueron conocidos. Cuéntalo Feliu, mas de él no fio, que es amigo de consejas y cuentos de bruja.

70. El virey entró en Barcelona el doce de febrero, y reiteró el juramento en la catedral como debía.

71. Hacia ese tiempo, de vuelta á Cataluña de las tierras de Valencia á donde había hecho una incursión D. José Dardena con la caballería de su cargo, trajo la peste con que se infestó Tortosa, como primera ciudad do hicieron alto aquellas tropas. Para cortar el contagio suspendieron su comercio con ella los pueblos menos lejanos, formando un cordon sanitario por tierra, y enviando algunos barcos á la gola del Ebro por donde se arroja el río al mar, á fin de impedir la salida de los barcos de Tortosa; sin embargo el mes siguiente de marzo sentía también Tarragona los estragos de la peste, que saltando de pueblo en pueblo visitó los principales de la provincia.

72. A esta terrible plaga se siguió otra no menor que fue la horrorosa hambre, hija de la guerra y del descenso de la agricultura en los campos del suelo catalán, para quien estaba cerrado el cielo que le negaba sus lluvias.

73. Los ribereños del Ebro abrumados con el mal trato de los franceses y su insolencia, tenían continuas reyeratas con ellos, y representaban contra los gobernadores

Santa Coloma y Baltasar, que en vez de poner freno al desorden, aun lo aumentaban. Apoyábanse los paisanos en la ley de los jurados pactos, y negábanse á dar mas de lo que se usaba de costumbre en el alojamiento.

74. El de Mercœur desoyó las quejas, y en vez de corregir un abuso que cometido por las tropas españolas hizo estallar aquella misma guerra con que se había granjeado la Francia á Cataluña, empeñóse temerariamente en dar alas al soldado, y en hacer ley del mismo abuso. Engañóse empero, y con su engaño acabó de perder su prestigio el francés. Acaso se jactó Luis de Vendôme de que, bien ó mal su grado, impondría á Cataluña lo que lograr no pudo Castilla. Y fue lo peor que la corte le secundó para este efecto con una órden mal concebida y peor meditada, con la cual se arrancaba de cuajo una de las garantías que para logro de sus derechos tenia el principado. Consistia esta en la facultad de repartir los alojamientos un catalan, que conocienda el estado de cada pueblo, y aun el de cada casa, segun los bienes de fortuna de sus dueños, debia necesariamente ser mas justo en la distribucion, que un extranjero huésped en las casas, extraño en el pueblo, y advenedizo en el pais. La órden á que me refiero era indirecta si se quiere; pero dilataba las atribuciones del capitán general, con solo concederle que el aposentador señalado por la diputacion debiese ser aprobado por el virey. Era imposible una conivencia de aprobacion entre Vendôme y los diputados, porque sus intereses no eran recíprocos, y por consiguiente tampoco los mismos sus pareceres ni los medios para el logro de sus ideas.

75. Multiplicáronse pues los desafueros, y no pudiendo ya aguantar los pueblos la carga de iniquidades contra las que tanto se había clamado sin fruto ni remedio, coligáronse algunos con el gobernador de Lerida D. Baltasar de Panfoja, sucesor del portugués Brito, manifestando que en cuanto les fuese dable, coadyuvarian á la expulsion de los franceses, y procurarían recobrar el afecto de España.

76. Enconáronse mas y mas los soldados de Francia al sospechar esta liga intentada á sus mismos ojos, aunque no del todo manifesta, y como si previesen que el principal los iba á escapar de las manos, no perdonaron medio alguno de exaccion y de rapiña para su medro á costa del país. En cambio mostráronse hostiles á cara descubierta los paisanos, y mostraban ya mas buena faz á los castellanos que á sus aliados, á quienes miraban con adusto ceño. Vítoreóse España en muchas partes, gritóse muera Francia, y á mansalva pagaron algunos franceses con la vida, tras mil tormentos arrancada, la deuda de odio que contraian en poblado.

77. Iba escaso de fuerzas el duque de Mercœur, porque Francia no podia enviárselas necesitándolas para si en el corazon de sus tierras, donde la guerra civil las hacia necesarias. Barcelona sin embargo, para que nunca pudiese echársela en cara descuido ni falta por su parte, quiso completar su batallon ya desmembrado. Con este fin enarboló bandera en el balcon de bronce de la diputacion, y á son de tambores hizo leva de trescientos hombres que lo completaron. Esta escasez, que tambien habia sentido España por algun tiempo, habia evitado algunos encuentros, y evitólos hasta el mes de noviembre en que nombrado virey de Cataluña por España el marqués de Mortara, se apoderó al frente de un ejército de diez á doce mil hombres de las villas de Flix y Miravet, ribera del Ebro abajo, y encaminóse á Tortosa que sitió sobre la marcha. Favorecia el sitio el marqués de Alburquerque con una pequeña escuadra, que guardaba en los Alfaques la embocadura del Ebro para que no pudiesen enviar socorro los enemigos por el rio á la ciudad sitiada, que sin oponer gran resistencia se rindió al virey castellano el dia tres de diciembre. Bien marchaba á socorrerla el virey francés; pero no alcanzándolo, volvióse hácia Barcelona, en donde entró el doce de diciembre al medio dia con general descontento, y sin hacerle recibimiento alguno. Despechado y ofendido salió pa-

ra Francia poco despues, y tras él un embajador de Cataluña para manifestar al rey la triste situacion del principado, y el ánimo mal dispuesto de sus naturales contra los franceses por sus desórdenes, y mas irritado aun desde las últimas disposiciones del duque de Merceur sobre alojamientos (\*).

(\*) Entre los pueblos que mas sufrieron, representaron Capellades, Exida y Prades, en el primero de los cuales, que no contaba entonces mas que setenta casas, fue alojado todo el regimiento de Champaña, pudiendo distribuirlo entre los lugares circunvecinos.

---

## CONCLUSION.

---

1. Desde el ingreso de los franceses en Cataluña habia transcurrido una década triste de esperanzas ilusorias para el principado, y de promesas mal cumplidas por la Francia. No por resentimiento inculparé á la nacion vecina, cuyo apoyo reclamaron nuestros abuelos, antes diré que si la Francia se hubiese hallado libre de intestinas discordias y no tan acosada por las guerras de Italia, Flandes y Alemania, tal vez obrara de otra suerte, aunque no fuera mas que para su provecho. Cataluña era una joya sobrada rica para despreciada, y perdiérala España para siempre así como perdió al Rosellon, apéndice del principado, si con mano fuerte hubiese podido echar la Francia de ella á los castellanos como los echó del Rosellon. Este condado, como he indicado ya en otra parte, era el lote de seguro premio que pensaba guardar en pago de sus trabajos; y por esta razon se mostró mas solícita en despejarlo de enemigos: de otra suerte tampoco tal vez lo hiciera. De este modo, si la guerra civil que descarnaba la nacion francesa la quitaba las fuerzas para el exterior, mal podia esperarlas Cataluña cuando aquella guerra se inflamaba mas cada día.

2. Falta pues de tropas auxiliares Cataluña para defenderla, y sobrada de ellas para oprimirla, fácil es pensar con que placer verian las ventajas que cobraba progresivamente el ejército español los partidarios de España, y cuan facilmente se inclinarian en su favor los ánimos vacilantes. La reconquista de Tortosa fue un golpe mortal para los franceses y nueva ocasion de descontento para los

ofendidos, que se encaminaban á Barcelona desde sus pueblos mas comarcanos. Su número llegó á tal punto, que la ciudad pensó ver repetidas las escenas sangrientas del año cuarenta.

3. Cebóse la peste en Barcelona á principios del año cincuenta y uno, y duró el contagio hasta el mes de agosto del mismo año. Para evitarlo, fuese la diputacion á Tarra-sa, á poco mas de tres leguas de la capital, y habiendo estado allí hasta el veinte y seis de agosto, pasó luego á Manresa por razon del sitio que puso á Barcelona el mar-qués de Mortara. Empezólo por el mes de agosto á la cabeza de once mil hombres, al mismo tiempo que se bloqueaba la plaza por mar con una poderosa escuadra; pero la ciudad aliviada ya de la peste, estaba resuelta á defenderse bajo las órdenes del gobernador general de Cataluña D. Jo-sé de Viure y Margarit. El odio de este contra la corte de España le hacia irreconciliable, y la seguridad de que Cas-tilla tampoco tenia reconciliacion para él cegábale de tal manera, que partidario del francés, ni le convenia el ver todas las demás plazas de Cataluña recobradas por el ejér-cito español, ni le desengañaba el abandono de la Francia.

4. El de Mortara alargó sus líneas hasta el mar, por una parte, para estar en correspondencia con la escuadra, y por otra apostó parte de su caballería, á fin de cortar toda co-municacion á la ciudad é impedir que le llegasen viveres ó provisiones.

5. Hasta el mes siguiente de setiembre no hubo choque alguno de señalada cuantía, pues los sitiadores no ataca-ban, y los sitiados solo disparaban su artillería contra las compañías del enemigo que impedían la entrada de vi-veres.

6. Á últimos de este mes, hizo defeccion el mariscal de campo Marsin (\*), que á instancias de su protector el prin-

(\*) El rey en sus cartas le llamaba Marsin unas veces y otras Mar-  
chim.

cipe de Condé se dirigió á Francia con cuantas tropas pudo, para apoyar con ellas las pretensiones del príncipe. En carta fecha en Paris á doce de mayo nombrábase Luis XIV capitán general de Cataluña; pero creo que ni juró ni fue reconocido por tal.

7. Como á pesar de la vigilancia del marqués de Mortara no podia evitarse que Barcelona recibiese vítuallas y socorros de toda especie, determinó aquel estrechar mas el cerco, y con este fin dividió su ejército en dos mitades. Ocupaba la una desde Sans hasta la torre de Novell, sita mas abajo de lo que llaman las Corts de Sarriá; y quedóse él con la otra en la parte opuesta de Barcelona que de este modo quedó circunvalada. Por su parte los sitiados construyeron á toda prisa un castillejo en una eminencia junto á Santa Madrona, desde donde se dominaban las trincheras de Sans. Súpelo el marqués, y envió dos tercios de infantería con algunos caballos para impedir y arrasar la obra si posible era, y aunque se defendieron con valor los que la guardaban, que eran catalanes todos del aguerrido tercio que llamaban de Mostarós, rindieron aquellos el fuerte aun no acabado, y su guarnicion se retiró á Barcelona.

8. El día once de octubre se apoderó el marqués de la iglesia y convento de capuchinos de Santa Madrona, armó con siete cañones un fuerte que hizo en el jardín, y aunque con poco fruto, empezó á batir la ciudad con sus tiros. Fronteras á este fuerte puso la ciudad cuatro baterías delante de San Pablo, y armó otra con seis cañones delante de Monjuich, superior á Santa Madrona, cuyas operaciones inutilizó de esta manera.

9. Nombrado generalísimo del ejército sitiador el príncipe D. Juan de Austria, hijo de Felipe IV, llegó por mar delante de Barcelona el diez y nueve de aquel mes de octubre con nueve galeras, que añadidas á las que bloqueaban ya la ciudad, tuvo lo suficiente para que esta no fuese socorrida por mar.

10. Temió entonces la ciudad que el enemigo le cortase

el paso á Monjuich, y mandó edificar un pequeño fuerte en el campo que llamaban de los Judíos porque fue su antiguo cementerio (\*); y aunque costó dos meses el hacerlo, pues era preciso que hasta los albañiles trabajasen con las armas preparadas al pie de la obra, el marqués sin embargo, que quedó como segundo de D. Juan, no se atrevió á impedirlo por no exponer su ejército.

41. Salían de vez en cuando los sitiados á ofender á los sitiadores, pero con estas salidas y pequeños ataques no hacían mas unos y otros que debilitarse poco á poco.

42. El veinte y cuatro entraron en Barcelona D. José Dardena con trescientos caballos y el francés Cresson con mil soldados, que pocos mas hubiera podido reunir de los que tenia entonces Francia en Cataluña; pues á mas de ser muy escasos se hallaban desparramados en muchas partes. Eran las dos de la madrugada cuando entraron; y aunque toparon con el obstáculo del marqués, pasáronlo sin embargo sin lesion, daño ni pérdida.

43. Quiso el principe tomar el castillo de Mongat, y por sus órdenes envió el de Mortara dos mil infantes y quinientos caballos que lo ocuparon luego.

44. Cuando el principio del sitio, y al mismo tiempo que fortificó el convento de Santa Madrona, mandó tambien hacer un fuerte en San Ferriol punto dominado por Monjuich. Para batirlo reforzaron este último los catalanes, y ocupando un lugar superior á San Ferriol comenzaron á atacarlo. Para sacarlos de allí envió el marqués alguna gente de toda arma, y trabado combate sufrieron pérdida todos, que al fin hubieron de retirarse á sus respectivos cuarteles dejando por el monte algunos muertos.

45. Por la rebeldía de Marsin hubo de nombrar la Francia otro virey y lo hizo en la persona del mariscal de la Mota. Llegó este á Perpiñan el diez de diciembre con

(\*) Subiendo á Monjuich se ven á la izquierda del camino y á su vera unos grandes pedruscos con leyendas hebreas, que fueron sin duda lápidas de los sepulcros judáicos.

cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos, y allí se estuvo hasta recibir noticias de Barcelona, para determinar de que modo podría oponerse á los planes del enemigo. Por fin, acercándose á Barcelona al cabo de mas de un mes, apostóse con su gente en los montes de *Coll Cerola*, *San Geroni* y *San Pere Martir*.

46. Ocupaban á mas los castellanos algunos lugares de las inmediaciones de Barcelona, y á Sarriá entre ellos, del cual quiso la Mota separarlos: no lo alcanzó sin embargo por la defensa que opusieron aquellos, y no pudiendo resistir á la crudeza del tiempo pasó el mariscal á Sanboy, y de allí al Hospitalet, para quitar comunicaciones á los sitiados.

47. A estos les aquejaba ya el hambre, pues escaseaban los víveres en tal extremo, que la cuartera de trigo se llegó á vender á cuatrocientas libras (4266 rs. vn.), la carga del vino comun á seiscientas (6400 rs. vn.), y comíase la carne de animales inmundos. Por suerte no faltaron jamás verduras, y comían de un pescado llamado *amploya* que se pescaba cerca de la ciudad. Alivióla por el mes de febrero un convoy de víveres que pudo entrar en el puerto, y hasta el mes de abril pasaron el tiempo sitiados y sitiadores en escaramuzas que de vez en cuando tenían, por ataques ó salidas de alguna de sus fuerzas. El veinte y tres por la tarde batióse con los castellanos el mariscal, otra vez virey, abrióse paso, entró en la ciudad y juró el día siguiente (\*).

48. Conocióse su presencia con los refuerzos que puso en los fuertes, por la diligencia con que armó la más gente que pudo, por el movimiento continuo del ejército, y por su afán en batir el fuerte de los Reyes, construido por el enemigo delante de Monjuich.

(\*) Felli, que ha plagado de inexactitudes y falsedades sus *Anales de Cataluña*, es muy exacto en los detalles que da sobre el sitio de Barcelona, pues los hallo contestes con otros que he visto, ya manuscritos ya impresos. Sobre su descripción he calcado yo la mía: añadiendo sin embargo noticias que me han prestado antiguos documentos.

19. El trece de mayo atacó el fuerte de San Ferriol el gobernador de Monjuich y maestre de campo Mostarós, con intencion de asaltarlo; mas por su desgracia fueron cortas las escalas y por desdicha mayor quiso verificar el asalto: el engaño del gobernador aumentaba el ánimo de los del fuerte que ya era grande en su defensa. Hiriéronle de un tiro; y fue la herida mortal con sentimiento general de los suyos, que por valiente le querian, como le honraban por caballero.

20. Esperaba Barcelona provisiones que tenia ya en San Feliú de Guixols; pero no la llegaron, porque se apoderó de los barcos que las traían una escuadra de galeras que envió el principe armadas de mil soldados, con que aumentó la penuria de la ciudad cuya poblacion aumentaban las tropas de la Mota.

21. Este que veía de mal ojo el fuerte de San Juan de los Reyes que le ofendia, logró tomarlo á viva fuerza el diez y siete de junio con muerte ó prision de cuantos le guarnecian; pero recobráronlo los españoles poco despues, quedando luego medio destruido por la explosion de una mina, que no se pudo saber por quien fue hecha y menos por quien volada.

22. No menguaban las desavenencias de la Francia, y en mal hora las autoridades de Barcelona pedianla socorros que no podia enviar. Sacó sin embargo fuerzas de flaqueza, y por medio de Mr. de la Ferriere envió un convoy de viveres, á cuya llegada se opusieron vientos, borrascas y la escuadra española que hacia imposible la entrada al puerto de Barcelona. Conociólo la Ferriere, y aunque con dolor de la ciudad y gran sentimiento del virey, torció el rumbo para Francia, no habiendo podido desembarcar mas que una pequeña parte de su cargamento por medio de lanchas que entraban de noche en Barcelona.

23. Á la par que las necesidades acosaban en el interior de la plaza, estrechaba el sitio por de fuera el ejército español. Alteróse el valor de la moneda por su escasez, y re-

duplicóse el valor de cada pieza. Para acudir á las mas urgentes necesidades entregaron la plata y el oro de los relicarios y hasta de los vasos sagrados de las iglesias, presentaron sus vajillas los vecinos, y de todo se hacia dinero poniéndole por leyenda: *Barcino civitas obsessa*. Las autoridades, así catalanas como francesas, empeñaron tambien sus bienes, y en el general conflicto fue tambien general el desinterés.

24. Víveres los habia aprestados fuera de la ciudad; pero como lo mas difícil era entrarlos, fueron enviados D. José de Pinós y el Dr. Ginebreda para que reuniendo gente divirtiesen del sitio por alguna parte al sitiador, á fin de entrar por ella los comestibles tan deseados. Hizose así, y la ciudad se puso de acecho esperando la señal que la dieron con hogueras en las montañas desde *Vallvidrera á San Geroni* los somatenes, si es que así pueden llamarse, reunidos por Pinós. Pensaron cumplir su intento el primero de setiembre y decidieronse el día cuatro, á cuyo fin despachó la ciudad á D. José Dardena, al marqués de Miranvila y á Mr. de Marins con sus respectivas fuerzas de caballería é infantería. Los migueletes de Miranvila entraron en un fuerte de Sarriá; las milicias rampieron la línea de que hacia parte el fuerte, y algunos catalanes llegaron hasta dentro de Sarriá mismo; pero fuéles preciso salir, porque el comandante de la caballería se habia retirado con ella y quedaba descubierta la infantería.

25. La diputación de la provincia que á la sazón se hallaba en Manresa, como tengo dicho, veía mas de cerca que Barcelona el espíritu de los pueblos del principado, mas adictos al rey de España que al de Francia; y habíala confirmado en esta idea el último ejemplo que en junio de aquel año dieran algunos pueblos de las inmediaciones de Vich declarándose por España. La muerte que sufrieron en Vich mismo doce de sus principales habitantes, fulminada para cruel venganza por los franceses, inflamó á su comarca toda, luego á la montaña, coligó sus opiniones para no for-

mar mas que una cuyo centro fue Manresa, y su oco la mismo diputacion.

26. Esta, habido consejo, y bien meditado que bajo el poder de España no habia tenido jamás que sufrir desacatos y contrafueros mas que cuando un ministro se la habia mostrado enemigo, pensó que no existiendo ya el tal, valia mas someterse otra vez al rey, fiando en su benignidad y prudencia, que continuar en alianza con los franceses, de quienes Cataluña habia sufrido todo linaje de injurias y toda especie de agravios.

27. Decididos, pues, y bien unánimes prestaron homenaje al rey en la persona de su hijo el príncipe D. Juan, quien lo aceptó gustoso y contestóles afable el diez de octubre de aquel año de mil seiscientos cincuenta y dos.

28. La miseria que sufría Barcelona debilitaba las fuerzas de los sitiados, y con las fuerzas menguaba el valor y hasta el teson en defenderse. Alentábanse sin embargo unos á otros para mostrar ánimo firme, al mismo tiempo que incansable y tenaz el gobernador Margarit no perdía ocasion ni tiempo dando esperanzas y prometiendo socorros. Mas esto no engañaba al sitiador, que aunque hubo de retirarse del ataque que por cuatro partes diferentes dió á la ciudad el siete de setiembre, apoderóse sin embargo el once del convento de Vallonsella que le sirvió mucho, y que ya no abandonó. Así fue siguiendo el español, descosó mas de cansar que de ofender á la plaza, para que se rindiese no tanto á la fuerza como á la necesidad:

29. El virey bien hubiera querido atraer socorros á cualquier costa; pero rayaba ya en lo imposible, porque muchos lugares de la marina se habian sometido al católico y era general la opinion favorable á España. Así lo avisaron dos comisionados que Barcelona despachó poco antes. Entoncec el de Mortara que habia enviado fuerzas á Mataró, siguió el mismo camino; y rindióse aquella poblacion el veinte y cinco.

30. Barcelona extenuada ya por tanta necesidad requirió al

de la Mota su parecer; y aunque este reiteró sus promesas ideales é ilusorias, resolvióse sin embargo la ciudad, y el sabio consejo eligió personas que arreglasen el tratado de la capitulación.

31. Esto visto, y no esperando clemencia del rey, tal vez temiendo á sus mismos conciudadanos, huyó clandestinamente el gobernador de Barcelona D. José de Viure y Margarit el día primero de octubre (\*). El tres, cediendo la Mo-

(\*) He leído en algunas partes, que fueron excluidos del perdón general Margarit y algunos de sus compañeros, acérrimos partidarios de Francia; pero yo no veo mas que su nombre exceptuado en el perdón que en nombre del rey concedió D. Juan de Austria su hijo. Dice así:

«Por cuanto la ciudad de Barcelona, postrándose á los reales pies del rey nuestro señor, con toda reverencia, sumisión y obsequio debido á su grandeza, y mostrando el grande arrepentimiento que tiene de los excesos y yerros cometidos en deservicio de S. M. se ha puesto á su obediencia, pidiendo perdón de ellos, y suplicando que tengamos por bien de admitirla en la gracia de S. M. concediéndola perdón de todos los yerros: Por tanto en virtud de la plena potencia que tenemos de S. M. dada en Madrid á 24 de junio de este presente año 1652, referendada de D. Francisco Ruiz de Contreras, del consejo de S. M. en el de Indias y su secretario de estado, y usando de ella por el amor que tenemos á la dicha ciudad de Barcelona, la admitimos en nombre de S. M. á su real servicio, y otorgamos el perdón general que nos ha pedido en amplia forma de todos los excesos y delitos cometidos desde el año 1640, que comenzaron las revoluciones de este principado, hasta el día de hoy, sin exceptuar persona, ni delito de cualquier género, condicion ó calidad, aunque de crimen de lesa magestad, sino es de D. JOSÉ MARGARIT, que como principal causa de los daños que se han padecido y por la obstinacion con que persevera con sus errores, no es digno de gozar de este beneficio.

«Y porque la dicha ciudad de Barcelona nos ha pedido en un papel á parte que le concedamos ciertas gracias contenidas en él, lo concedamos tambien que pueda enviar y nombrar una ó dos personas que vayan á ponerse á los pies de S. M., y ofrecemos interponer nuestros oficios, para que usando de su clemencia se sirva otorgar todo lo que se pide en el dicho papel, prometiéndonos de su grandeza, que se ha de servir venir en ello, y porque así mesmo nos ha representado que quedaria la ciudad de Barcelona en confusión y con dificultad de actuar, aun los mismos actos que se han de seguir á la obediencia que ha prestado á S. M. en la forma referida, de-

ta á las instancias de la ciudad , convino en enviar un trompeta al príncipe D. Juan proponiendo parlamento. Admitiólo para el día cuatro , y enviándose recíprocos rehenes que lo fueron por la ciudad y el ejército francés , D. Francisco Puigener y el conde de Miranvila , y por el español D. Gaspar de la Cueva y D. José Villalpando , tratóse de la capitulación segun las facultades del príncipe y los descos de la ciudad. Aquí encargó á Puigener que hiciese ver el buen ánimo del rey , y que lo mejor seria entregarse á merced de su clemencia. Convenido por último que no se alterarían ni en lo mas mínimo las constituciones y fueros de Cataluña , y que se concedería un perdón general ; aunque discordes entre sí catalanes y franceses , se prestó obediencia al rey en la persona de su hijo por el conseller en jefe con otros caballeros y oficiales de Barcelona.

32. El mismo día , que fue el diez de octubre , cumplió con la misma ceremonia en nombre de la diputacion el diputado eclesiástico , sin que por su parte insistiese en la confirmacion de los privilegios que el juramento de Lérida aseguraba , y que se corroboraron despues con la siguiente carta del rey.

« seaudo complacerla hemos venido en que se continúe el gobierno « civil y político en la misma forma y manera que solia , hasta que « S. M. disponga otra cosa. En fe de lo qual mandamos dar y damos la « presente firmada de nuestras manos , sellada con el sello de nues- « tras armas y refrendada del infraescrito secretario de S. M. y de es- « tado y guerra de los negocios de nuestro cargo. En el campo de « Barcelona á 11 de octubre de 1652.

D. JUAN.

« Por mandado de S. A.

*Juan Baptista de Avespañeraga.*

En lugar de ✕ sello.

D. JUAN DE AUSTRIA MI HIJO, DE MI CONSEJO DE ESTADO,  
MI CAPITAN GENERAL DE TODAS LAS ARMAS MARÍTIMAS:

« Por los despachos que mandé enviaros á veinte y seis  
« de noviembre pasado, visteis la resolución que tomé en  
« las materias de ese principado, y que aprobé el perdón  
« general que concedisteis en mi nombre á la ciudad de  
« Barcelona, y os dije, que quedaba mirando en lo que  
« toca á la confirmacion de sus privilegios, libertades pre-  
« eminencias para resolver en esto, y en los demás cabos  
« del memorial dado por Francisco Puigener, cuya copia  
« os remito, lo que pareciere mas conveniente, con deseo  
« de su mayor bien, seguridad y beneficio de todo el prin-  
« cipado: en este medio tiempo he recibido repetidas car-  
« tas vuestras, y del marqués de Mortara, intercediendo  
« por esa ciudad, y solicitando el breve y buen despacho;  
« y atendiendo por una parte á vuestra intercesion, y al  
« amor que siempre le he tenido, y que he procurado ma-  
« nifestarlo, sin alzar de ello la mano, hasta volverla á mi  
« obediencia y gracia, y tambien á las demostraciones de  
« dolor de los excesos pasados, y á la confianza con que se  
« puso enteramente en mis reales manos, y que siempre  
« ha sido mi intencion establecer su gobierno en la forma  
« que mas convenga á la buena administracion de justicia y  
« bien público, guardando en lo que en esto no se opusie-  
« re, todos los privilegios y preeminencias; y consideran-  
« do por otra parte lo que la misma ciudad ha representa-  
« do, de que el principio de las inquietudes nació de una  
« conmoción popular, la cual como se ha visto mantenida  
« por mal intencionados, y fomentada y ayudada de fran-  
« ceses, ha sido causa que se dispusiesen las materias con  
« tan graves daños de la misma ciudad, y tanto perjuicio  
« del bien público, así en lo espiritual, como en lo tempo-  
« ral en todos estados, que obligaron á mis reales armas á  
« introducir una guerra tan larga y tan costosa, y de tan

« grandes gastos, no solo á mi real hacienda, sino á todos  
« los demás reinos de mi monarquía, que en repetidas y  
« continuadas instancias han concurrido á su recupera-  
« cion; y que debo, mirándolo todo, usar de tal suerte de  
« mi real clemencia, que juntamente con perdonarla, asien-  
« te en esa ciudad su mayor quietud, seguridad y conve-  
« niencia :

« He resuelto hacerle merced de concederle la confirma-  
« cion que me ha suplicado de las preeminencias y privi-  
« legios que gozaba y poseía antes de las alteraciones del año  
« 1640, en todo lo que no limitaré en esta concesion, como  
« abajo os diré; porque no es mi intencion comprender  
« en esta confirmacion, el derecho que pueda tener ó pre-  
« tender sobre pertenecerle la custodia, disposicion, cui-  
« dado y gobierno de sus baluartes, torres, murallas, puer-  
« tas, puerto de mar, armeria, artilleria, guarnicion, y  
« fortificaciones; porque esto, todo lo que mira á su defen-  
« sa y seguridad, lo reservo ahora, y mientras no mande  
« otra cosa á mi voluntad y órden, es de suerte, que en esa  
« parte se ha de ejecutar lo que Yo dispusiere y ordenare,  
« dentro y fuera de la ciudad, por la mano de mi lugarte-  
« niente y capitan general, ó de la persona que para ello Yo  
« señalare, supuesto que ninguna cosa conviene tanto á esa  
« ciudad y á mi servicio, como que todo lo que mira á su  
« conservacion y defensa, dependa de quien tanto como Yo  
« deseo, y le importa su mayor paz y tranquilidad, y el  
« conservarla en justicia y sosiego .

« Asimismo me reservo durante mi voluntad, el hacer  
« la insiculacion de las personas que hubieren de concúr-  
« rir y tener los oficios de gobierno de dicha ciudad; para  
« los cuales no han de poder ser admitidos ni insiculados,  
« sino los que yo nombrare, proponiendo la ciudad en los  
« tiempos que se suele hacer la insiculacion las personas  
« mas á propósito; porque de ellas ó de otras, nombre Yo  
« las que me parecieren, las cuales solo tengan derecho á  
« estar en las bolsas, y á concurrir á estos oficios, mientras

« Yo no se lo prohibiere , pues á mas de que este mismo de-  
« recho tengo en las otras ciudades de la corona , que con  
« tanta paz se han conservado hasta ahora , se excusarán las  
« insiculaciones , que no ha de haber entre los vecinos de la  
« ciudad , asi insiculados , como desinsiculados por ella en  
« el tiempo pasado , eligiendo Yo de todos , como va dicho ,  
« los que me parecieren mas á propósito para su mayor  
« quietud y sosiego , y que con mayor celo de la misma ciu-  
« dad la puedan gobernar .

« Hago tambien merced á dicha ciudad , de que como an-  
« tes eran cinco los consellerses , sean de aquí adelante seis ,  
« y que este sea del pueblo , ó gremio , que llaman de me-  
« nestrales .

« Asimismo le hago merced de perdonarle , y remitirle  
« todo el valor de lo que se tomó de las Atarazanas al tiem-  
« po de la inquietud , si importa mas que los créditos que  
« entonces tenia la ciudad contra mi real hacienda , y en  
« particular el que pretendia le daba derecho de la bailia  
« general de este principado , la cual nunca salió de mi do-  
« minio ni jurisdiccion ; y es mi voluntad , quedando ellos  
« extintos , por lo que sacaron de las atarazanas , no se pue-  
« da por mis oficiales intentar contra la ciudad de Barcelo-  
« na ninguna accion .

« Tambien hago gracia á la ciudad , hasta ahora de sus-  
« pender cualquier instancia , que se pudiese hacer , en ór-  
« den á la recuperacion de los frutos de las haciendas , que  
« de hecho ocuparon los franceses , caso que por su órden  
« ó instancia se hubiesen ocupado ; y para tomar resolucion  
« sobre las que supone la ciudad confiscadas de aquellos  
« que quedaron dentro de Cataluña , sabreis de la misma  
« ciudad , en particular los que son , y me avisareis de  
« ello , para que con entera noticia mande dar las órdenes  
« que convengan ; siendo constante , que nunca las he dado  
« para que se llegasen á ocupar ningunas por via de confis-  
« cacion , por mucha razon que hubiese para ello , solo por  
« motivo de mi benignidad , y del amor y conmiseracion

« que Yo tenia á los que en esto podian ser comprendidos.

« Quanto al consumo de la moneda, aguardo el informe  
 « que escribi me hiciédeses en carta de veinte y seis de di-  
 « ciembre pasado: y en llegando tomaré resolucion con to-  
 « da brevedad, y concederé á la ciudad el tiempo necesario  
 « que me pide para disponer de ella, en todo lo que mira-  
 « re á su mayor consuelo y beneficio.

« En quanto á la pretension que tienen de cubrirse, ha-  
 « parecido, que supuesto que es preeminencia que no se  
 « ha acostumbrado ni la tiene otra metrópoli de mi monar-  
 « quía, aunque lo sea de reinos muy poderosos y pre-  
 « eminentes, debe excusarse el pedirlo y pretenderlo; así-  
 « mismo la restitution de las baronías y lugares que han  
 « ocupado mis armas, pues debe reconocer esa ciudad, á  
 « quantas mayores sumas tiene derecho mi real fisco, por  
 « los gastos y daños que me ha causado con estas turba-  
 « ciones, y una guerra y sitio tan largo, en que Yo he  
 « consumido tantos millones, haciendas de vasallos y patri-  
 « monios; y así lo advertireis, que á vista de esta conside-  
 « racion, no han podido esperar mas de mi clemencia de lo  
 « que ahora les doy, pues les dejo todos sus privilegios y  
 « preeminencias, y solo reserbo por ahora lo que mira á  
 « su mayor sosiego, quietud y conservacion. Y pudiendo  
 « tomar tanta mayor satisfaccion, me contento con este se-  
 « ñal de reconocimiento, con tal templanza y moderacion  
 « como no se ha visto jamás, esperando que han de proce-  
 « der con tal reconocimiento á estas gracias y mercedes,  
 « que me obligue á repetir las en adelante, al paso de lo que  
 « fueren sirviendo, como lo han hecho sus pasados á los  
 « Sros. reyes mis antecesores, con que tambien experi-  
 « mentarán afectos correspondientes de mi gratitud y be-  
 « nignidad.

« Á la ciudad escribo la carta que os remito en vuestra  
 « crehencia, y junto con dársela, podéis asegurar el deseo,  
 « con que estoy de favorecerla, con mi real presencia, en  
 « dándome lugar los negocios unversales de la monarquía,

« que por ahora me necesitan á detenerme en esta corte. Y  
 « he mandado que se le den los despachos en forma de can-  
 « cillería de esta resolución, y mi vicecanciller se lo diga  
 « á Francisco Puigener para que pueda volverse. Nuestro  
 « Señor os guarde como deseo. Madrid 3 do enero de 1653.

## YO EL REY.

33. El príncipe D. Juan entró en Barcelona el trece del mismo octubre, y la ciudad despachó en seguida un mensajero al rey, que fué Francisco Puigener, á cuyas negociaciones, y al ánimo bien dispuesto del rey, se debió la confirmacion de las constituciones catalanas.

34. Si hasta entonces se habia mostrado Castilla poco amiga del principado, queriendo obligarlo mas que con amor con su prepotencia; parecia ya desengañada, y mostrábase mas fina obrando generosa con él y echando un velo á lo pasado.

35. Á pocos dias de haber entrado el príncipe en Barcelona, mandó á los comandantes de las galeras, que pusiesen en libertad á todos los galeotes catalanes hechos prisioneros durante la guerra, y dió muestras de generoso aprecio en cuanto dispuso de allí en adelante.

36. La rendicion de Barcelona acarreó, como era de ver, la de las demás plazas de la provincia; y si temeraria alguna se mostró rebacia, hubo al fin de ceder pagando cara su resistencia. Gerona abrió sus puertas desde luego al marqués de Mortara, que desde allí se dirigió á la capital á prestar el juramento de virey, para cuyo cargo le nombraba S. M. (\*) Tampoco fueron tardios en la sumision el Ampurdan y los pueblos litorales; Rosas sin embargo no pudo ser tomada desde luego, porque la defendieron con teson los franceses, sobrado interesados en guardarla, por lo que podia servir para conservar el Rosellon.

(\*) No lo llegó á ser, y si en lugar suyo el príncipe D. Juan, que juró á 8 de febrero de 1653.

37. Los habitantes de este condado mostraron tambien el deseo de volver otra vez á la obediencia de España ; mas no se les atendió , merced á la sempiterna negligencia de nuestra corte , y á su recelosa política , dando tiempo y lugar para que radicase en aquellas tierras el mando francés : así las perdimos para no recobrarlas mas , pues fueron cedidas á la Francia por el tratado de paz de los Pirineos en mil seiscientos cincuenta y nueve.

38. El gobierno español fue dulce desde entonces para los catalanes y dejó de ser un yugo ; pero á la par que los reyes le trataban con mas dulzura , mas acendrado fue el amor del principado á su dinastia. Digalo sino su teson y el poderoso brio con que defendió á la casa de Austria medio siglo despues , cuando alegando derechos el archiduque Carlos y el duque de Anjou , aspiraban entrambos á la corona de España. ¿ Qué provincia mostró mayor entereza , ni dió mayores pruebas de su sincero amor que Cataluña ? ¿ Cuál derramó mas sangre propia y enemiga ? ¿ Cuál combatió con mas denuedo ? Tenia viva en el alma la imágen de la guerra que hemos descrito , recordaba el abandono de la Francia , y acusaba su mala fe , que mala es la no cumplida. Ponderaba tambien la generosidad de Felipe , y la noble satisfaccion que de los pasados yerros , propios ó de su ministro diera al principado , y no olvidando que sus derechos habian sido acatados siempre por los antecesores de aquel rey , hubiera gritado viva España y lo gritó , aun perdida toda esperanza. Mas esto es materia para otras páginas , y digresion tan solo en estas.

39. Volvió Cataluña á su pristino estado de orden y buen concierto , pues aunque algun tiempo despues pensaron sublevarla el furibundo Margarit y el mariscal de Hocquincourt , que entraron con un ejército bastante fuerte , repeliéronlos en seguida desesperadamente los mismos pueblos , que cansados ya de guerra gozábanse en los primeros albores de la paz y maldecían el nombre francés , que á sumodo de ver no habia hecho mas que enconar los ánimos de los catalanes.

40. Así acabó aquella guerra de funestas consecuencias para nuestra nación, y que no podía acontecer á peor tiempo. Con ella se dió márgen á las revueltas y emancipacion de Portugal, á las sublevaciones de Italia, y á la pérdida de lo mejor que en los Países Bajos poseíamos, pues ocupada en varias partes la atencion de España, no podía atender bien á ninguna, y dividido en muchas fracciones el ejército, debilitábase poco á poco en diferentes puntos, no pudiendo ser poderoso en ninguno.

FIN DE LA GUERRA DE CATALUÑA.

---



# NOTAS.

## NOTA 1, pág. 268.

*Las partes y condiciones ob que los brazos generales del Principat de Catalunya, tinguts à 25 de juner prop passat posaren lo Principat y Comptats del Rosselló y Cerdanya, à la obediencia del Cristianissim rey de França, los quals se han de posar en lo jurament que sa Magestat, y los successors han de prestar en lo principi de son gubern.*

1. Que sa Magestat observará, y farà observar las usatges, constitutions, capítols y actes de cort, y tot altro dret municipal, concordias, pragmáticas y qualsevols otras disposiciones, ques troban en lo volum de las constitutions insertadas, prometent, y jurant, que no farà, ni fer permetrà, otras pragmáticas, ni observar algunas de las fetas, que no estiga en dit volum, ni ab motiu de qualsevol necessitat, ni per qualsevol causa y rahó per urgent que sia, sino los ab consentiment dels braços y corts generals, y axí mateix observará los privilegis, usos, estils, consuetuds, libertats, honors, preeminencias y prerrogativas, tan de las esglesias, estament eclesiástich, militar y real, y personas particulars de aquells, com de la ciutat de Barcelona, y otras ciutats, vilas, y llocs, y de las personas particulars de aquesta provincia.

2. Que los archebisbats, bisbats, abadiats, dignitats y los demes beneficis eclesiástichs, tan seculares, com regulars, y las pensons eclesiásticas, solament presentará sa Magestat à catalans.

3. Que lo tribunal de la Santa Inquisició reste en Catalunya ab poder de conèixer de las causas que pertañen à la fé tan solament, sens empero poder, tráurer las causas, y processos de Catalunya, y que los inquisidors, y sos oficials sian catalans, y que dit tribunal sia directament subjecte à la congregació de la Santa Inquisició de la cort romana, sino es, que en França hi haja inquisidor general, ab tribuna format, que en tal cas se provehirá lo que se haurá de fer.

4. Que se observará en Catalunya lo sagrat concili de Trento on tot, y per tot, conforme lls vny se ha observat.

5. Que lo señor rey promet, ab jurament, tant per sí, com per sos successors, no pretendrá, demanará, exigirá, ni manará exigir en ningún temps de la ciutat de Barcelona; ni de las demes ciutats, vilas y llochs, ni universitats de Catalunya, y comptats del Rosselló, y Cerdanya, qualsevois que aquellas sian, reals ó de baró, quinta ó altra part, ab qualsevol nom se anomena, dels vectigals y impositions que sobre lo pa, vi, carns y altres cosas, y mercaderias imposan, y han acostumat, fins lo dia present, y per avant imposarán ditas ciutats de Barcelona, y demes universitats, sobre sí, y també sobre qualsevois forasters, per subvenir las necessitats de ditas universitats que son estadas condemnadas à pagar lo quint, ni de aquellas que per pacte lo habian promes, ni de aquellas que habian obtingut privilegi ab reservatíó de quint, y generalment de todas las universitats, de qualsevol manera que pagues pretendre que estaban obligadas à pagar quint. É axí mateix que no demanará ni pretendrá en manera alguna cobrar de las ditas universitats, y altres qualsevois, lo que per rahó de impositions habian fins assí exigit, sens privilegi; encara que sian estadas condemnadas, ó altrament hajan promes, y sian concertadas de haberho de restituir, y pagar de qualsevol manera que sia, sino de voluntat dels habitants en aquellas. Consentint ara per las horas, que ab autoritat sua real, en virtut de aquest pacte, tenint força de privilegi perpetuo, pogan ditas universitats dits vectigals, y impositions posar, y exigir à sas voluntats, y los posats y imposadas aumentar y disminuir, de la manera queis apareixerá, segons las necessitats de las mateixas universitats, y tot lo que procedirà de dits vectigals, y impositions, pogan y los sia licit y permes à ditas universitats en propis y comuns usos de ditas universitats convertir, y gastar de la manera que ses acostumat íntegrament, y sens disminutíó alguna, y també que no exigirá la quinta ó altra part de aquellas que se solian imposar y exigir per privilegis reals, consuetut, ó altrament per los magistrats de la Llotja de mar de Barcelona, Perpinyá, y altres magistrats, barons y personas particulars, collegis y cofrarias, prometent ab lo mateix jurament, que ni sa Magestat, ni sos successors, acerca del demunt dit, farán demanda à ditas universitats, ni molestia alguna ni ab pretext de conèixer si ditas universitats, magistrats, barons, ó personas particulars, collegis ó cofrarias, ditas impositions converteixen en sos usos, ni ab pretext de que de ditas impositions donen compte, y rahó à sos ministres reals car tot aço prohibeix en virtut de est pacte, sino fos que en lo sobredit se cometes frau, ó dol en la exactíó, y administratíó, que en dit cas per rahó del delict se reserva sa Magestat lo dret de castigar mediant justícia los delinqüents, entenen y declarant que perço no enten prohibir, ni llevar als barons y qualsevois altres lo dret que competirà de justícia de demanar semblant compte y rahó, devant jutge competent, en tot cas que menester sia, declarant també que

la facultat dona en aquest article, no faça perjudici à la forma acostumada en lo Principat de Catalunya y comtats de Rosselló y Cerdanya, en quant à las impositions generals que son acostumadas imposar, necessarias à la conservació y altres necessitats de la provincia.

6. Que sa Magestat promet conservar la preheminencia ó prerrogativa als consellers de la ciutat de Barcelona de cobrirse devant sa Magestat, y qualsevols personas reals, com han acostumat, y en quant sia necessari de nou los concedeix la dita prerrogativa, sense abus. É axí mateix promet també y jura que tindrà y conservarà à la mateixa ciutat de Barcelona la prerrogativa que té, y han sempre tingut sos consellers en temps de altres reys de anar per Catalunya, y altres terras suas, y en sa cort real, ab las mateixas insignias consulars, y ab sos verguers y maças, com las usan, y han acostumat usar en la dita ciutat, perque usen també de aquellas en la cort, y terras de sa Magestat.

7. Que juro, observe, y faça observar sa Magestat los capitols, y actes de cort, privilegis, usos, y estils de la Generalitat de Catalunya, y casa de la diputació ab tota jurisdicció civil y criminal, en las cosas de que han acostumat conèixer, y que si dubte algú se suscitara acerca dita jurisdicció, per que negue la qualitat de Generalitat, ó altrament, lo que la conciença al consistori dels deputats.

8. Que los oficis dels capitans dels castells, alcajts, ó governadors de fortalesas del Principat de Catalunya, y comtats de Rosselló y Cerdanya, y tots los oficis de justicia donará à catalans que verament ho serán, y no à altres.

9. Que sa Magestat jurará y prometrá, que lo Principat de Catalunya y comtats de Rosselló, y Cerdanya, serán regits y governats per un virrey, y Recliment general de sa Magestat, que elegirà, y anomenará dels seus regnes, que será alter nos ab tots los poders ordinaris y acostumats, conforme la minuta del privilegi que donará a part, conforme las constitucions de Catalunya, y altres drets municipals.

10. Que los allotjaments dels soldats en Catalunya y comtats de Rosselló y Cerdanya qualsevols que sian, encara que sian auxiliars, se façan per los cónsols, ó jurats de las universitats de la manera que disposan las generals constitucions de Catalunya, y que los particulars no sian obligats, nis puga exigir dells, ni de las universitats per los capitans, soldats, tan de caball, com de peu y altra gent y oficials de guerra, sino sal, vinagre, foch, llet, servey y palla. la qual haja de donar lo patró quen tindrà per los caballs que serán allotjats en sa casa tant solament, y que si voidrán altra cosa tingan obligació de pagarho, y si los soldats no voidrán pagarho, y usaran per açó alguna violencia, los farà castigar ab rigor, y manará sa Magestat, que dits allotjaments se façan ab tota suavitat, y ab lo manco

dany de la província, y particulars de ella, no carregant als llochs de excessiu número de soldats hagut respecte al número dels habitants, y altrament, y que ab lo present capítol nos faça perjudici á la ciutat de Barcelona, y á son territori, y ciutadans d'ella, ni á las demes ciutats ni universitats y personas que per privilegi, consuetut, ó altrament no tenen obligació de alojar.

41. Que las ciutats de Tortosa, y Tarragona, y demes vilas y llochs del present Principat, y comptats que lo enemich te ocupats de voluntat de sos habitants, gosarán del benefici de las constitutions, y de tots los privilegis, exemptionis, y libertats del Principat de Catalunya, y sos comptats, com á part de aquells, y en quant als privilegis particulars de ditas universitats gosarán de aquells, segons se aportara ellas, y sos ciutadans, y habitants envers sa Magestat, y la província, conforme se tractará en las capitulacions particulars, quant se reduhirán á la obediencia de sa Magestat, no entenent ser compresos ab lo capítol la vila de Perpinyá, Copliure y Rosas, y altres vilas y llochs, que ab violencia, y armas son estadas oppresas del exércit enemich; ans hó aquelles no manquen de present ab confirmació de tots sos privilegis, usos, y costums, axí com resten las demes ciutats, vilas y llochs de la província, sino es que per avant sian infels á sa Magestat, y provincia, y en respecte de las juristicions y rendas de la esglesia metropolitana de Tarragona, y altres esglesias y jurisdiccions dels barons eclesiástichs restarán de la mateixa manera que abans, y també las dels barons laics, que no son ni serán infels á sa Magestat y á la patria.

42. Que sa Magestat á cautela que danyar no sol y en quant menester sia confirmarà, doará, y aprovará la manlleuta que té feta lo General de Catalunya y per ell los diputats, y per avant farán, per obs de la present guerra de molts censals morts que han manlleuat y manllevarán fins á la quantitat de trescentas milia lliuras barcelonesas, segons la delliberació dels braços, tinguts á 45, 22, y 28 de octubre de 1640; y la impositió dels nous drets á la ciutat de Barcelona consignada, y la taxa feta, y las demes obligations fetas per dits diputats en favor de la ciutat per pagar las pensions de dits censals, y en tot cas la propietat per havérsels encarregat dita ciutat, los quals drets se pogan continuar y la taxa feta cobrar, fins que dits censals sian lliuts, y quitats, y la dita ciutat reste immune, y liberada de aquells y també dels empréstichs, y axí mateix confirmarà totes las manlleutas, y taxes fetas per las universitats de Catalunya, per la guerra corrent, porque com aquestas cosas tenen tracte successiu no sia sos questió en lo esdevenir.

43. Que sa Magestat promet que no separará de la corona real de França lo Principat de Catalunya, y comptats de Rosselló y Cerdanya, en tot ni en part per ninguna causa, ni rahó que dir ni escogitar se puga ans resten, sempre units á dita corona real, axí que lo que serà

vey de la monarquia de França, sia sempre compie de Barcelona, Rosselló y Cerdanya.

14. Y por quant lo efecte de las lleys, consisteix en la observança de aquelles, prometrà y jurarà particularment sa Magestat que observarà y farà observar totes las constitutions, y disposiciones municipales que parlan de observar constitutions y principalment la constitució onsenà, que comença; *Poch valdria*. de aquell titol. Entes y declarar, y en quant menester sia ajustat per pacto y conventió fets entre sa Magestat, y la provincia, que si algú pretendrá contrafactió ara sia persona publica, com es lo sindich del General per lo públich interés, ara sia persona privada per lo seu propi, puga suplicar, y requerir al oficial ab interventió del scribà major de la casa de la deputació dintre la ciutat de Barcelona, ( ahont residirà, y ha de residir lo real consell en tot temps, sinó en cas ny pesta ), y fora de dita ciutat ab interventió del scribà de la deputació local, y ahont no ni haurà del notari de la ciutat, ó vila ahont será lo oficial ques preten haber contrafet, de qualsevol dignitat, ó preheminencia sia, com son canceller, regent la real concelleria, portant veus de general governador, doctor del real consell, mestre racional, batlle general, y sos lloctinents, tesorer, ó altre qualsevol, sens altra habitació de la escriptura que se ha de presentar, que la ques farà per lo mateix scribà major, y altres notaris, als quals ho cometem, perquè procuran estiga decent com volen las constitutions y presentada aquesta requereixta còrregan tres dias al oficial pera revocar, ó firmar dubte inmediatamente, despres de dita presentació, y si dins dit termini no farà ni una cosa ni altra, puga la part interessada, y lo sindich del General, y quiscun de aquells firmar dubte en lloch del oficial, y per aquesta firma nos requereixa altra solemnitat, sino que lo oficial, ó la part, ó lo sindich del General devant del mateix scribà major presente en escrits las rahons perquè preté haberse contrafet, ó no, respectivament, la qual firma se notifique á la part querellada, y en son cas á la part querellant respectivament ab intima á ella feta per lo scribà major, del qual dia correrán sis dias, pera deduhir y allegar tot lo que las parts voldrán per sa justificació devant del scribà major, sens altra solemnitat que entregarli las scripturas, de las quals ell farà lo proces, y de las quals, ó del proces, donará comunicació en sa presencia á las parts, ó á sos advocats si la demanarán. Si empero lo fet per rahó del qual se preté la contrafactió será fet de sa Magestat, ó de son lloctinent, ó capitá general se envie embaixada per los deputats ab la forma ordinaria á sa Magestat, ó á son lloctinent general, ó á aquell qui prosidirà, suplicantlos en escrits façan la revocació y si no la faran dintre tres dias porá la part, ó lo sindich del General firmar dubte, com está dit, notificantlo com está dit, á sa Magestat si será present, ó al lloctinent general, ó al portant veus de general governador, procedint vice regia ab los doctors del real consell.

Lo modo de declarar aquestas controversias, serà que constituiran tretse jutges, part dels doctors del real consell, y part dels insculats dels tres estaments en lo libre del ánima de la casa de la deputació, en que solament concorrerán los que trobaran presents en la ciutat de Barcelona, de tal manera que la primera vegada sian set del real consell no suspectes, y per aquest efecto quant succehirá lo cas de alguna contrafactió que haurá de declarar, tingan obligatió los diputats enviar embaixada, com dalt está dit á sa Magestat, si serà present, quant no á son lloctinent general, y en son cas al portant veus de general governador per donarlos noticia del dubte que se ha de declarar, nomenant las parts, y suplicant, que maneu á set doctors del real consell mes antics, no susceptes, comensant per lo canceller, y regent la real cancellaria, y en defecte dels jutges del real consell per suspitas, ausencia, ó mala gana á altres jutges, ministros reals, segons la prehemtencia de antiquitat, y grau, ó altres personas á ells ben vistas, perque tal dia y hora acuden á la casa de la deputació, pera declarar lo dubte ab los restants jutges, notificantlos los doctors, los quals serán estats recusats per las parts per suspectes, per que oidas las parts lo real consell dins dos dias despres que la relatió de la notificació serà reduhida en escrits declaren ditas suspitas, y sis declara que proceduxen, ó no las declaran, se suplesca lo número dels demes doctors del real consell, segons la antiquitat, y si dins altres dos dias naturals immediatament següents no enviarán los dits set jutges no suspectes, segons la prehemtencia y antiquitat, y si los dits jutges, ó alguns dells no acudirán lo dia assenyat á la casa de la deputació, degan los diputats y oidors fer extractió de las personas dels tres estaments insculats en casa de la deputació, comensant per lo eclesiástich y continuant per los demes de tantas personas quantas faltarán dels jutges reals per la declaratió del dubte, y juntament faran extractió de las personas dels mateixos estaments que han de ser jutges ab los jutges reals, y posats dins de una urna los diputats y oidors de cada estament, y despres de ser extrets serán votats per los estaments per escrutini, trahent-ne fins que lo número serà complet, en la qual extractió porán ser presents las parts interessadas, ó sos procuradors; y lo sindich del General, perque pugan proposar suspitas contra dels extrets, de las quals coneixerán encontinent verbalment, devant dits estaments los diputats y oidors, ab los assessors, y advocat fiscal, de la qual declaratió nos puga apellar, ó recórrer, y açó se observará la primera vegada, y en la segona serán sis jutges reals y set dels estaments, y si los que no acudirán serán dels estaments, sien desinsculats, y fets inhábils para obtenir officis de la casa de la deputació.

Feta aquesta extractió, y nominatió, serán tots los jutges tancats en una de las salas de la casa de la deputació ab lo scribà major, lo qual los llegirá lo proces, de hont no exirán fins que haurán de-

clarat lo dubte, oidas primer las parts, y sos advocats, si ho demanaran, y pres parer dels assessors, y advocat fiscal de paraula si demanaran; y la declaratió se farà per escrutini, prestat primer per tots los judges jurament, ço es per los doctors del real consell, en poder de un de sos presidents, antes que arriben à casa la deputatió, de que dit president fassa fe en escrits à dits deputats, y los altres en poder dels deputats, ó de altre dells, y habent tots oida sentència de excomunicació en casa la deputatió, y que lo que será declarat se executa promptament per los deputats, y *oidors*, als quals ho cometem, sens apellatió, suplicació, dictió de nullitat, recors, restitució in integrum, querela, ó altre remey, per cualsevol causa, de tal manera, que los condemnats sols se entengan haber incorregut en las penas que los judges expressament hauran declarat, derogadas las demes penas de ditas constitutions, en lo demes empero restarán ditas constitutions, de la observança en sa força, en quant se porán aplicar. Entes y declarat que ditas extractions, y demes cosas en aquests capitols contengudas se feyan per las personas à qui toca de franch y sens salari, remuneratió, ó satisfacció de treballs, y ques puga y foga procehir també en dias feriatos.

Y perque no se impesca la administratió de la justícia ordinaria statuhim, y ordenam, en virtut del mateix pacte convingut entre sa Magestat, y la provincia, que lo present remey nos puga intentar ni sen puga valor la part, sinó en defecte dels remeys ordinaris, comi disposa la dita constitució: *Poch caldrá*, y conforme thus vity se es observada.

45. Lo principat de Catalunya, y complots del Rosselló y Cerdanya en lloch de las convocations de Sonatent general, Host, y Cavalcada, y de la ques feya en virtut del usatge, *Princeps namque*; (las quals convocations per avant nos pugan fer en niugun cas), servirà ab un batalló de cinch mil infants, y cinch cents cavalls, pagats, armats, y municionats, á gasto de la provincia, los quals haurán de servir dias la mateixa provincia, y no fora della, sempre que hi haurá necessitat, la qual se entenga, scribi sempre que la provincia estará com vuy assitiada, ó invadida de las armas del rey de Castella, ó en temer clar, y patent de estarho, y fora dit cas, tothora, y quant lo floctinent general de sa Magestat, junt ab los deputada del Principat de Catalunya, judicarán esser necessari cridar ab ells lo conseller de la ciutat de Barcelona, al qual tecará entrar en braços y aço sens perjudici de altre major servoy, si en cas de major, y mes urgent necessitat lo voldrá fer la provincia voluntariament.

46. Quant al que toca als gastos que se han de fer en la provincia per rahó de las fortificacions necessarias en ella, y per la paga y sou dels soldats francesos, ó de altra natió, que no serán catalans, que estarán en los presidis, y per suplement del que será mesester per la paga de dits soldats, á mes del que ordinariament se paga per

sa Magestat, se tractará en las primeras cortes generals, y entretant no cessarán la ciutat de Barcelona, y demes ciutats, vilas y universitats de Catalunya de fer respectivament los gastos per las suas fortificacions, y otras cosas necessarias per sa defensa, com fins assi se ha acostumat.

Lo rey vistos y examinats paraula per paraula en son consell los articles ahescrits, sa Magestat los ha agrahits, y acceptats, agrahoix, y accepta, y promet en fe, y paraula real, guardarlos, y observarlos inviolablement, y promet que quant fara lo jurament acostumat per los comptes de Barcelona, Rosselló y Gerdanya, en lo principi de son govern, jurará la observança de dits capitols, y axí mateix ho faràu sos successors. Dat en Perona á 49 de setembre de 1644.

Louis.

Locus ✠ Sigilli.

Bothilier.

NOTA 2. pág. 278

Edicto que se publicó en Madrid y á que alude en las primeras líneas del libro VII.

*Nos D. Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, Aragon, etc.*

Atendiendo con afecto de padre á los innumerables daños, desdichas y calamidades que han sucedido de algun tiempo á esta parte en el principado de Cataluña y condados de Rosellon, y Gerdaña, por ocasion de los movimientos, y alteraciones que se han movido, y suscitado; y que las que amenazan son tales, y de tal calidad que amagan exterminio, y destruccion á los estados eclesiásticos, militar y real, y á las universidades, congregaciones, ayuntamientos, y cofradias, y á las personas particulares de dicho principado, y condados; de que se siguen grandes deservicios á Dios nuestro Señor, y á Nos singularmente, si como se teme de la introduccion de gento forastera, se abriese la puerta á novedades, por las cuales se desviasen los naturales en algun tiempo, de la pureza que en todas edades gloriosamente han conservado, y con todas sus fuerzas defendido: considerando, que estos daños y peligros han procedido y proceden de las diligencias, que algunos mal intencionados han hecho, engañando con falsos motivos, y siniestras persuasiones á nuestros súbditos de perfecta, y plena fidelidad, para apartarlos de nuestra obediencia en la qual con tanta felicidad han vivido, imitando á sus antecesores, que constantemente han perseverado en ella por mas de nueve siglos, dando á los principes nuestros predecesores en todo tiempo insignes,

y notables aumentos, y a las otras naciones ejemplos dignos de imitacion; lastimándonos sumamente de tantas desdichas, y deseando que conocida, y entendida la verdad, los naturales y poblados en dicho principado, y condados, se aparten de las malas inteligencias que los enemigos de la paz y quietud, que es el fundamento del bien, y de la comodidad de los pueblos, han persuadido, y vuelvan á la natural y antigua fe que á sus principes, y señores naturales con toda pureza han siempre guardado; y podamos honrar, y hacer gracias y mercedes, conservándoles en paz y justicia, como pertenece á la real magestad, en cual debe como dijo el señor rey D. Pedro II nuestro predecesor, estar siempre velando por la utilidad de sus vasallos, y tener pacificada toda la tierra, y á sus súbditos fieles, merecedoras de franquezas, libertades, é inmunidades, hacertes observar sus privilegios.

Por esto, con este nuestro edicto, y carta pública decimos, y notificamos á los estamentos, ó brazos, etc., los cuales siempre despues de la muerte del carísimo rey D. Felipe nuestro padre de eterna memoria, y ya antes hemos hecho siempre y hoy hacemos singular estimacion de la gran naturaleza, bondad, buena fe, lealtad, y servicios de los naturales y poblados en los dichos principado y condados: y que en todas ocasiones Nos, nos hemos dado por bien servido de sus procedimientos, y que nuestra determinada voluntad ha sido, que les sean observados los usajes de Barcelona, constituciones generales, y libertades, inmunidades, y franquezas así como les han sido guardados por los señores reyes nuestros progenitores; y que en esta conformidad hemos ordenado, mandado, á nuestros lugartenientes generales, que por tiempo han sido, y á nuestros oficiales mayores, y mayores, que con toda puntualidad las guardasen é hiciesen guardar, disgustándonos mucho cualquier acto hecho contra dichos usajes, constituciones, libertades é inmunidades, ofreciéndonos pronto al reparo y satisfaccion de aquellos, segun nos pareciere de justicia.

Así mesmo decimos, y notificamos á todos los subditos, que apenas hemos tenido noticia de las causas que han tenido los naturales, y poblados en dicho principado y condados, para desconsolarlos y quejarse, hemos deseado tengan todos en general, y en particular, desengaño de aquellas, procurándoles todo alivio, consuelo y satisfaccion; por cuyo efecto hemos remitido diversas órdenes, cartas y papeles á los deputados del principado y á los consellers de nuestra ciudad de Barcelona y de otras ciudades y villas, los cuales tenemos noticia han ocultado los mal intencionados, é inquietos, para que llegando á noticia de tan honrados vasallos, no obrasen los efectos que por su fidelidad, y pureza de fe hubieran obrado de que tenemos el justo sentimiento, porque esta ocultacion, ha sido la causa de tantos y tales daños, los cuales se hubieran escusado con la noticia

de estas órdenes, y cartas: singularmente, si como hemos deseado hubiéramos sabido, que los sucesos de Perpiñan, de Cambrils, y otros de esta calidad han sucedido y se han hecho sin nuestra orden y voluntad, la cual ha sido siempre de conservar y mantener á los naturales, y poblados en Cataluña, y en sus condados; bajo de nuestra obediencia, con blandura, piedad y suavidad: y por cuanto, de la ignorancia de nuestras órdenes, y de esta nuestra voluntad, como queda dicho hayan resultado los daños que ha padecido la provincia; deseando, que la noticia cierta, y segura del amor que les tenemos, y de nuestra voluntad en hacerles muchas gracias, y mercedes, como á padre que desea su mayor bien, los haga diligentes en la reduccion que esperamos, apartándose de los caminos que han tomado de su total precipicio, y destruccion de la provincia, hemos determinado mandar hacer y ordenar, el presente edicto, y carta pública, para que llegue á noticia de todos, y con él les exhortamos cuanto mas amorosa, y eficazmente podemos, que atendiendo, á que las armas francesas con manifiesto engaño, y depravada intencion de perderles á todos, y de ofuscar las glorias de provincia tan insigne, y leal se han introducido en ella, son la causa de estas turbaciones, y desdichas, que se animen, y esfuercen, imitando el valor, y virtud de sus mayores á espelerlas, y echarlas de las tierras de dicha provincia; de modo que quedando libres, de vecinos tan perniciosos, puedan gozar de las honras, gracias y mercedes que queremos por nuestra libertad, y amor hacerles, logrando en todo la dulzura y benignidad de nuestro imperio.

Y si para poner en debida ejecucion dicha espulsion de las armas francesas, y restituir la libertad á los pueblos de Cataluña, y condados, necesitau de armas, de caballos, y dineros ofrecemos proveer de todo con vigilante puntualidad en la forma que lo pedirán los diputados del General y los regidores de las ciudades, villas, ó pueblos de la provincia.

Por quanto hecha dicha espulsion de las armas francesas juzgamos por cosa justa que el principado de Cataluña, y condados queden con tranquilidad y sosiego sin los recelos y temores que podría ocasionar la gente de guerra que se halla en ellos, declinamos y notificamos á todos generalmente, y con nuestra buena fe y palabra real ofrecemos y prometemos que en este caso, sin dilacion alguna mandaremos salir con todo afecto de la provincia y de sus límites, la gente de guerra que se hallará en ella, dejando solo en los presidios y fortalezas las guarniciones ordinarias para su seguridad; de modo que los naturales, y poblados en Cataluña y en sus condados, libres de todas sopechas respiren de los trabajos pasados, y gocen de la deseada seguridad y paz.

Así mesmo deseando, y afectando sumamente la conservacion de este nuestro principado, y condados; y que campe nuestra piedad

y misericordia, poniendo en ejecución la voluntad que tenemos de hacerles bien y merced, declaramos con este nuestro edicto y carta pública, que todos y cualesquier actos y procedimientos, excesos ó culpas en los movimientos y perturbaciones que han sucedido en la provincia, de cualquier calidad que sean los tenemos olvidados, y borrados de nuestra memoria; y aquellos, y cada uno de ellos reputamos por no hechos, ó sucedidos, de modo que ni ahora, ni en tiempo alguno se pueda hacer de aquellos, ó de alguno de ellos cargo alguno, á los estamentos eclesiástico, militar y real, á las universidades, comunidades, congregaciones, ayuntamientos y cofradías, y á las personas particulares del principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdeña de cualquier estado, grado ó condición sean; ni contra los dichos se pueda hacer inquisición ó proceso alguno, judicial, ó extrajudicial, antes quede á dichos estamentos y á los demás el libre uso y ejercicio de sus privilegios, derechos, libertades, gracias, prerogativas, usos, costumbres, en la forma que los tenían antes de dichos movimientos y turbaciones, conservándoles salvos y libres de toda contradicción; y así mismo queden en todo, y por todo en aquel estado, y punto en que se hallaban antes de suceder dichos movimientos.

Y mandamos ahora á nuestro procurador fiscal, y á nuestros oficiales mayores y menores, que esta nuestra declaración, y determinada voluntad, y gracia, observen y guarden, imponiéndoles perpetuo silencio en dichas cosas, y en cada una de ellas, privándoles de toda jurisdicción para dicho efecto, para que en tiempo alguno no puedan entremetense en los referidos sucesos; y declaramos que en caso de contradicción, incurran en pena de infamia, y en otras penas hasta muerte natural inclusive; y es nuestra voluntad, que de esta declaración, abolición, y gracia nuestra, se les entreguen á los estamentos, universidades, comunidades, cofradías, y particulares personas, tantas cartas públicas como quisieren, libres de todos los derechos.

Así mismo para que cese todo escrúpulo y alcancen el consuelo que ellos desean, decimos y notificamos á todos generalmente, que es nuestra voluntad determinada que á los estamentos eclesiásticos, militar y real etc. se les guarden los usajes de Barcelona, constituciones generales, capitulos y actos de corte, usos pragmáticas, costumbres, privilegios, inmunidades, libertades y franquezas en general, y en particular concedidos por Nos, y por nuestros predecesoras según la serie y tenor de aquellos; y aquellos sin alteración, ni innovación, ó derogación alguna y ofrecemos y prometemos, que en las cortes generales que cuanto antes hemos deliberado convocar, y celebrar á los catalanes, haremos acto ó actos los mas fuertes que puedan hacerse para la seguridad de todo el General de Cataluña de la observancia puntual de sus leyes, privilegios, é inmunidades, y

que confirmaremos aquellos, y corroboraremos con solemne juramento para entera satisfaccion de los estados, y cortes congregadas.

Aun decimos y notificamos á todos generalmente, que con este nuestro edicto, ó carta pública remitimos, relajamos, definimos y absolvemos á las universidades, comunidades y congregaciones de Cataluña y condados; y á las personas particulares que en fuerza de concesiones nuestras, y de nuestros predecesores reciben, y recogen imposiciones, y cese el derecho y exaccion del quinto, ó de la quinta parte de ellos, con todo lo que podria deberse al patrimonio real, de modo que desde ahora en adelante no paguen, ni hayan de pagar dicho quinto ni aun aquella cantidad que han concertado pagar á nuestro erario, por razon de dicha quinta parte las universidades que lo han concertado, antes bien reciban, y cobren dichas imposiciones todas enteramente sin corresponsion alguna á nuestro patrimonio; y mandamos al procurador fiscal de nuestra parte, no pida dicha quinta parte por lo pasado, ni por lo venidero, antes bien en cuanto al derecho del quinto, y á su exaccion imponemos silencio perpetuo en la forma que sea mas conveniente para seguridad de dichas universidades privilegios, y cartas separadas, cuantas pidieren, despachas en la forma acostumbrada de nuestra cancelleria, libres de todos derechos.

Así mesmo deseando hacerles superabundante gracia y merced, remitimos y relajamos á las universidades, comunidades y particulares personas que durante estas inquietudes y turbaciones han ocupado, y recibido cualesquier efectos nuestros, y de nuestro patrimonio lo que nos pertenece á cobrar, habiendo sido dichas cosas efectos, y dinero consumidos y gastados; y declaramos y queremos, que por razon de ello no se les pida cuenta, ni razon, ni se les pidan, ni judicial, ni extrajudicialmente, ni de cualquier otra suerte, imponiendo á nuestro procurador fiscal, y á nuestros oficiales mayores y menores silencio perpetuo, y que esta nuestra remision y gracia, sea explicada con todas las cláusulas necesarias, y convenientes para total seguridad de dichas universidades, y particulares personas.

Y considerando que los alojamientos de los soldados, y gente de guerra han causado molestias á las universidades, y particulares de dicho principado, y condados; solicitando en cuanto es posible su alivio y descanso, decimos y notificamos á todos generalmente, que procuraremos aprotadamente que en Cataluña y en sus condados, de aquí en adelante, no se hagan alojamientos algundos de soldados, y gente de guerra, aunque sea por solo tránsito, menos en necesidad urgente y en este caso declaramos y queremos que los nuestros provinciales esten obligados á dar á los soldados y gente de guerra la sola habitacion ó aposento, y no otra cosa, ó especie, antes que dichos soldados hayan de pagar de sus dineros todo lo que gasten, y hubieron menester para su sustento, conformándonos con lo que está

ordenado y estatuido por constituciones generales en materia de armarjamientos de gente de guerra: las cuales se guardadas à la letra sin derogacion, innovacion, ò alteracion alguna, revocadas todos los abusos.

Y deseando que la justicia sea administrada por personas à satisfaccion de la provincia, confiando, y teniendo por cierto que propondrán los mas hábiles, idóneos y suficientes, con esta nuestra carta revocamos, y queremos se tengan por revocados los beneplácitos, y la niera y libre voluntad pasada en los títulos de los doctores que de presente tienen los lugares y plazas de la real audieucia, y consejo real, de manera que queden vacantes; y que aquellas y las de canceller, y regente la tesorería, y otros que hoy están vacantes proveyeremos en una de las personas que nombrarán los deputados, de consejo y parecer de los estamentos, ó brazo eclesiástico, militar y real, proponiendo estos, tres doctores por cada lugar ó plaza, y que esta forma sea solamente observada en la primera provision que se hará despues de la espulsion de los franceses; y que en las otras que en adelante se habian de hacer, se guarden las constituciones de Cataluña sobre este punto dispuestas.

Y para que nuestra ciudad de Barcelona experimente el grande amor que lo tenemos, y la estimacion que hacemos de su fidelidad, queremos, y es nuestra voluntad, que los contratos de los consales del señor rey D. Alfonso nuestro antecesor, y el nuestro del año 1632, sean guardados, y observados à provecho, y utilidad de dicha ciudad de Barcelona, segun el tenor de aquellos, y que queden en su fuerza, integridad y valor.

Asi mismo que los consellers de dicha ciudad de Barcelona, en todos los actos, se cubran delante de Nos, y de nuestros sucesores, y de los reinos y hijos nuestros, y de aquellos, en la forma que acostumbra cobrirse los grandes de nuestra corte, y reinos, sin contradiccion alguna; y concedemos, y otorgamos el conseller sexto oficial, que en estas turbaciones se ha añadido à los otros consellers en dicha ciudad de Barcelona, con las mismas prerogativas, y en la misma forma que las gozan los otros consellers; y ahora por entonces mandamos, que de la cobertura de los consellers, y de la concesion del sexto conseller sean despachados privilegios en la forma que los pida la ciudad de Barcelona, ordenados para toda seguridad y utilidad de dicha ciudad.

Y porque nuestra voluntad, é intencion es, que estas gracias, y mercedes sean puntualmente observadas, y guardadas; aunque es suficiente la fe, y palabra real, deseando hacer mayor demostracion de nuestro afecto, decimos y notificamos à todos generalmente que en continente, hecha que esté con todo efecto la espulsion de las armas francesas, del principado, y condados, daremos, y enviaremos al principado de Cataluña, y deputados del general por rehenes, y en

lugar de rehenes tres grandes, y tres títulos de nuestros reinos, los cuales estén en el principado en el lugar que les señalaren los diputados, hasta que en la corte general tengan consentimiento, y aprobación de los estamentos, dada la forma de la seguridad de la observancia de estos capítulos, la cual corte general hayamos de convocar, celebrar, y concluir cuanto antes se pueda, hecha ya dicha espulsion.

En la cual corte general con el mismo consentimiento y aprobación se haya de hacer el juramento del serenísimo príncipe nuestro carísimo hijo, por el afecto con que ha intercedido con Nos, para el despacho de este nuestro edicto.

Y para mayor consuelo de nuestros súbditos, en ella también trataremos con los estamentos, del buen gobierno de la provincia, y daremos á los estamentos eclesiástico, militar y real, entera satisfacción de las quejas y agravios que tengan y propongan: la cual satisfacción haremos de nuestra hacienda, y del donativo que acostumbraban los estamentos conceder en cortes, porque sabiendo que la provincia está muy trabajada por las calamidades y desdichas presentes, no se nos haga donativo alguno en estas cortes.

Finalmente honraremos y concederemos á las otras universidades y singulares personas las gracias, y mercedes que serán menester para su alivio, consuelo y satisfacción. Y por cuanto, mientras se celebren, y concluyan las cortes que ofrecemos convocar y celebrar, es razón se administre justicia en el principado y condados, por ser cosa agradable á Dios nuestro señor y el fundamento de toda felicidad, decimos, y queremos que aquella se administre por el gobernador de Cataluña procediendo vico regía según las constituciones que dan la forma del gobierno de la provincia estando Nos ausente del principado, y faltando nuestro lugarteniente y capitán general, el cual Nos nombraremos, mientras se retarda la conclusión de las cortes, y que para proseguir este gobierno nombraremos por gobernador una persona principal de dicho principado para el gobierno de Cataluña, y otra para el de los condados de Rosellon y Cerdeña, de mucha autoridad y suficiencia, las cuales y no otras, hayan de regir, y gobernar el principado de Cataluña, y que estas personas sean á satisfacción de los diputados, y estamentos, los cuales para este efecto y para lo concerniente á la ejecución de estos capítulos, y para beneficio de la provincia, consentimos, y queremos se puedan libremente convocar, y juntarse. Y para que dichas cosas lleguen á noticia de todos los naturales y poblados en Cataluña, mandamos publicar el presente nuestro edicto, en la forma que mejor parecerá, y ser podrá: en testimonio del cual mandamos espedir las presentes con nuestro sello comun en el dorso selladas: Dadas en nuestra villa de Madrid á los 24 del mes de enero año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo 1642.

YO EL REY.

## NOTA 3, pág. 305.

Copia del juramento que el señor D. Felipe IV de Castilla prestó en la ciudad de Lérida luego de haber sacado á dicha ciudad del poder de sus enemigos.

*Ratificatio juramenti prestiti per sacram catholicam regiam Majestatem Philippi IV Domini nostri Regis in ecclesia cathedrali civitatis Herda die dominica vigesima prima mensis augusti anni millesimi sexcentissimi quadragessimi quarti, hora sexta post meridiem, quod jam antea presterat anno millesimo sexcentesimo trigessimo secundo in monasterio divi Agutini extra mœnia dicta civitatis.*

Essent estat servit nostre Senyor de que mediant sa divina gracia les armes de vostra Magestat hajan jurat esta sa ciutat de Leyda de la opressió que li han fet patir francesos de algun temps á esta part. Y essent de la Real intenció de vostra Magestat fer notoria no sols als vehins y moradors de aquesta ciutat sino á tots los demes del principat y a tot lo restant de la Europa la benignitat y ánimo de vostra Magestat y paternal afecte ab estos súbdits y vassalls. Encara que en lo any passat de mil siscentos trenta y dos prestá vostra Magestat lo jurament que fan y acostuman de fer los altres senyors Reys progenitors de vostra Magestat acerca de la observancia dels privilegis, constitucions, usatjes, usos y costums ab que se governa aquest principat. Regoneixent perço vostra Magestat y estant informat de les trasses y sinistres diligencies ab que los francesos enemichs de esta corona procuran continuament posar en desconfiansa als poblats y habitants del dit principat persuadintlos que las revolucions y moviments de aquestos anys los han fet irreconciliables ab vostra Magestat. Por tant desitjant vostra Magestat extirpar de rael esta mala sonilla que espargeixen los enemichs ab tanta utilitat de sos interessos, ab ruina ó desolació de aquest principat essent esta la primera ciutat dell en que vostra Magestat entrá apres destes moviments, ha resolt vostra Magestat de son propi motiu y voluntat ratificar y jurar de nou, com ho ratifica y jura solemnement á Deu nostre señor sobre la creu y sants quatre evangells per ses mans personalment tocats, tot lo contingut en lo dit jurament del any mil siscentos trenta y dos. Es á saber de guardar y observar inviolablement á esta ciutat de Leyda, pahers universitat y singulars y á tots los habitants y poblats en ella y lochs de la contribució, y aixismateix al capitol y clero de la Seu de dita ciutat y á la universitat del estudi della y singulars dells, los usatjes de Barcelona, constitucions de Catalunya, capitols y actes de cort y tots y cada un privilegis libertats, immunitats, gracies, con-

cessions, donacions, costums y usos escrits y no escrits otorgats à dita ciutat y singulars y pobladors en ella y altres qualsevol dels dessus dits per los seronissims senyors Roys de gloriosa memoria y genitors y predecessors de vostra Magestat, en aquella forma y manera y ni mes ni menys que los senyors roys predecessors de vostra Magestat ho feren en sos temps y prestaren à la dita ciutat en la primera entrada que feren en ella y en la forma y manera que en dit jurament del any mil siscentos trenta y dos se contó à que vostra Magestat se refereix. Lo qual jurament, com dit es si menester es lo fa de nou vostra Magestat, y que guardará, observará y farà guardar y observar à sos ministres y oficials y persones à qui tocará tots los dits privilegis, usaltes y constitucions, usos y costums que per vostra Magestat y los senyors Roys sos predecessors se han concedit à esta dita ciutat y jurats per ells y per vostra Magestat, y señaladament lo jurament que vostra Magestat feu en lo any mil siscentos trenta y dos. Y encara que en lo estat present de les coses trobantse lo francés ab son exércit dins lo principat, es precis deixar gent de guerra pera seguritat de las plassas, ab tot desitjant que per ara ni en ningun temps se puga entendre que la asistencia de dita gent de guerra en esta ciutat de Leyda ofengues ó rompes algun de dits privilegis, constitucions, usos y costums de ella ha aparegut ser esta declaració y petició pera que se entenga la causa unica que obliga à deixar gent de guerra en dita ciutat de Leyda per seguritat sua y dels singulars de ella, y dels altres regnes y senyories, dels quals es y ha de ser verdader propugnáculo essent presents per testimonis D. Diego Lopez de Haro, Marques del Carpio, D. Luis Mendez de Haro, Gentils homes de cámara de sa Magestat y alguns caballers y ciutadans de la dita ciutat de Leyda y Hieronim Philip Reyna notari escrivá major de la casa de la Paheria de dita ciutat.

*Signum Petri de Villanueva, militis ordinis et militiae Sancti Jacobi de spata sacræ, catolicæ et regis Majestatis consiliarii et prothonotarii regnorum coronæ Aragonum et notarii publici per totam terram et ditionem suam, qui premissis omnibus interfuit eaque scribi fecit et clausit.*

# ÍNDICE.

	Pág.	Pav.
El Editor . . . . .	1	1
Noticias de la vida de D. Francisco Manuel de Melo. . . . .	y	
Dedicatoria . . . . .	XVII	
Hablo á quien leo . . . . .	XIX	

## LIBRO I.

Introduccion. . . . .	1	1
Utilidad de la historia. . . . .	id.	2
Justificacion del autor en cuanto al animo que tuvo de escribir esta historia. . . . .	id.	3
Manifiesto á todos aquellos, de quienes escribe el autor. . . . .	2	5
Guerra de España y Francia, y la ocasion de todos estos movimientos á pesar del deseo de paz que tenian uno y otro pueblo. . . . .	id.	8
Derrota del principe Tomás de Saboya, y buenos sucesos de España. . . . .	3	10
Guerra en la raya de Francia. . . . .	4	12
Entrada del Valparaiso en la Gascuña, y retirada del campo español. . . . .	id.	13
Desamparan los españoles los puestos ganados en Francia. . . . .	5	14
Prosiguese con interes la guerra en España. . . . .	id.	15
Jornada de Leucata. . . . .	id.	16
Retiranse derrotados los españoles. . . . .	6	17
El principe de Condé sobre Fuentesbrava. . . . .	id.	18
Negocios de las monarquias. . . . .	id.	19
El marqués de Espinola general del Rey catolico. . . . .	7	21
Mt. Espernan, gobernador de Leucata. . . . .	id.	22
La armada naval de Francia embiste á la Coruña, arriba á sus puertos, y sale segunda vez de Burdeos para la costa de Cantabria, en donde intenta buscarla la flota de D. Antonio de Oquendo. . . . .	8	23
Pueblos españoles oprimidos de ejércitos, y mas que todos Cataluña. . . . .	id.	24
Estados y proposiciones de Cataluña. . . . .	id.	25
Motivos de desabrimientos entre los ministros del rey. . . . .	9	26
Intervencion en el mando al Santa Coloma. . . . .	id.	28
Servicio del principado en Salses. . . . .	10	30
Los catalanes esperan el premio de sus servicios, descuido de los ministros reales, y desconsuelo de los catalanes. . . . .	11	32
Guardielones y cuarteles de Cataluña. . . . .	12	34
Quereñas continuas de los naturales y soldados. . . . .	13	37
Aborrecimiento de los catalanes al Santa Coloma. . . . .	id.	39
Desaliendo el Espinola al útil de los catalanes. . . . .	14	40

	Pág.	Pár.
Secreto del Espinola, y ordena contribuciones . . . . .	id.	32
Quéjense los pueblos y los satisface . . . . .	45	44
Publican su enojo los catalanes. . . . .	id.	45
Desempeñura escandalosa de los soldados. . . . .	46	46
Deja el Espinola el gobierno de las armas, y le sucede el Santa Coloma . . . . .	47	49
Miseria común de la provincia, y muerte de D. Antonio Fluviá. Entra en nuevos cuidados el Santa Coloma, se despacha á Monredon contra Farnés, y muerte de este. . . . .	id.	53
Son tenidos por herejes los soldados del campo católico . . . . .	20	56
Proposición del Santa Coloma al rey. . . . .	21	57
Respóndesele con artificio . . . . .	id.	59
Acude Tamarit á los daños en nombre de la república . . . . .	id.	60
La ciudad hace el mismo oficio. . . . .	22	61
Prision del diputado y concejeros . . . . .	id.	62
Siéntelo el principado . . . . .	id.	63
Orden real . . . . .	id.	64
Llanto público . . . . .	23	65
Enciéndese la ira . . . . .	id.	66
Descripción de Cataluña . . . . .	24	69
Natural de los catalanes, origen de los bandideros y los ban- dos famosos de los Narros y Cadells . . . . .	25	71
Hombres raros en la vida inquieta de bandideros. . . . .	26	73
Hábito de los bandideros . . . . .	id.	74
Felicidad de Cataluña . . . . .	27	78
Primer exceso público de los catalanes. . . . .	28	78
Quiénes son los segadores. . . . .	id.	79
Entrada anticipada de los segadores en Barcelona. . . . .	29	80
Estado de las cosas públicas. . . . .	30	85
Los castellanos se retiran del vulgo . . . . .	31	87
Rompimiento común del pueblo . . . . .	id.	88
Ayudan las milicias al tumulto . . . . .	32	89
Excúsase Santa Coloma de salir de Barcelona . . . . .	id.	90
Ánimo de los ministros catalanes. . . . .	33	94
Pretende embarcarse Santa Coloma, y se le dificulta . . . . .	id.	95
Espectaculo de Barcelona. . . . .	34	96
Intenta embarcarse el Santa Coloma segunda vez, y se salva el hijo. . . . .	id.	97
Se halla muerto á Santa Coloma . . . . .	35	98
Sequeo de la casa de Villafranca, y extraño suceso que su- cedió con este motivo . . . . .	id.	100
Inutilidad de templar al pueblo. . . . .	35	101
Fortifícase la ciudad. . . . .	38	105

## LIBRO II.

Sublevación de Tortosa, lo que es el oficio de baile general en Cataluña, y prevención que hace este, y el pueblo se la estorba . . . . .	39	2
Berrotá de las levas de bisoños. . . . .	40	3
Escápase el Monsuar admirablemente. . . . .	id.	4
Que es via fora. . . . .	44	5
Gerona se recata y defiende. . . . .	42	8
Retirada de Filangieri á Aragon, y pérdida de D. Fernando Cherinos . . . . .	id.	40
Inhumanidad de los soldados . . . . .	44	43
Noticia en la corte de los movimientos de Cataluña, y jui- cio de los políticos sobre estos acontecimientos. . . . .	id.	51
Ánimo de los mayores ministros . . . . .	45	61

Llega fray Bernardino á la corte, y en nombre de la provincia presenta memorial, acomodándose con poco.	18.	37
Sentimientos del Conde-duque . . . . .	46	48
Segunda vez Cardona en el ejército . . . . .	47	20
Recíbela el duque . . . . .	id.	21
Entiende el Cardona dar satisfacción á la provincia . . . . .	id.	23
El obispo de Gerona pronuncia sentencia contra los soldados.	48	25
Prosigue Juan de Arce su marcha á Perpiñan.	49	26
Descripcion de Perpiñan.	50	29
Intencion de los cabos en dicha villa.	id.	30
Proviénense los naturales á la oposicion . . . . .	id.	31
Asaltan los reales las puertas de Perpiñan.	51	33
Bate fuertemente el Xeli la villa; entra en ella el ejército, y la da á saco . . . . .	id.	34
Solicítase el perdón por medios católicos . . . . .	52	35
Estado miserable de los naturales.	id.	36
Muchos de estos dejan la patria.	53	38
Salen á la pecorea las tropas reales . . . . .	id.	39
Pide el Cardona ministros á la provincia para que le acompañen.	54	41
Prende el Cardona el Arce y á Moles . . . . .	id.	43
Enteiza del Conde-duque . . . . .	55	45
Nueva órden al Cardona y muerte de esto.	56	46
Embajadores del principado.	57	48
Justificación por papeles de los catalanes . . . . .	58	50
Arbitrio del Conde-duque . . . . .	id.	51
La diputacion reprende á sus embajadores . . . . .	59	52
Manejos de D. José Sorribas, y su prision.	id.	54
El obispo de Barcelona es elegido virey del principado.	60	56
Reciben los catalanes al nuevo virey; pero sin querer proceder este en su ejercicio . . . . .	61	58
Voz de la corte católica.	id.	60
Voz de los catalanes . . . . .	62	61
Recíbese la embajada de Cataluña, pero sin efecto . . . . .	id.	62
Gran junta sobre los negocios de Cataluña en la corte.	63	63
Propuesta que hace por escrito á la junta el Conde-duque.	id.	64
Parcer del conde Onate . . . . .	64	66
Voto del cardenal Borja . . . . .	70	68
Razonamiento del Conde-duque . . . . .	74	70
Resolucion de la junta. . . . .	76	72

## LIBRO III.

Cuidado que daba la eleccion de general, cuales eran los cuatro sujetos para este empleo y propuesta del marqués Espinola.	79	1
Propuesta del almirante de Castilla . . . . .	80	2
Propuesta del conde de Monterrey . . . . .	id.	3
Propuesta y eleccion del marqués de los Velez . . . . .	81	4
Intentan cortes entre sí los catalanes, y envian cartas á los prelados de la provincia . . . . .	83	9
Segunda vez los escribe la diputacion . . . . .	id.	11
Que es en Cataluña diputacion general . . . . .	84	13
Jueces de la diputacion . . . . .	85	14
Gobierno particular de los pueblos, y forma de las gramallas.	id.	15
Gobierno en comun por sus partes . . . . .	86	16
Ministros de aquel año . . . . .	id.	17
Plática en comun de la junta, y juicio de los catalanes sobre el rey católico . . . . .	id.	19

	Pág.	Par.
Pide la junta arbitrios y remedios . . . . .	88	22
Forma regular de la última junta . . . . .	89	25
Razonamiento del obispo de Urgel . . . . .	id.	27
Parecer del diputado Claris . . . . .	95	30
Se ajusta la resistencia de comun parecer . . . . .	101	31
Nombran plazas de armas . . . . .	id.	32
Discurren sobre elegir un príncipe ausiliar . . . . .	102	33
Juicios varios en Paris . . . . .	id.	35
El del cardenal duque, y el de otros ministros franceses . . . . .	103	36
Justifícanse los ministros del rey cristianísimo . . . . .	id.	37
Resuélvese la asistencia de Francia . . . . .	104	38
Serinán y Plesis vienen á Cataluña . . . . .	id.	39
Junta en Barcelona . . . . .	id.	40
Capitulacion de los franceses y catalanes . . . . .	id.	41
Sucesos de las armas del rey católico, y encargo hecho á D. Juan de Garay . . . . .	105	41
Tortosa se reduce . . . . .	id.	43
Tejada se fortifica, y castiga algunos del pueblo . . . . .	106	46
Suceso del Garay en Illa, retrase Arce y la defiende Mr. de Aubini . . . . .	id.	48
Que es Illa, los castellanos no la entran, Garay es herido, y se retira segunda vez . . . . .	108	49
Procura el Conde-duque que pase el nuncio apostólico á Cataluña . . . . .	109	51
No tiene efecto esta pretension . . . . .	id.	52
Escribe el Conde-duque á los catalanes . . . . .	110	54
Es enviado á Barcelona el marqués de Pobar . . . . .	id.	55
Prenden los catalanes al Pobar . . . . .	id.	57
Oficios del Velez con los aragoneses . . . . .	111	58
Despacha Zaragoza en nombre de Aragon un embajador al principado . . . . .	112	60
Propuesta de Aragon á Cataluña . . . . .	id.	61
Responde Cataluña á Aragon . . . . .	113	62
Orden superior sobre los ejércitos . . . . .	id.	64
Parecer del Garay antes de formar el ejército . . . . .	114	65
Orden al Garay . . . . .	id.	66
Va á sucederlo el conde Rho . . . . .	115	67
Viene á su puesto el marqués de Torrecusa, el duque de Son Jorgo á la caballería, y D. Alvaro de Quiñones á la de órdenes . . . . .	id.	68
Xeli de la Reina va á la artillería . . . . .	116	70
Variedad en los avisos y despachos . . . . .	id.	71
Órdenes encontradas . . . . .	117	73
El trozo del ejército en Cantabria . . . . .	id.	74
Descripcion de Fraga . . . . .	118	75
Las lavas se deshacen . . . . .	id.	77
Se acuartela el Torrecusa . . . . .	119	78
Los catalanes ocupan el Portús . . . . .	id.	80
Descripcion del Portús . . . . .	id.	81
El diputado real viene á Tortosa . . . . .	120	83
Se retira temeroso . . . . .	id.	84
D. Ramon Caldés sobre Tortosa . . . . .	id.	85
Quema del puerto de Tortosa . . . . .	121	86
Socorro de los bergantines de Santa Cibia . . . . .	id.	87
Descripcion de Tortosa y el Ebro . . . . .	id.	89
Marcha el tren de artillería . . . . .	123	91
Sale el Velez de Zaragoza . . . . .	id.	92
Punto de estado sobre el mando de Zaragoza . . . . .	id.	93
Visita el Velez los cuarteles . . . . .	125	94

	Pág.	Par.
Descripción de Alcañiz . . . . .	id.	95
Légale nuevo título al Velez . . . . .	125	97
Escribe el Velez á la diputacion de Barcelona . . . . .	126	99
Discurso de los ministros reales . . . . .	id.	101
Engaño que padecieron los catalanes . . . . .	127	102
Aguasvivas, famoso por su milagro . . . . .	131	103
D. Gerónimo de Fuenmayor enviado al Velez . . . . .	128	104
Responde el principado al Velez . . . . .	129	106
Suceso del Ribera . . . . .	130	109
Viaje del Velez á Tortosa . . . . .	id.	110
Habla la ciudad de Tortosa . . . . .	131	111
Respuesta del Velez . . . . .	id.	112
Jura de virey el Velez . . . . .	id.	113

## LIBRO IV.

Procede la diputacion contra Tortosa . . . . .	133	1
Repártense los cabos catalanes, y se expresa que son los miquelets . . . . .	134	2
Fiestas en el principado, su origen y útil . . . . .	135	3
Nuevos ministros de aquel año en Cataluña . . . . .	136	6
Nueva esperanza de concordia . . . . .	id.	7
Salida de Tejada contra Cherta es descubierto el enemigo, retirada de Gulmerá son su gento, y pasa á delante el Tejada sin efecto . . . . .	137	9
Socorre el Tejada á Cherta y muerte de D. Ramon de Aguaviva . . . . .	139	10
Sucesos de Tivenys . . . . .	140	11
Bando real á los catalanes . . . . .	141	13
Reduccion de algunos lugares á los reales, y encubren los ministros catalanes el bando . . . . .	142	14
Bando del principado . . . . .	143	16
Ruín disposicion de provisiones . . . . .	id.	17
Dificultad en el manejo de abastecerse de viveres los reales . . . . .	144	18
Muestra general del ejército castellanó . . . . .	id.	19
Oficiales de sueldo . . . . .	145	22
Tiempo contrario de las armas . . . . .	id.	23
Vandestraten y Soriano salen á prevenir la marcha . . . . .	id.	24
Segunda Salida del Vandestraten . . . . .	146	26
Vandestraten elige y ocupá los puestos . . . . .	id.	27
Inquieta esto al enemigo . . . . .	id.	28
Forma de la primera marcha del ejército y su vanguardia . . . . .	148	32
Qué es á lo que se llama batalla, y lugar del general del ejército . . . . .	id.	33
La caballería va á los lados . . . . .	149	34
Retaguardia y forma de la artillería . . . . .	id.	35
Guarnicion de la artillería . . . . .	id.	36
Ajustamiento sobre el honor de las vanguardias . . . . .	id.	37
Piérdese el Velez á la salida de Tortosa . . . . .	150	38
Ocasion primera de las armas . . . . .	id.	40
Caso extraño por la desigualdad . . . . .	id.	41
Veneno prevenido á las aguas . . . . .	151	53
Reconocimiento de la campaña y muerte del primer soldado del rey . . . . .	152	45
Descripción del Coll de Balguer . . . . .	153	47
Fortificaciones del Coll . . . . .	154	49
Expugnacion del Coll . . . . .	id.	50
Desamparánse los puestos . . . . .	155	54
El conde de Zavallá procura el socorro del Coll sin efecto . . . . .		

	Pág.	Pár.
y los soldados reales se detienen.	456	53
Gananse las atalayas, marcha el Velez, y hace alto el ejército en el Hospitalet.	457	54
Llaman los catalanes al Espernan.	459	56
Entra el Espernan en Barcelona.	id.	57
Gamina este á Zaragoza.	460	58
Convida con el perdón fray Ambrosio á los de Cambrils y noticias del enemigo.	id.	60
Marcha el Velez á Cambrils.	464	61
Cabos de la plaza de armas de Cambrils.	id.	62
Muerte de la gente del campo.	462	64
Orden del socorro y marcha.	id.	65
Embajada al Velez.	id.	66
Respuesta de este.	463	67
Peligro del Velez.	id.	69
Hambre y desórden del ejército real.	464	70
Plática entre los soldados catalanes acerca de la entrega de Cambrils.	id.	71
Los sitiados procuran introducir concierto.	465	72
Caso extraño y loable.	466	73
El Velez dispone el tratado, y lo consiente.	467	76
Peligro de la emulación, y ajustamiento de la plaza.	id.	77
Suceso lastimoso de Cambrils.	469	80
Acude el Velez á la nueva del suceso.	470	81
Acuerdo de los jueces provinciales.	474	83
Muerte de Rocafort y otros oficiales.	id.	84
Descripcion de Cambrils.	472	88
Cuidados del general real.	473	90
Ofrece el San Jorge la interpresa de Tarragona.	id.	92
Fuerte y puerto de Salou.	474	93
Parecer de Gandolfo.	id.	91
Parecer de Torrecensa.	475	95
Villaseca y su posicion.	id.	96
Aviso secreto al Velez.	id.	97
Sitio de Salou.	476	98
Mr. de Santa Colomba defiende á Villaseca.	id.	99
Mr. de Aubini prisionero.	id.	100
Diligencia práctica de Espernan, y respuesta ingeniosa de los españoles.	477	104
Movimiento de las armas de San Pol.	478	103
Descripcion de Lérida.	479	104
Pérdida de la villa de Orta.	id.	106
El San Jorge va á ganar los puestos.	480	107
Estado de Tarragona.	id.	108
Aviso de Espernan á los diputados.	481	109
Capitulacion de Tarragona.	482	112
Tarragona viene á obediencia.	483	116
El Velez la recibe.	484	117
Retirada del coronel conseller.	id.	118
Tropas francesas.	id.	121
Descripcion de Tarragona.	485	123
Llegada de las galeras y bergantines, y de D. Juan de Garay.	486	125
Oposicion de los cabos de mar y tierra.	id.	126
Intencion del Garay.	487	126
Importante novedad para la guerra.	id.	129
Negocio de Portugal.	488	130
Juicios varios sobre Portugal.	491	133

## LIBRO V.

Previene los catalanes á Martorell . . . . .	193	2
El doctor Ferran pretende la defensa. . . . .	195	3
Se pone el gobierno militar en manos de mozos, que es cosa peligrosa. . . . .	id.	4
Continúa la diputacion los negocios de Espernan. . . . .	195	5
Nada consigue esta . . . . .	id.	6
Diligencias vanas del diputado . . . . .	196	7
Es nombrado Tejada gobernador de Tarragona . . . . .	197	12
Necesita el Velez de Villafranca, y le temo . . . . .	198	15
Discurso de los cabos . . . . .	id.	17
Inutilidad de la salida del ejército de Fraga. . . . .	id.	18
Competencia entre el Nochera y el prior de Navarra . . . . .	199	19
Nueva contradiccion al Espernan. . . . .	id.	22
Aliento de algunos catalanes. . . . .	200	23
Marcha el Velez al Panadés. . . . .	id.	26
Llega á San Sadurní. . . . .	201	27
Resistese el lugar. . . . .	id.	28
Sus fortificaciones. . . . .	id.	29
Se para el Velez, y discurre sobre la empresa. . . . .	id.	30
Llaman al diputado Tamarit . . . . .	202	31
Deja el Tamarit el Rosellon, dispone la defensa comun y primer socorro de Francia en Barcelona. . . . .	id.	32
Llama Tamarit á Margarit para que se acerque á Tarragona. . . . .	203	34
Descripcion de Constantí, y lastimoso estrago en los hospitales. . . . .	id.	36
Retirada de los catalanes. . . . .	204	37
Pide socorro el Tamarit . . . . .	205	39
Junta en breve el socorro para Martorell. . . . .	206	42
Se aparta el Torrecusa con la vanguardia. . . . .	207	43
Inquieta el Velez al enemigo. . . . .	id.	44
Plática de la retirada. . . . .	id.	45
Retiranse los catalanes. . . . .	208	46
Entrada costosa de Martorell. . . . .	209	48
Escaramuza con la caballeria española el socorro de Barcelona . . . . .	210	50
Detencion del Velez . . . . .	id.	51
Paso importante del Congost. . . . .	id.	52
Nueva orden en el ejército . . . . .	211	53
Ciudades del Velez. . . . .	id.	54
Plática del Velez. . . . .	212	56
Prosigue el Velez con otros medios . . . . .	213	58
Declaracion de algunas órdenes reales . . . . .	id.	60
Consideraciones de los del consejo. . . . .	214	62
Opinion de los cabos . . . . .	215	63
Duda del Velez y resolucion de los cabos . . . . .	id.	64
Torrecusa reconoce los puestos. . . . .	216	65
Última carta á Barcelona . . . . .	id.	67
Carta del rey. . . . .	217	68
Temor de Barcelona. . . . .	id.	69
Respuesta de la ciudad. . . . .	id.	71
Órdenes á los escuadrones volantes y al cuerpo del ejército con la de la embestida de Monjuich. . . . .	218	72
Resolucion de la junta catalana, y es propuesto por rey el de Francia . . . . .	219	75
Respetos de los catalanes. . . . .	220	76

	<i>Pág. Par.</i>
Aclamación del rey cristianísimo por conde de Barcelona.	id. 78
Orden de la defensa . . . . .	221 79
Cuidados de los franceses en la defensa . . . . .	id. 80
Orden al conseller . . . . .	id. 81
Orden al Margarit . . . . .	222 82
Estado del ejército real . . . . .	id. 84
Habla el Veléz á los suyos . . . . .	id. 86
Descubre el ejército á Barcelona . . . . .	223 87
Habla Tamarit al pueblo . . . . .	224 89
Orden en la defensa de Barcelona . . . . .	225 91
Paso del ejército . . . . .	226 92
Descripción de Barcelona . . . . .	227 95
Ataca la primera escaramuza el conde de Tiron . . . . .	228 96
Esguño de los reales . . . . .	id. 97
Muerte del conde de Tiron, y ocupa su puesto el maestro de campo de los portugueses . . . . .	229 98
Retirase herido D. Simon Mascareñas, y muerte de Cárdenas . . . . .	id. 100
Serifán se mueve contra el San Jorge . . . . .	230 102
Orden á la caballería . . . . .	id. 103
Intenta el San Jorge desalojar al enemigo . . . . .	231 105
Serifán ordena la escaramuza . . . . .	id. 106
Dispone el San Jorge la embestida . . . . .	id. 107
Córtanle los franceses . . . . .	232 110
El Quibones no le socorro . . . . .	id. 111
Cae herido de muerte el San Jorge . . . . .	233 112
Muerte de muchos cabos . . . . .	id. 113
Retiran al San Jorge . . . . .	id. 114
Notables palabras del Torrecusa . . . . .	id. 115
Temor de los catalanes . . . . .	234 117
Socorro la ciudad á Monjuich . . . . .	id. 120
Desórden de los reales en la embestida . . . . .	235 121
Torrecusa alienta á los suyos, y pide escalas . . . . .	id. 122
Anima el sargento Ferrer á los suyos con el socorro que les viene . . . . .	236 125
Entra el socorro en Monjuich y muerte de muchos caballeros y capitanes castellanos . . . . .	231 126
Torrecusa abriga á los suyos . . . . .	238 128
Diligencia de los catalanes . . . . .	id. 130
Nuevo aliento en Barcelona . . . . .	239 131
Se defiende Monjuich . . . . .	id. 132
Rara ocasion del vencimiento, y derrota del ejército . . . . .	240 135
Furor de los vencedores . . . . .	241 136
Es herido el maestro de Campo Fajardo . . . . .	242 139
Recibo Torrecusa noticia de haber muerto su hijo . . . . .	243 141
Torrecusa deja el mando . . . . .	id. 142
El Garay recibe el mando de todo el ejército . . . . .	244 145
Se paran de cansados los que se retirán . . . . .	id. 146
Reconoce la victoria la ciudad de Barcelona . . . . .	id. 148
Alegría en la ciudad . . . . .	245 149
Discurso y plática de los cabos castellanos . . . . .	id. 151
Se refuerzan los catalanes . . . . .	246 154
Nuevo temór del ejército . . . . .	247 155
Entierran al San Jorge en la campiña . . . . .	id. 157
Retirada del ejército á Tarragona . . . . .	id. 159

## CONTINUACION DE LA HISTORIA.

El continuador de la historia á los lectores de ella . . . . . 254

## LIBRO VI.

Embajador de Portugal.	254	3
Disposiciones de id.	id.	4
Inútiles tentativas del Velez.	id.	5
Cartas de Cataluña al rey y de este á ella.	255	6
Politica francesa.	id.	7
La Mota virey.	256	8
Muerto de Claris.	id.	9
Argençon.	id.	10
Sale la Mota de Barcelona.	258	11
Garta del rey de España.	id.	13
Virey por esc.	259	16
Escuadra francesa.	id.	19
Estado de Cataluña.	260	20
El príncipe de Condé reemplaza á Schomberg.	id.	21
Pactos.	id.	22
Tarragona sitiada.	261	23
Motines en Barcelona.	263	24
El Rosellon.	264	30
Combate naval delante de Tarragona.	266	33
Sorprendense comunicaciones del rey católico.	id.	34
Margarit embajador.	267	30
Brezé virey.	268	42
Movimiento de los castellanos.	269	43
Mas motines en Barcelona.	271	46
Sitio de Perpignan.	272	50
Prision de Jhanetin Doria.	275	58
Anuncia el rey su venida.	id.	59
Llega el de Brezé.	277	60

## LIBRO VII.

España y Francia.	278	4
El marqués D. Pedro de Aragon en Cataluña.	279	4
Meilleraye en el Rosellon.	280	5
Marcha del marqués.	id.	7
Disposiciones del de Brezé.	281	8
El marqués de la Hinojosa protege a Pobar.	id.	9
Resistese el Arbós.	id.	10
Avisos á Mr. de Argençon.	id.	11
Levas en Ampurdan.	283	16
Esfuerzos de Barcelona.	id.	17
Sale la Mota al encuentro del castellano.	id.	18
Encuentro y pérdida de los españoles.	284	21
Retranse.	285	23
Retrocede tambien la Mota.	id.	24
Acude Margarit.	286	25
Disposiciones.	id.	26
Queda prisionero el marqués D. Pedro con todo su ejército.	287	28
Gozo de Barcelona.	288	30
Desmanes de los franceses.	id.	31
Toma del Vendrell por la Hinojosa.	290	35
La Mota mariscal de Francia.	id.	36
Vuélvese á Paris Luis XIII.	294	37
Despierta Felipe IV.	id.	38
Refuézase el enemigo.	292	39

	Pág.	Pár.
Apríctase el sitio de Perpignan.	293	50
Ríndese.	id.	51
Pactos.	id.	42
Marcha la Mota á Lérida.	295	43
Batalla del Bano de las Horcas.	297	48
Muerte de Richelieu.	298	50
Es ministro Mazarini.	300	52
Préstase juramento de fidelidad al rey de Francia.	301	53
Sitio, toma y recobro de Miravet.	id.	54
Intentona en el valle de Aran.	302	55
Muerte de Luis XIII.	id.	56

## LIBRO VIII.

Caida del Conde-duque.	303	4
Quejas de Cataluña al rey de Francia por el maltrato de franceses.	304	2
Pedro de la Marca, visitador.	id.	3
Leen los pueblos el manifiesto de Felipe IV.	id.	4
Don Felipe de Silva intenta tomar á Balaguer.	id.	6
Triunfa en un choque.	305	7
Toma de Lérida por los españoles.	id.	8
Sitía la Mota de nuevo á Tarragona.	id.	9
Levanta el sitio.	306	10
Suerte de los españoles.	id.	12
Mas quejas de los catalanes.	307	14
Defectos de la Marca.	309	16
Congreso de Munster.	id.	18
Inquisidores.	310	21
Vuelve la Francia la vista á Cataluña.	id.	24
Viene Harcourt.	311	22
Sus trabajos.	id.	23
Toma de Rosas por Duplessis.	312	25
Ríndese Bataguer á Harcourt despues de la batalla del campo de Llorens.	id.	26
Chabot entra en Flix.	id.	28
Negocios de Munster y representaciones sobre ellos.	313	29
Respuesta de Francia.	315	38
Harcourt intenta sitiár á Lérida y no lo logra.	316	40
Entra el Leganés en Cataluña.	317	45
Mazarini.	318	48
El jóven principe de Condé, virey.	id.	49
Sitía á Lérida.	id.	50
Retrase humillado.	319	54
Envia España al marqués de Altona.	320	53
Es nombrado virey el hermano de Mazarini, y lo reemplaza Inego Schomberg.	321	56
Sitio y toma de Tortosa.	id.	57
Es ajusticiado el gobernador de Castell de Asens por desafueros cometidos.	325	64
Vendôme sucede á Schomberg.	id.	63
Sospechas contra catalanes.	326	64
Don Juan de Garay.	id.	65
Estratagema de los franceses para entrar en Zaragoza.	327	69
Peste.	id.	74
Hambre.	id.	72
Quejas de los ribereños del Ebro.	id.	73
Desaciertos de Vendôme.	328	74
Tratan algunos pueblos contra Francia.	id.	75

	Pág.	Pár.
Mortara vírey de Cataluña por España toma á Flux, Miravet y Tortosa. . . . .	329	76

## CONCLUSION.

Por la peste pasa la diputacion á Tarrassa y luego á Manresa. . . . .	332	3
Mortara sitia á Barcelona. . . . .	id.	id.
Marsin pasa á Francia. . . . .	id.	6
Sigue el sitio. . . . .	333	7
Don Juan de Austria generalisimo. . . . .	id.	9
Sigue el sitio. . . . .	id.	49
La Mola vírey por Francia. . . . .	334	45
Sigue el sitio. . . . .	335	48
Penaria en Barcelona. . . . .	id.	47
Estréchase el sitio. . . . .	336	23
La diputacion que estaba en Manresa resuelve prestar homenaje al roy de España. . . . .	337	25
Escapase Margarit. . . . .	339	34
Rindense Barcelona. . . . .	id.	id.
Carta del roy. . . . .	344	32
Entra Don Juan en Barcelona. . . . .	345	33
Afecto de España. . . . .	id.	36
Buenos actos del príncipe. . . . .	id.	id.
Rindense otras plazas á exemplo de Barcelona. . . . .	id.	id.
Fin de la guerra. . . . .	346	38
NOTAS. . . . .	349	

FIN DEL ÍNDICE.

